FALSA CORAL

Lorena Gall

Para Rosa y Onintze

«(...) el conocimiento de uno mismo comienza al entregarnos a vivir todo lo que nos toque vivir en el mundo. En el barro y sin discriminación, como niños que son un peligro para sí y para los demás."

Sobre el sentido de los sistemas oraculares como el *I Ching*

en: *Abate Soderini*, de Marta Ortiz.

CAPÍTULO UNO. BARRA AMERICANA

Llevaba un mes y medio buscando trabajo en Barcelona y todavía no había tenido suerte. Como todos los domingos, compró el diario y un fibrón rojo con la fantasía de encontrar el anuncio a su medida. Revisó entre los que pedían secretaria o telefonista; descartó los que aclaraban "experiencia excluyente" y los que exigían que la candidata tuviera más de 21. Ninguno competía con el primero que había visto apenas empezó su búsqueda: "Cajera de entre 18 y 35 años para agencia de cambio de divisas. No se necesita experiencia." Elena se había presentado con fe a la entrevista, pero no había tenido ninguna novedad después del "te vamos a llamar". Tampoco le había ido bien como vendedora de vajilla puerta a puerta. No consiguió ni un solo cliente en una semana y gastó cerca de cincuenta euros entre viáticos y almuerzos así que el lunes siguiente, no volvió.

Necesitaba un trabajo urgente, algo que le permitiera afrontar los gastos de una pieza, la comida, el transporte y, si conseguía vacante en Arquitectura, los apuntes de la carrera. En una semana iba a saber si había pasado la Selectividad.

Cuando terminó de mirar los rubros de siempre, volvió sobre los que había ignorado: cuidados y personal doméstico. Otra vez sopa: haber trabajado para empezar a trabajar. Nadie quería meter en su casa a una argentina sin referencias. Marcó unos pocos que no las pedían y entendió muy pronto por qué: ofrecían trabajo eventual. No estaba mal para arrancar, pero sabía que con eso solo no le alcanzaría para vivir.

Si fracasaba en todos sus planes, iba a tener que volver a Buenos Aires, pero en ese caso, necesitaba comprar otro pasaje. Elena había cancelado el boleto de regreso a las pocas semanas de llegar a Barcelona para que le devolvieran una parte de su valor. Todavía le molestaba haber tenido que comprar uno ida y vuelta cuando ella tenía claro que quería quedarse un tiempo largo en Europa, pero le habían sugerido que hiciera eso para evitar problemas en Migraciones. Tampoco se podía quejar. Había recuperado el ochenta por ciento del costo, pero a este paso, se le iba a esfumar en un

mes, aun si achicaba sus gastos, si caminaba toda la ciudad y si conseguía que Alicia, la mamá de su amiga Blanca, no la echara de su casa, en la que estaba parando desde que había llegado.

No se arrepentía de haber anulado el pasaje. Sabía que cualquier otro hubiera esperado a conseguir un trabajo, pero ella no. Lo había hecho decidida, con la confianza en que la necesidad le iba a dar ideas. Y, además, tampoco quería sentir que su país todavía era un refugio posible. Estudiar sin trabajar no era algo que sus padres pudieran financiarle después de la crisis del 2001. Las cosas se habían puesto muy difíciles para todos. Si hasta ellos habían pensado en irse. Claro que se arrepintieron rápido. Estaban grandes. Ya habían hecho su vida allá y su hermano recién empezaba el secundario. La que estaba en una situación óptima para empezar su vida de nuevo en otro país era ella, y por eso los padres la habían apoyado tanto en su decisión. Si se iba a esta edad, con menos de veinte años, iba a tener un montón de tiempo para adaptarse, hacerse nuevos amigos, trabajar, estudiar. En algún momento, incluso, llegaría a sentir España como su nuevo hogar. Y más adelante, quizá su hermano también pudiera acompañarla.

Mientras tomaba el café que le había preparado la empleada de Alicia, Elena subrayó tres o cuatro avisos de promotora. En todos se cobraba por comisión. Cinco anuncios de call center pedían chicas con disponibilidad total porque ofrecían empleo con horario rotativo. No podía tomar un trabajo como ese o tenía que olvidarse de estudiar, así que los dejó como última opción. ¿Tan exclusivo era lo que pedía? ¿Es que no había panaderías o almacenes que confiaran en que alguien como ella pudiera aprender un oficio?

Su amiga Blanca le había dicho que tuviera paciencia, que en España no era fácil conseguir trabajo pero que siempre aparecería algo y por eso Barcelona estaba llena de inmigrantes, pero Elena era demasiado joven, no tenía experiencia laboral y se le estaba acabando la esperanza.

Le quedaba revisar otra vez el rubro de pubs, restaurantes y discotecas, aunque sabía que era el trabajo más buscado por los viajeros y las tres veces que había llamado a los anuncios que aceptaban un perfil como el suyo, le habían dicho que el puesto ya se había cubierto. Anotó los datos de dos bares, pero estaban lejos, para el lado de Sitges. No iba a llegar a combinar trabajo, cursada y sueño

si tenía que pasarse un montón de tiempo arriba del tren. Hacia el final leyó: “Barra americana necesita camarera. No es sexo”. Elena pensó que, si tenían que hacer una aclaración como esa, era obvio que el sexo debía estar implicado de alguna manera en el trabajo. Aunque en verdad, no había escuchado la expresión “barra americana” en su vida. No le costaba nada ir a ver de qué se trataba. Leyó la letra chica: “500 euros más comisión. De lunes a viernes.” Subrayó donde decía “sueldo básico” y “de lunes a viernes” y encerró en un círculo el nombre del bar y la dirección: Monte Adriano, Avenida Diagonal 468, Barcelona.

CAPÍTULO DOS. MONTE ADRIANO

Mira bien el mapa antes de salir. Blanca le recuerda que ya estuvieron en el Eixample, que es el barrio de la Sagrada Familia, de la Pedrera, de la Plaza de Toros, pero también tiene otra parte de edificios de oficinas y centros comerciales y supone que Monte Adriano debe ser un lugar adonde van los hombres después del trabajo a ver chicas bailar en el caño. Le dice que se tome el metro hasta la estación Provenza/Diagonal y de ahí camine unas tres cuadras, que el barrio es seguro y muy transitado, y que recorra la zona de día, para no perderse cuando vaya de noche.

Elena sigue las recomendaciones. El viaje en subte es rápido. Cuando baja, saca el papelito donde tiene anotada la dirección y busca la avenida Diagonal. Las torres altas con grandes ventanales tornasolados le hacen pensar en gente que tiene cosas que ocultar, pero no quiere escatimar en vistas. Debe ser una zona de finanzas, aunque también puede tratarse de servicios o tecnología. Blanca le contó que muchas de las grandes marcas de ropa estaban ahí pero no tiene tiempo de buscarlas ahora. Tiene el diario enrollado en la axila. Mira de nuevo la dirección. Es la cuadra que sigue. Cuando llega, se sorprende de que el bar esté en la planta baja de un edificio tan alto, eso quizá refuerza la hipótesis de Blanca de que se trata de un after office. No hay cola en la vereda. Qué raro. Ni que sobrara el trabajo. Elena se queda un rato mirando el frente antes de golpear y trata de relajarse balanceando el peso entre un pie y el otro. La entrada es muy distinta del resto del edificio. Un poco cutre. Grasa en argentino. Art *narcó*, como dice Blanca. Está revestida de granito naranja, tiene una puerta blanca con aldaba y picaporte dorados y espejos en los ventanales. Elena golpea con timidez. Nadie responde.

Al rato, un hombre de unos cuarenta años abre la puerta. Ella deja de morderse las uñas.

Vengo por el anuncio.

Soy Sergio, el encargado, dice el hombre extendiendo su mano.

Elena le da la suya. Él se queda mirándola unos segundos y ella gira la cara hacia un lado. El pelo le hace de cortina, pero alcanza a verse reflejada en las ventanas. Gordísima. ¿Cómo se le ocurrió

que la iban a tomar en un trabajo de atención al cliente? Necesita empezar dieta, ejercicio, pero no tiene cabeza para eso ahora. Primero, la plata. Se endereza y hunde la panza. Entran.

En el salón no hay ventanas, pero desde la barra, forrada de cuero, asoma un amarillo intenso. Hay un espejo enorme desde el piso hasta las gargantas de luz. Elena presta atención a los detalles. Siempre hace eso cuando llega a un lugar nuevo. Le gusta observar las decisiones que tomaron otros para embellecer un ambiente. Mesas y sillas se desparraman sin ningún orden por el salón. A lo largo de la barra, en cambio, los taburetes de plástico y metal trazan una fila nítida. Hay otro espejo detrás de las bebidas. ¿Para qué querrán tantos? Para que los clientes puedan verse cuando compran. No. Para mirarles el culo a las mozas. O para que 100 metros cuadrados parezcan 200.

El encargado la hace pasar a una oficina y se sienta detrás del escritorio. Le indica la otra silla.

¿Sabes lo que es una barra americana?

Eso sí que es romper el hielo, piensa Elena y niega con la cabeza.

Es un bar en el que las mujeres se hacen invitar copas. A cambio, dan buena charla, buena compañía. No es más que eso. Y se llevan el 40 por ciento de cada copa.

El hombre cierra los labios como si la conversación pudiera terminar ahí y con la palma abierta le dice que espere. Acerca el teléfono y mientras marca el número le pregunta qué quiere tomar.

Nada, gracias.

¿Segura?

Antes de que ella se lo confirme, el hombre se pide un café con croissants.

Elena aprovecha para ordenar las dudas. Recuerda que el anuncio no decía “copera” sino “camarera”. Seguramente eran dos tipos distintos de trabajo.

Tú no tienes que ganarte copas. Solo servirlas, se anticipa el hombre, como si le hubiera leído la mente.

Ella arquea las cejas: necesita más información.

Estarás detrás de la barra, pero haciendo cosas muy sencillas. Por eso, en el anuncio pusimos “camarera”, aunque seas una bartender. ¿Comprendes?

Comprender qué. ¿La palabra “bartender”? Lo que no entiende es cómo un hombre le dice eso a una chica que acababa de salir del secundario sin pedirle ni siquiera un currículum. A menos que...

Giulietta te irá explicando lo que debes hacer.

...sea irrelevante. Pero un entrenamiento es mejor que nada. El hombre le habla como si el trabajo ya fuera suyo. Eso la desconcierta.

Es una italiana muy guapa que empezó hace unos meses. Las dos deben ocuparse de atender a los clientes y de llenar las copas de las chicas. En poco tiempo, te irás sintiendo cómoda con el lugar. ¿Hablas catalán?

No, dice ella y aprieta las mandíbulas.

No importa, es solo que suma. ¿Hablas algún otro idioma?

Inglés y un poco de francés.

¿Fluido?

Lo que aprendí en el colegio. Era un buen colegio, aclara ella.

¡Fantástico! Franceses no vienen mucho, pero sí algunos ingleses, norteamericanos y japoneses. Aquí todo el mundo adora a las latinas, las chicas morenas, guapas como tú. Solo tienes que ser muy amable. ¿Qué me dices?

¿Cuál es el salario?, la pregunta se le escapa. En el anuncio decía 500 euros.

500 euros para empezar. La idea es que puedas hacer más, mucho más. Eso depende de ti. Lo importante es que te sientas a gusto y te hagas amiga de las chicas. Ah, y cumplas el horario que es de 8 de la noche a 4 de la mañana de lunes a viernes. Si faltas, nos tienes que avisar uno o dos días antes así conseguimos sustituta. No podemos abrir el lugar con pocas chicas. Y, por supuesto, te descontaremos el día.

Claro.

¿Tienes ropa de trabajo?

No sé… ¿Una pollera y una blusa?

No, a ver, fíjate aquel vestido.

Elena se da vuelta, el hombre le habla a sus espaldas.

Lo dejó una de las chicas porque le iba grande. A ti te sentará muy bien. ¿Te gusta?

Ella descuelga el vestido con cuidado y hace girar la percha para ver el escote. Vinilo rosa con mangas, corto hasta la mitad del muslo. Jamás se hubiera comprado una cosa así.

El hombre se para y abre la puerta.

Mírate aquí, señala uno de los espejos del pasillo. ¿A que mola?

Ella le saca la percha y la deja en la mesa. Acomoda los hombros del vestido sobre los suyos y lo sostiene con el mentón mientas ajusta la tela en la cintura. Corre todo el pelo hacia atrás y el rosa brillante le ilumina la cara.

Es muy lindo.

Llévatelo y mañana te cambias en el vestuario. Ponte tacones altos, así te equiparas un poco con Giulietta, que es alta. Y maquíllate, por supuesto. Pero el pelo, no lo toques. Déjatelo suelto, así como lo llevas ahora. Tienes un pelo precioso.

CAPÍTULO TRES. CORAL

El martes sale temprano de la casa de Alicia para ir caminando hasta Monte Adriano antes de que se le haga de noche. Al cruzar la recepción, saluda al portero y chequea otra vez lo que lleva: el vestido, los zapatos con plataforma que consiguió de liquidación, una base, rubor, rímel, lápiz labial y un delineador con la punta mocha. No se compró medias porque las buenas están demasiado caras y las baratas se corren al primer roce.

El piso de la vereda está tan limpio como el del palier. Es un barrio sin humor, piensa Elena. Está acostumbrada a la sensación de no pertenecer. Todo su secundario fue así porque su madre quería que fuera al mismo colegio al que había ido ella. Pero era un colegio inaccesible para sus padres, que habían hecho un sacrificio enorme para pagar la cuota en los años de recesión y, sin embargo, no desistieron hasta el final. Siempre sintió que sus compañeros no tenían nada que ver con ella, se iban de vacaciones a Miami, compraban ropa de marca, pensaban distinto. Por eso, la relación con Blanca, que había venido a su colegio de intercambio por un año, la había salvado. Su amiga despreciaba la ostentación de la plata, los deportes ingleses; se burlaba de los cumpleaños de quince que emulaban la aristocracia europea y de los viajes a Disney. Y le había prestado atención a su soledad. Pero ahora que Elena vivía en la casa de Blanca, ya no sentía lo mismo. Le daba vergüenza andar siempre con lo justo, calcular cada euro antes de usarlo, no poder invitar nunca, ir con su ropa gastada por Sarrià, un barrio donde las mujeres parecían sacadas de las vidrieras.

Sabe que tiene que mudarse lo antes posible, encontrar su lugar en la ciudad, vivir según sus reglas y su presupuesto.

Elena llega temprano al local y golpea con la aldaba, esperando que el encargado se demore en abrirle, como el día anterior, pero nadie sale. Entonces, golpea de nuevo y nota que la puerta no está cerrada así que la empuja hacia adentro y se asoma. Una chica la saluda al verla, como si la reconociera.

No te oí. ¿Tú eres la nueva? ¡Bienvenida! Pasa, pasa.

Elena se acerca y la saluda con la mano. La chica le da un beso.

Yo soy Giulietta. Me han dicho que te enseño todo lo que puedo hoy.

Sí, gracias.

Has traído ropa mejor que esta, ¿verdad?

Elena asiente y palmea el bolso, a la altura de su cadera.

Ve a cambiarte y regresa.

Elena entra al vestuario. Una chica con el pelo platinado se viste frente al espejo.

¿Sos la argentina?, le pregunta con un claro acento rioplatense.

Sí, dice Elena, motivada. ¿Vos también?

No. Uruguaya. Que para acá es lo mismo. Cambiate tranquila. Si no comiste, en un rato salimos y nos pedimos algo. ¿Te gusta el bocata de tortilla?

Elena sonríe y asiente. Es su menú más habitual desde que llegó. El más barato y el primer responsable de que haya engordado cinco kilos.

Soy Mariana. Voy a salir un rato a fumar un pitillo.

Pitillo…

Ya se te van a pegar todas esas palabras: jersey, tejanos...

Majo, guay, confirma Elena.

Bocata, bikini…

Bikini lo decimos igual.

No, es que aquí significa tostado mixto.

Ay, ¡no sabía!

¡Porque te la pasaste comiendo bocata de tortilla!, dice la uruguaya y se ríen juntas. Mariana le insiste en que cene con ella, pero Elena le dice que no tiene hambre. La chica acepta la excusa y sale del baño. No es que no tenga hambre, pero no le alcanza la plata para comprarse otra cosa que un bocata de tortilla o un bikini, ahora que sabe lo que es, y Elena prefiere comer mejor cuando vuelva

a lo de Alicia. Tampoco es que crea que va a ser capaz de sostener una dieta estricta, porque rompió cada dieta que empezó desde los once años, pero sándwich de lo que sea cada noche le parece demasiado. La próxima se va a traer un táper con comida, un yogur y algunas frutas para picotear. Pero hoy almorzó tarde y puede aguantar.

De una de las puertas se asoma otra chica. Tiene el pelo rubio natural y largo hasta la cintura.

Joder, ¡qué guapa eres!, le dice a Elena en cuanto la ve de frente. ¡Y qué joven! ¿Cuántos años tienes?

Diecinueve.

Eso aquí vale mucho.

Elena se apoya contra la pared, desorientada, aunque trata de sonreír por el cumplido.

Olvídalo, tú estás en la barra. Quédate allí y cuando te canses, te piras. ¿Cómo te *shamás*?

Elena.

Vaya nombre, como la mujer más hermosa del mundo. Pues eres capaz de hacer que libren una guerra por ti, así que ten mucho cuidado.

La rubia hace una señal de advertencia con el dedo y ella fija la mirada en su cara. No tiene ni pestañas ni cejas. Nada de pelo: apenas dos arcos dibujados con trazo fino y los ojos delineados de negro. Elena abre el bolso para cambiarse y se mete en uno de los baños. La tapa del inodoro está sucia y entra en el siguiente. Peor. Entonces sale y se sienta en el banco que está frente a los baños, se saca los borceguíes y las medias. La rubia la mira sin disimular. Elena entonces se saca rápido la camisa y el pantalón y apoya el bolso sobre los muslos, tratando de cubrirlos. La rubia no le quita los ojos de encima. Elena se incomoda. Preferiría que se diera vuelta, pero pedir eso en un vestuario la hace sentir idiota. En un gesto rápido, abre el bolso y saca el vestido.

Oh, te lo han dado a ti también, dice la chica. Veo que no cambian el guion. ¿Y te has comprado unos zapatos negros? ¿Es que no sabes que rosa y negro van fatal?

No me di cuenta, dice Elena mientras se pasa el vestido por encima de la cabeza.

No me he presentado. Aquí me llamo Nieve.

Se saludan con un beso. Elena desenrolla el vinilo y lo estira para que le calce al cuerpo. Se pone los zapatos y se mira al espejo. Mucho mejor que como le quedaba en lo de Alicia. Claro, el efecto de los tacos: el culo arriba, la panza adentro, la espalda recta. De reojo, nota que la chica la sigue mirando.

¿Todas usan otro nombre?, pregunta Elena.

Nieve frunce los labios hacia un lado antes de asentir.

¿Entonces me tengo que poner uno?

Sí, por supuesto. Te lo debió haber dicho Giulietta, pero se le habrá pasado. ¿Cómo te gustaría llamarte?

No sé… ¿Claudia?

¡Es nombre de chacha!, Nieve estalla en carcajadas.

Entonces no sé, tendría que pensar.

Decídete, cariño. Esta noche te empezarán a llamar de algún modo.

Elena se queda quieta, dobla los brazos en el pecho. Me tendrían que haber avisado así lo pensaba un poco, ¿no?

No te preocupes tanto. Aquí eres tu propio jefe. Ya lo verás.

No se me ocurre ninguno.

¿Qué te parece Coral?

No sé… es raro.

Es la idea. Que sea artificial. A mí no me ha costado porque mi nombre en vasco significa nieve.

¿Y cómo es en vasco?

Edurne.

Qué lindo.

Gracias.

¿Entonces Coral?

Como si te lo hubieran elegido tus padres.

Se ríen. Elena se saca el corpiño y lo guarda en el bolso. Nieve abre los ojos sorprendida y exclama: ¡tienes unas tetas perfectas!

¡No!, se excusa Elena. Son demasiado grandes. Es que aumenté mucho de peso.

Solo preocúpate por conservar las curvas, no el peso.

Elena se queda pensando en el comentario, iluminada.

Ni una sola estría, dice Nieve, apoyando las yemas en la piel que deja libre el escote. Sabes que te cubrirás de estrías cuando tengas niños, ¿verdad? ¿A que piensas tener niños?

No sé, no creo.

Yo sí que voy a tenerlos. Cuatro. Y una casa junto al mar en el País Vasco.

Nieve se para frente al espejo y abre un estuche de cuero que lleva bajo la axila. Saca un lápiz y remarca sus labios finos.

¿Estás casada?, pregunta Elena. Le hubiera gustado preguntarle si alguien de sus conocidos sabía que trabajaba ahí, pero es demasiado pronto.

Casada con mi trabajo. Pero no éste. Ya te contaré. Ahora date prisa que empiezan a llegar los clientes.

Las chicas vuelven a la sala. Cuando se separan, en el acceso a la barra, Nieve mueve los dedos en un saludo. Frente a la caja, hay una mujer de unos cincuenta años con un bronceado de cama solar y el pelo teñido de naranja. Se presenta como Amalia. Tiene la voz vencida por el cigarrillo. Le explica a Elena lo que tiene que hacer. Servir champagne a las chicas, cerveza o whisky a los clientes y anotar en un cuaderno el nombre de la copera.

Todavía no me sé el nombre de ninguna, aclara Elena.

Ellas vendrán a ti al principio, hasta que las conozcas. Te pedirán su copa y lo que quiera el cliente. Con el tiempo, puede que tengas que hacer de camarera, pero por ahora, solo ocúpate de la barra.

¿Lo único que toman los clientes es cerveza o whisky?

También toman tragos y vino, aunque muy poco. Pero de los tragos me ocupo yo. Como la mayoría son habitués, me los piden a mí, pero si alguno te lo pide a ti, me lo derivas y yo lo sirvo. ¿De acuerdo? Ah, y tampoco debes tocar dinero. Es asunto de los encargados.

Elena asiente y memoriza todo lo que puede, concentrada.

La noche pasa rápido. Cuando llega la hora de cerrar, apenas puede estar de pie, pero no tiene plata para un taxi ni ganas de esperar el colectivo así que vuelve caminando. Doblada en uno de los bolsillos internos de la billetera, encuentra la carta que le escribió a Blanca desde el avión, volando hacia España. Elena había pensado en dársela apenas llegara, pero ahora que la lee de nuevo, le encuentra un montón de frases cursis y repeticiones.

Ya en lo de Alicia, después de cenar lo que Blanca le dejó en un bol para microondas, Elena reescribe la carta con letra prolija.

CAPÍTULO CUATRO. CARTA A BLANCA

A dos mil km de la plataforma continental, 2 de julio de 2002

Querida Blanca:

¡Hola, che! Por fin estoy sobrevolando el charco y como siempre que hago algo importante, te lo cuento por carta. Sé que me vas a estar esperando dentro de unas horas en el aeropuerto, pero igual, no aguanto las ganas de verte y de que hagamos todas las cosas que nos venimos prometiendo desde que te fuiste. ¿Sabés que hasta último momento no me renovaban el pasaporte? Me aclararon que, de todos modos, aunque yo tenga la ciudadanía italiana, los derechos plenos de la comunidad europea los voy a tener cuando haya estado tres años allá. ¿Podés creerlo? Yo les dije que voy de visita y que por eso tengo un pasaje de regreso. Se ve que todos les dicen lo mismo porque sin que yo les preguntara me dijeron que para iniciar cualquier trámite de residencia me iban a pedir lo que ellos llaman "bolsa de viaje", que es una cantidad de plata para demostrar que tenés lo suficiente para mantenerte. ¡Y resulta que es un montón! Por suerte, mi papá me pudo prestar esa cantidad, pero a condición de que se la devuelva cuando haya terminado el trámite. Así que no es plata con la que cuente porque la tengo que depositar en una cuenta apenas llegue y mostrar el monto cada vez que lo necesite para los trámites y después, devolverlo.

O sea que, para arrancar, solo tengo la plata que me regalaron para mi cumpleaños y algo que había ahorrado cuidando el bebé de una vecina, pero en euros es muy poco y voy a necesitar trabajar enseguida.

Me hubiera encantado que nos fuéramos de viaje por un año, aunque creo que vamos a tener que esperar. Por ahora, mi idea sería que las primeras semanas paseemos un poco por la ciudad y nos pongamos al día entre nosotras, y ya después de eso, buscar trabajo, iniciar mis trámites para

quedarme allá y estudiar para la Selectividad. Lástima que no llegué al primer llamado, pero bueno, al menos voy a llegar al segundo. Ahora que sé de qué se trata el examen, no puedo creer que hayas sacado esas notas. Aunque para ser sincera, lo que no puedo creer es que, siendo tan inteligente, me hayas elegido de amiga.

Mis padres dicen que en cuanto se recuperen un poco con la plata, me van a venir a visitar, que siempre soñaron con conocer Europa y que, si ellos no pudieron, al menos, lo haga yo.

Mi papá también está preocupado porque yo deje los estudios. ¡Quién lo entiende! Desde el año pasado me dice que tengo que buscar trabajo y que con estudiar no alcanza y que me vaya del país. Y cuando le digo de hacer una pausa para conseguir un trabajo y luego retomar los estudios, se agarra la cabeza. Menos mal que voy a arrancar todo de cero allá, al menos, no me va a estar controlando cada paso. Pero también me dice que estar en Europa y no conocer varios países es una picardía porque es una oportunidad que no se te da dos veces en la vida. Así que voy a tratar de seguir un poco mi suerte porque sus consejos me marean. Tengo 19 años y es hora de que empiece a tomar sola las decisiones importantes. Por suerte, arranqué y dejé Abogacía el año pasado. Si no, todavía estaría considerando cosas que no tienen nada que ver conmigo. No quiero hablar mal de la carrera en sí porque creo que vos vas a ser una excelente abogada. Simplemente, no es para mí.

Te cuento que desde que empecé el curso en Fotoclub, me lo pasé sacando fotos de edificios, plazas, monumentos, estaciones de tren, puentes, así que un día, el profesor me hizo notar que mi gran interés estaba en las construcciones y que quizá tenía vocación de arquitecta. Fue una revelación para mí, y voy a seguir su consejo y pedir Arquitectura como primera opción en la Selectividad. Ojalá me saque una nota que me permita entrar a una buena universidad, y por supuesto, ojalá me guste la carrera. Estuve mirando el programa de Arquitectura y me gusta bastante, pero claro que con los títulos de las materias no alcanza para saberlo. El futuro dirá. Mi papá quería que hiciera el curso de orientación vocacional esta vez, para no equivocarme de nuevo, pero yo estoy convencida de que solo empezando la carrera lo voy a saber, porque de Abogacía me hacía una idea y después,

era otra cosa, nada que ver con las películas de juicios que nos gustan. Entonces, supongo que me puede pasar lo mismo con cualquier cosa que estudie.

Espero que te sorprenda para bien. A mi mamá le encantó la noticia, ella dice que me re ve como arquitecta, pero creo que es más su propia fantasía que una verdadera comprensión de mis deseos porque cada vez estamos más distantes ella y yo.

Te cuento que estoy bastante más gorda que la última vez que nos vimos, pero es porque estuve muy deprimida con lo que me hicieron mis dos ex (mi exnovio y mi examiga, a la que no le pienso volver a hablar en mi vida), y vos sabés que yo canalizo todo en la comida. Igual, hace poco leí en una revista que la mejor alimentación del mundo es la mediterránea, que casi sin hacer ningún esfuerzo, comés sano y liviano así que quizá, España, y en especial Barcelona, es mi lugar en el mundo.

Estoy sentada al lado de un tipo que no para de roncar. Voy a tratar de dormir las horas que me faltan para vernos y esta carta, aunque parezca absurdo, te la voy a dar en la mano.

Te quiere, tu amiga,

Elena.

CAPÍTULO CINCO. EL JAMONERO

El segundo día de trabajo en la barra, llegó diez minutos tarde, nerviosa y transpirada. Cuando vio a Nieve, se relajó. La rubia sonrió a la distancia y Elena le hizo señas de que iría a cambiarse.

En el baño había varias chicas, pero no quería iniciar una conversación con ninguna a menos que ellas se presentaran. Tenía miedo de que se extendiera demasiado y ya era tarde. Por suerte, la noche anterior le había servido de prueba para aprender a ponerse el vestido: lo frunció todo y una vez que se metió adentro, lo desenrolló sobre el cuerpo. ¿Había adelgazado? Era posible porque la jornada había sido exigente. Mucho tiempo parada, mucho calor, nada de comida entre horas y a pura agua. Lo bien que le vendría adelgazar por el solo hecho de estar ahí. No tener que pensar en la comida y simplemente, seguir el ritmo del trabajo.

Una vez que estuvo cambiada, se maquilló los ojos con una sombra clara y se pintó los labios de rojo intenso. A su lado, también frente al espejo, una chica le daba forma a la punta del pelo, apenas más largo que el de Elena, pero mucho más cuidado y brillante.

¿Eres nueva? Soy Catalina.

Yo, Elena.

Aquí me dicen Colombia. Tú, argentina, ¿verdad?

Sí.

Seguro que tienes familia italiana, como todos los argentinos.

Sí, mis abuelos eran italianos y tengo el pasaporte.

¿Y hablas italiano?

Elena dijo que no mientras se retiraba el pelo de los hombros.

Solo entiendo.

¿Entiendes si dos italianos hablan entre ellos?

No, pero…

La colombiana se largó a reír.

¡Entonces entiendes lo mismo que yo!

Mi papá hablaba italiano en mi casa cuando era chica y...

Colombia la interrumpió.

Igual no es que el pasaporte te sirva de mucho.

En realidad, sí.

Hace ocho años que vivo aquí y no tengo pasaporte europeo, no sé bien por qué lo dices.

No quiero tener problemas si me para la policía y además, estoy tramitando la residencia. Me gustaría quedarme a vivir acá.

No pasa nada. Está lleno de extranjeros. Yo tengo la mitad de mis papeles al día y puedo caminar por la calle sin problema y en cuanto a este lugar, nunca tuve rollos con los dueños.

Lo que pasa es que también quiero estudiar.

Puedes estudiar sin el pasaporte europeo.

Ah…

Quiero decir que no te hagas ilusiones de que tendrás algún tipo de privilegio. Ya ves, no has conseguido otro trabajo que este.

Es verdad.

Quizá cuando termines tus estudios, la situación cambie.

Falta tanto para eso.

El tiempo vuela. ¿Y tienes chicos?

Desde que trabajaba ahí, era la segunda vez que alguien le preguntaba algo relativo a chicos.

¡No!, dijo Elena, alarmada.

Pues no es una cosa tan rara.

¿Vos sí?

Claro. Dos. Rony, de 10, y Milena, de 9.

Ah, los tuviste re joven.

No tanto. Tengo 32.

La colombiana levantó el mentón como si esperara alguna excusa, pero Elena no supo qué decir.

Pues bienvenida, aquí vas a trabajar muy bien, dijo Colombia mientras se limpiaba el rouge de los dientes. Se roció con un perfume extradulce y cruzó la puerta.

Hacía demasiado tiempo que Elena estaba en el baño así que se apuró a guardar sus cosas y salir. Su compañera en la barra, Giulietta, fue menos simpática esta vez, pero eso no la sorprendió. Era la típica chica hermosa que no necesitaba esforzarse. Le alcanzaba con mover el culo, los rulos apretados y abrir y cerrar sus ojos gatunos para conseguir la atención de cualquiera.

Perdona, se disculpó Giulietta. Es que no he dormido anoche. Ha venido mi novio de Italia y nos hemos ido de marcha. Además, hace días que estoy empollando y siento que la cabeza me explota.

Ah, ¿sí? ¿y qué estudiás?

Abogacía, contestó Giulietta y Elena tuvo que apretar los dientes para que la sorpresa no se trasluciera en el tono de su voz. Ya la había sorprendido la forma de expresarse de Nieve, pero esto la desconcertaba. No se imaginó que una estudiante europea eligiera un trabajo de tantas horas y en un lugar como ese. ¿No tenía familia que la apoyara? ¿Una beca? Esperaba que en cuanto le salieran sus papeles y la aceptaran en la facultad, las becas empezaran a ser una posibilidad para vivir. O un trabajo de media jornada. Claro que no había visto ninguno todavía.

¿En la Pompeu?

Giulietta movió su cabeza, asintiendo y negando a la vez.

En la Universidad de Boloña, pero estoy en la Pompeu con un programa Erasmus.

Elena recordó un detalle. Cuando eligió Arquitectura en la Politécnica de Barcelona, lo hizo sabiendo que sería una opción difícil porque, como era una carrera muy solicitada, tenía un puntaje de corte alto. Solo los estudiantes que obtuvieran un promedio superior a 15 sobre 20 podrían ingresar. En esa ocasión, había leído que solo Abogacía en la Pompeu tendría un puntaje de corte más alto que su opción. Y esa era justamente, la carrera de Giulietta y la misma casa de estudios. O sea que la chica debía ser muy buena estudiante. Tan buena como Blanca, que había elegido lo mismo, a su pesar.

Quizá incluso, cursarían juntas algunas materias, pero Elena pensó que se sacaría la duda en otra oportunidad. Ahora prefería preguntarle lo que realmente le interesaba.

¿Y por qué trabajás acá?

Porque mola, dijo la italiana levantando los hombros. Luego dejó unas copas en la bacha y buscó un trapo. Se puso a canturrear algo que sonaba a flamenco mientras le sacaba brillo al mueble. Elena repitió para sí las últimas palabras. Los ojos se le iban siempre hacia la chica. ¿Porque mola qué?

El lugar tardó en llenarse y Elena tuvo tiempo de mirar todo aquello con lo que tendría que familiarizarse. Desde su perspectiva, ya se le hacía un lugar propio, manejable. La caja a la derecha, en el rincón de Amalia. Las copas colgadas boca abajo; los chopps, de sus manijas; los vasos de whisky, en el primer estante. Los vasos finos, uno más arriba. En la heladera, champagne de primera línea; abajo, el que tomaban las chicas; luego, cervezas y en un compartimento de la derecha, latas de gaseosa, bebidas sin alcohol como guaraná y ginger ale. Sobre la mesada posterior, las botellas de whisky, ron, vodka, gin, algunos vinos, el enorme espejo. En la mesada frontal, el cuaderno para anotar las consumiciones, el mármol negro impoluto, la bacha. Del otro lado, el caos. Unas veinte chicas repartidas en mesas y banquetas, la alfombra púrpura, la luz rutilante que hacía de ese, un lugar en el que uno querría permanecer, siempre y cuando estuviera alegre. La música ambiental estaba bastante bien. *Molaba*. El tiempo pasaba más rápido de lo que se hubiera imaginado y eso ya era un buen punto para valorar un trabajo.

A eso de las nueve, Giulietta descorchó una botella que le invitó un cliente con el que había coqueteado un rato. Elena se acercó para servirles el champán, pero en cuanto la tuvo cerca, la italiana la frenó con la mano.

Vete a otro lado, guapa.

Elena retrocedió avergonzada, haciendo conjeturas sobre lo que había pasado. Quizá el tono le había resultado agresivo. ¿O había tardado mucho? Se puso a ordenar las copas otra vez y procuró estar atenta a cualquier demanda. Amalia llegó una hora después y desapareció en la oficina de Sergio,

así que Elena no pudo saludarla. Se había imaginado que el lugar sería más organizado, pero no. Esperaban que ella aprendiera sola. Se repitió el breve instructivo: servir champan a las coperas y cerveza, vino o whisky a los clientes. Si alguno de ellos pidiera un trago, pasárselo a la encargada. Anotar el número de copas vendidas junto al nombre de la copera correspondiente en el cuaderno rojo. Derivar los pagos a la encargada. Limpiar vasos, copas, bacha y mesada. Mantener el brillo del espejo. No era mucho. Y era sencillo.

Al limpiar la barra por enésima vez y luego de haber atendido los pedidos de varias coperas, notó que Giulietta ya no estaba. Su cliente tampoco. Lo había visto pagar, pero no salir. Se acercó a Amalia y le preguntó si su compañera volvería y ella le dijo que quizá, pero que igual con ella sola alcanzaba. Elena volvió a la barra y trató de disimular su inseguridad.

Ponme una copa, dijo un hombre. La voz le temblaba y el pulso también.

¿Para qué chica?, preguntó Elena con timidez.

¿Es que no puedo tomar champán sin tener que invitar a una golfa?

Elena no contestó. Buscó con los ojos a Amalia, pero la mujer estaba ocupada con las cuentas y ella no la quiso interrumpir. Le sirvió la copa al cliente y le dijo que tendría que poner el nombre de alguna chica, aunque no quisiera compañía.

Pon el tuyo, me da igual.

Ella escribió su nombre de ficción en el cuaderno. Le costaba volver su letra legible. Revisó la lista y descubrió que ya estaba incluida en ella, pero no decía Coral. Decía: “la argentina nueva”. O sea que los dueños esperaban que se hiciera invitar. Sin duda, iba a tener que ser su propio jefe, porque acá nadie le explicaba nada.

Tenía su primera copa, aunque no hubiera hecho nada para ganársela. ¿Debería contárselo a los jefes? Una copa eran 20 euros de comisión. La comida de varios días. Sonrió con timidez y escribió *Coral*, al lado de “la argentina nueva” e hizo una cruz.

Más tarde, notó que Nieve discutía con un cliente y luego se levantaba, dejando la silla sin acomodar. Ya en la barra, sentada en un taburete, le explicó que el hombre no quería pagar. El cliente hacía movimientos agresivos frente al encargado, que se había acercado a su mesa.

No querría estar en sus zapatos si no tiene dinero, dijo Nieve.

Elena se secó las manos. Prefería no indagar demasiado en ese terreno.

¿Tú cómo vas?

Me equivoqué varias veces porque Giulietta desapareció.

Habrá salido. ¿Y Amalia?

Va y viene.

¿Te has apañado solita?

Elena asintió. ¿Debería contarle lo de la copa? Repasó de nuevo la mesada, pero antes de alejarse lo suficiente le preguntó si las de la barra también podían hablar con los clientes.

Claro, pero es menos frecuente porque están muy ocupadas. Además, de este lado no las miramos bien cuando lo hacen. Solo les damos licencia para hacer una que otra copa.

Giulietta se hizo invitar una botella a los cinco minutos, dijo Elena.

Lo que da ser guapa, ¿no?

Elena se sintió ofendida por esas palabras. ¿Le estaba diciendo fea en la cara?

A mí hace como dos meses que no me invitan una botella, pero cuando tenía tu edad, un día me compraron cinco en una sola noche. ¿Puedes creerlo? Cinco botellas es un pastón. Entonces, me tomé unas minivacaciones en Ibiza.

Wau… ¿Y hace mucho que trabajás en las barras?

Cumplí 28 el lunes y comencé a los 18 así que saca la cuenta.

Diez años.

Demasiado. Después te acostumbras y ya es tarde para corregirte.

No me digas eso.

Pues sí. Así que no te dejes convencer de venirte para este lado, ¿me oyes?

Elena la miró confundida. No le quedaba claro si la protegía o trataba de evitar la competencia.

Tengo entendido que me puedo quedar en la barra todo el tiempo, ¿es así?

Pues, a decir verdad, nunca te hacen pasar, pero todas lo eligen. Es que de este lado está el diablo, que es el dinero. Lo sabes ya, ¿no?

Elena frunció las cejas.

De veras eres inocente, dijo Nieve, peinándose con los dedos y girando hacia un cliente que la miraba. Cuando te pida una copa, por favor, ponme ginger ale. Debes buscarlo en la heladera de abajo, junto a las cervezas y servir discretamente en la copa. Como tiene el mismo color que el champán, no se nota y nosotras nos evitamos la borrachera cada noche. ¿Has comprendido?

Elena asintió, mientras enjuagaba unos vasos. Sacó el polvo de algunas botellas de whisky y ron. Tenía que llenar el tiempo y al contrario de lo que había sentido el día anterior, esta vez, no se pasaba nunca. La italiana no volvía y quizá no lo iba a hacer. Qué raro que no le hubieran dicho nada. Además, si alcanzaba con una sola bartender, para qué contratar dos. Sergio caminó hasta el mostrador y le dio un beso. Ella hizo sonar los labios en el aire.

¿Cómo te está yendo? ¿Quieres pasarte por la ofi en un ratito?

Elena dijo que sí en un murmullo. Esperaba que no la fueran a echar. Aunque a lo mejor, finalmente le iban a explicar lo que había pasado con Giulietta. No. De veras eres inocente, le había dicho Nieve. Y lo era. Por supuesto que la iban a echar. Si había llegado tarde el segundo día. Si había hecho enojar a su colega cuando le pidió una botella. Pero era injusto. También la habían dejado sola. ¡Antes de cumplir una semana!

Ven, siéntate, le dijo el hombre en cuanto la vio entrar.

¿Pasó algo?

No, no. Solo quiero comentarte que hoy va a venir Jerónimo. Es un cliente de muchos años y te invitará una botella.

Ella tragó saliva. ¿Tan rápido?

Lo hace siempre con las chicas nuevas.

Ella resopló y se preguntó cómo iba a resistir el champagne sin emborracharse a la segunda copa.

Una botella es mucha plata, ¿no?

El hombre le sostuvo una mirada paternal.

Una botella cuesta 80 euros, es el equivalente a cuatro copas, y el cliente no paga su trago. Son 32 euros para ti. Y en cuanto a Jerónimo, nada, solo sé cordial con él. Te pedirá que lo escuches, se ordenará un scotch y nada más.

Ella dijo que sí. Temblaba. Volvió a la barra. Le costaba respirar. Cada vez que se abría la puerta miraba hacia el fondo y reprimía las ganas de esconderse. ¿Y si dejaba eso y volvía a buscar trabajo en un bar convencional? Seguro pedirían experiencia. Tal vez, cuando cumpliera 21. O cuando adquiriera unos mínimos conocimientos de coctelería, pero ¿podría ponerlo luego en su currículum? "Experiencia en barra americana". Trató de pensar en otra cosa. Llenó un vaso de coca y se lo tomó. Le hubiera gustado emborracharse, pero Amalia le había dicho que no podía tomar alcohol a menos que la invitaran.

A la media hora, llegó un hombre bajito y canoso. Saludó a varias coperas con un beso y a otras con una palmada en el culo. La encargada le hizo señas con las dos manos en alto y el hombre trotó hacia ella.

El jamonero, dijo Nieve.

¿Por qué el jamonero?, preguntó Elena.

Es dueño de una cadena de frigoríficos.

Se rieron juntas.

Tiene un pastón.

Elena se mordió las mejillas por dentro.

Seguro que pedirá por ti. ¿Te lo han dicho?

Sí, me lo explicó Sergio.

El hombre se acercó y le preguntó cómo se llamaba.

Elena.

Qué bonito nombre. ¿Con h o sin h?

Sin h. Recordó tarde su nombre de ficción: Coral.

Pues a mí me gusta más con h.

Entonces por hoy puedo ser Helena con h, dijo ella y se inclinó contra el mostrador.

Nunca se imaginó capaz de actuar así.

Por mí, fantástico. ¿Sabés cómo me llamo yo?

Ella negó con la cabeza y se incorporó rápido.

Jerónimo. Pero aquí todos me dicen “el jamonero”. Deberían haberte prevenido.

El hombre frunció las cejas y miró hacia los costados como buscando a alguien.

Bueno, sí, sí que lo sabía.

Pues claro, sonrió aliviado. Soy el cliente más antiguo de Monte Adriano.

Ah…

Y el más fiel. ¿Te han dicho que suelo invitarles una botella de champagne a todas las chicas nuevas?

No sabía qué esperaba que respondiera. Supuso que sí. Que querría saber que habían hablado de su riqueza. Entonces sonrió.

Veo que lo sabes.

Sí.

Tú, tranquila, que no muerdo. Solo tienes que quedarte conmigo un rato.

Ella respiró hondo. ¿Qué se suponía que haría al lado de él? Seguirle la corriente. Qué más.

Ponte una copa, dijo el hombre, levantando la voz.

Elena no supo si servírsela ella misma o pedírsela a Amalia, pero como por arte de magia, Giulietta reapareció a los trotes desde la puerta y saludó a Jerónimo con un abrazo apretado.

Esta chica no sabe si prefiere una copa o una botella, dijo el jamonero. ¿Tú qué dices?

La italiana le sostuvo la mirada como en un juego. Se metió en la barra y sacó de la heladera una botella de Moët & Chandon y tres copas frías. Se subió a la mesada en un salto y se sentó con las piernas cruzadas. El tajo del vestido dejó asomar un pedazo de su muslo bronceado. Elena estaba paralizada, esperaba alguna indicación. El hombre propuso que hicieran un brindis y le puso la copa en la mano. Después de brindar, él y la italiana vaciaron sus copas de un solo trago. Elena apenas probó la suya.

Hoy te tienes que poner como una cuba. ¿Me has entendido?

Los ojos del jamonero tenían un brillo inquieto.

Elena terminó su copa y él la volvió a llenar enseguida. Giulietta se acomodó en la barra y reclinándose apenas, la besó en la comisura de los labios. Elena mantuvo los ojos abiertos y notó que no había nada amable en su juego. Miró de nuevo al cliente, las tres copas y entendió.

****

A la salida, compartió el taxi con Nieve quien, desde el momento en que cruzaba la puerta, se hacía llamar Edurne.

Bajemos en Katmandú. Estoy súper cachonda hoy.

Edurne le explicó que el Katmandú era un boliche muy popular del barrio gótico al que ella iba desde que se había mudado a ese piso, hacía unos dos años. Iba siempre en la semana para entrar gratis. A Elena le encantó la idea. Estaba aturdida y un poco borracha. La soltura de Edurne era lo que necesitaba. Le daba curiosidad ver cómo una chica se buscaba a un hombre con tanta determinación. Le parecía que Edurne era la persona que ella había estado necesitando para aprender todo sobre el sexo. Una hermana mayor. Y esa noche, sus ganas de bailar no eran otra cosa que ganas de conocer a algún chico. ¿Pero cómo? ¿Se ponía a bailar, miraba a uno, a otro y listo? ¿Se pedía un trago, sola en la barra, esperando que le invitaran el segundo? Elena había tenido dos novios en el secundario, pero no había llegado a acostarse con ninguno. El primero no le gustaba mucho, pero era el único

chico que había mostrado interés por ella. Era muy extraño, hacía ruido cuando comía y le chupaba la nariz cuando la besaba así que antes de cumplir un mes, ella le pidió que dejaran de verse. El segundo se había mostrado interesado en ella un día que les tocó hacer un trabajo práctico juntos, pero Elena se enamoró tan rápido de él que enseguida la relación se volvió desigual y ella empezó a ponerse insegura y demandante. El chico le decía que estaba gorda y al mismo tiempo, la presionaba para que cogieran y eso hizo que ella nunca se sintiera cómoda con su cuerpo desnudo frente a él. Un día se cansó y la dejó. Elena lo empezó a perseguir en los recreos, a la salida del colegio, le escribió 10 cartas pidiéndole que volvieran, pero a las pocas semanas, él empezó a salir con una de sus mejores amigas. Ella los descubrió besándose en el curso un día que faltó el profesor de Historia y tuvieron hora libre. Se deprimió tanto que no pudo saludarlos de nuevo y empezó a aislarse y a pasar largas horas en su casa, frente a la tele, y subió mucho de peso en pocos meses. Ahí empezó una nueva etapa de dietas infructuosas que terminaban en atracones de comida y de éstos, a meterse los dedos en la garganta para vomitar. A la culpa por perder el control, le seguía un alivio fugaz y después, el doble de culpa.

Cuando arrancó el UBA XXI le tocó cursar con la pareja de su exnovio y amiga y como los veía en las tutorías quincenales, empezó a faltar y se propuso rendir las materias con el mínimo acompañamiento posible. En el cuatrimestre siguiente, el primero del 2001, cursó las últimas materias que le quedaban del CBC, y como no coincidió con ninguno de los dos, pudo empezar a olvidarse de ellos.

Dejó las dietas y de darse atracones y no volvió a vomitar. De a poco, fue recuperando la tranquilidad. Pero su exnovio la buscó de nuevo cuando ella ya estaba en Abogacía; le dijo que estaba confundido y que quería que se dieran una segunda oportunidad. Un día, después de que se besaran en el cuarto del chico por un rato largo, él le confesó que quería acostarse con ella porque todavía era virgen y no quería darle una mala impresión a su novia, y que para eso la había llamado, para estar con alguien que le diera confianza. Elena no pudo responder, pero, al día siguiente, lo llamó y le dijo que no quería verlo nunca más y aunque supuso que no era importante para él, a ella le dio valor para tomar decisiones radicales. Dejar Abogacía fue una; venirse a España, la otra.

Algunos me dicen que soy medio bruja, dijo Edurne, y como un chasquido, la palabra “bruja” devolvió a Elena al presente.

…pero yo prefiero pensar que soy un hada. Aquí en España no es nada común mi tipo. ¿Tú qué crees?

No, en general son petisas y morochas, dijo Elena.

Caminaron hasta la Plaza Real, el corazón del barrio gótico, donde vivía Edurne. La plaza estaba todavía bastante transitada, aunque fueran ya las cuatro de la mañana. Varios locales de venta de comida y bebida seguían abiertos y la entrada del Katmandú, tal como indicaba el enorme letrero luminoso de la puerta, ostentaba incluso una cola para el ingreso. Y eso, un miércoles.

Entraron gratis, dejaron sus sacos en el vestuario sin pagar y les ofrecieron una consumición sin cargo, por lo cual Elena empezó a pensar que serían las únicas mujeres. Cuando se asomaron a la pista, de hecho, no pudo reconocer a más de dos o tres. Los hombres eran de todas las edades y le resultaban más inclasificables que los que iban a Monte Adriano. Sintió el gusto de la libertad; la opinión que ellos pudieran tener de ella no le importaba.

En Barcelona la noche nunca se pone, dijo la chica. Es una ciudad para gente como yo, por eso no me he podido ir aún.

Es muy divertida, sí.

Edurne hizo un gesto de aprobación. Yo soy medio vampiro. Tú no prefieres la noche, ¿verdad?

Ah, no, para nada, yo soy una alondra.

Lo pareces.

Elena se echó para atrás, no esperaba ese tono despectivo. No era una chica de la noche, ¿y? ¿Qué valor podía tener eso? Además, las dos trabajaban de noche así que era una alondra adaptada.

Edurne caminó hasta el bar y ella la siguió con los ojos mientras compraba su trago y volvía.

Compartamos este. Es un Bloody Mary. Lo he pedido de morbo.

Elena lo probó. Qué asco. Parecía un gazpacho. Pero más dulce y menos ácido.

¿Qué trago te gusta? ¿Has probado el Manhattan? Es una pasada.

Elena no pudo responder. No sabía ni de lo que hablaba.

Pues sí que te falta noche, guapa.

Esta vez, su comentario vino acompañado de un tono amable, así que Elena tomó un sorbo del Bloody Mary sin preocuparse por decir algo inteligente. Solo bebió medio vaso. Le gustó.

Un tipo alto se acercó a Edurne y le susurró algo en el oído. Los ojos de ella se encendieron y movió la cabeza diciendo que sí. Se inclinó contra Elena y señaló la puerta de salida.

Es que los vikingos son mi debilidad.

Elena se sorprendió. No habían pasado ni 20 minutos desde que estaban ahí. Pero sabía que no tenía sentido intentar retenerla. Edurne la besó en la mejilla y le dejó un resto de saliva. Elena los miró irse, confundirse con otras personas de la pista. Todavía tenía la mitad del vaso lleno. Lo bebió hasta el final e hizo jugar los hielos en la boca. Taconeó al ritmo de la música. Si al menos fumara. ¿Qué podía hacer? No tenía sueño y Blanca no estaba en la casa. Podía ver una película, pero la tele estaba en el living y no quería que la madre de su amiga la encontrara ahí. No veía la hora de mudarse a algún lugar por su cuenta. Pero claro que, para eso, tenía que cobrar.

Dos hombres se acercaron y le preguntaron de dónde era.

De Argentina.

¿Quieres tomar algo?

Ella asintió con una sonrisa y caminaron hasta la caja.

¿Qué te apetece?

Un Manhattan.

Te gustan los tragos caros.

El barman le sirvió el pedido y ella tomó un sorbo que le quemó la garganta, pero fue un calor reconfortante para el resto del cuerpo. El otro, que hasta entonces había permanecido en una esquina, se incorporó y le quitó el vaso de la mano, tomó un poco, chupó uno de los hielos y lo escupió de nuevo adentro.

Ahora ya no quiero tomarlo, gracias, se quejó ella.

Pues para qué has lo has pedido.

Elena se disculpó, desorientada. Uno de ellos sacó un cigarrillo y le ofreció el paquete, pero ella lo rechazó girando su cuerpo hacia el otro hombre, que parecía más educado.

¿No quieres un poco de mi bebida?, preguntó él.

No.

Ella lo estudió. No era lindo, pero tampoco feo. El hombre la rodeó con el brazo por la cintura y con la boca todavía mojada, la besó, y después le lamió la pera y el cuello. Ella cerró los ojos y dejó que la acariciara. Una lengua se hundió en su oreja y abrió los ojos de golpe. Era el otro, el rezagado. Se quedó dura por un momento que se le hizo eterno. El que estaba de frente se apretó contra su cuerpo y atrajo al amigo hacia ellos para que apoyara la pelvis contra el culo de Elena.

No todos los días te toca una mujer con tanta carne. Qué buena estás, dijo el hombre.

Elena notó cómo el otro se esforzaba por estar cerca de ella. Vio su cara de placer desesperado, vicioso y se sintió magnética, aunque dueña de un poder que no podía manejar porque hasta entonces, no sabía que tenía.

Un vaho de sudor y ropa mugrienta la llenó de repulsión. Juntó los brazos contra el pecho y con los codos, presionó sobre el de atrás. Se abrió camino hacia la calle corriendo rápido entre la gente, pero perdió el equilibrio y tuvo que parar. Buscó apoyo en una columna y ahí se recostó hasta que distinguió de nuevo a los dos hombres. La luz del amanecer entró por la puerta y con ella, la brisa marina, que le dio ánimos para salir. La madrugada era amigable. No hacía frío. Podía volver caminando.

Entró a lo de Alicia, la mamá de su amiga Blanca, en puntas de pie. Sabía que la mujer iba a madrugar porque viajaba a un congreso en Washington por el que se ausentaría dos semanas. Era el tiempo que Elena necesitaba para encontrar un lugar y mudarse sin tener la presión de encontrársela cada mañana. No la había echado, pero ya hacía demasiado tiempo que estaba de visita. Por suerte, esa tarde, Blanca le había traído el número de una habitación muy barata que alquilaban en Nou de la Rambla y Parallel, en pleno barrio del Raval. Elena tenía miedo de que se tratara de un engaño y

le fueran subiendo el precio con un montón de extras, pero si no era así y podía quedarse en ese cuarto, tendría una cosa menos de la que ocuparse.

Se acostó, pero no pudo conciliar el sueño. Al rato, oyó la cerradura. Reconoció los pasos de Blanca por el living y sus manos, que la empujaron para hacerse un espacio en la cama.

CAPÍTULO SEIS. FESTA POPULAR

Se despertó al mediodía, anudada a Blanca en un abrazo incómodo y la sacudió para que se levantara. Los encargados de la habitación en alquiler le habían pedido que pasara antes de las tres.

Blanca y Elena desayunaron en el Burger King más cercano a Nou de la Rambla con la promesa de comprar el menú con el menor contenido calórico de la carta: el de panceta y huevo era también el más nutritivo así que pidieron ese y edulcorante y leche descremada para el café. Se prometieron aguantar hasta las cuatro o cinco sin comer y tratar de unificar la merienda y la cena en una sola comida. Si bien a los ojos de Elena, Blanca era bastante delgada, cada vez que ella le decía que estaba a dieta, despertaba en Blanca una obsesión por su peso mucho mayor incluso que la suya, aunque su voluntad fuera nula. Como a Elena le gustaba sentirse acompañada, la incentivaba igual a hacer dieta juntas, pero Blanca la rompía a los pocos días.

Después de comer, pasearon un poco por El Raval. Blanca le había dicho que era el barrio más peligroso de la ciudad, aunque a Elena no le pareció para tanto. La mayoría de los edificios eran antiguos y se notaba que había crecido más de la cuenta. A Elena le resultó tan bello como una postal de los años veinte, con artistas callejeros y gente conversando en la vereda, pero Blanca le dijo que no idealizara la ciudad porque recién llegaba y era imposible no tener amor a primera vista por Barcelona, pero ya casarse con ella era más difícil. Eso la hizo reír, pero aceptó que estaba en la fase del enamoramiento y quizá por eso, tenía tantas ganas de quedarse a vivir ahí. Encontraba también en la conexión con esa ciudad, una explicación de lo que la motivaba a estudiar arquitectura: en cada persona veía un proyecto de vida; en las casas, una posibilidad de hacerlo realidad.

Subieron por Nou de la Rambla, una de las calles más importantes del barrio y la comunicación directa con la Avenida del Paralelo y la entrada al subte.

El edificio en donde estaba el cuarto en alquiler era tan viejo como varios de los que venían viendo, pero peor mantenido que la mayoría. Se notaba que hacía décadas no pintaban las paredes ni barnizaban las ventanas y postigos. El tragaluz tenía un papel de diario cubriendo la rotura de los

vidrios; el picaporte estaba sujeto con un alambre por el pasador del tornillo. Esa imagen, en lugar de atemorizar a Elena, atenuó algunas de sus inseguridades, porque entonces se justificaba que el precio del alquiler fuera tan bajo.

Elena golpeó la puerta, el timbre no funcionaba. Las cortinas ondulaban por encima del balcón del cuarto piso. Una chica se asomó y les dijo que ya bajarían a abrirles.

Por el pasillo, se dibujó una sombra. Una vez que se acercó del todo, Elena distinguió a un chico, que gritó:

¡Esperad! Que no van bien las llaves.

Cuando se abrió la puerta, el chico les tendió la mano con una sonrisa. Era alto y muy flaco, de una belleza clásica. Los dientes eran blanquísimos y sus labios gruesos y planos tenían las comisuras tan rectas que parecían dibujadas.

Es igual a Val Kilmer, le dijo Blanca a Elena al oído.

Elena asintió con una risa entrecortada.

Soy Xavier, uno de los encargados. Se ajustó el cinturón y se metió la remera en un jean demasiado grande. Estaba descalzo y olía a sahumerio. Las hizo pasar y cerró la puerta principal inclinando todo su peso contra ella. Elena miró las paredes y los techos, el interior estaba mejor que la fachada. Sabía que se quedaría a vivir allí, así que buscaba descubrir alguna zona de verdad peligrosa; un pedazo de baranda ausente, un escalón roto. Subieron las escaleras, lo más lindo del edificio. De mármol rosado, anchas y de escalones bajos que no hacían tan duro el ascenso hasta el cuarto piso, el que iban a ver.

La puerta del departamento estaba abierta y Elena se preguntó si no le faltaría la cerradura, pero la miró sin pudor antes de cruzar el marco y vio que todo estaba en su lugar.

Este es el comedor, pero nadie lo usa, fue lo primero que dijo el chico, mientras señalaba una mesa con seis sillas que todavía conservaban el tapizado. Elena se fijó en el techo, lleno de tela de araña, del que colgaba una bella lámpara de caireles, y se acordó de algunos detalles del Modernismo que había estudiado para el examen de la Selectividad. Pensó que Blanca sabría con certeza de qué

época era, pero no siempre tenía ganas de dejarla ostentar todos sus conocimientos, así que no se lo comentó.

Esta es la sala y aquí se hace todo, dijo el chico, conteniendo la risa. Elena se detuvo en su mata de pelo espesa.

¿Son rastas?, preguntó ella.

No, que va. Vienen con el envase, dijo él.

Sus dientes volvieron a brillar. Toda su cara eran arrugas finitas fruncidas como con hilo y una barba de pocos días. Blanca pidió que les mostrara el baño y la habitación.

Claro, dijo Xavier. Por cierto, ¿cómo os llamáis?

Elena.

Blanca.

Xavier les agarró una mano a cada una y las retuvo entre las suyas, saludándolas. Blanca se soltó y salió por una puerta al balcón. Elena hizo un paneo desde un cartel enorme que decía “Festa Popular” hasta el respaldo de un sillón rotoso. Todo estaba lleno de trastos: instrumentos musicales, sombreros, posters con restos de cinta, un arco con flecha, máscaras y un trapecio.

¿El baño está afuera?

Sí. Eso es común aquí.

Xavier cruzó el ventanal de postigos. Ella lo siguió y trató de esconder el asco que le provocó el estado del inodoro y el lavamanos, pero él no dio ninguna explicación y pasó a mostrarles el camino hacia las habitaciones. La primera era la cocina: una bacha atestada, una heladera llena de pines y una mesa con cuatro sillas que todavía hacían juego. La segunda era la habitación de un tal Donat, el otro encargado. La tercera era de una parejita que según Xavier iba y venía.

No os los cruzaréis casi nunca. Ahora están de viaje por Israel, pero han dejado sus cosas. Son muy majos.

Al final del pasillo, un haz de luz.

Este será tu cuarto.

Elena se asomó. La puerta hacía tope contra el respaldo de una cama tan larga como la pieza. Una mesa pequeña sostenía un espejo con perchero. Había una silla y un ropero. Del techo colgaba un ventilador cubierto de bichos. Las ventanas eran originales, con vidrios repartidos a lo alto, de colores vivos. Elena pensó que eran lo más lindo del cuarto.

Blanca arqueó las cejas para consultarla.

Me gusta, me quiero quedar, dijo Elena.

Es pequeño, pero está bien montado. ¿Y cuánto cuesta?

Cien euros por mes.

Elena frunció el ceño.

No pensarán aumentar en cuanto me mude, ¿no?

No, lo mantendremos hasta el final. El piso está en sucesión y los dueños no pueden alquilarlo formalmente. Tenemos un acuerdo.

¿Y por qué no alquilaron el cuarto hasta ahora?, preguntó Blanca.

Pues porque somos muy selectivos, dijo el chico y levantó los hombros sin humor.

Ah, por eso nos aceptan a nosotras.

Elena la miró con sorpresa. No sabía que su amiga quisiera quedarse. Se lo había propuesto cuando llegó a Barcelona, pero Blanca no había mostrado ningún interés en dejar la casa de su madre.

¿Te vas a venir conmigo?

Blanca asintió, mordiéndose el labio inferior, pero enseguida aclaró que no sería de un día para otro. Elena metió la mano en su cartera y sacó cincuenta euros.

Págamelo todo junto luego, dijo Xavier y rechazó los billetes.

Elena dobló la plata y la guardó.

¿No nos atendió por la ventana una chica?, preguntó Blanca.

La Halima, sí, pero ella no vive aquí.

****

Elena se mudó el lunes. Blanca la ayudó a cargar la mochila en el taxi y le dio algunas bolsas con sábanas y toallas. Le dijo que iría casi todos los días a verla pero que seguiría viviendo en lo de su madre. Se despidieron con un abrazo y quedaron en hablarse.

A la tarde, Elena fue a buscar los resultados de la Selectividad. Hacía una semana que ya estaban disponibles, pero ella había anotado otra fecha cuando llamó para averiguar. De todos modos, la sorpresa más grande se la llevó cuando vio que sus notas eran excelentes, pero no había lugar para Arquitectura en la Universidad Politécnica de Cataluña, su primera opción. Podía elegir cualquier carrera de las que quedaban disponibles en esa institución o Arquitectura en la Universidad de Lérida. La noticia le cayó muy mal. No se lo esperaba para nada. La diferencia con la primera llamada a la Selectividad era de apenas cincuenta días. La primera había sido en junio, cuando ella todavía estaba en Buenos Aires así que llegó para la segunda, que era la fecha de remanentes y desaprobados. Había confiado demasiado en sus notas, pero las notas no alcanzaban. Lo que faltaban eran lugares, sobre todo para las carreras muy solicitadas como Arquitectura, así que volvió a considerar las ofertas. En Barcelona no había ninguna carrera que le interesara entre las que quedaban disponibles y Lérida era una ciudad de la que no había ni siquiera oído hablar. ¿Tenía sentido estudiar en una universidad mucho menos importante que la Politécnica o la Autónoma? Si esperaba un año, podría entrar en cualquiera de las dos, pero si arrancaba antes en la de Lérida, también podía pedir el pase en el segundo año lectivo y acreditar algunas materias. Era tan lejos que el sacrificio sería enorme.

Igual, decidió anotarse en Lérida para no perder la oportunidad de probar esa opción y esa noche, fue a Monte Adriano con la sensación de estar haciendo las cosas bien. Si podía mantenerse en la barra y juntar suficiente plata, quizá el año siguiente podría subsistir con ahorros y alguna beca de apuntes y no tendría que trabajar tantas horas.

Esa noche, en el recreo, salió a cenar con Edurne y otra compañera. Se llamaba Lupe y era de Lugo. Las chicas se pidieron un bikini completo y Elena, controlando el presupuesto, prefirió repetir

lo que más había comido hasta entonces: bocata de tortilla, una rareza para cualquier argentino, pero una delicia típica para cualquier viajante con poca plata.

Así que sos de Galicia. ¿Y de qué parte? ¿De las Rías Baixas por casualidad?, le preguntó Elena cuando les trajeron el pedido.

No todo Galicia son las Rías Baixas.

Es que mi mejor amiga siempre habla de ellas, porque ahí vive su abuela, y es un lugar tan melancólico, tan gris…

Los argentinos tienen muchos prejuicios con los gallegos.

Ese comentario me lo anoto, dijo Edurne. Tú sí que deberías escribir, Lupe, y no yo. Haces observaciones divertidísimas.

¿Sos escritora?, le preguntó Elena. Desde que había llegado, las personas con las que hablaba le despertaban una curiosidad enorme, como si cada una fuera la síntesis de un destino posible.

Sí y no. Llevo un diario con el que pienso hacer una novela, pero aún no la he empezado. También mando cartas.

¿Muchas cartas? ¿A quién?

A todo el mundo. Cualquier día de estos recibes una mía. Y si me respondes, pues te sigo enviando.

¡Qué bueno! Me encanta escribir cartas, dijo Elena. Con mi amiga Blanca, nos escribimos durante años. Yo fotocopiaba las mías y las unía a sus respuestas y así fui ordenando todo nuestro epistolario.

Eres la fantasía de un biógrafo, dijo Edurne, acariciándole la cabeza.

Elena dio otro mordisco y el sándwich se le desarmó en las manos.

Eso que comes te engorda y ya tienes bastantes quilos de más, la retó Lupe.

Elena bajó los ojos sobre el plato, avergonzada y rabiosa. No podía creer que alguien que apenas la conocía le dijera una cosa así. Miró a Lupe con saña. Tampoco era una belleza. No había dudas de que tenía un cuerpazo, pero de cara era feísima. Los ojos estaban demasiado juntos y la nariz

se le torcía hacia la izquierda. Sus dientes estaban oscuros del tabaco. Cualquiera podía adelgazar, pero la fealdad de Lupe no mejoraría con maquillaje. Al contrario, empeoraría con los años. Elena tragó el resto del sándwich casi sin masticarlo y lo bajó con el resto de la soda. Pidieron la cuenta y Edurne se apuró a pagar por las tres.

Hoy por vosotras, mañana por mí.

Volvieron a la barra antes de que se terminara la pausa.

Esa noche no hubo mucho movimiento. Cuatro clientes vinieron por salidas programadas y otros cinco se quedaron en el local, aunque no compraron más de dos copas cada uno. A la salida, Elena se juntó de nuevo con Edurne y Lupe y decidieron volver caminando. Edurne vivía en el barrio Gótico y Lupe, en el Raval, a pocas cuadras de Festa Popular.

El cielo estaba despejado. A mitad de trayecto, Edurne se acercó a Elena y la abrazó por la cintura.

Esa es la constelación de Orión, ¿la conoces?

Elena se reclinó contra su hombro, conmovida.

¡Joder!, ¡qué fácil eres de impresionar!, dijo Edurne. Te lo dije por decir, pues es la única que me sé.

La soltó y avanzó hasta Lupe. Las dos chicas se rieron a carcajadas y Elena se sintió desorientada de nuevo, como con el comentario sobre su peso. ¿Por qué la tomaban de punto? Lupe la miró por encima del hombro y largó el humo hacia arriba. Edurne le sacó un cigarrillo de la caja.

Si hay marcha, entremos a algún sitio. O vamos directo al Katmandú, a ver si vuelvo a ver a mi vikingo.

¿Por qué no le pediste el teléfono?, preguntó Elena, haciendo un esfuerzo por ser amigable.

Nunca les pido nada a los tíos.

¿Alguna vez tuviste novio?

Sí, dos. Pero mi amor imposible sigue sin hacerme caso.

¿Y quién es?

Un excompañero de la ESO, Paul. Pero está casado.

Desde la plaza vieron una cola pequeña que esperaba para entrar al Katmandú. Se acercaron. El de seguridad las reconoció y levantó la soga.

La pista estaba llena. Había muchas mujeres y todo el mundo bailaba, pero ese día, Elena hubiera preferido conversar con sus compañeras hasta la hora del desayuno. Quería sentarse, estirar las piernas. No tenía ganas de interactuar con desconocidos. Las otras dos chicas, igual, muy pronto perdieron el interés en buscar hombres y al rato estaban otra vez en ronda, conversando a los gritos.

Así que te has colado por el vikingo, comentó Lupe.

¡Es que era enorme! Apenas puedo caminar. Me ha follado como un caballo.

¡No comas pan delante de los pobres!, dijo Lupe, ahuecando las manos para que se la oyera mejor.

Edurne propuso que fueran a un lugar menos ruidoso, así que caminaron hasta la barra. Buscó una banqueta libre y se sentó, enganchando el taco en el travesaño. Elena la siguió y eligió la que estaba al lado. Lupe se quedó de pie. Edurne llamó al barman y pidió una cerveza para compartir. El hombre volvió con la botella y tres vasos de plástico.

Oye Lupe, dijo Edurne mientras servía la bebida. Si quieres quitarte las ganas de follar, vete a un sube y baja.

¿Qué es eso?, se apuró Elena.

Un putero.

Ah… Elena tuvo miedo de seguir preguntando.

En Marbella trabajé en uno.

¿Y qué hacías ahí?

¡Qué morro tienes, niña!, dijo Lupe mientras daba sorbos a su vaso.

Les dicen así porque las habitaciones están arriba y los clientes abajo, siguió Edurne.

Elena sintió como si una víbora le cruzara la panza. Prefería cambiar de tema, pero se animó a preguntar.

¿Estabas con muchos tipos? La voz se le cortó. Tuvo un pinchazo de satisfacción malvada.

Entre diez y doce por día, dijo Edurne. Cuando te toca turno, te quedas allí por unos meses y trabajas todos los días de sol a sol. Te haces un pastón.

O sea que… hacías prostitución, digamos, ¿completa? Había un tono suplicante en la voz de Elena.

Pues, sí, se rio Edurne.

¿Solo por esa vez?

No lo creo. El mes que viene, pienso volver. Y quizá muchas veces más hasta hacerme mi casa.

¿Y después?

Después lo dejo, vale, dijo mirando a Lupe.

Es que…

A que tú creías que tu amiga nada, ¿eh? Dímelo, Lupe le apretó los hombros y se prendió un cigarrillo.

Elena no atinó a contestar.

Vaya crío. ¿Es que no les explican nada en la entrevista?

No. ¿No te acuerdas de cuando tú llegaste a la barra? ¡Creías que era una sala de table dance! Déjala. Ya sabrá cuándo irse.

Elena le dio un sorbo a su cerveza y se apoyó el vaso húmedo en la frente. Les dijo que iba al baño, pero Edurne la retuvo.

Termínate la cerveza, vamos.

Pues yo ni siquiera he tenido suerte en el curro este mes, dijo Lupe. Los tíos pasan de mí.

Se te nota muy desesperada.

¡Que te den por culo!

Ya me han dado.

Edurne y Lupe se abrazaron en una carcajada y terminaron sus bebidas. Elena fingió una sonrisa, dio el sorbo final a su cerveza y se escabulló por el pasillo que llevaba al baño. En realidad, lo que quería era alejarse de ellas, pero la cola llegaba hasta la barra así que prefirió pensar en una buena excusa para volver a Festa Popular. Se acomodó de nuevo entre sus compañeras. Edurne seguía hablando.

…lo bueno de la barra es que como follas de vez en cuando, nunca te cansas.

Elena apretó las mandíbulas tratando de controlar su ansiedad. Edurne y Lupe eran prostitutas. Tenía que poder decirlo sin eufemismos. Putas. La barra era un putero, como había dicho Edurne. O por lo menos, un servicio intermedio. Ahora entendía el resquemor de Edurne cuando le decía que no se pasara del otro lado. O sea que ser copera no era solo coquetear o decir pavadas moviendo el culo. No. Era la puerta de entrada a volverse puta. Pero ¿era posible que todas esas chicas se prostituyeran? Pensó en la chiquita con ojos de perro, en la pelirroja con cara de mosquita muerta. ¿Y Colombia? ¿Eso había querido decirle con "aquí vas a trabajar bien"? ¿Le parecía algo tan natural como para recomendárselo a una recién llegada? La uruguaya Mariana. Ella seguro porque parecía de vuelta de todo. "De este lado está el diablo", le había dicho Edurne. Nieve. Para qué tener un nombre de guerra si no. Era todo tan obvio. Y ella que pensaba que había tipos que solo buscaban compañía, atención. Bueno, eso lo buscaban, sin duda, pero una puta también hacía eso. ¿Para qué pagar solo por la mitad de un servicio? Le daba miedo llegar hasta ahí. No quería hacerlo ni dejarse tentar. Si eso empezaba a pasar, bueno, ese sería el momento de irse y buscar otro trabajo, aunque era fácil decirlo, pero encontrarlo era otra cosa. Los ojos se le caían de cansancio y estaba aturdida.

Ey, guapa, te acompaño a casa, Edurne le dio un empujoncito para despabilarla.

No hace falta.

¡Qué dices! ¿Te has visto la cara? En cualquier momento te desmayas. Vamos, que ya he juntado sueño para cuatro días. ¿Vienes, Lupe?

Voy.

Lupe y Edurne acompañaron a Elena hasta la puerta de Festa Popular y ahí se dispersaron.

****

No había nadie en el comedor. La puerta del cuarto de Halima y Donat estaba entornada y se oían los ronquidos. Elena guardó las plataformas y se cambió. Se acostó boca abajo con la frente apoyada en los brazos. Las sábanas estaban manchadas de maquillaje, olían a transpiración. Cerró los ojos y respiró hondo. Llenó los pulmones otra vez y se tomó varios segundos en vaciarlos. No podía sacarse de la mente la imagen de Edurne en uno de esos sube y baja. Repitió varias veces ese ejercicio de respiración controlada y lenta. Pensó en las actividades que tenía esa semana, pero las caras de las chicas burlándose de ella la devolvían a las horas previas. Caminó hacia el baño e hizo pis. Se quedó en el inodoro, abrazada a sus rodillas. Quizá la veían como una tonta, una caída del catre. Tal vez lo era, pero no pensaba hacer nada para congraciarse con ellas. No pensaba caer tan bajo. Claro que era fácil decirlo mientras tuviera opciones. ¿Pero cuándo no las tuviera más? Tampoco. Eso, por lo menos, la hacía sentirse segura. Saber que ella podría decir que no. Total, estaba aprendiendo a vivir con lo justo: un colchón, comida y poco más.

Tiró la cadena, volvió a su cuarto y se acostó. Escuchó un chirrido en el cielorraso, ¿serían termitas? Había visto un documental sobre insectos como esos que hacían colapsar estructuras enormes con su fricción lenta, noche tras noche. Su vida podía terminar de una manera absurda, entre escombros; su cadáver expuesto en televisión. El sueño la fue ganando, los colores del Katmandú se movían como gusanos adentro de los párpados.

Se despertó con la boca seca, la sábana encima de la cara. La corrió y vio a Xavier, el encargado, en una esquina, armando un cigarrillo. El reloj marcaba las ocho.

¿Te asusté?

Un poco.

Se frotó los ojos y se sentó con la almohada de respaldo.

Vi los postigos abiertos y pensé que me estabas invitando.

Ella sonrió. El chico estaba en cuero. Con el pelo atado y sin barba se veía diferente.

¿Puedo? Xavier desanudó una punta de la sábana.

¿Te vas a acostar de ese lado?

Voy a entrar por aquí, dijo y metió la cabeza abajo de la tela. Se deslizó a lo largo de la cama y cuando estuvo a su altura, se sentó contra el pedazo de almohada que quedaba libre.

¿Quieres?, le ofreció el porro y el encendedor.

No fumo.

¿Tampoco chocolate?

Ella se lo sacó de las manos y lo acercó a su nariz.

¿Qué es?

Hashish. Aquí le decimos chocolate. No es fácil conseguir hierba como en Sudamérica.

El ruido de los vecinos se metía por la ventana. El chico se levantó y entornó los postigos. Ahora estaban a oscuras, pero seguía corriendo aire.

Otro día te animas y lo pruebas, dijo Xavier y volvió a la cama. Prendió el porro. Le dio dos pitadas largas y contuvo la respiración. Exhaló y con la otra mano sacudió el humo para que no fuera hacia ella. Fumó otro poco y apagó la brasa en la pared con golpes suaves. Ella lo miró consternada.

Es que van a demoler el edificio. ¿Te lo he dicho?

Elena festejó su indolencia y estiró la sábana para ponerla encima de los dos.

Quita, quita, que me da calor. Yo te abrigaré.

Xavier cruzó un brazo por detrás de su espalda y la acercó. Se besaron. Ella se quedó quieta, con los ojos abiertos. Se preguntó qué vería ese tipo en ella. Si parecía de esos a los que les sobraban mujeres. Él la acarició, buscando las tetas, y Elena se sacudió sin disimular. Iba muy rápido para su gusto, pero no quería decirle que parara. Quizá este chico era el candidato. Miró la bragueta, la erección. La palabra *pija* le apareció en la mente y la reprimió. *Polla* le sonaba mejor, aunque no era natural.

Eres muy guapa, ¿sabes?, dijo Xavier mientras intentaba desabrocharle el corpiño.

Ese ganchito siempre se traba, dijo Elena y lo abrió. Las tetas quedaron libres abajo de la remera y él la levantó para verlas.

¡Joder!

Ella bajó los ojos y dejó que el pelo le escondiera la cara. No hacía mucho que apreciaba tener las tetas grandes. Ojalá no desaparecieran si bajaba de peso. El chico todavía no le había visto la panza, los rollos que tanto la acomplejaban. ¿La rechazaría por eso? No parecía. Más bien, se iba convenciendo de que solo les importaba a las mujeres. Lupe, Blanca, Alicia, la chica del local adonde había entrado para probarse el jean. No. También había existido su exnovio, y el recuerdo de su desprecio la llenó de vergüenza. Se echó hacia atrás y puso la almohada abajo de la cabeza. Mejor se quedaba boca arriba, así la panza no se notaba. Xavier se acomodó encima y le sacó la remera y los breteles del corpiño. Ella se estiró buscando la sábana.

Tócame, dijo él y hundió la cara en sus tetas. Ella respiró lo más lento que pudo hasta que sus manos hicieron tope en el cinturón y de a poco, recuperó la confianza. Hizo jugar los dedos entre el cuero y la piel. Le gustaba notar cómo el cuerpo del chico respondía al suyo. Era un verdadero diálogo. Lo rozó por encima del calzoncillo y metió los dedos abajo del elástico. Un poco más. La mano completa. Un gemido llenó la habitación y ella tembló, ante la idea de que no pudiera dar marcha atrás. ¿Todas las chicas venían preparadas para esto? ¿Un día decían “listo” y llegaban hasta el final? Xavier se desnudó y trató de sacarle las calzas, pero ella cruzaba las piernas y las mantenía apretadas.

¿Qué pasa?

El chico se incorporó y se ajustó el rodete.

Soy virgen, dijo Elena. Fue como si escupiera un carozo.

Vaya. Hace tiempo que no conozco a una virgen.

Xavier le despejó la cara y le corrió el pelo atrás de las orejas.

¿Y qué quieres que hagamos?

No sé.

¿Hasta dónde has llegado?

No muy lejos.

Pues algún día habrás de empezar.

Xavier se sentó con las piernas abiertas sobre sus caderas y la observó. Elena trató de no cerrar los ojos. Ese era el día, entonces. Pero no se estaba excitando. No, al menos, como imaginaba que sería. ¿Y si era frígida? Sus amigas le habían dicho que cuando le vinieran las ganas no se lo iba a poder aguantar. El chico le bajó las calzas y liberó una pierna. Ella se sacó la otra mientras él le chupaba las tetas. Estaba pasando. Elena metió los dedos en su pelo tirante y lo acercó a su cara. Xavier olía a una mezcla de champú y sahumerio. ¿O sería el chocolate? Se preguntó qué sentiría él que había fumado. Si ella también se animaría a probarlo. Si quizá eso era lo que necesitaba para relajarse por completo. El chico la tocó por encima de la bombacha y después, metió la mano por el borde. Elena tiró la cabeza hacia atrás y tensó las mandíbulas. Tenía que pensar en otra cosa, apagar la mente. Él era más grande, tenía experiencia. La besó en la panza. Ni siquiera reparó en sus rollos. Pero Elena igual no podía, no le estaba saliendo. Pensó en cuánto le iba a doler. En que iba a manchar las sábanas. Puso las manos entre las piernas y lo apartó.

Perdón. No puedo.

Tranquila.

El chico se sentó a su lado.

Me gustas mucho, ¿sabes?, y tengo paciencia.

Empezaba a hacer calor. El chico buscó su ropa en el piso y se vistió. Elena se puso la remera y tosió varias veces.

Los ácaros, aclaró Xavier mientras se recostaba de nuevo. Ella acomodó la cabeza en el hueco de su brazo.

Deberíamos cambiar el colchón.

CAPÍTULO SIETE. LOS LIBROS

Va a Monte Adriano con una sensación nueva. Hay cola en la oficina porque el martes es día de pago. Sergio le pide que entre y cierre la puerta.

Aquí tienes tu sobre. 197 euros.

Más de lo que pensé.

Tienes tu salario, el cuarenta por ciento de una copa y dos botellas.

¿Dos botellas?

Jerónimo estuvo generoso, dice el hombre y saca un paquete de cigarrillos del cajón.

Ha pagado el doble por ti.

Elena rompe la faja y cuenta. El olor del tabaco quemado llena la habitación.

Hay 200.

Quédate con el cambio, dice Sergio y sopla el humo por la nariz.

****

A la mañana siguiente, Elena llama a Blanca.

Acompañame a comprar ropa.

Tiene que buscar algunos vestidos para el trabajo, pero lo primero que le viene a la mente es un jean que se probó la semana anterior y le quedaba justo al cuerpo. Sabe que si se lo compra un poco apretado va a tener un estímulo para adelgazar. Siempre quiso un Levis porque sus padres nunca le daban los gustos: solo lo necesario. Decían que pagar la marca era tirar la plata. Elena se enojaba porque ellos sí se daban algunos gustos en vinos o queso y sobre eso no se discutía.

Escucha el timbre, baja corriendo y a los quince minutos ya está con Blanca en el Carrer de Ferlandina, a unas diez cuadras de Festa Popular. Se compra el jean que se había probado y en una feria de segunda mano de la misma cuadra, dos vestidos de noche. Van a desayunar a un bar sobre el

Carrer del Carme y en el tiempo que tarda la moza en traerles el pedido, Elena le cuenta a su amiga en qué va a usar cada euro que ganó. Blanca no habla. Ni siquiera la mira.

De este lado de la barra es lo mismo que en cualquier bar o discoteca, le aclara Elena.

No tienes que convencerme a mí, tía.

Vos sos la que pone cara de culo cada vez que menciono la barra.

¡Solo quieres hablar de dinero!

Es que cuando tenés toda la guita como vos, no necesitás hablar de eso.

Oh, me he olvidado de que tú eras una inmigrante de esas que llegan en bote.

Mirá, Blanca. Si no hago plata me voy a tener que volver a Argentina y allá está todo mal, dice Elena. Blanca demora en contestar.

No es eso. Es que has cambiado mucho en poco tiempo.

Elena repite los mismos argumentos que usa para convencerse. Que no piensa hacer nada de lo que pueda arrepentirse. Que no hay nadie en el mundo menos indicado que ella para trabajar de puta. Que ya va a aparecer algo mejor. Cuando terminan el café, la voz de Blanca suena de nuevo natural y propone que vayan a conocer el Parc Güell. Elena acepta encantada.

Una vez en la entrada, Blanca le explica que el parque es una alegoría que representa lo más elevado del mundo terrenal y espiritual y es el corazón de la ciudad y de la arquitectura modernista, así que deben recorrerlo con el sentido filosófico que se espera que tenga esa experiencia. Elena se ríe ante el desafío y promete estar atenta a los detalles.

¡Cómo es posible que aún no hayamos venido aquí! Soy la peor anfitriona del mundo.

No te olvides de que estuvimos estudiando para la Sele.

Para la tuya, cabronaza.

Elena se muerde los labios del asombro que aún le provoca lo que su amiga hizo por ella: conseguirle todos los libros y cuadernillos de actividades para rendir el examen; resumirle la mitad de los textos mientras buscaba trabajo. Blanca le decía que le servía también. Aprendía cosas nuevas,

repasaba lo que ya había visto pero, aun así, a Elena le cuesta imaginar que haya alguien más generoso que ella.

El parque es tan grande que caminarlo les lleva varias horas. Visitan la zona monumental, el bosque, el mirador de Joan Sales y en la plaza de Moragas, se sientan a almorzar.

Comen una tarta de atún que había preparado Elena y reparten las postales que compraron esos días. Blanca le escribe una a su prima que vive en Finlandia y Elena, una a sus padres.

Qué padres tan guais que tienes.

Ellos piensan lo mismo de vos.

Cuando Elena les contó que se iba a ir a Barcelona sus padres la apoyaron enseguida porque en Barcelona estaba Blanca, la palabra mágica para ellos. Decían que, con Blanca, seguro descubriría lo que le interesaba de verdad y no volvería a equivocarse como con Abogacía; con ella, seguro le iría bien en los estudios, conseguiría trabajo y éxito. A veces le daba vergüenza reconocer frente a su amiga lo que su familia pensaba de ella con tanta ingenuidad. La idolatraban como unos pueblerinos. O bueno, quizá lo eran. Aunque también era en parte responsabilidad de Blanca el haber exagerado su entusiasmo porque viniera a España. Le había escrito que ella y su madre la ayudarían a estudiar, a conseguir trabajo, a lo que fuera necesario con tal de que pudiera quedarse y adaptarse. Elena se había tentado con razón y sus padres también. Sabían que esa oportunidad no se iba a dar muy seguido. Por suerte, había podido sacar su plata a tiempo cuando el gobierno puso restricciones al retiro de dólares de los bancos. En cuanto tomó valor, compró un pasaje de ida y vuelta a Barcelona, abierto por dos años. Tenía intenciones de estudiar, pero muy poca información sobre las condiciones reales para ser aceptada en una universidad catalana. Y tarde se había enterado de que presentarse recién en la segunda llamada de la Selectividad, en vez de en la primera, que era en junio, había sido una pésima decisión. Conseguir trabajo también había sido mucho más difícil de lo que se contaba en las revistas y guías para mochileros; las habitaciones para estudiantes no eran tan baratas y la madre de su amiga, Alicia, no le había tenido la paciencia que ella hubiera necesitado. Blanca no la había abandonado

nunca, eso también era cierto, y ahora sabía que, sin ella, no habría sobrevivido ni la mitad de tiempo en la ciudad.

¿Cuándo comienzan tus clases?, pregunta Blanca.

En dos semanas.

¿Puedo acompañarte? La verdad es que la abogacía me da igual y prefiero escuchar tus clases. No tengo ni puta idea de cómo elegí algo tan soso.

Pero recién cursaste el primer año, no entraste en las materias específicas. ¿Por qué no esperás otro año?

Debí haberme arriesgado como tú y dejado al primer semestre. A esta altura ya estaría haciendo otra cosa.

¿Cómo qué?

No lo sé, pero por lo menos, habría viajado los meses anteriores y ahora no tendría ganas de viajar. Estoy dispersa, necesito salir del sistema escolar por un tiempo. ¿Entiendes lo que digo?

Sí, claro. Jardín, primaria, secundaria, son más de doce años de escuela y después, la facu.

Es absurdo.

Yo también dejé Abogacía enseguida. Creo que, en parte, la había elegido por vos, pero no sé quién de nuestra generación eligió la carrera correcta apenas terminó el secundario. ¿Tu papá no te puede orientar mejor?

Mi padre doblará la apuesta y me dirá que luego de Abogacía concurse para escribana. O para jueza.

Es verdad.

Quizá deba dejarte a ti y no la carrera. A lo mejor es cierto que eres una mala influencia, como dice mi madre.

Elena se queda muda. No se esperaba ese comentario ni sabía que Alicia ya hubiera explicitado lo que pensaba de ella.

¡Es una broma!, dice Blanca en cuanto nota la expresión de Elena. Sabes que mi madre se ha puesto celosa desde que llegaste. ¿Qué esperas? Le has robado a su niña.

En realidad, me preocupa que lo pienses vos.

Qué dices.

Elena deja crecer el malestar hasta que salen del parque. No es broma. Aunque Blanca se haga la tonta, es obvio que su queja sobre la carrera fue una excusa para decir lo que dijo. Elena recuerda que antes de que llegara a Barcelona, ella era solo la amiga argentina de Blanca, inofensiva por la distancia, un recuerdo de la adolescencia. Pero cuando se instaló en el departamento de Alicia y contó que se quería quedar a vivir en la ciudad, la actitud de la mujer cambió por completo. Elena entendía sus razones, pero le pareció que Blanca no debió haberle mentido en sus cartas al decirle que su madre la apoyaría. ¿Por qué lo haría? ¿A quién le hubiera parecido conveniente que su hija tuviera como única amiga a una chica que iba a necesitar tantos favores, con la que perdía tanto tiempo y que encima, tenía tantos problemas de sobrepeso? Elena se acordó de una vez que la mujer había vuelto de madrugada, luego de una semana de estar de viaje. Ellas se cuidaban en general de que Alicia no las encontrara despiertas a cualquier hora, mirando películas, comiendo golosinas, pero esa vez, no la oyeron, y fue una de esas noches en las que se habían dado atracones de pizza y helado. Alicia se enojó muchísimo y las insultó a los gritos. Elena recordaba frases como “inútiles desagradecidas” y “parásitos obesos”.

Elena reconocía también lo mucho que contribuía a que Blanca se distrajera y perdiera el foco en los estudios. Sabía que eso era lo último que necesitaba su amiga. Si era brillante. Elena se acordó de que el año que estuvo de intercambio en Buenos Aires, Blanca se destacó enseguida del resto de sus compañeros. Todos decían que eso era mérito del sistema educativo español, pero Elena había descartado ese prejuicio después de la Selectividad, en la que Blanca había sacado el mejor promedio del país.

Se habían hecho amigas enseguida. Cuando Blanca tuvo que volver a España, prometieron que se verían apenas pudieran. Desde entonces, se habían escrito una carta por mes.

Elena quiere contarle a Blanca lo que pasó con Xavier. Pensó varias veces en eso mientras caminaban por el parque, pero sabe que algo la frena. Tiene miedo de que se fastidie por sus inseguridades de siempre. Blanca suele decirle que, si le afecta la gordura, que baje de peso. Y si no le preocupa tanto como para hacer sacrificios, que saque ese tema del centro de su vida. Elena también sabe que cuando Blanca es cruel, lo es por celos, y no quiere despertárselos. A ella le pasa lo mismo. Los celos se meten entre las dos por cualquier cosa, pero como peor que los celos es la distancia, elige hablar.

Anoche vino Xavier a mi cuarto.

¿El encargado?

Sí, claro.

¿Y os enrollasteis?

Un poco.

Blanca abre la tarta y le quita las aceitunas.

¿En tu cuarto? ¿Cómo que un poco?

Se apareció a eso de las cinco y se metió en mi cama.

Qué fuerte… ¿Y no ha querido follar?

Le dije que era virgen.

Elena abre su tarta y le mete las aceitunas que Blanca hizo a un lado.

Es que no pasó mucho porque enseguida me bloqueé.

¿Pero él intentó tocarte? ¿Te quitó el sostén, por ejemplo?

Sí… me chupó las tetas, pero yo no pude hacer nada.

Jo… eres un caso.

Bueno ¡habló la experimentada!

Al menos he llegado a chuparles la polla. No puedes dejar a un tío así, con todo adentro. ¿Acaso no lo sabes?

Él lo entendió. Y se quedó a dormir conmigo.

Se ha de haber hecho una pajota a tu lado.

¡Qué asquerosa!

Deja de decir que es un asco. Así nunca vas a follar. Pareces mi abuela.

Bueno, no sé. Prefiero coger que tener que chupársela.

Pues suele ser al revés.

¡Para vos!

Que no, que no. Que es lo más normal. Aquí todo mundo la chupa y las católicas que llevan varios meses con el mismo chico, antes de desvirgarse se lo hacen por el culo.

Yo por el culo no lo haría nunca.

Nunca digas nunca.

****

Una semana más tarde, Xavier madruga con Elena para darle ánimos y recordarle las indicaciones para llegar a Lérida, su ciudad natal. Es el primer día de clase en la Facultad de Arquitectura y Diseño. Si bien él insiste en ir, Elena lo rechaza con amabilidad porque Blanca ya le prometió que iría con ella por si a todo el mundo se le daba por hablar en leridano. Antes de irse, Xavier le presta una guía de Cataluña que había dejado la parejita viajera en Festa Popular. Ella la lee mientras espera a Blanca. *"Lérida o Lleida es una ciudad española, capital de la provincia homónima, situada en la comunidad autónoma de Cataluña. El municipio, con una población de 138 956 habitantes abarca una superficie de 211,7 km² y es uno de los más extensos de Cataluña. Existen pruebas de asentamientos en el área de la ciudad de Lérida desde al menos la Edad de Bronce."* Elena sigue avanzando hacia alguna descripción de la ciudad que le pueda dar una ida más precisa de cómo funciona en el presente. *"Lérida es un importante núcleo de servicios y es la ciudad de referencia en materia de asistencia hospitalaria, centros educativos, oferta cultural y de ocio".* Blanca toca el timbre, Elena

baja y caminan juntas hasta el subte. Deben tomar el primer tren para estar en Lérida antes del mediodía.

Llegan temprano. Vinieron con margen el primer día, pero Elena recuerda que al mes de haber empezado el CBC ya era la última en entrar a las clases y espera no adoptar ese mal hábito acá también. En la estación de tren no hay mucha gente. Probablemente, el movimiento sea como el de ir de Capital a Conurbano, piensa Elena, y si uno viaja en hora pico, nada mejor que hacerlo a contracorriente, pero igual, acepta que el viaje es demasiado largo, aun si piensa en "distancias argentinas" y si reduce la cursada al mínimo de dos veces por semana. Trata de buscar el potencial. Viajaría como esta vez, tranquila y sentada. Puede dormir o leer. Sabe que será un esfuerzo descomunal hasta que pida el pase a la Politécnica, el año siguiente, pero no es imposible.

La fachada de la universidad es imponente. Elena trata de reconocer en ella el estilo medieval porque acaba de leer que fue fundada en 1300 como la primera universidad del antiguo reino de Aragón.

Falta aún media hora para que empiece la clase, programada para las dos de la tarde. Elena tiene tiempo de comprarse el programa y un block de notas. Entran a Materiales 1. El profesor habla en español; Blanca aprieta fuerte la mano de Elena para darle ánimos. El hombre explica los contenidos de la materia, el modo de evaluación y escribe en el pizarrón las listas de textos que deben conseguir. Elena copia, sin pensar, pero pronto, se abruma. No va a poder trabajar nueve horas por día, vivir sola y estudiar a tres horas de su ciudad. Y menos una carrera como Arquitectura. ¿Quién podría hacerlo? Tiene que conseguir un trabajo de media jornada como sea, pero sabe que hasta que no tenga todos los papeles de residencia y un mínimo piso de ahorros, no puede dejar Monte Adriano. Tal vez incluso, la media jornada laboral no exista. Debe ser un mito nórdico, de esos países en los que te pagan para vivir.

El profesor termina de copiar el último título. La mayoría son artículos o capítulos sueltos, pero igual es mucho. Elena los cuenta. Suman veinte.

A la salida de clase, los alumnos se dirigen a la fotocopiadora. La cola es larguísima y todos hablan leridano. Aunque las clases sean en español, la vida social no lo es, y Elena sabe que eso le va a quitar entusiasmo a la cursada, pero no quiere desanimarse tan pronto. Cuando le llega el turno, saca el papelito en el que anotó los códigos de los textos y los encarga.

¿Llevas también el Manual?, pregunta el chico que atiende. Lo tenemos completo a bajo precio.

Blanca le saca la lista de la mano y la mira con atención.

Estoy segura de que lo tengo en casa. Este y algunos que ya has encargado, pero al menos, este no lo compres aún.

¿En tu casa de Sarrià?

No. Mi madre tiene otro departamento que solo usa como depósito de libros. Es que mis padres son muy lectores. Llegaron a sumar más de 10 mil títulos y tuvieron que comprarse un piso para ellos.

¡Qué increíble! ¿Y vas seguido a buscar libros ahí?

Con lo que hay en mi casa ya me alcanza y sobra. Pero los de arquitectura están allí. Mi padre antes estudiaba Arquitectura. Luego se pasó a Abogacía. Al revés que tú.

Pero entonces, ¿por qué los tiene tu mamá?

Mi padre se quedó con el velero y ella con todos los libros y el piso. Ha sabido explotarle la culpa por dejarla por otra.

Y sí, pobre Alicia, la verdad. Encima por una pendeja, es horrible. Me parece justo que ella se quede con más guita.

Pues no lo sé.

El chico de la fotocopiadora trae los apuntes de Elena y el tique. Ella cuenta los billetes y le extiende el monto justo. Guarda los apuntes en la mochila y caminan en dirección a la salida, abriéndose camino entre los muchos estudiantes que ingresan al campus.

Creo que podemos tomar esos libros prestados, dice Blanca. No tiene sentido que gastes tanto dinero en fotocopias.

Claro, se los voy a devolver apenas los termine de resumir.

El problema es que…

¿Qué?

Blanca medita la respuesta.

Creo que, si se los pido para ti, me dirá que no.

Uh..., se ve que me odia en serio. Igual, no es que contaba con eso para estudiar, no te preocupes.

¡Pero no es tu culpa! Es una mujer odiosa.

No importa. Los voy fotocopiando de a poco. En serio, no hay problema.

Nada de eso. Vamos a cogerlos igual. Mi madre no tiene por qué enterarse.

No, Blanca. No es necesario.

Ya he tomado la decisión.

¿Estás segura?

Sí, nadie se enterará.

CAPÍTULO OCHO. MARMITAKO

Este sábado haré un marmitako en mi casa, dijo Nieve el jueves, en el descanso para comer.

Tengo mucho que estudiar, se anticipó Elena. No sé si voy a poder ir.

Has estado empollando toda la semana y recién empiezas. No has venido ni a cenar con nosotras desde el martes. Te despejará.

Bueno, bueno, voy.

¿Vamos juntas?, propuso Lupe.

Prefiero ir sola y un poco más tarde. ¿Puede ser?

Desde luego. Ven a eso de las nueve.

****

El sábado, Elena salió de Festa Popular a las ocho. Caminó varias cuadras por el Raval hasta encontrar una panadería en la que comprar una torta y masas secas para el postre. Había decidido que cuando se tratara de eventos sociales, comería lo mismo que el resto, pero porciones más pequeñas. No iba a hacer el ridículo llevándose comida especial y tampoco tenía ganas de obsesionarse con la dieta. Cruzó la Rambla con dirección al Barrio Gótico, leyendo las indicaciones de Edurne sobre un papel. *Saliendo por Boquería tomar el Carrer d´Alsina y rodear la Iglesia del Pino hasta la parte frontal.* Elena lo hizo tal cual estaba indicado. *Cruzar la plaza en diagonal tomando de referencia la cuchillería y entrar por el Carrer de Petritxol. Pasar la chocolatería Dulcinea, seguir recto hasta el número 16.* Ahí, en un edificio de los años cincuenta, pintado de rojo, encontró la casa de Edurne. Tocó el timbre del portero.

¿Nieve? Soy Elena.

La chica colgó el tubo sin contestar. En cuanto abrió la puerta, le apoyó la mano en el pecho y le advirtió:

Aquí te olvidas de Nieve y me llamas Edurne. He dicho que nos conocimos en la Plaza Real.

¿Entonces de qué digo que trabajo?

En un bar, nada específico.

¿Y si me preguntan en cuál?

No creo que te pregunten porque todos saben que trabajamos en la barra. Es como en el cuento "Los trajes del emperador". El rey está desnudo, pero nadie lo dice.

Se rieron juntas. Subieron las escaleras. Ya desde el tercer piso se oían voces. Elena frenó de golpe.

Son todos muy majos, ya verás, dijo Edurne.

El departamento olía a humo y desodorante ambiental. Reconoció a Lupe de espaldas, aunque se había planchado el pelo. Edurne le presentó a los invitados: un profesor de filosofía, un trompetista, una instructora de yoga y su marido, experto en I Ching. Cuando llegó el turno de ella, dijo que, así como la veían, tan niñata, era todo un coco. El piropo le sirvió a Elena para relajarse porque se dio cuenta de que todos serían mucho menos que sus títulos.

Ayúdame a traer la comida, le pidió Edurne.

Elena siguió a la chica, atraída por la ropa que llevaba puesta: vestido amarillo, medias color uva, un delantal a lunares combinando los dos tonos. Se había pintado los ojos con sombras claras y delineador. Los labios, como siempre, de un tono oscuro, resaltando su piel blanca. No es que Edurne fuera linda, pero estaba siempre arreglada y buscaba que su ropa no se pareciera a la de nadie.

Elena se metió en el baño, decidida a arreglarse un poco. Se quitó la grasa de la frente con papel higiénico, abrió el botiquín y buscó maquillaje. Se puso base y rubor facial y con la pinza se depiló abajo de las cejas tratando de arquearlas. Ese detalle la entusiasmó. Dobló el ruedo del jean por encima de los borceguíes y se metió la camisa adentro del pantalón.

Volvió al comedor. Edurne puso la olla en la mesa y sirvió el marmitako en un cuenco de barro. Olía riquísimo y se veía todavía mejor. El profesor de filosofía y el trompetista discutían sobre la presencia de tropas españolas en Oriente Medio. Elena había oído algo en la radio, pero no estaba

muy al tanto de nada. Se quedó un rato escuchándolos y pensó que cada vez entendía menos a Edurne. ¿Cómo era posible que una chica tan curiosa y sociable no tuviera un mejor trabajo?

Te gusta el pescado, ¿verdad?

Me encanta, dijo Elena.

A eso de la una, Edurne trajo el I Ching y el marido de la instructora de yoga, un tal Andreu, los invitó a que se sentaran en ronda. La consulta del libro empezó con el profesor, que quiso saber si alguna vez publicaría un libro.

No puedes preguntar cosas que impliquen sí o no, explicó Andreu. Solo tienes que indagar en procesos, modos de abordar algún problema.

O sea que me dice qué tengo que hacer.

Te da una herramienta para tu propia búsqueda. Si tú eligieras la misma pregunta dentro de veinte años y te saliera el mismo hexagrama, podrías interpretar el oráculo de otra manera de acuerdo con las nuevas necesidades de tu vida.

Pero entonces uno va a interpretar el hexagrama como mejor le convenga.

Es la idea, sí. Que descubras lo que quieres hacer. Para ello, te vales de una simbología poética.

El profesor dijo que se tomaría unos días para pensar lo que necesitaba saber, entonces le cedió su turno a Lupe, que preguntó cómo podría hacer para encontrar una pareja que aceptara su trabajo. Nadie se animó a preguntar qué había querido decir con eso y Elena recordó lo de los trajes del emperador. Luego, Lupe contó que estaba enamorada de un hombre que sí lo aceptaba pero que estaba casado. Reformuló la pregunta para saber cómo podía hacer para que su situación evolucionara hacia una pareja. La lanzada de monedas formó el hexagrama 62: *Hsiao Kuo. La preponderancia de lo pequeño.*

Andreu leyó el dictamen*: Éxito. Es propicia la perseverancia.*

La cara de Lupe se iluminó. Andreu no la dejó intervenir.

Pueden hacerse cosas pequeñas, no deben hacerse cosas grandes. El pájaro volador trae el mensaje: no es bueno aspirar hacia lo alto. Es bueno permanecer abajo. ¡Gran ventura!

¿Qué significa?, preguntó Lupe.

Andreu meditó por un rato y luego habló.

En este hexagrama nos hemos topado con lo incierto, es decir, todo lo que ignoramos pero que está ahí, afectando nuestra vida. La parte superior del hexagrama significa el trueno y representa lo imprevisible. La montaña abajo significa toda la experiencia que hemos acumulado desde que nacimos.

¿Me sugiere que me resigne a la soledad, ¿dices tú?

No exactamente, pero sí que te entregues, ya que la tienes difícil. Hay una especie de orden en la entrega.

Comprendo, por eso. Si insisto en esta relación absurda que tengo con Carlos, que es un hombre casado, fracasaré o nunca conseguiré construir una mejor relación.

Quizá no debas desestimar toda la relación. Fíjate qué cosas de lo que ya tienes con él te hacen feliz y cuáles te hacen desdichada. Las cosas tienen su tiempo, es cierto, no puedes sacar conclusiones apresuradas, pero tu vida también es finita y no puedes sacrificarla a un único propósito si este insiste en mostrarte una pared. Debes buscar alternativas.

Debo buscar un hombre como él pero que no esté comprometido.

Es un buen camino. Además, servirá para que él también se decida. Ahora debe saber que puede perderte.

Lupe tomó nota de las palabras de Andreu. El hombre siguió con el análisis de las diferentes líneas. Ella volvió a tirar y siguió las mutaciones. Andreu leyó el nuevo dictamen y dijo que analizarían los resultados en privado para no abrumar a los demás y ella lo abrazó, como si le hubieran devuelto algo perdido.

Ahora tú, Elena.

Ay, no, no, no se me ocurre.

Intenta expresarlo de un modo que resulte claro solo para ti.

Ella pensó un rato.

Me gustaría saber si Arquitectura es la mejor carrera para mí.

Quizá debamos reformularlo. ¿Por qué crees que no lo sería?

Ya abandoné Abogacía.

Esa no es una razón.

Es que tengo muchas trabas, es una carrera para estudiar sin trabajar. Y yo no puedo hacer eso.

Entonces piénsalo desde ahí.

¿Cómo supero las trabas para estudiar una carrera tan difícil? O mejor, ¿debería esperar a tener mejores condiciones para empezar a estudiar algo que requiere tanta dedicación? ¿Eso está bien?

Estupendo. ¿Qué lado eliges para valor par?

Elena señaló la cara.

Ahora tira.

Ella lanzó las monedas y Andreu dibujó el hexagrama.

40. Hsieh. La liberación.

Parece a posta, dijo Edurne y le dio una palmada.

No es eso. Es que son símbolos y guardan muchos significados. Es difícil que no toquen tu experiencia. Siempre puedes hacer un uso de ellos cuando aprendes a comprenderlos, a ver su potencial, dijo Andreu. Luego, leyó el dictamen:

Es propicio el Sudoeste.

¿Me sugiere que vuelva a mi país?

Eso lo has de interpretar tú. Siguió:

Si ya no queda nada a donde uno debiera ir, es venturoso el regreso. Si todavía hay algo a donde uno debiera ir, entonces es venturosa la prontitud. Este hexagrama es uno de mis favoritos. Está formado por el agua, abajo, que es un peligro, y el trueno, arriba, que ya dijimos, es lo incierto. Tú también tienes que enfrentarte a lo desconocido, al misterio. Y este hexagrama también remite al cazador y la presa. Los dos se hacen presentes aquí.

¿Pero yo sería el cazador o la presa?

Creo que cazador y presa son indisociables y se necesitan mutuamente. Aquí pone, en la interpretación, que el deseo, la voluntad y el pensamiento deben estar siempre alertas.

No entiendo.

Supongamos que la presa es una liebre, ¿de acuerdo? ¿Qué necesita la presa para sobrevivir?

¿Astucia?

Puede ser, pero presta atención a lo más específico.

¿Las orejas?

Sí, claro, nuestra liebre debe desarrollar el oído. ¿Y qué más?

Sus ojos. Tiene buena vista.

Exacto. Sus ojos le permiten ver más allá de los 180 grados. Nada debe desaparecer de su campo visual. O sea, debe ver más allá de lo normal. Esto significa que, en tu posición de liebre, debes estar muy atenta a lo que se te pueda presentar. Y es allí donde hallarás lo que buscas. En la combinación entre expectativa y oportunidad. Eso define la vocación. No es algo con lo que se venga. Es un descubrimiento activo y un proceso.

O sea que a veces debo dejar pasar cosas y otras, probarlas. ¿Algo así?

Bien. Estás aprendiendo a pensar a través de símbolos. Me gusta. ¿Qué más podemos ver en la liebre?

Que es rápida.

Exacto. Tenía razón Edurne. Eres muy inteligente.

Elena sonrió.

Es rápida para avanzar, pero también, para alterar la dirección. Eso es importante. Solo tienes la posibilidad de cambiar, mudar, pero es probable que te encuentres de nuevo con tu cazador, un símbolo del fracaso o la frustración. Pero como la liebre, debes ser flexible, rápida. ¿Has comprendido?

Supongo que sí.

Creo que eso es lo que tiene para decirte este hexagrama, Elena. Puedes seguir estudiando el I Ching. Con cada decisión importante que debas tomar, tiras tus monedas y lo consultas. Aprenderás a usarlo con el tiempo. Es un libro para siempre.

Elena le agradeció y guardó los apuntes que había tomado de la interpretación. Sabía que necesitaba tiempo para comprender, pero también, para tener experiencias y crecer.

El resto de los invitados hablaban entre ellos, ajenos a la lectura desde hacía rato. Edurne no estaba ahí. Regresó al rato con un cuaderno forrado en cuero negro. Se sentó en la mesa y sin ninguna introducción, se puso a leer.

La primera vez que entré a Monte Adriano no pude creer que en ese lugar se hicieran tantas cosas. La verdad es que es un lugar claustrofóbico y más que invitarte a quedarte, te invita a tomar aire.

Los invitados se acomodaron para escuchar. Elena acercó su silla.

Al principio, los tíos venían en contingentes. Eran grupos organizados y daban un paseo por la ciudad y terminaban ahí para alternar con una chica a cambio de mucho dinero. El local estaba siempre atestado, pero con el tiempo, eso dejó de ser una moda y se empezaron a popularizar por toda la ciudad. De repente, los grupos que llegaban eran cada vez más pequeños, por lo tanto, se fueron ampliando los servicios. Recuerdo que, al principio, solo podíamos pasearnos en ropa interior en el cuarto del fondo, pero pronto se permitió servicio de baile y striptease y luego, ya podíamos tocar al cliente.

Elena miró de nuevo el entorno. Lupe se limaba las uñas; Andreu tomaba apuntes como si la estuviera analizando; los demás, escuchaban con interés.

Recuerdo que la primera vez que pasé a la salita fue con un hombre que solo quería ponerse de espaldas para masturbarse mientras nosotras nos quitábamos la ropa. Como era demasiado tímido, no quería que le viéramos la cara mientras se tocaba. Entonces, a nosotras se nos ocurrió que se pusiera frente a un espejo. Nos agradeció que nos desnudáramos. Nos contó que ni siquiera había besado a nadie sin pagarle. Hay gente a la que de verdad se le hace imposible tener contacto sexual

con otro ser humano. Fue de esa manera que comprendí por qué lo que hacen las putas podía ser importante. Algo bueno y agradable, no sucio y malo. Le preguntamos por qué no hacía alguna terapia sexual y nos dijo que lo había intentado todo, incluso con drogas y chamanes, pero no había podido superarlo. Vino a la barra durante varios años. Un día no apareció más. Con el tiempo, nos enteramos de que se había asfixiado mientras se masturbaba.

Edurne cerró el diario y ofreció algo caliente. Los demás aceptaron y Andreu dijo que pensaría un poco sobre lo escrito antes de hacerle devoluciones.

CAPÍTULO NUEVE. DE CASA AL TRABAJO

El lunes, Elena llegó temprano a la barra y, sin embargo, ya estaba llena. Cuando salió del baño, se topó con Amalia, que la esperaba afuera.

Ha venido Jerónimo y pregunta por ti. ¿Te animas a ir a la sala con Annetta? No tienes que hacer nada.

Pero Amalia, yo no…

Escúchame. Es muy sencillo. Jerónimo es un mirón. Solo te dirá que te pongas aquí o allá, frente al espejo. No más que eso.

Una chica de rastas se acercó a ellas. Amalia caminó hacia la barra y las otras dos continuaron por el pasillo largo.

No harás nada que no quieras. Es la regla de oro de este sitio.

Elena movió la cabeza, confundida. La chica le dio un pellizco suave en la mejilla.

Soy Annetta. Ven conmigo.

Entraron a la habitación del fondo. Era más grande de lo que Elena se había imaginado. Había una barra, un sofá de cuero frente a un espejo y una mesa ratona. Los parlantes de música estaban en el piso; las luces eran tenues y cálidas. Olía a madera quemada. Annetta se acomodó las rastas y ajustó un paquete de cigarrillos en la minifalda. Se oyó el ruido de las bisagras y la sombra del hombre se proyectó en la alfombra desde los spots que iluminaban la entrada. Jerónimo caminó hacia Elena y un aroma mezcla de ron y tabaco se impuso sobre el incienso. Elena miró la puerta. Todavía estaba a tiempo de escapar. El beso del hombre buscó sus labios y ella se corrió con brusquedad. Annetta la retuvo y le habló al oído.

Tranquila. Solo se la tira un poco.

Elena respiró lento. Pensó en el relato de Edurne para darse valor.

Sólo míranos y cuando te sientas lista, baila. Eso le encanta, dijo Annetta.

La chica caminó hasta que sus caderas se toparon con la cara de él. Annetta se inclinó para aflojarle la corbata y la camisa. El hombre la hizo girar para poder apreciar su culo. Luego hundió su nariz en él. Ella se rio fuerte.

¿No te quieres quitar el saco?

Jerónimo dijo que no y se desabrochó el cinturón. Elena buscó sus ojos. Se sintió segura en ese gesto. Estaba lejos a la vez que hacía algo por él.

Tóquense.

Annetta se sentó en el sofá y levantó las piernas. Pedaleó en el aire mientras se rascaba con sus uñas largas desde el tobillo hasta los muslos.

Ven, dijo la chica mirando a Elena. Tócamelas tú.

Elena se acercó sin saber por dónde empezar. Annetta guio su mano de afuera adentro.

¿Así?

Jerónimo tenía los ojos cerrados. Apretaba los dientes contra el labio inferior y se masturbaba, indiferente a todo. Elena acarició las rastas de su compañera y la besó en la frente.

Ey, tía, ¡que lo tienes que poner cachondo!, dijo Annetta. Se reclinó buscando el dimmer y bajó al mínimo la intensidad de la luz.

Elena se puso de pie. La penumbra ayudaba. Se acercó al espejo con pasos lentos y empezó a bailar. No era tan difícil. Olvidarse de todo. Mover el culo, la espalda en una ese, la cabeza a un lado, al otro. Annetta y el hombre quedaron a sus espaldas, cortados en un encuadre desequilibrado. La chica se levantó y caminó hasta ella. Por el espejo, se veía solo la cara de Jerónimo. El hombre tardó un rato en acabar y se dejó caer de espaldas.

Las chicas se sentaron a su lado y lo ayudaron a limpiarse. Cuando estuvo listo, se cerró el pantalón y se acomodó la corbata. Sacó un fajo de billetes y lo abrió como un abanico. Luego, caminó hacia el baño.

Annetta estiró la mano y juntó los billetes formando un tocón.

Cien.

¿Cien euros por una paja?

Más lo que paga a la barra. Es rico que te cagas.

La chica se guardó los billetes en el corpiño. Elena la miró con el ceño fruncido y Annetta se previno.

Pensaba dártelo a la salida, no me aprovecharé de ti, pero no comentes esto con nadie.

Claro que no.

Annetta repartió la propina en partes iguales.

¿Siempre se gana tanta plata?

Qué va. A este tío le gustan las nuevas. Luego pasará de ti y para ganar este dinero, deberás esforzarte más, mucho más.

****

Elena no vio a sus compañeros de departamento por varios días. Xavier le había comentado que se irían con Donat a montar una feria de autos, pero ella no se había imaginado que sería por tanto tiempo. Halima tampoco había ido nunca. Festa Popular parecía un lugar abandonado: los restos de comida en la heladera, el tacho de basura repleto y putrefacto.

El jueves fue a la primera clase de Historia de la Construcción, que había empezado una semana más tarde por un problema edilicio. El profesor contó que la materia repasaba la arquitectura desde las primeras sociedades sedentarias hasta el período Románico. En el segundo semestre, partía del Gótico y llegaba hasta el Neoclasicismo. Elena notó que nadie miraba el reloj ni se levantaba de su silla. El profesor era histriónico, divertido.

¿Alguna vez se preguntaron cuántas cosas en la cultura humana tienen la perfección de un techo a dos aguas, de una puerta con bisagras, de una ventana? ¿Cuántas de las cosas que hacen los hombres acaban por demostrarnos que la relación que tiene la cultura con el mundo natural del cual ella surge se parece a la de cada árbol que brota de la tierra y le da forma única a cada copa? ¿Han

pensado que no hay tal separación? ¿Que la cultura humana es tan natural para nuestra especie como lo es para otras desarrollar eficientes sistemas de cooperación, incluso agricultura y ganadería, como la de las hormigas, o complejos sistemas de viviendas subterráneos y diques para dominar los cursos de agua? Si no se hicieron esa pregunta, es muy difícil que con la historia de la arquitectura no surja una y otra vez. La cultura es una respuesta adaptativa al mundo natural, varía según los ambientes, varía con el tiempo y la respuesta del ambiente. ¿Por qué decantaron unas formas arquitectónicas y no otras? ¿Por qué algunas formas siempre vuelven? En nuestra disciplina no hay rupturas sino continuidades que se remontan a las primeras chozas cuya adaptación al medio no es para nada inferior a la de un edificio moderno. Entonces, deben tener en cuenta algo muy importante para estudiar esta carrera. La arquitectura es una de las disciplinas en las que mejor se ve la combinación del conocimiento empírico al que ha llegado una civilización en determinado momento histórico y su cosmovisión, que no son lo mismo. Pongamos un ejemplo. Una catedral gótica se nutre de una cosmovisión teocéntrica, que aspira al absoluto celestial, pero cuya envergadura es posible gracias al conocimiento empírico al que se había llegado en el siglo XII, en este caso, el arco apuntado u ojival y la bóveda de crucería, cuyos empujes, más verticales que el arco de medio punto, típico del período Románico, permiten una mejor distribución de las cargas y una altura muy superior. ¿Comprenden lo que quiero decir? Los dos son aspectos culturales, pero no son igualmente relativos, uno es el nivel simbólico y otro es el nivel empírico, requiere otro tipo de validaciones para consagrarse como, por ejemplo, que las estructuras ojivales no se caigan. Y digo esto para no pasarnos todo el semestre discutiendo algunos aspectos fundamentales de la construcción que, si no se respetan, simplemente pueden producir calamidades. No todo es relativo. En ese sentido, la arquitectura juega un papel muy importante en hacer dialogar las mal llamadas ciencias duras con las blandas, pues es un poco de ambas.

Elena tomaba apuntes de todo lo que el profesor decía, aun en los tramos en los que él no esperaba que lo hicieran. Cuando terminó la clase, corrió hasta el tren. Pasó por Festa Popular para bañarse, antes de ir a la barra.

La puerta de su cuarto estaba entreabierta, pero algo la trababa. La empujó, insegura, y metió la mano para sacar lo que había en el piso. Era una caja con libros, muy pesada. La corrió y pudo abrir la puerta del todo. Blanca dormía destapada, con la ropa y los zapatos puestos. Acercó la nariz a su boca, pero no sintió olor a alcohol. Le miró las manos: se aferraban a un block de notas y una lapicera. Elena le abrió los dedos con suavidad y su amiga se despertó.

Hola.

¿Qué hacés acá?

Me he quedado dormida, te traje los libros de mi madre.

¿Son esos? ¡Gracias! ¿Cómo los sacaste?

Acabo de ir. No había nadie. Fue muy simple porque tengo una copia de la llave.

Sí, pero igual…

Olvídalo, no te preocupes. Te he pasado los apuntes también.

¿Qué apuntes?

Los de la clase anterior.

Elena buscó en el estante del ropero donde guardaba el material de estudio. No tenía las notas de Materiales 1.

¿Y mis propios apuntes?

Los he tirado. Total, he pasado todo a limpio.

¡Pero son míos!

¡Estoy de coña! Los he dejado adentro de uno de los libros, pero verás que estos están mejor.

Elena miró el cuaderno. Todos sus apuntes pasados a limpio. Los títulos subrayados, la información principal resaltada con flúor. Blanca sonrió y se enderezó en la cama.

No te envicies. Lo haré solo hasta que consigas un trabajo de menos horas. No quiero que te vayas de Barcelona.

No me pienso ir.

Pero si no puedes estudiar, acabarás marchándote.

Tengo que ahorrar, así el año que viene no trabajo.

¿Y el que sigue?

No sé.

Elena se sacó las botas y la campera y se metió en la cama.

Solo tengo media hora y me tengo que ir. No quiero llegar tarde.

De nada, ¿no?

. Gracias, che. Perdón. No sabés lo bien que me viene, pero ¿vos no tendrías que hacer tus propios resúmenes?

No estoy cursando nada.

¡Pero si te anotaste en cuatro materias!

Ya he faltado mucho.

Uf. ¿Y si buscás un trabajo?

Prefiero no hablar de eso ahora.

Algo tenés que hacer.

Lo sé…

¡Estás perdiendo el tiempo!

Vaya, pareces mi madre.

O tu padre.

Mi padre no se interesa por mí. Paga la cuota de alimentos, desde luego, pero solo tiene ojos para su nueva mujer y el trabajo.

No te entiendo, Blanca. No sé qué querés hacer.

Yo tampoco te entiendo a ti y tampoco sé lo que quieres hacer. Mira que venirte a este país. ¿Por qué no te fuiste a Noruega o a Islandia?

Odio el frío.

Ni te enteras del frío. Tienen unos sistemas de calefacción de la hostia, y en Islandia, sacan todo de sus volcanes y géiseres. Toda la isla es una olla a presión. Deberíamos ir juntas un día. Debe ser muy bonito.

****

Blanca pasó todo el fin de semana con ella y el domingo, fueron a la primera función del cine Maldà. Hacía rato que su amiga le había dicho que tenían que conocer esa sala, que era su favorita y todo un símbolo de la ciudad porque era la más antigua de una sola pantalla que seguía en pie. Además, ahí se podían ver películas que ya se habían bajado de la cartelera comercial o que no habían encontrado lugar de estreno, y a menor precio que en cualquier otra sala. Entraron a ver *El viaje de Chihiro,* pero Elena se quedó dormida a la mitad. Estaba agotada. Cuando salieron, después de contarle el final, Blanca comentó que esa noche también iría a Festa Popular.

Tendría que consultarles a los chicos si está bien que pases tanto tiempo en mi cuarto, dijo Elena.

¡Pero no están!

Hoy seguro vuelve Halima.

Qué tía más borde.

Con más razón. Si te parece borde…

Pues entonces iré a lo de mi hermana. No consigo estar al lado de mi madre por más de una semana. O nos separamos o acabaremos matándonos.

Se despidieron en la puerta del cine. Blanca le anotó en un papel el número de teléfono de su hermana y Elena lo guardó en su billetera, aunque supuso que no lo necesitaría. Ya en el departamento, limpió la cocina y el baño y cuando apareció Halima, le propuso que cenaran juntas. Sus compañeros de piso la habían invitado varias veces y ella quería retribuírselo. Hizo un arroz integral saltado con

vegetales y pollo, pero cuando estaba a punto de servirlo, la novia de Donat dijo que no tenía hambre y que se iba a acostar.

Elena comió sola y a pesar de que hizo un esfuerzo muy grande en administrar su porción, terminó por comerse toda la olla.

Después de hacer zapping por un rato, quiso ordenar el cuarto para hacerle espacio a los libros que había traído Blanca, pero encontró dos nuevas cajas en el piso del ropero y sus zapatos, apilados unos sobre otros, en una esquina. Sacó las cajas. Abrió la primera. Había un recetario, ansiolíticos, vajilla, un velador, y varios libros. Al fondo, el I Ching. Elena sonrió, sorprendida. En la otra caja había un televisor chico y un alhajero con anillos, un collar de perlas que parecían naturales y un brazalete. ¿De dónde habría sacado esas joyas? Tenía que hablar con Blanca urgente, pero ya era muy tarde para salir. Guardó todo de nuevo en las cajas y las puso debajo de la cama. Acomodó sus zapatos en el piso del ropero y los libros, en uno de los estantes. Buscó un martillo en el lavadero y restituyó el clavo del que colgaba el espejo con perchero. Ahora tenía que sentarse a estudiar, no tenía más excusas, pero el sueño la vencía. Hizo el esfuerzo y leyó por media hora. Luego se quedó dormida sobre los apuntes.

****

El lunes siguiente, llegó a la barra un contingente de japoneses e invitó a todas las chicas con 20 botellas. Se notaba que eran empresarios ricos: vestían trajes caros y zapatos de diseño. Miraban a las chicas con lascivia y les decían piropos en inglés. A eso de las dos, uno de ellos entró a la oficina de Sergio. Salieron juntos y reclutaron a unas doce chicas. Un micro se estacionó en la puerta a la medianoche y allí subieron los japoneses y las coperas seleccionadas. Elena no entendía lo que estaba pasando hasta que Nieve le explicó que una vez por año, los japoneses venían a buscar chicas para una fiesta en el Club Náutico. Como no la habían elegido, estaba furiosa.

He ido todos los años a esa puta fiesta.

¡Nos hemos ganado una botella!, la consoló Lupe.

Pero con una salida esta noche sí que hubiera sido un pastón.

Desde luego.

Ni siquiera se han llevado a todas las jovencitas.

Es que una de las jovencitas es ésta, dijo Lupe y señaló a Elena que, en vez de enojarse, trató de mostrarse indiferente. Intentó calcular cuánto dinero se había perdido. Nieve le había explicado que tanto en la sala del fondo como en las salidas se ganaba el sesenta por ciento en lugar del cuarenta que te daban por cada copa o botella. Y cada salida le costaba al cliente cien euros. O sea que, por no haber sido invitada a la fiesta, se había perdido sesenta euros.

De camino a casa, siguió haciendo números. Si tenía en cuenta la propina de Jerónimo, esta semana ganaría 200 euros. Increíble. Miró a sus compañeras Nieve y Lupe. Las dos parecían seguir de mal humor, así que asociarlo al poco dinero que habrían ganado en la semana le pareció coherente. Propuso ir al Katmandú, pero ninguna quiso y se despidieron de ella. Elena buscó un teléfono público y llamó a lo de Montse, la hermana de Blanca, pero colgó en cuanto el contestador hizo sonar el bip. Llamó de nuevo y volvió a colgar al primer bip. Se le iba a acabar la tarjeta así que probó una vez más y cuando el contestador se activó, no colgó.

Hola Blanca. Empezó a grabar un mensaje. Del otro lado, levantaron el tubo.

Tía, fíjate la hora a la que llamas. ¿Qué te ha pasado?

Por lo menos no era Montse. Elena respiró tranquila.

¿No querés venir conmigo al Katmandú?

¡Qué morro tienes! Cuando te quedas sin planes, la Blanca seguro está dispuesta, ¿no?

En realidad, se me ocurrió que fuéramos a bailar.

Son las cuatro pasadas.

Sí, pero… ¿qué son esas cajas que dejaste en mi cuarto?

Hablemos mañana, ahora déjame dormir, dijo Blanca y colgó.

Elena caminó hasta el boliche. El hombre de seguridad la reconoció y la hizo pasar. La pista estaba vacía. Solo quedaban algunos borrachos en la barra y ni uno solo le despertaba interés. Pidió un Cuba Libre. Le pesaban las piernas y la cabeza, pero todavía no quería volver a su casa. Bailó descalza hasta que se le acabó la bebida.

****

¡Hola!, gritó ni bien cruzó la entrada a Festa Popular. Todo estaba revuelto, pero no pensó que Xavier o Donat hubieran regresado porque olía a caca de gato, lo cual era signo de que nadie había cambiado las piedras aún. Tampoco Halima. En el lavadero, confirmó la sospecha. Tiró las piedras sucias en una bolsa de consorcio y buscó piedras nuevas entre los sacos de tela que se amontonaban afuera del baño y las cambió. Se lavó las manos y buscó algo para picotear en la cocina. En la heladera había un poco de jamón y queso, restos de pollo y un pote de crema, un yogur bebible abierto y algunas frutas, lo único suyo. Buscó un bol en la alacena y se preparó un postre liviano: yogur, frutas y algunas nueces pecan que sabía que nadie comía. El yogur, en cambio, era de las cosas que todos celaban así que lo iba a tener que reponer. Volvió a la cama y comió en penumbras y luego, se recostó del todo. Al rato, sintió una mano en los hombros, pero tardó en reconocerla como algo exterior al sueño.

Ven, dijo Xavier y la sacudió para desvelarla. Levántate.

Caminaron hasta el cuarto del chico. Una humareda espesa apenas dejaba ver las siluetas de los muebles.

¿Qué pusiste?, preguntó ella.

Sahumerio en pasta. Es fantástico. Pensé que me esperarías en mi cama.

Es que no sabía a qué hora ibas a llegar.

Todo el viaje de regreso he pensado en ti. Te extrañé. Xavier apagó el incienso. Así es suficiente, dijo y cerró la puerta con el pasador.

Elena se sentó en la cama y lo miró, reflejado en el espejo enorme que estaba apoyado contra la pared del placar. Qué seguridad había que tener para elegir un espejo como ese en tu propio cuarto. Verte al levantarte, al llegar agotado de una fiesta. Con luz cenital, en tu peor versión.

Xavier sonrió y la hizo ponerse de pie. La besó en la cara, los hombros y, por último, en la boca. Se sacó la ropa hasta quedar en calzoncillos y después, le quitó a ella la remera, el corpiño; al final, las calzas y la bombacha. Elena ahora miró de refilón su cuerpo en el espejo y se sobresaltó. Era la primera vez que estaba desnuda de pie frente a otro. No era lo mismo que estar acostada y tapada hasta la cintura. Tampoco era lo mismo caminar que quedarse quieta, que te vieran cómo se bamboleaban el culo y las tetas, los rollos de la panza. Xavier le pidió que diera una vuelta para mirarle el cuerpo. Elena cerró los ojos y lo hizo y él le dijo que era la mujer más sexy que había conocido. Buscó un preservativo y se lo puso. Todavía de pie, intentó penetrarla, pero ella apretaba los mulsos y tiraba hacia atrás las caderas, perdiendo el equilibrio.

Vamos, relájate. No voy a hacerte daño.

No estaba excitada pero tampoco quería esperar más. ¿Y si nos acostamos?, propuso Elena.

Luego, dijo él. La alzó por arriba de su cintura y trabó las piernas contra su cuerpo. Ella sintió un tirón y un líquido tibio por sus nalgas. Así que de eso se trataba perder la virginidad. No había sentido mucho. ¿Era posible? Ni dolor ni placer.

El chico la llevó en brazos hasta la cama. Se tiraron sobre el colchón, y él se movió encima de ella con más velocidad hasta que acabó. Elena hizo un gemido sutil, no se animó a exagerar. Al rato, Xavier se sacó el preservativo y se lo mostró.

Sangre, confirmó ella.

Eras virgen. ¿Qué esperabas?

El chico anudó el preservativo y lo tiró a la basura.

Se echaron de espaldas; Xavier pasó el brazo por debajo de la cabeza de Elena. El humo se había desvanecido y ahora se apreciaban los detalles del techo. Estaba pintado con dibujos abstractos y colores de la tierra. Mujeres curvilíneas, robustas, nada que Elena no hubiera visto, pero igual le

llamaba la atención que el dibujo tuviera tantos detalles. Unos homúnculos llevaban a una mujer con rastas hasta una fuente y le daban de beber en la boca.

¿Quién es?, preguntó ella.

Es la fuerza de la tierra y el agua. Al menos, representa eso para mí.

Ah. Pero es una diosa.

Sí, la he llamado Olika.

Mirá. ¿Es una religión tuya? ¿Personal?

Creo en muchas cosas.

¿En cuáles por ejemplo?

Creo que somos una fantasía. Que la vida es como un gran sueño de algún dios que la está flipando.

Uh…dijo ella, incómoda.

¿Tú no crees que es así?

¿Que somos los sueños de un dios? No creo, no.

Ya lo harás.

Xavier cerró los ojos. Elena trató de dormir, pero no pudo, así que buscó su ropa y comenzó a vestirse.

¿No quieres quedarte aquí?

No. Me voy a mi cuarto, mejor. Otro día me quedo.

****

Al despertarse, se palpó los restos de sangre que le habían quedado entre las piernas. Ya no era virgen. Wau. No sabía cómo iba a enfrentar las horas que la separaran de Blanca si no la encontraba por teléfono para contárselo. Se cambió y fue hacia el aparato, que estaba en la cómoda del living. No tenía tono. Movió el cable, golpeó el tubo, pero no funcionó. Entonces corrió al locutorio,

pidió una cabina y discó el número de Montse, que ya recordaba de memoria, pero en cuanto reconoció la voz de Alicia, cortó. Se notaba que la madre de Blanca no podía pasar mucho tiempo sin sus hijas.

Almorzó una ensalada de tabule, dos huevos duros y fruta en el monumento de Colón. Ya había ido varias veces con Blanca, pero nunca le había prestado verdadera atención al monumento y era para esa ciudad algo así como el obelisco para Buenos Aires. Altísimo, tenía la imagen de Colón con el brazo extendido hacia el mar, lo cual desorientaba un poco a Elena porque habría supuesto que América estaba en la dirección contraria. Miró los relieves de la base. Pudo reconocer algunos motivos a simple vista, pero los otros requerían un conocimiento que no tenía. En unos se veía a Colón en la corte de los Reyes Católicos; en otro, claramente, la llegada a América, y finalmente, el reencuentro con los Reyes después del primer viaje. Colón no le provocaba el mismo rechazo que otras figuras como Cortés o Pizarro, pero el monumento lo enaltecía al modo de un gran conquistador, no de un explorador y eso le incomodó, aunque agradeció haberlo visto sola, y no acompañada de Blanca. Prefería evitar otra discusión relacionada con ese tema con ella. Recordó un debate que había generado Blanca en la clase de literatura, el año que estuvo de intercambio en su colegio. Ella decía que no le interesaba oír las críticas a la conquista de los americanos que no eran capaces de aprender una lengua indígena, mientras que, por ejemplo, los catalanes habían resistido la imposición cultural de Castilla defendiendo su lengua generación tras generación. La profesora le había objetado que eran procesos históricos diferentes y Blanca había dicho que entonces solo había que escuchar los reclamos de los pueblos indígenas y no de los hipócritas que ni siquiera se interesaban por lo que estaban reivindicando. Sus compañeros se habían enojado con ella, pero Blanca no se había retractado.

A eso de las cuatro, Elena volvió a Festa Popular. Se preparó un té y se sentó a leer los apuntes. Estaba inquieta y a cada rato se levantaba para ir al baño o deambular. Le costaba mucho no sentirse sola cuando Blanca no estaba disponible y Xavier era una persona demasiado distinta a ella. Necesitaba un contacto familiar. Si tan solo pudiera volver a Buenos Aires cada vez que quisiera, quizá no tendría esos ataques de ansiedad que le hacían tan difícil tomar buenas decisiones sobre su futuro.

Vivir sola, no tener ninguna red, ningún hermano ni tíos, ni primos, ni amigos de su infancia o del colegio era una meta mucho más exigente de lo que quizá ella necesitaba.

Se echó a leer los apuntes sobre la cama y se quedó dormida. Cuando despertó, eran las doce de la noche. ¿Cómo no había puesto una alarma? Qué estúpida, con lo cansada que estaba era obvio que no se iba a despertar sola. Ya era tarde para avisarle al encargado de la barra, pero le fastidiaba saber que todavía tendría varias horas con esa tarea pendiente. Se puso la alarma para hacerlo al día siguiente al mediodía, a la hora en que sabía que Sergio ya estaba despierto.

Buscó el I Ching de Blanca y leyó el prólogo. Después, arrojó las monedas contra la pregunta que en ese momento la inquietaba: si volvía a Buenos Aires, ¿habrían valido la pena tanto esfuerzo y dinero en venirse a Barcelona? Recordó que no debía preguntar cosas que se respondieran con sí o no, entonces pensó con más calma antes de reformular la consulta. Resignarse recién comenzado el viaje, lo sabía de antemano, era como nunca haber salido. Entonces escribió: ¿cómo aceptar una vida que no era la que se había imaginado? La misma pregunta la asustó y cerró el libro.

Llamó a Sergio el jueves por la mañana y le dijo que estaba enferma. El hombre fue amable, pero le pidió que volviera sin falta al día siguiente.

Elena no supo nada más de Blanca y no la quiso llamar de nuevo. Tampoco cursaba ese día, así que aprovechó para estudiar. El viernes, volvió a la barra. A la hora de la cena, Nieve y Lupe la invitaron a fumar un cigarrillo en la calle. Elena pensó que era su momento de probar, pero a la vez, no quería que se burlaran de nuevo, así que fingió que sabía cómo hacerlo. Escupió el humo de una sola exhalación y empezó a toser.

Nunca has fumado antes, ¿verdad?, dijo Lupe con malicia.

Ella negó con la cabeza.

Es que no me lo creo. O eres boba o eres del Opus.

Nadie fuma en mi casa. Y no soporto el humo.

Pues con nosotras, te acostumbrarás, y eso tampoco es bueno, dijo Nieve. Aunque es muy útil para acompañar la lectura, para después de follar y cuando no quieres hablar con nadie en las fiestas.

Se rieron. Elena pensó que le hubiera gustado contarles lo de Xavier, pero prefirió no confesar que había sido virgen hasta los 19 años. Nieve le ofreció su cigarrillo. Elena dio dos pitadas y escupió todo el humo de una vez.

De a poco lo pillarás.

¿Dónde estará Alfredo?, preguntó Lupe.

¿Sabes que Lupe se ha enamorado de un cliente?

Elena inhaló todo el humo y lo largó tosiendo.

Sí, contó algo de eso el día del marmitako, aunque no dijo que era un cliente, pero me lo imaginé.

Pues eso sí que es ser boba, dijo Nieve.

¿Por qué? ¿No viste Mujer bonita?, se defendió Lupe.

¿Tú no te has dado cuenta de que Mujer bonita es la misma historia de la Cenicienta?

¿Y qué?

Pues que es un cuento de hadas.

Hace años que me elige. Puede estar con cualquiera y siempre vuelve a mí.

No dejará a su familia por ti, acéptalo.

Se ha venido de viaje, me ha comprado todos los muebles de mi casa. Tenemos una relación, no es un simple cliente. ¿O crees que no he aprendido a diferenciarlos?

No digo que no te tenga una estima especial. Está claro que sí.

Muchas parejas han comenzado como amantes.

Tú no eres su amante, Lupe.

Sí que lo soy. Follaría con él, aunque no me pagara. Lo acepto solo porque él insiste.

Es la prueba de que no quiere que te confundas.

No es eso, es que sabe que necesito el dinero.

Como quieras.

Bien podría separarse de su mujer a esta altura y aceptarlo de una vez, ¿no? Con lo aburrido que se lo ve.

Pues no lo hará. Y eso te lo puedo asegurar.

Tienes un complejo de bruja, joder.

No hay que serlo para saber que, si te aburres en tu casa, te vas de putas, no te casas con ellas.

Lupe cerró los labios en una pequeña sonrisa, como si ningún argumento pudiese convencerla. Elena ya no sentía bronca por ella. Tampoco pena. Era un intermedio entre desinterés y desconfianza.

Vamos adentro que me estoy pelando de frío, dijo Nieve.

Elena y Lupe la siguieron.

CAPÍTULO DIEZ. MALA PÉCORA

El lunes siguiente, Elena se levantó temprano para cursar. Como se había acostado a las diez el domingo, pudo estudiar todo el viaje de ida a Lérida. Llegó un poco tarde al teórico porque se distrajo conversando con un compañero que la puso al día con lo que se había perdido la clase del jueves. El chico también vivía en Barcelona y había quedado fuera de la Politécnica. Ya en el aula, empezó a tener sueño, así que le costó mucho permanecer concentrada hasta el final de la clase. Cuando el profesor se retiró, Elena juntó sus cosas y buscó al compañero con el que había conversado, con la idea de volver juntos a Barcelona, pero no lo encontró y regresó sola. Esta vez sí se durmió todo el camino de vuelta.

Pasó por Festa Popular para bañarse y dejar los apuntes y libros. Xavier estaba por salir y le comentó que en unos días vendrían a arreglar el teléfono. Ella aprovechó para preguntarle si su amiga podía quedarse por un tiempo y le pidió disculpas por las noches que ya había pasado ahí sin permiso. Él le dijo que no había problema con ninguna de las dos cosas y bajó las escaleras. Ya en su cuarto, Elena buscó la ropa del trabajo y encontró más cajas adentro del placar. Dos de ellas eran muy pesadas y parecían estar llenas de libros, pero había otras dos abiertas y, en una de ellas, solo había un sobre despegado con un fajo de dinero. Elena se sentó para contarlo. Dos mil euros. Solo una persona rica como Blanca podía dejar esa cantidad de plata tan expuesta. No se lo hubiera imaginado de Edurne o de ninguno de sus compañeros de piso. Devolvió los billetes al sobre y lo envolvió con una remera antes de guardarlo en la caja. ¿Por qué no se abría una cuenta en el banco? ¿De dónde saldría todo eso? No recordaba que su amiga le hubiera hablado de sus ahorros. Siguió revisando. Ropa de mujer, zapatos, una cámara de fotos, un cuadro envuelto en papel manteca. La llamó desde el locutorio a lo de Montse, aunque no tenía certeza de que estuviera allí, pero esta vez, Blanca contestó enseguida.

Che, ¿vos le estás robando a tu vieja?

Qué dices. Me dio todo excepto las joyas, que son de mi abuela.

¿Y se las pediste?

Lo sabe, aunque, técnicamente, no tengo por qué hacerlo porque mi abuela me ha dicho que son para mí.

¿No se te va a armar un quilombo? Hay un montón de libros más.

Los libros los he tomado prestados por un tiempo. Ya hemos hablado de esto, por dios.

Te dije que no lo hicieras y de verdad, lo último que necesito es un quilombo con tu mamá.

No lo tendrás. Y el dinero lo usaré para vivir, así que mi madre no me lo reclamará.

O sea que sí se lo sacaste.

No, no. Es difícil de explicar. Mi madre no sabe cuánto dinero tiene. No es un problema para ella.

¿Estás segura?

Sí, además, con las ventas de todo lo demás tengo para medio año sin trabajar, yo creo.

¿La venta de las joyas?

Las joyas, la ropa y el cuadro, es de Fontanet, un artista catalán que se está cotizando muy bien.

¿Original?

Por supuesto. Es la herencia de mi abuela. Ella tenía una pequeña colección de obras de arte, pero luego, con la enfermedad de mi abuelo, lo fue empeñando y vendiendo todo y le quedaron unas pocas que repartió entre nosotras y sus hermanas.

Ah, ¿y dónde vas a vivir?

He hablado con unos chicos de la uni y me librarán una piecita en el barrio gótico en un mes. Pero mientras tanto, ¿puedo quedarme allí unos días? ¿Has hablado con Xavier?

¿Tan mal estás en tu casa?

Peor que eso. A estas alturas, creo que mi madre quiere que me marche y mi hermana me ha dicho que en cuanto vuelva su novio, debo irme también.

Pero después de que se te acabe la guita vas a tener que trabajar, Blanca. Y es casi imposible estudiar y trabajar a la vez. A mí se me hace muy difícil y recién arranco.

Joder. Tú sí que eres una conversa.

Te digo lo que me está pasando.

Vamos, yo te he hospedado a ti.

Podés quedarte en Festa Popular, por supuesto, pero no quiere decir que sea una buena idea. Igual, hablé con Xavier y me dijo que podías.

¿Lo has hecho ya? Qué monada.

Sí, y me dijo que por un tiempo sí. ¿Venís hoy?

A la madrugada o quizá mañana.

Elena colgó confundida. Sabía que se lo debía, que era lo mínimo que podía hacer por Blanca, pero no tenía ganas de vivir con ella. Intuía, además, que eso le iba a molestar a Alicia, aun cuando quisiera que su hija se fuera de su casa. Una cosa era una pensión estudiantil y otra, Festa Popular. Ya se imaginaba incluso la cruzada de esa mujer para tratar de deportarla. Como si fuera su culpa que su hija no la aguantara.

Se había quedado con las ganas de contarle a Blanca lo último que había pasado entre ella y Xavier, pero necesitaba otra situación. Estar a solas con ella, tranquila, preparada, incluso, para que a Blanca le cayera mal.

Se fue a trabajar y ese día hubo tanta gente que Elena no pudo ni siquiera tomarse la pausa que le daban para cenar. Amalia la dejó salir una hora antes y como no hacía frío, Elena volvió caminando.

Cuando llegó al departamento, escuchó las voces de Blanca y de Halima en su cuarto. Abrió la puerta: el tufo del alcohol se le vino encima. Las chicas estaban sentadas en la cama y no paraban de reírse. En el piso había vasos con cáscaras de limón, una botella de tequila por la mitad y un tetra brik aplastado.

Blanca la miró de reojo y le hizo un comentario en el oído a Halima. Elena acomodó sus cosas, sin hablarles. Dejó su cartera en la silla y se sacó los zapatos.

¿Has salido así?

Halima señaló el jumper de corderoy que Elena se había comprado en la feria. Le llegaba apenas abajo de la cola y dejaba ver una calza cortada y sin ruedo.

Te queda fatal, agregó Blanca. Apenas podía modular.

Elena se acercó al espejo y estiró el vestido. El ruedo se estaba descosiendo. Y era demasiado corto.

Es que no tenía ganas de cambiarme hoy, pero solo lo uso en la barra. Total, el mostrador me llega hasta acá, dijo Elena y señaló por arriba de la cintura.

Qué más da si los viejos ni se enteran.

Elena buscó el pijama. No le había gustado el comentario, pero intentó disimular.

Y ustedes ¿qué estuvieron haciendo?

Esta anda desesperada porque su novio le haga caso.

Elena miró sorprendida a su amiga. Sin duda tenía un don para decir cosas ofensivas.

No entiendo adónde fue a parar todo el amor que tenía, explicó Halima. Si ustedes supieran lo que era el Donat cuando me conoció. Joder, se le caía la mandíbula. Me tocaba el pelo, los labios. "Si no me lo creo", me decía.

¿Y ahora qué? ¿Ya no cogen? ¿No follan?, preguntó Elena.

Poco. Esta mañana me he paseao en pelotas de un lado pal otro para nada. ¡Es que pasa completamente de mí! Y eso que me puse mi mejor lencería y me hice un tratamiento para los senos, dijo mientras les mostraba sus tetas.

Toca, toca.

Blanca sacudió la cabeza y acercó la mano. Elena se echó hacia atrás, pero la chica insistió. Entonces apoyó su mano arriba del pezón y palpó sin pudor.

Me hice un tratamiento en un centro de cosmética, explicó Halima.

La chica les retuvo las manos con las suyas y les sonrió.

¿Lo notáis? Te deja la piel mucho más turgente. Yo flipo.

Elena asintió y esperó que Halima le soltara la mano. Al tenerla tan cerca notó que la piel de su cara era muy fina también, sin marcas de acné. Tenía los labios delineados con un borde recto y el clásico lunar en la comisura, aunque un poco deformado, parecía puesto a propósito. Los ojos, de un brillo excesivo, eran alargados hacia arriba, muy oscuros y con el doble de pestañas de lo normal. Sus cejas dibujaban dos bastones anchos. Qué mujer más hermosa, pensó Elena.

Blanca se incorporó de golpe.

¿Pero tú estás loca o qué? ¿No me has dicho que no tienes trabajo, que te quedan dos meses de cobrar el paro?

Halima se cubrió de nuevo.

Era una promoción. 200 euros por el tratamiento completo cuando el año pasado estaba 250.

Blanca se agarró la cabeza y buscó los ojos de Elena.

Qué quieres que te diga. Eres tonta de remate. Cuando tu novio se ha aburrido de ti, no importa que te eches toda la ropa de Lanvin encima o silicona en el culo. Es que así son los tíos. Les gusta la variedad.

Elena sonrió esta vez. ¿De dónde sacaría Blanca sus apreciaciones? Porque convincente era, ni hablar, pero no tenía ninguna experiencia.

Halima se acostó con los brazos debajo de la cabeza, resignada.

¿Y qué puedo hacer?

¡Pasa de él! Está lleno de tíos ahí afuera que morirían por echarse un revolcón contigo. Fóllate a unos cuantos y ya verás cómo al tal Donat lo tienes arrastrándose por ti.

¡Qué va! Es demasiado orgulloso. No hará nada de eso.

Es que se nota a la legua que no has pensado en engañarlo.

Halima negó varias veces.

Si él está aburrido de mí, da lo mismo que folle con otros, ¿no crees?

Si se la folla otro, la mujer se vuelve extraña a sus ojos, y así le interesas de nuevo. Eres un terreno a conquistar.

¡Eso es muy machista!

Blanca levantó los hombros.

Lo mismo aplica para las tías.

Pensé en escribir 1527 papelitos con nuestros nombres y hacérselos llegar a Monserrat. Esa es la cantidad de días que hace que estamos juntos. Cuatro años y un mes.

Elena pensó que era entendible que la chica pudiera dejar de gustarle a su novio. ¡Si era una pesada! Tampoco es que Donat fuera la gran cosa, pero hablaba bien, usaba lentes, ropa oscura y pasaba por intelectual.

Olvídate de eso. Te odiará.

¿No te parece romántico?

Me parece un poco patético. Déjalo en paz en su trabajo. Lo fastidiarás.

La cara de Halima se opacó, como si le hubieran dicho que tenía una enfermedad grave. Blanca propuso que hicieran hotcakes. Se notaba su esfuerzo por cambiar de tema.

Son las cinco de la mañana, dijo Elena. Estoy a dieta, gracias. Sentía la incomodidad de haber malgastado sus horas de sueño, pero ya se había desvelado.

Es que he traído sirope, dijo Blanca.

Halima festejó la propuesta y se puso a batir huevos. Elena dijo que aceptaba comer dos hot-cakes. Buscó una sartén en una montaña de ollas y encontró una, abollada pero con mango. Eso podía funcionar. ¿Fósforos? ¿*Cerillas*? No había ninguna a la vista. Revolvió los cajones, se paró encima de la mesada, pero la alacena estaba vacía.

Creo que tengo un encendedor en la cartera.

¿Desde cuándo fumas?, le preguntó Blanca.

No es mío. Es de una de las chicas del bar.

Decía “bar” en lugar de “barra” cuando no estaba sola con Blanca, aunque sabía que nadie le preguntaría nada. La enseñanza de “Los trajes del emperador” había funcionado. Además, era una desconocida en Barcelona. Y era *sudaca*. Nadie esperaba mucho de ella; a nadie iba a impresionar.

Caminó por el pasillo frotándose los brazos para darse calor, pero antes de llegar a su cuarto, la interceptó Xavier.

No sabía que estabas acá, dijo ella.

Acabo de entrar.

Tampoco te escuché.

He entrado por el balcón.

¿En serio?

¡Claro que no! Qué niña eres.

El chico la llevó de la mano a su cuarto. Antes de entrar, intentó taparle los ojos, pero ella no se dejó.

¿Qué te pasa?

Estoy con las chicas.

Xavier la tomó de la cara con las dos manos y la miró fijo antes de hablarle.

Solo quiero mostrarte algo.

Elena siguió el dedo del chico, que señalaba el mural, y contempló la mancha de sangre, que cubría parte de la pintura y se escurría en el zócalo.

Continúa hasta aquí, dijo Xavier y le mostró las gotas que habían salpicado las sábanas, el colchón y el marco de la cama.

¿Es mi sangre?

Pues claro.

Ya mismo limpio todo. ¡Perdón!

No quiero que quites nada. ¿Qué clase de tío sería si hiciera eso?

Ella dudó. Lo decía en serio.

¿Ni siquiera lo de la pared?

No. Es una prueba de amor y honestidad. Veo que no me mentiste, que puedo confiar en ti.

¿Por qué te iba a mentir con eso? A mi edad, ser virgen no es algo de lo que sentirse orgullosa.

Para mí lo es. De hecho, lo aprecio mucho.

Ella fingió la sonrisa y corrió hasta el lavadero. Volvió con un balde lleno y un lampazo.

¿Es que pasas de mí? Te he dicho que lo dejes así como está.

Y yo que lo saques, me da vergüenza.

A ti te da vergüenza todo. Déjamelo. Limpiaré lo del piso, pero me quedaré con esto, dijo, señalando las manchas de la cama.

¿Y las de la pared?

Esas ya son parte del mural. No me hagas borrarlas porque las pintaré de nuevo, aunque tenga que robarte la sangre.

Xavier la abrazó con fuerza.

Te quiero, dijo en un susurro.

Yo también, dijo ella.

Volvió a la cocina con las chicas, que ya comían los hotcakes. Blanca la miró con rabia. Sacudió una cajita de fósforos y la hizo sonar.

Eres una mala pécora. Por eso, te hemos dejado los más pequeños.

Luego de decir eso, empujó un plato con una pila de panqueques fríos y pegoteados.

Elena los comió en silencio. No agradeció ni pidió disculpas.

CAPÍTULO ONCE. LA DIOSA ISHTAR

El lunes de la semana siguiente, Elena llegó temprano porque fue a la barra directo después de cursar. Nunca había llegado a esa hora. Eran las siete menos cuarto y ya en la puerta había tres clientes esperando para entrar. Ella se adelantó. Notó algo raro. Habían agregado luces azules en las esquinas y parecía otro lugar. El silencio se interrumpía con una gota que caía en la pileta. Se acordó de *Suspiria*, una película de terror que había visto con su mamá el día que cumplió 15 años. A ella le había gustado, sobre todo la escenografía, las ventanas y puertas altísimas con vidrios de colores. A su mamá no. La habían visto de casualidad, un día que tenían que hacer tiempo en Capital y entraron a la sala Lugones. No compartían muchas cosas, pero cada tanto, les gustaba pasear juntas. A veces iban al cine, aunque casi siempre, solo caminaban y tomaban café. Era Elena la que se adaptaba a su mamá. Las salidas duraban poco. Se aburrían rápido y buscaban excusas para volver. Su mamá solo quería estar con su papá, él era su única pasión. Nunca lo habían sido los hijos, ni la casa, ni su trabajo, que era llevar las tareas administrativas de la fábrica de guantes. Y era una pasión que Elena no entendía porque también su papá le parecía aburrido, sin verdaderos intereses más que hacer plata, y ni siquiera tanta. Le chocaba que todavía creyera tanto en el esfuerzo personal y fuera lo único de lo que hablara desde hacía años. Estudiá. Preparate para el futuro. La palabra “futuro” no se salía nunca de su repertorio. Y su madre, repitiendo lo mismo como un loro, porque no había aprendido a hacer otra cosa que creer en un hombre.

****

Elena camina hasta la oficina de Sergio y golpea. No contestan. Tampoco hay nadie en el baño ni en el hall de fumadores. Se cambia con tranquilidad y se pone unos zapatos que le prestó Nieve, sin plataforma, pero con taco aguja. Se deja los auriculares mientras se maquilla, Xavier le prestó su discman y algunos cedés. No es algo que haya hecho más de dos veces ahí, arreglarse con tiempo,

acostumbrada a luchar por la pileta en la hora pico. Suena Pata Negra, la banda favorita de Xavier. Sale con confianza. Se mete en la barra.

En la esquina, sentada en un taburete, está Ishtar. Nunca habló con ella, pero Nieve le hizo la mini biografía de todas las chicas y Elena recuerda solo a las más atractivas. Una es ésta, que eligió de apodo algo que sonara más original que Cleopatra, pero remitiera al mismo tipo de mujer. Se acerca, la chica sigue de espaldas aun cuando Elena está a su lado. El pelo negro de publicidad, de esos que parecen azules, se dobla sobre el mostrador. Se lo corre para provocarla. Ishtar reacciona.

¿Qué haces?

No quiero ensuciártelo con la rejilla.

¿La qué?

El paño.

Joder, qué feo habláis vosotros.

Elena se ríe. No puede tomarse a mal el comentario de otra inmigrante, aunque quizá en el ranking de esta chica, Argentina califique mucho peor que Egipto. Por lo pronto, los egipcios son más raros en la ciudad, mientras que compatriotas hay abajo de cada piedra. Los que aterrizan buscando cualquier trabajo y los que, como ella, pueden pasar por turistas, pero a los pocos meses, ya se suman a las filas de los primeros.

Limpia un poco la esquina, pero Ishtar no quiere moverse. Le hablaron de su magnetismo, pero recién ahora que la tiene cerca lo siente. La chica gira en el taburete y abre el estuche de maquillaje. El escote del vestido apenas le tapa las tetas. Sus ojos son enormes, las pestañas tienen todo el rímel del tubo. Elena no disimula y la mira como a una modelo en una pasarela. Los labios, pintados de rojo metálico; los dientes, blanquísimos. Seguro que debe tener hasta buen aliento.

¿Por qué usás siempre vestidos largos?, pregunta Elena.

Porque me sientan bien.

La puerta se abre y los tres hombres de la entrada caminan hacia Ishtar, que se para para recibirlos. De espaldas, el escote le llega hasta el final de la columna. Las tiras blancas de la tanga se

traslucen y obligan a mirarle el culo. Elena echa el peso de su cuerpo sobre las manos, aferradas a la barra. Siente celos, atracción, pudor. Pero también, la certeza de que esa chica puede revelarle algún secreto. Un poder que ella quiere tener.

Recuerda lo que Nieve le contó de la egipcia por su acento afrancesado. Siendo todavía menor, Ishtar se fue de su casa con un novio que luego la abandonó en Lyon. Nunca volvió a su país. Recaló en Barcelona para tratar su alcoholismo. Es la única copera a la que hay que ponerle ginger ale sin que lo pida.

Todavía no llegó ninguna de las otras chicas así que solo ellas dos están en el local. Uno de los hombres pide una botella. Los otros dos miran a Ishtar hipnotizados. Elena también.

A ver, empujá la cadera hacia atrás, dice uno.

Ishtar abre las piernas, quiebra la cintura y su espalda dibuja una ele. El culo sirve para apoyar una botella. La base fría del vidrio la hace zigzaguearse y a ellos, estallar de risa. Entonces lo vuelve a hacer y los hombres reaccionan con alaridos. Ishtar los mira de costado y retoma su juego, y los tres aplauden y gritan. Elena abre una botella de coca y la toma de a sorbitos. Le cuesta dejar de mirar hacia la mesa: la egipcia maneja la escena y los hombres, comen de su mano. Uno de ellos se pega cuanto puede a su espalda y la chica empieza a gemir con voz grave, mucho más de lo normal para una mujer. Elena se da vuelta y cierra los ojos. Al abrirlos, el espejo de adentro de la barra le devuelve la imagen que hay a sus espaldas. Se agacha y repasa las botellas y desde su escondite, trata de imitarla. No puede: nada tan espeso como la voz de Ishtar.

Escucha el ruido de la caja. Es Sergio, el encargado. Elena se pone de pie y lo saluda. Uno de los clientes camina hacia ellos.

Queremos una salida, dice el hombre mientras hurga en sus bolsillos.

Tres salidas, querrás decir.

¡Pero el tiempo es el mismo!

Sergio no contesta. Cuenta billetes y ata los fajos con gomitas.

Vamos, que es un solo turno.

El encargado se limita a sonreírle y decirle que no regatee por una mujer.

Ishtar se sienta en un taburete. Uno la besa; el otro le apoya una mano en la pierna, en la panza, en la teta. Elena mira el reloj: las diez y media ya. Es demasiado raro que no haya llegado ninguna otra chica aún. Siente una puntada en la cabeza. Seguro que le pusieron algo al vaso, el mito debe ser cierto, así te meten en la prostitución. Tiene ganas de salir. Si tan solo supiera que Nieve aparecerá con un montón de excusas. Todo va tan rápido. Respira hondo y trata de mostrarse con naturalidad, no le pasó hasta entonces, tener que presenciar un momento como ese desde la barra. Quizá es porque Ishtar sabe que terminarán saliendo y no va a arriesgarse a que se conformen con un turno en la salita, o porque ella pone sus propias reglas. Sergio se mete en la barra, detrás de la caja. Uno de los clientes paga por los tres. La sonrisa del encargado, la rapidez con la que el hombre corre a juntarse con Ishtar y la exaltación ruidosa de ella son la prueba de que el negocio los dejó a todos contentos.

****

Nieve, Lupe y Annetta aparecieron a las once. Elena les pidió si la cubrían un rato así podía cenar. Se había traído un táper con una ensalada, fruta, nueces y un yogur. Empezaba otra dieta, pero esta vez, al menos, tenía un objetivo claro: no pensaba pasar hambre y terminar arruinando sus planes como las otras veces, con un atracón de golosinas o pan. Se tomó una hora completa para comer tranquila y volvió a su puesto a la medianoche, justo cuando entraba a la barra otro grupo de chicas.

¿Qué pasó que todas vinieron tarde hoy?, preguntó Elena.

Yo me quedé dormida.

Yo tuve una reunión de consorcio y Annetta, algo con sus críos.

No sabía que tenía hijos.

Trillizos para colmo.

Elena recordó que la chica tenía su misma edad. Le había hablado de su vida el día que estuvieron juntas con Jerónimo, aunque no había mencionado a sus hijos. Se le hizo raro, pero a la vez, sabía que ninguna de ellas era demasiado abierta con su vida privada.

¿Sabes?, dijo Nieve. Annetta fue la que más rápido se pasó de este lado. Lo hizo a las dos semanas de llegar.

Elena le corrió la mirada y caminó hasta la caja. Sentía esa contradicción siempre que le contaban cómo cada una había empezado a prostituirse. Quería y no quería saber. Mucho menos reconocerse en ellas.

¿Y las otras? ¿Por qué habrán venido todas juntas tan tarde?

Hicieron una salida, dijo Nieve y se puso a contarles sobre la despedida de soltero del hijo del Cirujano, un cliente histórico de Monte Adriano.

Ese también prefiere a las novatas, como el jamonero. Pero hace mucho que no viene por aquí.

A Elena se le escapó una risa nerviosa mientras servía una copa.

Se aburrió esa noche y volvió caminando al departamento. Sentía que se le había movido algo importante. Como si la distancia entre las demás y ella se hubiera acortado de golpe. No había hecho nada nuevo. No había sentido que podía tampoco, pero algo era distinto. La escena con Ishtar se le vino a la mente varias veces. Le hubiera gustado mirarlos hasta el final, en el hotel donde los tres hombres y ella habrían pasado la noche.

Decidió hacerse invitar una copa al día siguiente, para probarse. Seguro que iba a ser más divertido que estar sola tantas horas, sirviendo champagne del que ella no vería ni un peso. Y quizá tenía suerte y alguno le pedía un turno de salita para que bailara frente al espejo o se acariciara las piernas, nada más. Si fuera solo eso, no dudaría ni un segundo en pasarse. Pero claro que Jerónimo era una excepción. O bueno, todavía quedaba el cirujano, si se dignaba a venir. Los otros querrían todo, más vale. Y sus compañeras, Colombia, Annetta, ¿qué sentirían de que las tocara un desconocido, un tipo al que nunca se hubieran acercado por elección? Asco de besarlos seguro, aunque no

podía estar segura. A Ishtar no parecía provocarle nada, pero ella era la más atrevida. Le habían dicho que se animaba a cualquier cosa. ¿Qué habrían querido decir? Tenía que preguntarle a Nieve o Lupe.

****

Elena llega a Festa Popular de madrugada. Hay mucha gente desconocida. Y música electrónica. Blanca y Halima conversan con unos tipos que hablan español con acento inglés. Donat sirve tragos. Xavier corre a saludarla. Tiene los ojos chinos y esa forma pausada de hablar que a la vez la seduce y la irrita.

No puedo decir lo que pienso.

Es que estás drogado.

Créeme que nunca estuve así.

Me imagino.

He fumado con la pipa del Alex, un guiri que siempre consigue lo mejor de lo mejor… joder…es como si te hubieras metido caballo. Más fuerte aún que si lo comes.

¿Querés que te traiga algo para tomar?

No, gracias. Ya se me pasará. Es que no va bien con la marcha.

Yo...

Hazme unos masajes, ¿quieres?

Xavier se acuesta y Elena se sienta sobre su espalda con las piernas flexionadas. Lo masajea por un rato y él se relaja. Los invitados se juntan en la sala y Elena sigue en su posición por un rato largo. Xavier se da vuelta y le pide que se siente en su regazo.

Nunca te has metido nada.

No.

¿Quieres probar?

Mmm.

Vamos, todo junto. Fumas, follas. Recuerda que todavía me debes una mamada.

Eso no te lo prometí.

Se ríen. Tres gatos duermen en una esquina y ella alarga la mano para acariciarlos. Xavier va a su cuarto y vuelve armando un porro. Se lo da, junto con el encendedor.

Ahora tienes que chupar y retener el humo en la garganta y al rato recién exhalarlo. Sentirás que te pica un poco. Es normal. Toserás. Bebe sorbitos de agua.

Ella pita y tose. Corre a la cocina y vuelve con una botella de agua. Prende el porro de nuevo y se ahoga.

No pde rtnrlo csi nda.

Pues espera y fuma otra vez en un rato. Quiero que follemos colocados.

¿Y si pruebo con la pipa?

No, no, es mucho más fuerte. A lo mejor y te desmayas.

Xavier busca vino y ella bebe y fuma. Tose. Bebe y fuma. De un momento a otro, están besándose en el colchón. La fiesta continúa alrededor, pero a Elena no le importa. Xavier le dice que pasen a su cuarto. Allá van.

Ahora están frente al mural. Las manchas de sangre se han mimetizado y parecen rizomas acuáticos. Xavier ya está desnudo y avanza hacia ella.

Ya puedes metértela en la boca, ¿verdad?

Ella asiente con una seguridad impostada. Se lame los labios varias veces y cierra los ojos.

Oh, no. Ábrelos. Y mírame mientras lo haces.

Ella levanta los párpados, pero esquiva su mirada. Él conduce su cabeza, la empuja hacia adentro y afuera.

Hasta el fondo.

Ella se atraganta. Carraspea y lo intenta de nuevo.

Un poco más.

El roce le da arcadas.

Trata de no respirar.

¿Por qué?

Así podrás pasarla por la garganta sin vomitar.

Ella cierra los ojos y lo intenta de nuevo, pero escupe.

No puedo. Es que…

Tranquila. Nadie puede hacerlo de buenas a primeras.

Pero entonces para qué la hace pasar por esto, piensa ella. Prefiere no quejarse. No quiere que esta situación se convierta en otra cosa. Uno de sus parlamentos, el chico revoleando los ojos, ponerse la ropa, taparse de vergüenza, reprochar, explicar todos sus traumas.

Lo haremos de a poco. Solo chúpala esta vez. El chico se reclina y la toma de la cara con fuerza.

Me muerdes. Tienes que cubrirte los dientes.

Ella intenta hacer lo que él dice.

Lo importante es que vayas cambiando de ritmo. Alterna entre la lengua y los labios, pero improvisa. Busca tu estilo.

Elena sonríe. Le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Luego es él quien se acuesta sobre ella. Se excita como cuando está sola, nunca le pasó. Xavier la da vuelta y empieza a chuparle el culo. Eso sí que no se lo imaginaba. Otra vez tiene a Ishtar en la mente. Elena cierra los ojos y deja que la memoria se llene de su voz grave. Se concentra en su cuerpo, esa es su respiración natural y la de él. Luego se acomoda de espaldas y abre sus piernas hasta que le duele.

Me gusta que pongas esa cara.

¿Qué cara?

De entrega.

Él deja caer su saliva amarga en la boca de ella. Hace correr los dedos por su pelo y le rasca la cabeza.

Acaba conmigo, ven.

Le encanta que Xavier le hable, le pida cosas. No sabía que las palabras pudieran tener ese efecto. ¿O es el acento? Su cuerpo se ablanda y desaparece.

Cuando despierta, son las once de la mañana. Corre a su cuarto porque sabe que Blanca está ahí. Le prometió que iría a la madrugada. Quiere contarle todo lo que le pasó estos días. Que ya perdió su virginidad, que tuvo su primer orgasmo, que es una cosa de no creer. ¿Dónde estaban esas sensaciones antes en su cuerpo? Blanca, se repite Elena. A veces necesita tanto a su amiga como una nena a su mamá. La cama está revuelta. Debe haberse ido apenas se levantó. Se llevó su bolso, pero dejó las cajas. Sobre la cómoda hay una nota:

"Elena. T'he estat esperant, per a variar, però no has tornat. Me'n vaig a València. No sé quan tornaré."

CAPÍTULO DOCE. HOGAR DULCE HOGAR

Un mensaje en catalán tenía la intención de molestarla. Aunque también podía ser una forma de presionarla para que se integrara a la ciudad.

¿Xavier, me podrías enseñar catalán?

Es que yo hablo mejor lleidatà, pero puedo hablar un barcelonés decente también, claro, con mucho gusto, así me aseguro de que nuestros hijos lo hablen.

Ella desvió los ojos. No le gustaba pensar el futuro con él, pero hizo el esfuerzo de sonreír.

El jueves llegó a Lérida pasado el mediodía. A las cuatro ya tenía que volver para llegar a horario a Monte Adriano. Quería ver cuál era su situación académica, pero se le hacía evidente que era imposible cursar en una ciudad tan lejana y trabajar tantas horas. En la oficina administrativa le dijeron que seguía siendo regular pero que tratara de faltar lo menos posible porque esa era la forma más fácil de perder el hilo. Los primeros exámenes se tomarían la semana siguiente y ella ni siquiera tenía todos los textos. Además, le quedaba poca plata. Le iba a tener que pedir prestado a Blanca otra vez hasta que le pagaran o quizá a Xavier, aunque él era tan pobre como ella, pero no tenía muchas opciones. Era solo una semana porque con lo que iba a cobrar podía devolver la plata enseguida y pagar la mitad del alquiler y la comida de varios días. Ahora que tenía que mantenerse sola se daba cuenta de lo mucho que había ahorrado mientras paraba en lo de Alicia.

Esa noche, pidió salir media hora antes de la barra y volvió en taxi. Estaba agotada y sabía que no podría aguantar una caminata a casa o la espera del colectivo. Se durmió al instante de apoyar la cabeza en la almohada.

A la mañana, se sentó por fin a estudiar. Cruz, Marcia, *Los materiales del estilo románico*. Era un texto larguísimo, y solo uno en la lista de los 15 que entraban en el examen.

En tres horas terminó el texto, almorzó y después de lavar los platos, se puso a hacer un resumen con lo que había subrayado. A las seis se bañó y salió para el trabajo.

Llevó los apuntes y en el subte no dejó de leer. Sentía la emoción de aprender, una intensa curiosidad que extrañaba: "*Materiales. Se utilizan la piedra, el ladrillo, la madera y el sillarejo. El muro está formado por dos paredes de sillería de piedra cuyos huecos se rellenan de ripio."* Hizo un círculo en las palabras *sillarejo* y *sillería* para buscar su significado cuando regresara.

Sabía que con el tiempo que le quedaba no iba a llegar a leer todos los textos de las dos materias, pero al menos, podía aspirar a sacarse un cuatro. Lo mínimo para no perder la regularidad. Ya tendría tiempo de levantar el promedio el año siguiente, cuando se pasara a la Politécnica. Ahí se iba a ahorrar un montón de horas de viaje. Incluso si mantenía el trabajo en Monte Adriano podría cursar hasta las seis de la tarde.

Esa noche hubo muchísima gente en la barra. No dio abasto y la retaron varias veces por demorarse. No entendía cómo en casos así, no contrataban otra bartender de refuerzo. Giulietta había tenido que viajar a Italia y hacía días que elegían a cualquier copera de suplente. Esta noche había sido el turno de Mariana, la uruguaya, que le dejó casi todo el trabajo para poder hacerse unas copas.

Cayó rendida en la cama. Antes de dormirse, escuchó la llave de la puerta de entrada y unos pasos que iban a su cuarto. Era Halima y quería saber si había alguien en el departamento. Elena también se sintió más tranquila cuando supo que no estaba sola.

Estudió todo el fin de semana sin salir del departamento más que una vez, cuando fue a comprar comida al Mercado de la Boquería. Con ese nivel de concentración quizá era posible seguir estudiando, pero tendría que sacrificar todos los fines de semana.

El lunes amaneció con una fuerte picazón en la piel. Caminó hasta el espejo de Xavier y descubrió unas manchas en el cuello y la espalda. ¿Cuándo se había agarrado eso?

Los gatos. Recordó que cuando tenía diez años se había contagiado hongos de gato en las piernas. Y estos se le parecían mucho. Mejor ir al hospital primero y después, avisar en el trabajo. No podía ir con todo eso en la piel. Le dolía mucho la cabeza también y sentía frío. Y la garganta. ¿Tan grave era? Se preguntó quién cuidaría de ella si estaba enferma.

En el hospital le dijeron que tenía estreptococo y herpes, pero que no venían de los gatos. Además, las dos cosas no estaban relacionadas entre sí. En el justificativo escribieron: una semana de reposo total. Si no se le iba la fiebre en 48 horas, debía volver al hospital. Le recetaron antibióticos y una pomada. Los compró y regresó al departamento, consciente de que no iría ni a cursar ni a trabajar, pero llevaría un justificativo válido a los dos lugares. Se echó en la cama, tomó la primera pastilla y puso la alarma a las siete, para llamar a Sergio. Apenas sonó la alarma, se levantó, fue al locutorio y llamó a la barra, pero la línea dio siempre ocupada. A eso de las nueve, regresó y tampoco pudo comunicarse, así que desistió y volvió a la cama. Nadie podía acusarla esta vez.

Al día siguiente, intentó llamar una vez más, pero el teléfono de Monte Adriano seguía descompuesto. Procuró avisarle a Edurne, pero ella tampoco atendía el suyo, aunque se oía el tono. Tampoco tenía contestador. Esperó intranquila que volviera Xavier y cuando apareció, le suplicó que fuera hasta Monte Adriano y le dijera al encargado que estaba muy enferma. Que volvería en cuanto estuviera recuperada, a la semana. El chico fue de inmediato y volvió con la noticia de que Sergio se lo había tomado bien. Pronto confesó que no lo había encontrado y que le había dado el certificado a una uruguaya. Elena se tranquilizó de que fuera Mariana y no Teresa. Se preguntó si le tendrían consideración en la facultad. Ya había faltado mucho. Xavier le dijo que, si tenía un certificado, se olvidara del asunto. Ella se dejó convencer. No podía ocuparse de eso ahora. No tenía fuerzas. Solo quería dormir.

CAPÍTULO TRECE. EL LADO DEL DIABLO

Cuando terminó la caja de antibióticos, Elena fue al hospital y le dieron el alta, así que volvió a la barra con sus certificados en la mano. No había nadie. Le pareció raro porque Sergio solía abrir el local a las cinco de la tarde y ya eran las seis. Se sentó en la vereda. En su bolso guardaba los apuntes que llevaba a todos lados así que se puso a leerlos. Eran perfectos, ordenados. Blanca le había sugerido que hablara con los profesores, que a veces, a los alumnos que se quedaban libres, los dejaban cursar igual y rendir los parciales para poder dar el examen final en condición de regular. Pero Elena sabía que lo difícil era llegar con los textos a los parciales, no mantener la regularidad. Quizá estudiar y rendir al final en condición de libre era lo único que podía hacer, y no lo peor.

Escuchó una risa que venía de la esquina y se incorporó cuando notó que era Sergio. Caminaba junto a otro hombre.

¿Qué haces aquí?, le dijo en cuanto la reconoció.

Ella tragó saliva, tardó en responder.

Estuve enferma. Mi novio le avisó a Mariana y le dejó un certificado para que te lo diera. Acá tengo el alta médica.

Elena metió la mano en su cartera.

Tuve estreptococo, no fue una pavada.

El hombre apartó el papel y avanzó. Sacó las llaves y abrió el local. Ella lo seguía con los ojos de un lado a otro, buscando una respuesta. El hombre que lo acompañaba entró primero. Sergio fue detrás. Elena amagó con cruzar el umbral, pero el encargado la detuvo antes con una mirada desdeñosa.

Ya hemos ocupado tu lugar.

Pero tengo el certificado. De verdad, no te estoy mintiendo.

Esto no es un trabajo común. Sabes que necesitamos cubrir el puesto de la barra cada noche y no es fácil.

Ella asintió, las lágrimas se le acumularon y apenas pudo despegar los labios para hablar.

Estoy lista para retomar. Puedo ayudar a la nueva y…

El hombre la dejó explayarse. Parecía agobiado. Elena dio un paso atrás, y en ese gesto, él vio la posibilidad de empujar la puerta. Ella se desesperó.

Podría pasarme del otro lado.

Sergio dio un respingo antes de preguntar.

¿Estás segura?

Ella no pudo levantar la vista. Estaba aturdida y no se le ocurría ningún camino alternativo, pero asintió.

Ven a mi oficina en una hora y te explicaré algunas cosas. Tengo mucho por hacer. Vete a dar una vuelta y regresa a las siete. Luego, podrás cambiarte y maquillarte.

****

El primer cliente que tuvo como copera fue un estudiante de ingeniería que se acababa de separar. El chico le habló durante una hora y le compró una sola copa. Ella estaba contenta, porque una copa era lo que necesitaba por noche. Sergio le había explicado que con 20 copas mensuales o cinco botellas cubría su salario, o sea que no podía hacer menos que eso. Si hacía más, se quedaba con el 40 por ciento de cada consumición.

Cuando el cliente se fue, Elena caminó hasta el lugar donde paraban el resto de sus compañeras, que empezaron a reírse apenas la tuvieron cerca.

Explícale al gilipollas ese que la terapia cuesta más cara, dijo la uruguaya.

Era macanudo.

Todos son macanudos hasta que tienen que poner plata. Ya vas a aprender a despacharlos.

Elena hizo de cuenta que tomaba su consejo. Pero no. A ella le había servido. A lo mejor, ese era su servicio y con el tiempo, la terminarían identificando como la que ponía la oreja.

La uruguaya le seguía hablando. Elena se fijó en su acento mezclado.

No te tomes tan al pie lo del básico. Un mes, te lo dejarán pasar, pero si siempre haces solo cinco copas por semana, te van a poner de patitas en la calle.

¿Te echan?, preguntó Elena.

Por supuesto. ¿Qué más te dijo el Sergio?

El Sergio. Así quedaba tu español rioplatense después de 15 años en Cataluña. Elena dijo que solo había retenido algunas partes: que cada una trabajaba lo que podía y que nadie iba a presionarla pero que, si aceptaba una oferta, no podía luego echarse atrás. Había sido enfático con eso, aunque no específico. No echarse atrás. También le había repetido que no debía contactarse con clientes por fuera de la barra.

Te has pasado de este lado. Mira que eres testaruda, comentó Nieve en cuanto la vio.

No tuve opción.

Lo sé. Menudo follón has causado. Te reemplazamos entre todas.

Traje el certificado, pero Sergio no me quiso escuchar.

Estaba cabreadísimo porque hubieras mandado a tu novio a avisar. Que ellos no quieren complicaciones con las familias. La mayoría de las parejas de las chicas de aquí no saben lo que hacen. ¿No podías guardar la discreción? Esto no es Ámsterdam, guapa.

Mi novio sí lo sabe y nunca pensé que...

Veo. ¿Qué era lo que tenías?

Estreptococo y herpes.

Qué feo ha de ser.

Sí. Casi no podía tragar y me picaba todo.

¿Pero ya estás bien?

Sí. Gracias.

No es fácil reemplazar a la de la barra porque todas las que estamos aquí queremos hacer copas.

Lo sé, pero estaba enferma de verdad. Además, Sergio me dijo que ya había ocupado mi puesto.

Te ha mentido. Y debes saber que, ni aunque te estés muriendo, faltas tantos días.

¿Ni siquiera de este lado?

Bueno, aquí tienes aún menos estabilidad laboral que en la barra así que no son tan exigentes, pero no debes abusar. ¿Y el Xavier?

¿Qué?

¿Te cuidó todo este tiempo?

Bastante.

Qué majo. ¿Y cómo van tus estudios?

Elena hizo una mueca de desagrado.

¿Has dejado la uni?

Creo que me quedé libre y ya no puedo rendir los exámenes. Pero no la dejé del todo. Hay algunas formas de retomar el semestre.

No puedes estudiar y trabajar tantas horas y en un lugar tan alejado. ¿No se te ocurre alguna otra complicación?

El año que viene me paso a la Politécnica. Ahí sí que voy a poder.

Pues no estés tan segura. No cambiará mucho. Tienes que conseguirte un trabajo de medio tiempo y una beca o algo así. Aquí, haciendo vida de noche, no podrás. Créeme.

¿Pero si vos estás acá y me dijiste que estudiabas?

Antes, pero luego lo colgué. Quiero escribir y no necesito una carrera para eso.

No tengo opciones y vos sabés que trabajos de medio tiempo no existen.

No me refiero solo al tiempo, Elena.

¿Entonces?

Yo entiendo lo que estoy haciendo y tú no. Como que vienes aquí de paracaidista y todavía crees que puedes manejar la distancia con los tíos. No es así y lo sabes, pero te autoengañas. O vendes

sexo o no. Y no digo que tengas que follar. ¿Comprendes? Puedes ser table dancer o hacer cabina si te mola. Pero en los dos casos lo que vendes es un servicio sexual.

Elena se ruborizó. ¿Qué es cabina?

Gente que folla en una cabina, dijo Nieve y soltó una risa. ¡Pero puedes elegir a tu compañero!

Qué alivio.

Ya te llevaré a conocer esos lugares. Hay de todo en esta ciudad. Yo también lo he probado y me quedo con esto.

¿Y porno? ¿Hiciste películas porno?

Una vez, pero no me interesa. Es como un tatuaje que va contigo. Nunca podrás borrarlo del todo. Siempre quedará un registro de eso. Y, por otro lado, el porno se hace sin protección y asumes muchos riesgos, todos por tu cuenta. No haría porno ni prostitución de calle, si quieres saber la verdad, pero seguiré aquí por muchos años.

Hasta tener tu casa.

Sí. Algún día me gustaría sentarme a escribir contemplando las mareas, el atardecer.

Yo no me voy a prostituir.

Si te quedas aquí, lo harás. Necesitas dinero, acabarás por aceptarlo.

¿Pero algún límite tiene que haber o no?

Supongo que sí. No es cierto que dé todo lo mismo, pero tampoco hay que hacer tanto escándalo. Es un trabajo, con un riesgo de salud importante, pero no es el peor para muchas de nosotras. El problema es salirse, cambiar de ambiente. Yo creo que si existiera la fórmula para salirse a tiempo tendría mejor reputación. Pero debes saber administrarlo y no he conocido muchas tías que lo logren. Es como el caballo. Cuando quieres parar, te das cuenta de lo difícil que es. Supongo que les debe pasar algo parecido a los deportistas o a las modelos. A cierta edad, debes reconvertirte. Siempre puedes administrar burdeles, como hace Amalia, pero no creo que haya lugar para todas.

No, claro, dijo Elena. Sintió que a Nieve le importaba de verdad.

Nieve le dio unas palmadas en la falda y caminó hasta un cliente que la esperaba en el pasillo. Elena terminó su bebida y se fue al baño a despejarse un poco. A la salida, pasó cerca de los reservados. Escuchó los gemidos de un hombre y le pareció reconocer la voz de su amiga. Fue como si le hubieran quitado la ropa en público. Apuró el paso para dejar de oírlos y se sentó al lado de Lupe quien, a los cinco minutos, también desapareció con un cliente. Elena se quedó en el mismo lugar toda la noche y nadie vino a buscarla.

CAPÍTULO CATORCE. SIMBIOSIS

Cuando se presentó a la clase el jueves, el profesor le dijo que le justificaba todas las faltas, pero debía rendir el examen ese mismo día. No había prórroga para los alumnos que, como ella, tenían tantas inasistencias. Elena le agradeció su oferta, pero decidió que no rendiría ese día ni seguiría sus estudios hasta el próximo año. Ni siquiera intentaría rendir las materias como libre porque era una misión suicida. Ese año, entonces, trataría de ahorrar plata y de conseguir un trabajo de menos horas. El año siguiente, además, solicitaría el ansiado pase a la Politécnica de Barcelona. El profesor la escuchó como si fuera su analista y le dijo que le parecía una decisión razonable.

****

Esa noche fue muy rara porque no hubo clientes. La uruguaya le explicó que eso pasaba cuando había partidos importantes, pero como no era el caso, solo podía tratarse de un misterio. O una mala alineación de los planetas. Eso era, pensó Elena. Los planetas, que era como decir, el influjo de fuerzas que ella ignoraba: llegar tarde a la Selectividad, que no quedaran cupos en la Politécnica para el segundo llamado, enfermarse en época de parciales y perder su lugar en la barra. Seguro había una parte de la que ella era responsable, pero algo de mala suerte también debía haber tenido.

Así que ahora trabajaba nueve horas de copera sin estudiar. Y todo con la promesa de empezar una carrera en algún momento. Si le hubieran contado eso un año atrás no lo habría creído. Era tan lejano a la idea que tenía entonces de sí misma como a que ahora le dijeran que terminaría arreglando barcos.

A la salida, Edurne le propuso que fueran a un after “en las afueras de Barnatown”. Elena aceptó. Annetta escuchó el plan y se sumó porque, dijo, había venido preparada.

La fiesta era en el último piso del Hotel de las Artes, una de las dos torres más altas de Barcelona. Elena no había ido aun pero ya había escuchado hablar de ella y de su hermana melliza, la

Torre Mapfre, un edificio de oficinas, pero había visto al emblemático pez en un montón de postales y ahora podía ubicarlo frente a la fachada que daba al sur. Sabía que las dos torres era muy famosas porque habían sido construidas para las Olimpiadas, el año en que la ciudad había nacido de vuelta. O al menos, eso le parecía a Elena. Todo era Gaudí o las Olimpíadas.

Llegaron a eso de las doce. La torre era un rascacielos imponente, pero a Elena no le pareció demasiado linda. Estaba rodeada de una estructura de hierro de color blanco, tenía ventanales enormes verdes y grises.

Las chicas mostraron sus invitaciones y entraron. Subieron más de 40 pisos en ascensor, una experiencia que a Elena se le hizo desagradable, porque la claustrofobia se volvía difícil de evitar. En los últimos pisos había departamentos de lujo y en uno de ellos era la fiesta a la que iban. Salieron del ascensor y se ubicaron al final de la cola de ingreso. Edurne le dijo que estaban a una altura cercana a los 150 metros, una cuadra y media hacia arriba, desafiando la gravedad solo para ganar en vistas y que, si les provocaba ansiedad o incluso aburrimiento, le avisaran y fueran al Casino, dentro del mismo edificio.

Pero Elena no quería bajar. Pensó que lo último que podía aburrirla era una gran panorámica de la ciudad. Nunca había subido a un rascacielos. Era inimaginable para ella que se pudiera llegar tan alto con una construcción humana.

Si fueran un edificio de Barcelona, preguntó Elena a las chicas, ¿cuál les gustaría ser?

Es la pregunta más ridícula que me han hecho, pero tengo la respuesta. Sin dudas, la Casa de l´Ardiaca, ¡es tan bonita!

Es el tipo de cosas en las que me hace pensar mi carrera.

Tranquila, me gustan las cosas ridículas. Por cierto, acabo de ver a Paul, el cabrón por el cual he sufrido casi una década, ya os he hablado de él, ¿verdad?

Sí, tu excompañero de la ESO, dijo Elena, pero Annetta negó con la cabeza.

Paul es arquitecto y con él fue que conocí cada edificio importante de la ciudad, los mejores restaurantes, las discos, los bares, hoteles, galerías de arte, teatros, el puerto, el club náutico, la plaza

de Toros, ¡si es que le debo todo mi amor por esta ciudad! Un día, me dijo que me llevaría a conocer su edificio favorito de Barcelona, y fuimos a la Casa de l´Ardiaca. Le gustaba porque representaba mi espíritu. Es una construcción antiquísima pero que siempre se mantiene contemporánea, a fuerza de adaptarse y transformarse.

A mí me suena a que te ha dicho vieja en la cara, dijo Annetta y las tres se echaron a reír.

Me gustaría conocerla, dijo Elena.

Oh, desde ya. Está en pie desde el siglo XII, ¿lo puedes creer? Y hoy nos resulta viejo un piso de cien años. De veras tienes que conocerla. La han restaurado por completo y ahora es la sede del Archivo Histórico. Es una especie de secreto de la ciudad, una belleza con poca prensa.

A mí me gustaría ser la casa de mi abuela, dijo Annetta. Para mí las casas solo tienen sentido si las personas que han vivido en ellas han sido felices, y puedo dar fe de que mi abuela fue la mujer más feliz que conocí.

Elena confió en la respuesta honesta y simple de Annetta. Empezaba a sentirla cercana.

Vamos a la terraza, propuso Edurne. Quiero presentaros a Paul.

La vista de la ciudad era casi total desde ahí y la brisa salada llegaba por tandas, como bocanadas del mar.

Edurne se acercó a un hombre alto, de unos 30 años. Se sonrieron y saludaron con un beso en la boca.

¡Él es Paul! Ellas son mis nuevas amigas. Ya les he hablado de ti. Saben que eres el hombre que me ha roto el corazón. No tienes que explicarles nada.

Sí, que no entiendes que un hombre puede amar a dos mujeres al mismo tiempo, dijo Paul y con un abrazo condescendiente se despidió de ella. Edurne lo siguió con la vista, pero la retiró pronto.

Lo que he sufrido por ese tío, joder.

Es que a lo mejor tiene razón, dijo Annetta. Se puede amar a dos personas a la vez.

Pero su esposa no lo aceptaría y llegado el punto de tener que elegir, él se quedaría con ella. Por eso nunca he querido obligarlo a escoger y prefiero hacer de cuenta de que soy yo la que no acepto su bigamia. ¿Comprendes?

Jo, que ganas de hacer drama, con la cantidad de tíos libres que hay.

Es que me ha dejado su molde.

El amor de los tíos es una mierda, dijo Annetta mientras descubría un tubito de plástico amarillo. Por eso, he encontrado mejores. Tú, Elena, ¿te has metido alguna vez?

Elena negó como si le hubieran mostrado un animal muerto. ´

Esto te hará ver lucecitas de colores y sentirás un chute de placer. Es agradable, pero breve. ¿Quieres probar?

Antes de que Elena le contestara, Annetta ya tenía una mano en su nuca y con la otra, le acercaba el tubo a la nariz. Le tapó uno de los orificios y Elena inhaló.

Se llama popper, dijo Annetta. Es una versión nueva del lanzaperfume.

¿El lanzaperfume es una droga?, preguntó Edurne.

Sí.

Vaya.

Elena sintió como si acabara de despertar.

¿Y tú?, Annetta se dirigió a Edurne. ¿Quieres probar?

Edurne se negó. Annetta tomó a Elena de la mano y la llevó al baño.

Creo que hoy es un día de sorpresas, dijo, mostrándole un cartoncito.

Elena sonrió y la chica se lo puso en la boca. Edurne abrió la puerta y entró al baño junto con ellas y dijo que también se animaría. Annetta le convidó su último troquelado.

Deja que se disuelva. Verás que te hace un efecto especial. Libera tu serotonina, la hormona de la felicidad.

Las tres caminaron hasta al centro de la pista, decididas a bailar. Annetta trajo sodas y las repartió. Elena se echó media botella en la cabeza para refrescarse. De pronto, le pareció que su

cuerpo le quedaba chico. Quería salirse de la piel. Extendió los brazos y empezó a saltar de un lado a otro. Calor sin sed. Música sin melodía. Colores sin cuerpo. El mundo había trastocado su información corriente. Edurne se acercó a ella y le dio un abrazo apretado. Elena sintió un cosquilleo en la nuca.

Solo quería decirte que me gusta mucho haberte conocido y que estés en la barra.

A mí también, dijo Elena. Nunca había tenido ganas de besar a una mujer, pero ahora lo deseaba.

Esa noche volvieron juntas y Edurne le propuso que se quedara a dormir en el sofá de su casa. Elena aceptó y esperó un rato largo que la chica se pasara con ella, pero no sucedió. A la mañana, se despertó con olor a pan tostado. Edurne tenía el pelo mojado y una bata. Se sentó a los pies del sofá y la invitó a la mesa. Elena se levantó enseguida. Solo tenía que calzarse.

¿Has dormido bien?

Elena asintió, sonriente.

Pero me duele la cabeza.

Muy poco para tu primera experiencia con éxtasis. También ha sido la mía, aunque no lo creas. Me han dicho que la segunda es la mejor de tu vida, y luego todas son peores.

Tomaron café y comieron tostadas con queso. Cuando cerraba los ojos, Elena percibía constelaciones blancas y verdes unidas por hilos finitos, una especie de tejido nervioso.

Volvió a su casa a las tres de la tarde. Se duchó y se acostó. Seguía agotada, como si no hubiera descansado nada en toda la noche. Puso la alarma a las cinco.

Al despertar, Blanca dormía a su lado. Elena la empujó contra la pared, pero su amiga no reaccionaba.

¿Cuándo volviste?

Blanca se movió de un lado a otro.

¿Eh?

No te oí.

Es que pasas de mí hace rato. Intenté despertarte.

No paso de vos, solo que tomamos una pastilla anoche. Y todavía tengo sueño.

Blanca se incorporó de un salto. ¿Qué has tomado?

Éxtasis.

¿Cómo has podido?

¿Qué cosa?

Probar drogas sin mí.

Bueno, es que… ni siquiera sabía que querías… ¿desde cuándo? Tampoco lo planificamos ni nada.

Me lastimas todo el tiempo.

¡Pero cómo puedo saber que eso te va a lastimar!

Lo sabes, solo que no te importa. No crees que algún día te toque a ti y por eso te permites hacerlo. Sabes cuánto me gusta pasar tiempo contigo, llevarte a sitios nuevos. Me he peleado con mi madre por ti y hace poco, con mi padre y…

Blanca se quebró en un llanto.

Yo te quiero un montón. También me encanta pasar tiempo juntas, dijo Elena.

Eso no es cierto. Prefieres al tonto de tu novio, a la nueva del putero. Preferirías a uno de esos vejestorios antes que a mí.

Si siempre vuelvo a vos. Voy a lo de Xavier y vengo para acá cuando sé que estás. Salgo con Edurne y le hablo de vos.

No creo que le hables de mí tanto como tú me hablas de ella.

¿Yo te hablo mucho de ella?

Mucho más de lo que me interesa.

Entonces no lo voy a hacer más.

Solo trata de pasar más tiempo conmigo, ¿quieres? ¿O piensas que soy tu madre?

¡No!

Pues yo creo que sí. Por eso te permites hacerme lo que quieras. Desplantes, indiferencia, luego me demandas mucho, me dices que me adoras, me traes a vivir contigo.

Yo no te traje, vos viniste.

Pero me pedías que te ayudara con todo, además de los apuntes, los trámites…Vamos, que me tomas por un lacayo.

No es cierto. No quiero que hagas nada más por mí, basta, se acabó, porque veo que estoy en deuda. Elena dijo eso como si rompiera un vidrio.

Blanca se quedó quieta, suspendida por una reacción que no parecía haber considerado.

Ya, déjalo, me he excedido. Olvídate de todo lo que dije. Vamos al parque, ¿quieres? Allí estaremos bien.

No quiero. De verdad no quiero, dijo Elena.

Entonces Blanca se levantó, se vistió rápido y juntó sus cosas en una mochila. Elena no intentó retenerla. Al contrario, sentía que se habían precipitado en verse.

Fue a la cocina, se preparó un sándwich y desde allí escuchó el portazo. Se sentó a comer. Dio un mordisco y recordó que hacía varios días que estaba a dieta y solo se permitía sándwiches los domingos, pero ya no tenía tiempo de cocinar y no quería gastar plata en el recreo de la barra. Luego, buscó el I Ching y anotó su pregunta. ¿Podré tener disciplina para bajar de peso? Era una mala pregunta. Mejor, reformularla: ¿cómo hago para adoptar una disciplina más sana con mi cuerpo? No era sana. Por qué se mentía. Solo quería estar más flaca y se lo pasaba probando dietas que rompía con facilidad. Quería usar la ropa que primero miraba en la vidriera. Ponerse una malla sin pareo. Caminar desnuda frente a un hombre sin acomplejarse. Tiró las monedas. Se formó el hexagrama 52. La montaña.

Leyó una interpretación que venía abajo de la descripción completa del hexagrama, invirtiendo el orden. *Las líneas comienzan por los pies. Eso tiene que estar firme como una montaña.* Pensó que quizá con eso se refería a la disciplina. De qué servía empezar cosas nuevas si las abandonaba pronto. *El aprendizaje es ser capaz de vivir tranquilo suceda lo que suceda.*

Tomó nota del dictamen completo y decidió que avanzaría por partes. Hizo una nueva lista de compras semanales y un catálogo de prohibiciones: no más Whopper, no más Coca Cola ni bocata de tortilla, adiós helado de pote. Entre las compras incluía vegetales, legumbres, queso, leche, frutas, yogurt, carne, pollo y pescado. Tenía que acostumbrarse a cocinar y a caminar. Y con eso, evitaba también llegar tarde a todos lados.

Esa noche hizo dos copas en Monte Adriano, pero estuvo secundando a Annetta y Nieve como bartender así que las copas le llegaron de rebote. Volvió a Festa Popular a pie.

No le gustó encontrar a Blanca de nuevo en su cama. Empezaba a necesitar a Xavier: era su coartada.

Fue al cuarto del chico, que dormía boca abajo. Elena se desvistió, se metió en su cama y lo besó. Xavier le pidió que se diera vuelta y puso una almohada debajo de sus caderas. Elena observó el reflejo de ambos en el espejo. Las nalgas del chico dibujaban una ese pronunciada encima de las suyas.

CAPÍTULO QUINCE. FALSA CORAL

Desayuna al mediodía con Xavier y Blanca. Van juntos al Mercado de la Boquería a comprar los ingredientes de una paella y se pasan la tarde cocinando y sacando las fotos que le quedan al último rollo de Elena. El domingo, Blanca se va a almorzar con su madre y Elena y Xavier se quedan mirando películas: ven *Amores perros* y *Bailarina en la oscuridad.*

El lunes, un hombre de unos cincuenta años entra a Monte Adriano y elige la mesa del medio. Nieve mira a Elena con una sonrisa cómplice.

El cirujano del que te hablé, ¿te acuerdas? Por fin ha venido. A ese también le van las niñatas.

Elena traga saliva y lo estudia de reojo.

Te puedes hacer un dinero solo por dejarlo que te dé la lata un rato. Luego, pon el límite donde tú quieras.

Sí, claro.

No te olvides de que por algo existen estos lugares. ¿Comprendes?

Elena niega, confundida.

Que los tíos vienen a las barras porque creen que convencen a las chicas de prostituirse. Como no todas lo hacen, o al menos, no de buenas a primeras, lo sienten como una conquista.

Ah…

De otro modo, irían directo a un burdel.

Elena asiente, a medida que comprende.

Solo acuérdate de la regla de oro. No prometas cosas que luego no harás.

No, no. Ya me lo dijo Sergio.

Sí, pero el cirujano es insistente.

Elena levanta las cejas con curiosidad.

Le va el morbo, pero se toma su tiempo. Puede comprarte unas cinco botellas antes de pedirte que le cagues encima. Cuando llegue eso, si no quieres, derívalo a una chica con más experiencia, como por ejemplo yo, y me encargaré de emporcarlo todo.

Se ríen. Elena se pone de pie. Se acomoda el vestido y el pelo frente al espejo. Nieve le abre el botón del escote y le dice que se limpie el rouge de los dientes. Camina hacia él, cruzando las piernas como si modelara.

Hola.

Hola. ¿Eres nueva?

Elena medita la respuesta. Quizá es como el jamonero y con tres meses ya la va a considerar mercancía vencida.

¿Cómo te llamás?, pregunta en vez de contestar. Tiene en mente a Annetta, que es un poco prepotente.

Hugo. ¿Y tú?

Ele…, se detiene un instante. Coral.

Como la serpiente.

No lo había pensado. Lo asociaba más a los arrecifes.

Pero no tiene tanta gracia. La coral es una serpiente venenosa. Una de las más letales puesto que es la que mayor cantidad de veneno puede suministrar a sus víctimas.

Wau. Voy a buscar imágenes de esa víbora entonces, para vestirme con sus colores.

Rojo, amarillo y negro. Debería ser vuestro asesor, chicas.

La soberbia del hombre le recuerda las tipologías de Edurne, otro fragmento del diario que le leyó días atrás: *"Hay todo tipo de clientes aquí. Los narcisistas, los inadaptados y los moralistas."*

¿Y en la vida real, cómo te llamas?

Elena entonces comprende que éste es el tipo tres: el hombre que quiere que sus reglas sean las de todos. Se siente vencedora y se apura a responder.

Esto es la vida real.

Me refiero a fuera de este lugar.

"Ten cuidado con los moralistas porque son los peores. Ellos quieren castigarte a ti por lo que ellos hacen."

Me llamo Sofía afuera de este lugar, dice Elena y acerca su silla.

El hombre se muestra a gusto con ese gesto. La observa con atención: cara, tetas, piernas. Ella no se relaja. Al contrario. Lo estudia también. El hombre baja los ojos, intimidado, busca un pañuelo en el bolsillo trasero y limpia sus lentes. *"Nunca faltará el que quiera salvarte. Y para ello, te ofrecerá sus consejos. Para que salgas de aquí y vayas a un lugar decente a vender tu tiempo por mucho menos dinero."*

Me invitás, ¿verdad?

Claro que sí, dice él, y ella levanta la mano y pide una copa.

"Cuando empiezas a ser puta lo difícil es no juzgarte a ti misma con la mirada de los otros. La mayoría de los que vienen aquí son hombres casados y aun así, para ellos, lo malo eres tú. Te desean, pero puestos a juzgar, no verán su deshonestidad. Lo malo eres tú porque vendes un servicio con tu coño."

¿Whisky?, pregunta ella, haciendo un esfuerzo por no sonar artificial.

El hombre asiente.

Scotch Ballantines o Chivas. No soy muy exquisito.

Elena hace otro gesto a Mariana.

Pero tú no pareces de aquí. Quiero decir… te comportas como una chica muy educada.

Ella tuerce la boca, suspicaz. "*La gente olvida que hay todo tipo de putas. Si hasta en Grecia había putas refinadas y cultas. Las llamaban hetairas. Eran como geishas, pero sin todo el rollo de la sumisión."*

Bueno, ahora trabajo acá.

Comprendo, pero ¿cuál es tu sueño?

"Ellos siempre intentarán herirte a su modo. Te dirán que debes aspirar a otra cosa y que contigo se sienten especiales. Ten cuidado con eso. Intentarán que bajes tus defensas. Es la forma moralista de regatear. Tú sígueles el juego. Muéstrales lo duro que ha sido tu vida a la vez que te comportas de manera segura y educada. Eso les encanta. Les hace pensar que un día lo dejarás y que ellos te están ayudando. Y en ese momento, atacas tú… pues es cuando las defensas que bajan son las de ellos."

Trabajo acá para estudiar, dice Elena, endulzando la voz.

¿Qué estudias?

Arquitectura.

Joder, el hombre suena genuinamente afligido.

Elena imagina la historia completa de su vida. Sabe que no puede exagerar, pero no quiere escatimar en dramatismo.

Vengo de una familia muy humilde.

Lo supuse, el hombre carraspea y se acomoda los lentes.

Mi mamá tuvo un accidente hace unos años y desde entonces cobra una pensión. En cuanto me hice mayor, quedé a cargo de mis hermanos y salí a trabajar.

¿Y de qué trabajabas?

Elena tarda un rato en contestar. Quiere afinar la puntería.

Trabajaba en un hotel, hacía la limpieza.

Imagino que te darían buenas propinas. Con lo guapa que eres.

Gracias. Sí, algo me daban. Pero igual en mi país se paga muy poco. Por eso me vine para acá. Hace un par de meses que vivo en Barcelona. Todo lo que gano, se lo mando a mi familia. Y me guardo un poco para estudiar.

¿Y tu padre?

Bien, gracias.

El hombre resopla indignado y ella medita la mejor forma de aprovecharse de eso. *"Todo el mundo necesita sentirse bueno, no importa qué tan hijo de puta sea. O porque ama a los animales, o porque le dan pena los pobres. Y tú tienes que reconfortarlo, porque eso es lo que buscan aquí: sentirse bien con ellos mismos, valorados por lo que sí hacen bien."*

Seguro que vos nunca abandonarías a tus hijos.

Claro que no.

Parecés un buen padre.

¿Qué edad tienes?

Elena hace cálculos mentales. No necesita mentir.

19. Recién cumplidos.

Estás en la flor de la vida. La mejor edad para reproducirte. Sabes que soy ginecólogo, ¿verdad? Cirujano ginecológico, para ser preciso.

Elena se toma la copa de un sorbo y la apoya en la mesa, mirándolo a los ojos mientras asiente.

¿Quieres otra?

Ella le devuelve una sonrisa y el hombre hace el pedido.

Cirujano ginecológico. Qué interesante.

Pues sí que lo es. Al menos tengo claro dónde está el punto G de las mujeres. ¿Tú lo has descubierto?

Elena niega y se ruboriza. Se hace una pausa larga entre ellos.

Es la parte trasera del clítoris, desde adentro. ¿Sabes que si estimulas esa zona y alternas con la de la uretra puedes lograr una eyaculación?

Ella vuelve a negar, confundida.

Pensé que era un mito.

Pues no. Es lo bueno de mi profesión. Entiendes el sexo desde un punto de vista científico. También conoces lo malo de las mujeres. Son todas unas intensas.

Ella finge la risa. El hombre se acerca y le hace una caricia en la mano.

Quizá no seas una coral auténtica, ¿tú qué crees? A lo mejor, solo eres una falsa coral. De hecho, es una especie sudamericana.

Ella se ríe.

Son parecidas por fuera, pero una es totalmente inofensiva, aunque el hecho de parecerse a la coral es su gran ventaja adaptativa puesto que muchos depredadores le huyen como si fuera la auténtica.

Elena sigue su explicación con interés. La uruguaya le hace señas de que vaya a buscar su pedido y ella se apura a levantarse.

No te enganches en su charla sin pedirle copas, ¿me oís? Apenas termines una, pedite otra. Está forrado. ¿Te contaron que es un perversillo?

Nieve me contó algo, dice Elena. Le gustan las nuevas y la caca. ¿Eso querés decir?

La caca, el bondage, la dominación, pero la dura. Hace unos años me prensó las tetas por varios minutos hasta que se me pusieron azules y después, me metió unos enemas de este tamaño por el culo.

Mariana abre los dedos para mostrar la proporción y Elena hace una mueca de asco.

Estuve cagando como tres días, dice la uruguaya tapándose la boca.

Elena le festeja el comentario, pero está aturdida. Agarra las bebidas y camina todo lo lento que puede con la mirada fija en el hombre. Choca su copa contra el vaso del cirujano y se sienta. El hombre toma su whisky y se reclina en la silla, estirando las piernas hasta tocarle los pies. Ella bebe y mira hacia el fondo de la sala. Las chicas se amontonan cerca de la encargada, que separa a Teresa y le da indicaciones de acercarse a ellos.

¿Quieren pedir algo más?, dice Teresa cuando llega. Se acomoda detrás del cirujano y comienza a hacerle masajes.

El hombre sonríe y cierra los ojos, con una larga exhalación. Elena la mira desorientada y Teresa le dice con un gesto que se aparte, pero Elena la ignora. No piensa acatar órdenes de otra

copera. Teresa se reclina sobre el cliente y lo besa. El hombre abre los ojos de golpe y la empuja con fuerza.

Tío, ¡me haces daño!, se defiende la chica.

¿Pero tú te has creído que me gusta lo que has hecho?

Te he notado un poco tenso.

Estoy bien, gracias, retírate.

Elena esquiva la mirada dura de Teresa, que huye hacia la barra.

Qué tía tan borde, dice el cirujano y Elena levanta los hombros como única respuesta.

¿No lo has notado? Ha querido quitarte del medio. No deberías dejar que hicieran eso con tus clientes.

Elena asiente, sumisa. Moja apenas sus labios y deja la copa. No puede tomar ni una gota más de champán. Le repugna. El hombre sigue dándole consejos que la irritan. Que se calle, piensa. Como si Teresa no estuviera haciendo lo que tiene que hacer. Debería haberla dejado avanzar, aunque fue el hombre el que la echó. Pero la comprende. Ella está desaprovechando la mina de oro que es este tipo. Si tiene pruritos, debería irse a otro lado, pero si él permanece ahí es porque ella tiene algo de lo que él quiere, y las otras lo saben también. Ella es una de las jovencitas novatas, las puras que los hacen correr el riesgo de ser rechazados. Toma la bebida de un sorbo y hace sonar la copa contra la mesa. Teresa le sonríe desde lejos. Eso sí que no se lo esperaba.

¿Pido otra?, pregunta Elena.

Si estás dispuesta a tomártela, sí.

Elena finge desconcierto. Supone que se refiere al ginger ale, que era lo que ella tenía en mente. Pero sabe que ahora no puede pedirlo. Tendrá que aguantar otra copa de champán.

Entonces, falsa coral, ¿qué piensas hacer cuando salgas de aquí? Has hablado de la facultad, el hombre marca dos comillas en el aire.

Estudio arquitectura, te lo dije recién. Algún día seré arquitecta.

Ah, lo decías en serio. No sé en tu país, pero aquí no es posible trabajar y estudiar.

¿Por qué no?

Vamos… ¿a qué horas sales de este sitio? ¿Cuánto duermes? No es suficiente con tener un par de horas libres.

Me voy a conseguir un trabajo de medio tiempo.

Esos trabajos no existen.

Elena respira hondo. Golpea las uñas contra el cristal.

Oh, sí, tu copa. Lo he olvidado.

El hombre le hace un gesto a las chicas de la barra para que le traigan una botella.

Gracias, dice Elena con efusividad.

¿Te han contado tus colegas a qué he venido?

Ella mira a cada lado y sigue en silencio. No puede estar hablando ya de sus cositas. No tan pronto.

Todas las chicas de aquí ya han pasado por esto. Bueno, excepto esa mujer tan grosera que vino hace un rato. Demasiado atrevida para ser nueva.

Esa frase le llega como un golpe. Teresa… ¿nueva? Elena jamás se lo hubiera imaginado.

Sabes quién soy, ¿verdad?

Sí, el cirujano.

Exacto. Las chicas me conocen por mi profesión. Pero quizá no te han dicho lo importante.

Ella se echa hacia atrás y se aferra al asiento.

Soy el cliente más antiguo de este sitio.

Elena arquea las cejas. Por lo visto, le dicen eso a más de uno.

Amalia trae la cubitera con la botella y se retira. El hombre termina su whisky de un sorbo e invita a Elena a beber. Ella se resigna y vacía una copa. Sabe que dentro de poco se empezará a marear.

Ahora quiero que vayas al baño, te saques las bragas y me las traigas, dice el hombre. Elena obedece y camina más lento cuando pasa al lado de Amalia. Se quita la bombacha y hace pis. Vuelve con los ojos clavados en la nueva copa servida.

Dámelas. Y bébete hasta la última burbuja.

¿Me ayudás?, coquetea ella mientras le pasa su bombacha.

No me gusta el champán.

Elena toma hasta acabar un tercio de botella. Hace un esfuerzo grande por mantenerse derecha. La cabeza le da vueltas. El hombre corre la silla y le acaricia las piernas con su mano áspera. Ella las cierra de golpe, pero en el espejo ve la cara de Teresa y eso la motiva a no dar marcha atrás. Entonces, separa las rodillas de nuevo. El cirujano sigue el contorno de los muslos hasta el final, por debajo del vestido. Con la otra mano, estruja la bombacha y la huele.

Eres muy sensual, aunque lo ocultes.

Una mancha de humedad en la entrepierna del hombre llama la atención de Elena. Él nota su mirada y se cubre. Luego, se reclina contra la mesa y deja que dos o tres hielos caigan en su boca. Juega con ellos hasta que se derriten. No vuelve a mirar a Elena y pide la cuenta.

CAPÍTULO DIECISÉIS. AITOR

Son las cuatro de la madrugada. Elena está ahora al lado de Nieve, que opta por atarse el pelo en una sola cola alta, mientras guarda su ropa en el bolso.

Te queda lindo así.

Hay mucha humedad.

No sabés lo que es Buenos Aires.

No, dice Nieve, jugando con su pelo frente al espejo.

¿Y Lupe?, pregunta Elena.

Se ha ido con un cliente hace unas horas. Ha hecho como cinco salidas en lo que va del mes, ¿puedes creerlo? Y yo, ni una.

Pero hiciste copas, ¿no?

Pues sí, pero tengo más deudas que tu país.

Elena fuerza la risa. Se abrigan y salen a la calle detrás del último cliente. Un chico flaco y rubio espera en la puerta.

Este es mi hermano, Aitor. Por fin os conocéis, dice Edurne.

Aitor se acerca y le da un beso.

¿Compartimos taxi?, propone Elena, pero Edurne le señala la dirección contraria.

Hoy salimos solos.

****

La noche del viernes, Aitor se aparece otra vez por Monte Adriano, pero en busca de Elena.

Se lo propuse yo, aclara Edurne cuando nota su cara de sorpresa.

Elena se pone roja. Nunca le pasan esas cosas.

¿Y a dónde vamos?

Él apoya la mano en su hombro y con un empujoncito le muestra la dirección.

Vamos a algún bar por la zona del Raval.

Mi hermano dice bar por no decir antro. Es que a estas horas es todo lo que encontraréis.

Yo vivo en el Raval así que perfecto.

Te he dicho que era fácil de impresionar, dice Edurne entre risas, y se despide de los dos.

Vamos a uno que conozco cerca del Palau de la Música, ¿has ido allí?

Solo lo vi de afuera.

Algún día podríamos ir a un concierto.

Dale, vamos.

¿Seguro que no prefieres ir a otro sitio? A lo mejor y estás hasta los cojones de tu barrio.

No, para nada. No conozco mucho la ciudad todavía. Es que estuve estudiando desde que llegué, buscando trabajo; después, trabajando acá.

Pues no te creas que yo he visto demasiado, pero mi hermana conoce todo y me aconseja. Además, tengo mucho tiempo libre. Creo que allí podremos conseguir cerveza decente.

Toman un taxi y se bajan en la puerta de un local chiquito y poco iluminado. El cartel lee *Chanquete*, y Elena deduce que es un tributo al marinero de *Verano Azul*, la famosa serie española de los ochentas. Entran y buscan la mesa más alejada del baño y de la calle. Nadie viene a atenderlos por un buen rato. Aitor le cuenta a Elena que tuvo que dejar Bilbao porque los padres de su exnovia lo amenazaron con denunciarlo.

Elena se queda paralizada. Él la tranquiliza explicándole que no abusó de nadie, porque había total consentimiento, pero los padres suponen que se iniciaron sexualmente antes de que la chica cumpliera los 16, y él dice que es falso. Aitor aclara que Edurne detesta a su ex. Lo repite varias veces. Cuando llega la moza, el chico interrumpe el relato para pedir una cerveza roja.

Elena revisa el menú de un lado a otro.

Me gustaría tomar cerveza, pero hace semanas que trato de hacer dieta.

Media pinta entonces. ¿O prefieres una gaseosa diet?

Elena tarda en contestar. Le gusta esa actitud. Otro chico insistiría en que no hiciera dieta. De todos modos, no sabe si Aitor lo hace por considerado o inseguro. Se inclina por lo primero.

Media pinta está bien, dice ella. Negra.

La moza busca el pedido y vuelve muy rápido. Elena y Aitor beben en silencio.

¿Y por qué tu hermana detesta a tu ex?, pregunta por fin Elena. ¿La chica también dice que abusaste de ella?

Ella no dice nada. Los padres no han hecho nada frente a la justicia aún. Amenazan con denunciarme si no me caso con su hija, y yo no quiero casarme, pero no puedo seguir viviendo allí. Me hacen la vida imposible.

Si sos inocente, deberías resistir, dice Elena, pero sabe que no tiene nada prudente que decir.

No es fácil. Mi hermana dice que son unos palurdos y que debería buscarme una chica como tú.

Elena sonríe y bebe su cerveza.

Mi ex es muy inmadura. No tengo nada que aprender de ella. Supongo que mi hermana se refiere a eso.

¿Cuántos años tiene ahora?, pregunta Elena, tratando de ocultar su incomodidad.

17, no es una niña.

¿Y vos?

Yo tengo 24.

7 años. No me parece tan malo como si tuvieras 40, si es como vos decís y había consentimiento.

¡Era mi novia! Todo el mundo nos ha visto juntos. Salimos por dos años, pero tuvimos sexo cuando ella cumplió los 16.

Ah, Elena baja los ojos, no parece muy convencida.

Mi hermana dice que yo ya era muy mayor para salir con una estudiante del bachillerato, pero yo no sentía la distancia. Tenía 22 años, joder. Ahora estamos en problemas por mi culpa.

Elena se sorprende de que el chico hable de Edurne como si fuera su madre.

¿Y qué vas a hacer?

Mi hermana se está encargando del asunto.

Elena lo mira incrédula.

Supongo que los convencerá con dinero. Edurne dice que eso cae de maduro.

Nota el alivio del chico al medir la respuesta. Eso le irrita. No puede ser que él se desentienda del asunto.

Yo no he abusado de ella. Nos enamoramos. No le pregunté la edad cuando empezamos a salir. Íbamos despacio. Eso puedo jurarlo.

Elena bebe la cerveza y se lame la espuma de los labios por toda respuesta. Sus ojos se pierden en el fondo de la calle. Una pareja de ancianos camina con un foxterrier que le recuerda a la mascota que tuvo de chiquita. Nunca pensó en ella desde que llegó.

¿Trabajás?, pregunta Elena.

Por ahora, no. Acabo de llegar.

Su respuesta es otro cachetazo. Elena piensa en Edurne, trabajando a todas horas, y elabora la pregunta que pueda sacarle los prejuicios.

¿Y estás buscando?

El chico mueve la cabeza de un lado a otro, tuerce la boca y le hace un gesto al mozo.

Tengo algunos ahorros.

Pero se te van a terminar.

El chico hace una pausa para hablar.

¿Tú piensas trabajar en la barra por mucho tiempo?

Ella traga saliva, medita. Se nota que el chico también buscó su talón de Aquiles.

No, no, esto es temporario. Cuando termine mis papeles de residencia, espero conseguir otra cosa.

Mi desempleo también es pasajero, dice él con una sonrisa.

Chocan sus vasos y hacen fondo blanco.

Aitor acompaña a Elena hasta su casa. En el camino, Elena va mirando el Raval con una atención que hasta ahora nunca le había dedicado. Debería hacer un paseo por cada barrio en los distintos momentos del día, porque cada hora le muestra una cara nueva. Hasta esa noche, le gustaba el Raval más por la rebeldía que representaba que por lo que hubiera visitado. Incluso el nombre le gusta, pero algo también le dice que, si se va a quedar a vivir en Barcelona, no va a ser ahí. Aitor insiste en que esa es la zona de inmigrantes y que, si no se siente a gusto ahí, le resultará aún más difícil en otros lugares de la ciudad, pero Elena está convencida de que si se queda, es para sentirse cada vez más local, más catalana. Cuando llegan a la esquina de Nou de la Rambla, Aitor le gusta mucho más.

Frente al edificio de Festa Popular, se despiden con un abrazo. Ya en el living, Elena grita un amigable “hola gente”, pero nadie contesta. Otra vez el comedor vacío. Camina hasta el cuarto de Halima, para sacarse las dudas. Le sorprende encontrar el vestido estirado en la cama; los zapatos, paralelos, en el piso. Se llena de un sentimiento oscuro.

****

Le costaba dormirse cuando pensaba en lo fácil que era acceder al departamento. Era enorme, con postigos desvencijados, demasiadas aberturas, como casi todos los edificios de la cuadra, ninguna reja. La puerta de entrada estaba inclinada hacia el lado de la cerradura y había que empujarla en sentido contrario para abrirla. Se había pautado la demolición del edificio para el año siguiente, pero uno de los propietarios había muerto y la sucesión había retrasado los trámites. Xavier y Donat acordaron que solo se harían cargo de los servicios, pero no pagarían alquiler, a sabiendas de que los

herederos no tenían intención de entrar en litigio con ellos porque, además, el departamento era casi imposible de alquilar en esas condiciones.

Cuando abrió los ojos, cerca del mediodía, valoró que el cansancio le hubiera ganado al miedo porque se sentía renovada. Pensó en Aitor. No podía recordar por qué no lo había besado ni por qué no habían quedado en volverse a ver, pero ella tenía el número de Edurne, y era suficiente.

Probó el teléfono, seguía sin funcionar, así que corrió a un locutorio y lo llamó, pero como nadie atendió, le dejó su propuesta grabada en el contestador. Por primera vez desde que había llegado, Elena sentía que no tenía que reprimirse nada. Podía elegir un camino u otro, pero no estaba obligada a tomar ninguno. Nadie esperaba nada de ella y eso era liberador.

Se sentía con voluntad para seguir una dieta moderada así que almorzó con dos rodajas finas de pan de payés con tomate y jamón serrano y una ensalada en una cafetería de la Avenida del Paralelo. Pidió el diario y lo leyó completo. No había noticias de Argentina, pero ante la decepción, sintió la urgencia de llamar a sus padres. Volvió a las cabinas. Su padre atendió enseguida.

Hola, pá. ¿Cómo va todo por allá?

¡Hola Elena! ¿Qué hacés? ¿De dónde me hablás?

De un locutorio ¿por?

Es que todo el mes te estuve llamando al número de siempre y me atendió el contestador de la línea. Como nunca me respondiste, supuse que tendrías el teléfono roto.

Elena sabía que el teléfono funcionaba bien porque había hablado con Blanca varias veces en las últimas semanas, así que dedujo que Alicia borraría los mensajes.

Papá, no vivo más en lo de Blanca.

Ah, ¿no?

No. Me mudé, tenía que contarte, pero no pude, tuve que hacer mil cosas, los trámites para la residencia, la Selectividad. Mejor que la mamá de Blanca no te haya atendido porque…bueno.

Se le había escapado eso. No quería preocuparlo. Pensó en salirse del brete con otro problema, pero fue su padre el que evadió el asunto.

¿Y tuviste novedades de la selección? ¿Ya empezaste las clases?

No le quedaba otra que mentir.

Bueno, me dieron una plaza para Arquitectura, pero en Lérida, un poco lejos. Este año curso ahí, pero el año que viene ya me puedo cambiar a Barcelona.

Ah, qué bien… Lo importante es que sigas estudiando.

Tampoco mentía tanto.

Sí, sí, no te preocupes.

¿Y estás trabajando?

Las palabras de su padre resonaron en el silencio.

En un barcito de por acá, dijo Elena después de un rato.

Qué bien, qué bien. ¿Y te alcanza el tiempo para todo? ¿Qué horario hacés en el bar? ¿Y en la facu?

No lo había pensado. ¿Qué tipo de bar sería? Un restaurant mejor. Un café, un lugar para desayunar, así podía cursar por las tardes. O mejor de noche. Sí. Un bar de noche para dormir de día y cursar hasta la hora de entrar.

De 8 a 4 de la mañana, pá.

Uh, debés terminar molida. ¿Y hasta qué hora dormís entonces? Me imagino que cursarás a la tarde.

Elena improvisó una manera creíble de explicar su rutina.

Curso dos veces por semana por la tarde, voy en tren. Es lejos. A las siete estoy de vuelta para trabajar.

Casi no te queda tiempo.

Bueno, hay tres días que no curso, y los fines de semana.

¿Pero no trabajás los fines de semana en el bar?

Yo no. Hay otra gente que trabaja solo el fin de semana. Yo pedí de lunes a viernes.

Tuviste suerte.

La verdad que sí. ¿Y mamá?

Ha salido. ¿Querés que le diga que llamaste?

Sí, claro.

Esperaba que su madre la llamara por voluntad propia, aunque ella no le hubiera mostrado interés por mucho tiempo. Porque alguna vez tenía que ser al revés. Siempre había sido Elena la que se había acercado cuando se distanciaban. Odiaba eso de ella. Que el silencio fuera su respuesta a todo. Su forma de victimizarse, de agredirla, de mostrarle que necesitaba afecto. Qué mujer.

Bueno, hija, me alegro mucho, dijo su padre. Que te hayas organizado y… ¿dónde estás parando?

En una habitación que alquilo en un piso. Acá les dicen pisos a los departamentos.

Mejor así. Tampoco te ibas a quedar en lo de Blanca para siempre.

Y, no.

Escribime una carta en cuanto puedas. Yo te armé un paquete. Pasame los datos de donde vivís así te lo mando, ¿dale?

Bueno. Anotá…

Elena le dictó la dirección de Festa Popular y cortó, con la estela que dejaba la voz ronca de su padre. Con la certeza de que no quería volver.

****

A eso de las cinco, consiguió hablar con Aitor.

Oh, esperaba que llamaras. Oí tu mensaje, pero tengo otro plan. ¿Quieres ir al Tibidabo mañana? ¿Lo conoces?

No, pero viví en el barrio por un tiempo.

¿En Sarrià-Sant Gervasi?

Sí.

¡Joder!

Es muy exclusivo.

Ya lo creo, pero aún no conoces el Tibidabo así que, aunque pobre, soy mejor guía turístico que tus amigos pijos.

Es un parque de diversiones, ¿no?

Sí, es súper chulo, y como está sobre una sierra, es el mirador más alto de la ciudad. Así que llévate la cámara de fotos.

No tengo plata para rollos.

Yo tengo algunos que aún no han vencido y ya no tengo cámara. Te los traeré así no se echan a perder.

Qué bueno, gracias. ¿Y cuánto cuesta la entrada? Estoy intentando ahorrar y no me puedo dar muchos lujos.

Yo te invito, tranquila, verás que mola.

No sé…

Elena pensó que no era sensato gastarse su manutención de una semana en un parque de diversiones, por más pintoresco que fuera y si él la invitaba, seguro estaría gastando la plata de Edurne y eso la hacía sentir culpable también.

¿Qué dices?, insistió el chico.

Ella decidió que el uso que el chico le diera a la plata no era asunto suyo, Si no la invitaba a ella, invitaría a otra, así que aceptó.

****

Aitor pasó a buscarla el domingo a las diez de la mañana. Apenas Elena abrió la puerta del edificio, el chico le ofreció los rollos de foto que tenía en la mano. Ella lo abrazó con gratitud y le dio

un beso muy cerca de los labios. El chico cerró los ojos, pero no avanzó, así que ella se apartó y sacó su cámara para ponerle el rollo y de paso, disimular su desconcierto.

Tomaron el subte y bajaron en la parada Vall de Hebron, al noroeste de la ciudad, desde donde salía el bus que los llevaba hasta el parque. Una vez en la puerta, sacaron algunas fotos el uno del otro. En la cola, una mujer repartía folletos para promocionar la restauración del Edificio Cielo, una construcción de los años 20 que funcionaba como sala de proyecciones. El folleto también contaba una breve historia del lugar. Inaugurado en 1899, el Tibidabo era el parque de diversiones más antiguo de España, además de uno de los primeros en construirse en Europa. Elena se interesó por los atractivos tradicionales, porque imaginó que recrearían escenas de kermeses populares como las que se veían en *La Familia Ingalls*. Aitor le dijo que recordaba el Avión, un viejo simulador de vuelo y el Museo de los Autómatas, en donde había piezas de muñecos de varios siglos atrás que, según él, daban mucho miedo. Ella siguió leyendo y marcando cruces en los lugares que iban a visitar.

Empezaron por uno de los miradores de altura que ofrecía el parque, la Talaia, desde la cual se podía subir a unos 50 metros. Sacaron fotos panorámicas y una de los dos juntos, con la ciudad de fondo, pero luego de hacer correr el carrete, Elena se sintió estúpida malgastando el rollo con alguien que acababa de conocer. Aunque claro que sus fotos panorámicas, comparadas con cualquier postal, también la hacían sentir ridícula, así que pensó que sacara lo que sacara ese día, estaría igual de mal.

Fueron a los autos chocadores y después al Diavolo, un juego de hamacas colgantes que giraban a gran velocidad. Elena recordó una escena muy cursi de la película *Perversa Luna de Hiel*, en la que los protagonistas jugaban a tocarse las manos en unas hamacas como esas. No pudo aguantar la risa cuando Aitor intentó hacer lo mismo con ella.

Recién en la cola, se besaron. Edurne le había dicho que, si se besaban bien, terminarían cogiendo bien, pero ni siquiera se estaban tocando.

Almorzaron. Pidieron bocatas de pollo y huevo y Elena decidió saltearse el postre y la merienda para compensar el exceso de calorías.

En el camino de regreso, Aitor paró varias veces para besarla, pero nunca fue más allá de eso.

Cuando se sentaron en el subte, Elena se sintió cansada por primera vez en el día. Extrañaba a Blanca, un signo de que sus sentimientos eran muy distintos según sus estados anímicos y su energía. Blanca era lo más parecido a un hogar que tenía en Barcelona, pero hacía mucho que no pasaban tiempo juntas y su relación estaba cambiando.

Llegaron a Festa Popular a eso de las nueve. Elena le pidió a Aitor que la esperara para ver quiénes estaban en el piso. No había nadie y no quería pasar otra noche sola así que lo invitó a subir. Se acostaron abrazados, sin sacarse la ropa. Estaban tan cansados que tampoco pensaron en hacer la cena. Pero en cuanto Elena apoyó la cabeza en la almohada, no pudo pegar un ojo.

Se levantó e inspeccionó la casa de nuevo. Entró al cuarto de Donat y Halima. El vestido seguía ahí, quieto, sugerente, con las mangas abiertas. Lo levantó y lo apoyó sobre el respaldo de la silla. Al menos así, parecía que alguien lo hubiera usado.

Abrió el ropero. Había fotos pegadas en el interior de las puertas. De un lado, fotos de Donat sacadas en un estudio, con iluminación artificial. El chico tenía el pelo largo hasta la cintura, una camisa de jean y una guitarra. En la otra, algunas de Halima desnuda, con los rulos cubriéndole los pechos. Elena las miró con atención. Se podía entender algo de su historia de amor, con qué se habrían seducido el uno al otro. Donat le pareció más atractivo, su serenidad era natural, nada impostada.

Volvió al cuarto y se acostó, pegada a Aitor. No quería sentir nada que no fuera físico. Pero cuando metió la mano bajo su pantalón, el chico le dijo que todavía no estaba listo para el sexo. Ella reprimió el enojo y durmió un rato más, enroscando sus piernas en las suyas.

Cuando despertaron, el lunes por la mañana, ella lo intentó de nuevo. Lo besó lentamente y masajeó su nuca, pero el chico la apartó enseguida y huyó hacia el baño.

Al rato, ya desayunaban en Canaletas y Elena no supo cómo abordar el asunto. Pidió un café con leche descremada y un yogur con cereales y él, una horchata de chufa. A la salida, buscaron una farmacia. Elena subió a la balanza después de varias semanas sin haberlo hecho y cuando la aguja se detuvo en 65 kilos, pegó un alarido de alegría. Se había propuesto bajar diez kilos de los 70 que llegó a pesar en esos meses. Ya estaba a medio camino de lograrlo.

Fueron a la Barceloneta y se echaron en la arena, pero no tenían protector y el sol del mediodía ya picaba demasiado, así que se mojaron los pies en el mar y caminaron hacia el barrio de la Ribera. Elena gastó las últimas fotos del segundo rollo.

A eso de las dos, fueron a buscar a Edurne para almorzar, pero no la encontraron. El departamento estaba lleno de cajas, bolsas, valijas y ropa apilada en sillas y mesas.

¿Tu hermana se va de viaje?, preguntó Elena.

Sí. Le salió un trabajo de temporada.

¿Adónde?

¿Málaga? ¿Murcia? ¿Marbella?, el chico sonrió, como si no tuviera importancia. Algo con "m" seguro.

Elena se puso impaciente. Pensó que en algún momento tendrían que hablar del tema.

¿Pero vos sabés de qué trabaja tu hermana?

Claro que sí.

Va a ir a uno de esos lugares, sube y baja les dicen. ¿Es verdad?

El chico no contestó. Elena reconoció un atisbo de enojo en su mirada y prefirió no insistir.

A eso de las tres, regresaron a Festa Popular con falafel y rollitos de hojas de parra que habían comprado de camino. Comieron en el living, haciendo zapping, pero Elena empezó a sentirse agobiada de pasar tanto tiempo con él y le dijo que quería estar sola para contestar cartas y dormir un poco más. Él parecía decepcionado, pero no le hizo ningún reproche. Bajaron la escalera y se besaron en el último descanso, demorando la despedida. Una vez más, ella intentó tocarlo, pero él no le correspondió. La sostenía de la cara, con manos quietas y firmes.

¿Qué pasa? ¿No te gusto?, preguntó Elena por fin.

¿Por qué lo dices?

No te excito. No te dan ganas de coger conmigo.

No es eso. Es solo que… necesito tiempo. Siento que mi exnovia se ha llevado mi polla.

Al menos, me gustaría que me tocaras.

Paso a paso, dijo el chico.

Se abrazaron y cuando ella abrió los ojos, descubrió a Xavier unos metros más abajo. Soltó a Aitor muy de a poco, como si quisiera demostrar que no se sentía culpable de lo que estaba haciendo y los presentó.

Xavier, él es Aitor, el hermano de Edurne.

Se dieron la mano y Xavier les pidió permiso para pasar con la bici. Elena se hizo a un lado y trató de no mirarlo a los ojos.

¿Es tu novio?, preguntó Aitor cuando quedaron a solas.

No, pero estuvimos juntos algunas veces y a lo mejor, él esperaba que no saliera con nadie más, aunque nunca me lo dijo.

Entonces yo sí te lo diré: si salimos, te pediré exclusividad. Si no puedes dármela, no salgas conmigo. No quiero sufrir de nuevo.

Ella lo abrazó, pero su deseo era menor. Cerró la puerta detrás de él y subió, meditando lo que le diría a Xavier.

Xavier estaba en el baño. Tarareaba una melodía flamenca y palmeaba rapidísimo. A Elena le sorprendió que tuviera esa habilidad. Lo esperó a la salida y cuando el chico abrió la puerta, le preguntó si todavía quedaba agua caliente. Él dijo que sí. Ella se desnudó rápido y se metió bajo el agua hasta que se puso helada. Volvió al cuarto y buscó ropa limpia en la bolsa que había llevado a la lavandería. Xavier se metió sin aviso y la envolvió con los brazos desde atrás, haciéndola caer en la cama, como en un tackle.

Así que ahora la Elena tiene dos novios. Elena la virgen.

Ya no soy virgen.

Eres semi virgen porque aún no te he metido mi polla entera.

Ah, ¿no?, dijo ella coqueteando.

No, solo la mitad. Pero hoy sabrás lo que es un pollón.

Cuando despertó, al día siguiente, Xavier se estaba cambiando.

¿Qué piensas hacer con nosotros?, preguntó él.

Ya no sonaba tan amable como la noche anterior.

Ella se demoró en contestar. Buscó su ropa y se vistió despacio. Le encantaba saber que él tenía la atención en ella.

No quiero seguir viendo a Aitor. Nunca cogimos, así que es como si no hubiéramos empezado, pero necesito unos días para decírselo.

Mientras no me dejes a mí, no me importa.

No, dijo ella. A vos te quiero.

****

Elena salió con Aitor el miércoles y el viernes, pero en los dos encuentros se aburrieron por igual. Cuando se les acababan los temas de conversación, el chico volvía a contarle los dramas con su exnovia.

Me parece que ya no conectamos, dijo ella, antes de despedirse. No nos veamos más.

Estoy de acuerdo, dijo él, con una media sonrisa.

¿Me podrías pasar la dirección de tu hermana en Marbella, por favor? Le escribí una postal.

No hace falta, dijo el chico. Vuelve mañana.

CAPÍTULO DIECISIETE. FIESTA IMPOPULAR

Elena dedicó el fin de semana a escribir sus menús para la casa y la vianda del trabajo e hizo varias compras de comida. Fue a la verdulería, la carnicería, la pescadería y el almacén.

El lunes, llegó un poco tarde a la barra y en cuanto estuvo lista, se juntó con las de siempre. Lupe tenía el maquillaje corrido y Nieve la consolaba.

¿Qué pasó?

Me han dicho que hoy es mi última noche.

Elena atinó a preguntar de nuevo, pero Lupe le dijo que no tenía más ganas de hablar del asunto. Se metió en el baño y salió con jeans y zapatillas. Antes de cruzar la puerta, encendió un cigarrillo. Le dijo que estaba guapísima pero que eso importaba una mierda y antes de que Elena pudiera responderle, se esfumó.

Elena se acercó a Nieve, que había encontrado libre el punto ciego del salón. Así le llamaban las coperas, que se mataban por ocuparlo para poder charlar tranquilas sin que las retaran.

¿Qué pasó?

Le han dicho que ya está muy vieja para venir aquí y has visto qué tipazo tiene, ¿no?

Sí, más vale. Qué mal, dijo Elena, pero su voz dudaba. A lo mejor, le sirve.

¿Qué dices? Nieve revoleó los ojos.

Digo que, a lo mejor, esto le sirve para hacer algo diferente.

¿Y tú crees que no lo ha hecho ya? Esto solo la arroja a trabajar en la calle. Al amparo de un chulo o quién sabe. Monte Adriano es la barra más segura de Barcelona. No sabes de lo que hablas.

Es que…

Elena no estaba convencida de defender su posición. Sus sentimientos cambiaban cada día.

No te entiendo. A mí me decís que no me meta en esto y a ella, no le ves ninguna otra salida.

Pues compara. Tú tienes veinte años menos y una familia que te apoya, pero todos sabemos que en cuanto la cosa se ponga fea, echarás mano al teléfono y pedirás socorro a tus padres.

Elena lo negó, molesta.

Yo quiero estudiar y mis padres no pueden financiarme una carrera sin trabajar. Y mi país está quebrado.

No estás estudiando ahora. Me has dicho que lo has dejado.

Bueno, sí, porque no me pude acomodar. Justamente, porque no tengo los privilegios que decís.

De acuerdo, aun en ese caso, puedes trabajar aquí por un tiempo hasta que recibas una beca de esas para empollones y listo, ¡a la mierda el putero! Y lo único que sacarás de esto es algo divertido para contarles a tus amigos.

¿Y ella no puede hacer lo mismo? ¿Por qué la subestimás?

Pues porque tiene tres niños, ¿sabes? Y uno de ellos con discapacidad. ¿Tienes idea de cómo cambia tu vida cuando tienes gente a cargo? Lupe ha aprendido a hacer este trabajo por menos tiempo y más dinero que otros, para poder atender a sus hijos también.

Uh, no sabía para nada. Perdón, yo… ¿y vos pensás trabajar de puta para siempre?

He hecho mis cálculos y a como viene la mano, en unos cinco años me compraré una casa. No he podido conseguir un curro con el cual hubiera sido capaz de ganar tanta pasta en diez años. Tampoco me quejo. Pero soy consciente de que cuanto más vieja te haces, más se achica tu clientela, así que espero salirme a tiempo.

Elena trató de responder, pero se limitó a mover la cabeza de un lado a otro.

No digo que no tengas problemas, pero tus penurias no son comparables con las de muchas chicas de aquí. Además de lo que te he contado de Lupe, recuerda que Annetta también es madre soltera y que Ishtar es una alcohólica en recuperación. Y luego está Teresa, que tiene esclerosis.

Esa información descolocó por completo a Elena. Era cierto que, comparada con cualquiera de esas otras vidas, la suya era privilegiada, pero nunca se había sentido así. Más bien, le parecía que algunas cosas muy sencillas para la mayoría, a ella le habían costado el doble. Sentirse bien con su cuerpo, gustarle a alguien, tener una vocación...

Lo siento, le dijo Nieve con un abrazo. No he querido ofenderte. Me he pasado.

No me ofendí, pero gracias. ¿Y cómo te fue en Marbella?, Elena pensó que cambiar de tema siempre era un buen recurso, aunque nunca fuera posible cambiar de tema por completo.

Solo estuve diez días y tuve que regresar. Nos han postergado el turno hasta mayo por falta de clientes.

****

Esa noche, unos empresarios alemanes reclutaron a varias chicas para una fiesta. Nieve, Ishtar, Annetta y la uruguaya fueron algunas de las elegidas. En el local quedaron otras diez o doce, entre ellas, Teresa, que toda la noche fue y vino entre clientes y solo consiguió hacer unas pocas copas. Elena se quedó pensando si se hubiera animado a ir. Nieve le había contado que la única posibilidad de hacer una salida sin tener sexo era en esas fiestas multitudinarias en las que se llevaban a varias coperas como extras.

Amalia, dijo en cuanto la jefa estuvo cerca.

Dime.

Me contaron que a veces, en las fiestas, van algunas chicas de acompañantes.

De florero, dices.

Elena levantó los hombros, desorientada.

No sacas lo mismo que en una salida, ¿sabes?

Sí, sí, claro, mintió Elena.

Lo tendré en cuenta. ¿Te hubiera gustado ir esta vez?, preguntó Amalia y la agarró del mentón.

Creo que sí.

Ya te sientes preparada, ¿verdad? Eres guapa, joven, tienes buenas curvas. Sácales a los hombres todo cuanto puedas antes de que sea tarde.

Elena asintió.

También eres muy lista. Eso, aunque no lo creas, aquí vale más que unas buenas tetas. Usa todo a tu favor.

Elena se quedó de pie esperando algún tipo de explicación de lo que acababan de revelarle. Antes de llegar a Monte Adriano, jamás le habían dicho que era linda o atractiva pero ahora, encima, le señalaban que era inteligente. No se sentía tonta, pero tampoco se habría imaginado que fuera a resultarle "lista" a una mujer como Amalia. Supuso que le habrían comentado algo. Que le había ido muy bien en la Selectividad o que hablaba bien inglés; que tenía buena memoria y era observadora. Tampoco es que hubiera interactuado mucho con las otras. Solo con Nieve, Lupe, y un poco con Annetta. Aunque hablar demasiado con los clientes era un aspecto que Amalia podría haber notado por su cuenta. Y hablar mucho, a veces, se asociaba a la inteligencia, pero en un lugar como ese, también era un problema. De repente, supo a qué se referiría la jefa. A que sabía escuchar con atención. Claro. Eso podía ser un plus como copera. Y les tenía paciencia a los torturados. A los frikis. A los gays reprimidos.

****

El sábado, Elena se despertó con el teléfono sonando sin parar. Le costaba asociar ese sonido con Festa Popular, pero entendió pronto que la línea funcionaba de nuevo. Llegó al último ring y descolgó el tubo. Era Blanca.

Hace días que no sé nada de vos.

Lo siento, de verdad, es que no tenía un duro para comprar comida y no quería importunaros más a ti o al Xavier.

Rebeldía oportunista la tuya, ¿no? Cuando te toca comer arroz todos los días, se te acaban los problemas con Alicia.

Vamos, Elena, no me eches la bronca, por favor. Quiero decirte que mi situación ha cambiado desde que he vuelto por aquí.

¿Y qué pasó con la habitación de tus compañeros de la universidad?

Se ha frustrado.

Uh, qué pena. No debe ser fácil conseguir algo barato.

No lo es, pero no estoy peleando casi con mi madre estos días porque retomaré las clases y eso ya la pone contenta.

Me alegro mucho.

Y ¿sabes? He conseguido trabajo. Unos pocos días por semana.

Elena sintió alivio, nostalgia y afecto en una sola emoción confusa.

¿Qué trabajo?

Me han contratado en un restaurant marroquí en el centro de Gracia.

¡Qué bien! Te felicito.

¡Gracias! Se llama Casablanca y el dueño me ha dicho que podía invitar a alguna amiga a comer allí. Creo que me ha tomado simpatía.

Contá conmigo.

Puedes venir el sábado, en la pausa, y cenamos juntas.

****

El lunes la llamó Edurne y le dijo que la barra permanecería cerrada toda la semana porque habían encontrado ratas y, por lo tanto, esa semana, solo les pagarían la mitad del básico.

El sábado, tal como se habían prometido con Blanca, Elena fue a cenar a Casablanca con una doble motivación: vería a su amiga, a la que extrañaba más que a nadie, y comería cosas ricas sin gastar dinero. Le sumó a ese objetivo el de ahorrarse el transporte y caminar hasta el lugar y de paso, visitar el barrio de Gracia.

Llevó su cámara con un nuevo rollo de 24 fotos que había comprado en vez de revelar los anteriores. Gracia no estaba tan lejos de Festa Popular, solo los separaba el Eixample, donde estaba

Monte Adriano. Habían recorrido con Blanca una parte del barrio a la vuelta del Parc Güell, pero no había vuelto desde entonces. Sacó la cámara y buscó pequeños detalles que no hubiera visto en postales.

Tomó fotos de puertas, ventanas y tragaluces, macetas rotas y rejas con torciones atípicas. Gracia parecía un pequeño pueblo incrustado en medio de la ciudad. Las calles eran estrechas y había pocos autos. Pensó que, si no podía viajar, al menos podía mudarse de barrio seguido.

Llegó a Casablanca, el restaurant donde trabajaba Blanca, a las nueve. Vio a su amiga a través del vidrio y en cuanto ella la notó, le hizo señas para que la esperara adentro. Elena eligió una de las mesas cercanas a la puerta. Blanca iba y venía y se la notaba concentrada en su trabajo, atenta a las demandas del jefe y los clientes. Había mucha gente. Elena contó unas 25 mesas, pero el lugar era demasiado chico. Las paredes del restaurant estaban llenas de estanterías con bártulos; un montón de latas de conserva se apilaban en la esquina del mostrador. El olor a especias abría rápido el apetito.

A eso de las nueve y cuarto, Blanca se unió a ella. Se abrazaron como si no se hubieran visto en años. El dueño se acercó, le dio la bienvenida a Elena y les sugirió que pidieran los platos más tradicionales del lugar: cuscús marroquí con verduras y tfaya que, el hombre explicó, consistía en cebolla caramelizada, garbanzos y pasas y como plato fuerte, un djej msharmal, carne de pollo marinada en salsa de ajo y pimientos. Ellas aceptaron todas las sugerencias y el hombre se retiró. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, Blanca cambió el tono de su voz y dejó de lado la simpatía que se le notaba hasta ese momento.

Por fin se ha ido.

¿Qué pasó?, preguntó Elena.

Me ha metido mano, dijo Blanca.

Ocultaba sus lágrimas mirando la carta de precios que hacía de centro de mesa.

¿Qué?

Idir, el dueño, me ha tocado el culo mientras lavaba la vajilla.

Ay, Blanca. Andate de este lugar.

¿Y a dónde voy?

Elena pensó alternativas.

Si yo supiera…

¿Crees que me aceptarán en Monte Adriano?, se anticipó Blanca. Aunque irme a una barra porque me han tocado el culo, pues, no le veo mucho sentido.

No es lo mismo porque vos ponés tus límites. Pero tendrías que verte distinta, por supuesto.

¿Te refieres a que muestre mi trasero, que vale por cuatro? ¿O que tendré que ponerme a dieta como tú? Por cierto, qué bien lo llevas. Envidio tu fuerza de voluntad.

Elena señaló la comida que se exhibía en el mostrador, algo parecido a lo que estaban por comer, y se echaron a reír.

No sé si te vas a sentir cómoda en Monte Adriano…

Elena buscó otro argumento para disuadirla. No quería compartir ese espacio con ella.

Debe haber otra cosa que puedas hacer. Sos catalana.

No entiendo por qué soy tan inútil. Con todo lo que mis padres invirtieron en mi educación, dijo Blanca.

Elena odiaba cuando hacía eso. ¿Por qué le gustaba victimizarse? Lograba devolverle la culpa. No era inútil, solo que estaba acostumbrada a demasiado confort y no tenía buenas razones para perderlo.

Quedate acá, dijo por fin Elena.

¿Y lidiar con Idir?

Tendrías que hacer lo mismo en la barra. Está llena de viejos verdes.

Blanca se secó las lágrimas y su mirada recuperó el brillo de siempre. Elena comprendió que había algo que su amiga no tenía y que eso no la hacía más débil sino más fuerte. Era su instinto territorial. Blanca no estaba tomada, como ella, por los celos, la envidia, el miedo a quedarse sin nada. Quizá porque, de hecho, no corría ese riesgo.

Terminaron de comer y Blanca le propuso que la esperara otro rato y fueran juntas a la fiesta de Montse, su hermana, que acababa de volver de Inglaterra.

Tomaron un taxi. De camino, pasaron por la puerta de la casa de Alicia. Montse vivía con su novio a unas diez cuadras de allí. Desde la calle, se escuchaba la música fuerte y el griterío de gente joven, algo que Elena no se imaginaría que estuviera permitido en un barrio como ese. Frente al portero, los invitados hacían cola. Montse les abrió la puerta. Dejó pasar a los invitados, pero a su hermana la detuvo antes de entrar.

¿Habéis traído algo para tomar? Nos estamos quedando secos.

Blanca levantó las dos botellas de cerveza que habían comprado y presentó a Elena y a Montse entre sí.

Por fin te conozco, dijo Elena.

Gracias por venir, dijo Montse.

Detrás de ellas, llegaron cuatro personas más. Montse los saludó con efusividad, mientras lucía su aspecto, que era muy llamativo. Tenía un vestido color magenta y un cinturón y zapatos dorados; el pelo estaba recogido con dos hebillas de strass y la raya, muy por detrás de lo normal, le hacía un efecto de frente más ancha.

Le sonrió a Elena una vez más y se perdió entre sus amigas.

Vamos a prepararnos algunos tragos, ¿no?, propuso Blanca.

¿Pero tu hermana no esperará que si trajimos cerveza solo consumamos cerveza?

No hables así de ella, por favor.

¡¿Qué dije?!

Que es una cabrona. Y lo es.

Se rieron a carcajadas. Una vez en la cocina, Blanca le señaló la barra con algunas opciones.

Vodka, gin, ron. En la heladera hay gaseosas.

Elena agarró el ron y buscó una coca.

Si lo mezclas con coca tienes un Cuba libre; con pulpa de fruta es un daiquiri; con soda y hierbabuena un mojito, comentó por encima de sus hombros un chico muy alto.

Ah… sí, pero no soy buena con las proporciones.

¿Quieres que te lo prepare?

Elena reconoció su acento inglés. Blanca le echó una mirada que ella no supo interpretar y luego se acercó hasta su lugar, mientras el chico buscaba lo que necesitaba.

Es el novio de mi hermana, dijo Blanca. Ve con cuidado.

Elena puso los ojos en blanco, como si su amiga hubiera sugerido un disparate.

Es un plasto total, te lo aseguro. Mi hermana sale con él desde el bachillerato y ha malgastado sus mejores años en llantos y dramas de cuernos porque el tío no deja títere con cabeza.

¿Cómo se llama?

Edward. Edward el fontanero. Mi madre lo odia, dijo Blanca, y su aliento alcoholizado le llegó a Elena en una bocanada.

Me parece que tu mamá tiene un problema con que ustedes se relacionen con personas.

No es eso, es que ella cree que nos ha educado como pijas y que por eso fracasaremos. Nos dejamos engañar por palurdos, no sabemos de lo duro de la vida, ese rollo. Entonces ahora, un poco tarde, intenta aplicarnos una disciplina que funcionó con ella, que viene de una familia pobre y es la primera universitaria entre los suyos. Pero, vamos, nosotras no tuvimos su vida y si nos ha dado mucho, pues, ya estamos torcidas.

Igual, Montse ya terminó su carrera, tiene un trabajo, vive sola. ¿Eso no la pone contenta?

Filología para señoritas no es una carrera para mi madre. Quizá, si se le hubiera dado por las lenguas muertas… pero mi hermana morirá como profe del instituto y mi madre siente que ha tirado un pastón de dinero en darnos la mejor educación. Habernos mandado al bachillerato público, le digo yo. Yo no quiero trabajar en la NASA.

Y, no...

No es mala mujer, es solo que cree que nadie se dará maña sin ella y entonces, quiere controlar todo. Debería ir al psicólogo. Si es que yo le digo: pero madre, hasta el siglo XX la humanidad había avanzado sin ti. Se cabrea, claro, pero por tomarla de vieja, ¡no por otra cosa!

El novio de Montse repartió los tragos y las convenció de acercarse a la pista. Ellas lo siguieron. Otro chico, el que Blanca había saludado en el pasillo, se sumó a la ronda que se había armado entre ellos tres. Era gordo, pelirrojo y tenía una barba que le llegaba hasta el pecho. Elena sabía que lo había visto antes, pero no podía recordar dónde. Por suerte, descartó enseguida que fuera en la barra.

Blanca los presentó.

Elena, él es Alex, otro irlandés, amigo de media Barnatown. Alex, ella es Elena, mi amiga de Argentina.

Tú me eres familiar. ¿Estoy mal?, preguntó el chico.

Por supuesto, dijo Blanca. Se vieron en Festa Popular.

Ahí Elena lo recordó. Fue unos pocos días antes de enfermarse de estreptococo, antes de pasarse del otro lado de la barra.

Alex fue a la cocina y volvió con una cerveza que bebió en pocos sorbos. Se puso a bailar con los dedos en cruz y los ojos cerrados. Elena lo imitó un rato hasta que se aburrió. Notó de refilón que Edward la observaba y le devolvió la mirada. El novio de Montse le señaló el fondo vacío del salón.

Vamos a la terraza. El cielo se ve muy bonito.

Solo habían dado dos pasos cuando Blanca los alcanzó. Alex venía con ella y decidieron sumarse. Elena caminó hasta una de las esquinas desde donde se podían ver los cuatro tanques del condominio, además de las terrazas contiguas, que dejaban asomar el cablerío y los parches, el lado oculto de las ciudades. Se subió sobre un peldaño de cemento, y desde allí pudo ver un amplio arco del barrio, aunque el titilar de las luces apenas dejaba reconocer los contornos. No se comparaba con la vista que había tenido desde la Talaia en el Tibidabo, pero deseó de todos modos, volver de día.

Blanca y Alex empezaron a correr como en un pase de tauromaquia. Ella movía un repasador rojo y él se ponía los dedos a los lados de la frente emulando cuernos e intentaba asestarle un golpe. Elena observó sus dedos. Eran muy expresivos. Debían formar una parte importante de la comunicación de ese hombre.

Edward se sacó los zapatos y todavía en medias, se acercó a ella y la besó buscando el fondo de su garganta, con una voracidad que a Elena le resultó desagradable. Lo corrió con las dos manos apretadas en puños y se sentó en el peldaño, contra la pared. La aburría la idea de pasarse toda la noche con alguien que ni siquiera hubiera mirado, pero Blanca y Alex tampoco le prestaban demasiada atención.

Ustedes se tomaron algo, ¿no?, preguntó Elena.

¿Y tú qué crees?, respondió Alex. Los músculos se estiraban de forma exagerada cuando sonreía.

¿Qué tomaron?

Blanca levantó los hombros y señaló a los irlandeses como responsables.

Tripi.

Ahhh, dijo Elena, sin poder disimular sus celos.

Tú me hiciste lo mismo, se defendió Blanca.

No estábamos en la misma fiesta.

Da igual.

Elena se puso de pie y avanzó a pasos inseguros. Le preocupaban más las razones por las que Blanca la había apartado que el hecho en sí. Si era una revancha podía comprenderlo ¿pero si en realidad era porque pensaban que era una aburrida? ¿O una engreída? Eso sería ridículo porque Blanca lo era tanto o más que ella. Claro que también era más sofisticada y culta e inteligente. Y rica. Elena se sorprendió de su razonamiento. Nunca le había dado importancia a esa diferencia.

¡Te has puesto como un tomate!, gritó Blanca.

Elena se sentó de nuevo. Estaba enojada y no sabía cómo quitarse ese sentimiento.

Look, Alex, she is blushing!

Oh… my darling, dijo él con voz dulce. Eres celosa de nuestra mente. Deberías probar un poco un día. Ven para mi piso mañana. ¿Qué piensas?

Elena dijo que no sin reflexionar. La había distraído el pésimo español de Alex, que, a diferencia de Edward, hablaba mucho peor a medida que sus frases se hacían más largas. Cuanto más se daba a conocer, más extranjero parecía. En cambio, Edward se volvía cada vez más local. Blanca se quitó los zapatos y las medias, se arremangó los pantalones y se acostó en el piso boca abajo con los brazos estirados.

¿Estás haciendo yoga?, le preguntó Alex.

Blanca dijo que sí con un hilo de voz. Elena se acercó a Edward y tiró de un mechón de su pelo. El irlandés se dio vuelta sorprendido y la acercó a su cuerpo en un abrazo. Ella sintió la erección y lo apartó.

Ven. Sé que te apetece, dijo Edward.

Ella movió la cabeza, negando. No tenía ganas de besarlo ni tocarlo. Lo único que quería era coquetear con él, pero por lo visto, él chico quería ir mucho más rápido que eso. Montse estaba en la planta baja, así que su relación duraría el tiempo que permanecieran en la terraza. Edward le dio un beso en la mejilla y la abrazó por encima del hombro. Alex se había sumado a la práctica de yoga y ahora hacía con Blanca el saludo al sol.

¿Ustedes de dónde se conocen?, preguntó Elena.

Es el repartidor de pizza al que arrolló un camión, le aclaró Blanca. Salió en todos los periódicos, pero yo lo conocí hace unos años en una manifestación.

Elena buscó los ojos de Alex, para que continuara su historia.

Estuve internado para un año, dijo el chico.

Se notaba su interés en ser amable.

Me imagino que debe haber sido terrible, dijo Elena.

Sí y no. Fue terrible accidente, desde luego, pero ha dos semanas fui en entrevista por la televisión porque he cobrado el juicio, lo he ganado a la compañía que choco a mí. Ahora estoy famoso.

Wau… ¿y te pagaron mucho?

Un pastón, dijo Alex, con los ojos muy abiertos. He comprado un piso con cuatro habitaciones.

Una desgracia con suerte.

No, fue solo suerte. Tengo caños y tornillos y no me fui muerto, pero fue mejor porque estaba todo loco antes de accidente y quería matar a mí mismo. Pasaba todo día en la cama.

Ahora también se queda en cama, dijo Blanca, pero puede pedir hamburguesas por teléfono.

Elena se rio, y Edward también. Blanca podía hacer comentarios crueles y que el aludido no se ofendiera. Elena envidiaba ese don.

Mira qué encontré, dijo Alex, mostrándole un cartoncito de un centímetro envuelto en un nylon. Hemos tomado media cada uno antes. Puedes tomar este tú con nosotros.

¿Qué es?

Tripi.

¿Pero qué es tripi?

Edward tomó la palabra.

Le dicen tripi o LSD y es auténtica. Yo la he probado también porque todo lo que comparte Alex es de calidad. Nada de mierda china ni tunisiana.

Ah, no, no. Es traído por mi camello vasco de Amsterdam esta semana y es purísimo.

Elena agarró el cartoncito y lo miró en detalle. ¿Podemos tomarlo otro día? Hoy no me siento tan bien, y…

Lo sabía, dijo Blanca. Solo querías que yo no lo tomara.

¡No!, se ofendió Elena, aunque era cierto.

Edward también rechazó el cartón, así que Alex lo partió en dos mitades y metió una en la boca de Blanca y puso la otra en la suya, bajo la lengua. Elena no tuvo tiempo de arrepentirse.

¿Ya les hizo efecto la otra mitad?

Algo, pero esta es dosis justa. Algún día tú también pruebarás.

Alex es la biblia de las drogas, dijo Blanca.

Más que biblia, ¡soy cobayo!

Se rieron a los gritos y Elena se entusiasmó con el vocabulario del chico. No armaba bien las frases, pero sabía muchas palabras, y eso alcanzaba para tenerle paciencia en un diálogo.

¿Probaste muchas?, preguntó Elena.

Alex asintió, pero su mirada estaba desconectada.

Nunca las he contado, ¿unas cincuenta?, y empezó a nombrarlas con su marcado acento: DMT, hongos, tachas, alcohol, marihuana, coca, MDMA, tabaco, micropunto, amapola, floripondio, LSD, mezcalito, chocolate, popper, GHB...

¡Eres un mutante, Alex!, gritó Blanca. Por eso no te ha matado ese auto.

Edward celebró el chiste y se apretó a Elena. Mordisqueó su cuello, sus orejas. Ella cerró los ojos, cediendo a la insistencia, pero unos gritos de mujer la distrajeron.

¡Qué morro tienes, puta!

Era Montse, que, furiosa, corría hacia ellos.

Y tú también, ¡cabrón de mierda!

Elena se apuró a levantarse y se escabulló lo más rápido que pudo por detrás de una pareja y corrió hasta la puerta. Apenas cruzó el marco, la salpicaron los cristales de una botella que se estrelló contra la pared. Cuando llegó al final de la escalera, levantó la vista y vio la silueta de Montse en la entrada de la terraza. Edward estaba detrás de ella, formando un contorno oscuro.

Sal de mi casa, putón rastrero, le gritó la chica.

Elena se metió de nuevo en la fiesta. Buscó su campera, y la salida hacia la calle. Pensó que Blanca volvería con ella, pero eso no ocurrió.

Ya en la vereda, escuchó el grito final de Montse que seguía sus movimientos desde la altura.

¡Haré que te deporten de aquí!

Elena corrió hasta la esquina, pidió un taxi y se bajó unas diez cuadras antes de su casa. El sol la golpeó con una picazón que solo recordaba haber sentido en Madrid. El verano estaba lejos y, sin embargo, no hacía nada de frío. Caminó por la Rambla, la calle en la que se sentía más a gusto, aunque

no más segura. Los peatones de esas horas le parecían fantasmas sin destino. El vapor de la madrugada les lamía los tobillos.

Unos metros antes de entrar al edificio, sacó las llaves e inspeccionó la cuadra. En el Raval, recuperaba las reglas del Conurbano. Estar atenta a si te siguen. Tener la llave lista para embocar en la cerradura. Sujetar la más puntiaguda entre dos dedos. Usarla solo cuando no haya escapatoria.

CAPÍTULO DIECIOCHO. DIVINA COMEDIA

El lunes, Edurne le avisa a Elena que la barra abrirá recién el jueves porque el dueño quiso aprovechar la desratización para hacerle otros arreglos al local. Y la invita a ver un show de porno en vivo a la sala Teherán, el martes por la noche. Edurne se jacta de conocer a todos los trabajadores sexuales de la ciudad, desde los más *soft* hasta los más *hardcore*.

Se encuentran en la puerta de Teherán. Elena lo había visto varias veces de camino a Monte Adriano, pero nunca le había quedado claro qué se ofrecía ahí. Nota por primera vez, el cartel luminoso que anuncia "Porno show". Parece un lugar chiquito desde afuera. Pagan su entrada, cruzan un telón de terciopelo oscuro y acceden a un pasillo largo que desemboca en una escalera. Bajan al subsuelo, en donde está montado el escenario principal, y Edurne le anticipa que el gran número de la noche es un trío sexual en vivo entre un enano, una mujer trans y un burro.

Joder, responde Elena.

No se le ocurre una mejor expresión en argentino.

La sala está llena y es mucho más grande de lo que se puede esperar desde afuera. Elena piensa que el teatro debe ocupar el subsuelo de los altos edificios de la Avenida del Paralelo. El aire que se respira se siente húmedo, con el olor previsible de un lugar con poca ventilación y casi ninguna luz. Elena observa al resto de los asistentes. Nunca se le hubiera ocurrido que habría tantas mujeres de aspecto convencional en un lugar así. Esperaba que solo hubiera hombres o parejas excéntricas. Edurne le pide que busque una mesa y la espere allí porque quiere saludar a algunos conocidos. Elena elige la más cercana al escenario que encuentra y abre la carta. Todo es carísimo, pero una cerveza se puede pagar. Le hace señas al mozo y pide una de litro con dos vasos.

Una voz inusualmente aguda le habla a sus espaldas. Elena se da vuelta y se sacude sorprendida al descubrir que se trata de un enano.

¿Has venido antes?, pregunta el hombre. Trabajo hace años aquí y nunca te he visto.

Ella sonríe y niega con la cabeza. Por su aspecto deduce que debe ser el enano del trío. Tiene calzas rojas y un chaleco de piel blanco sobre el pecho desnudo. Es mucho más pequeño que cualquier otro enano que haya visto antes.

Elena lo invita a sentarse.

Gracias, dice él. ¿Hace mucho vives en Barcelona?

Unos meses.

¿Y nunca me habías visto?

No.

Pues yo sí que te he visto en el barrio. En el Mercado de la Boquería de seguro, y te he cruzado hace un rato en el locutorio. Por eso pensé que, si hubieras venido al Teherán, te habría reconocido. Eres muy joven y eso es bastante inusual aquí.

Ella no contesta, expectante.

Mi nombre es Nicola.

El hombre le extiende la mano y Elena le da la suya. El hombre busca su tarjeta personal y se la entrega. *Nicola Gordini: actor porno.* En la foto se lo ve con pantalones de cuero y tiradores arriba de un león de mármol.

Esta es la sala más caliente de toda España, ¿lo sabías?

Me comentó algo así mi amiga, la que me trajo.

¿Y de dónde conoces a una amiga que te taiga por aquí?

De una barra americana en la que trabajamos juntas, Monte Adriano.

Es la más clásica de Barcelona. Y una de las más selectas.

No sabía. De hecho, no conozco ninguna otra. Llegué de casualidad.

No es fácil entrar, ¿sabes? Buscan chicas muy guapas, como tú.

Elena piensa que, si resulta guapa para gente tan distinta, puede empezar a darlo por hecho.

Espera, tú debes ser amiga de Edurne.

Sí, ¿la conocés?

Claro, desde hace años. No hay muchas mujeres como ella. ¿Sabes? Es una auténtica vampiro. No ha dejado a ningún hombre que le guste sin morder. Luego, los descarta sin más.

Sí, es un poco cruel. Pero a veces, para algunos hombres, eso podría ser un alivio, ¿no?

¿Qué cosa?

Que una mujer solo quiera sexo. ¿No es lo que todos quieren? Más sexo, menos compromiso.

El sexo es solo una parte. Y una parte secundaria, incluso.

¿Te parece?

Definitivamente. Y debes comprenderlo bien si trabajas en una barra. Tienes que llegar a la psicología profunda de los hombres. Hay solo una cosa que todo hombre quiere. Y no es sexo sino respeto. Cualquier cosa que les des, aun si te piden que los humilles, se la tienes que dar respetándolos. Así somos. Simples, si lo piensas.

Elena meditó esas palabras por varios segundos y asintió, convencida.

Allá viene Edurne. Quedate con nosotras si querés.

Un rato, de acuerdo. Pediré algo para los tres.

Yo pedí una jarra de cerveza, pero nunca la trajeron.

La reclamaré.

Nicola le hace señas al mozo para que se acerque. Elena lo estudia ahora que él no la mira. Se detiene en su boca: los dientes son puntudos y filosos. Están muy separados entre sí, como los de un tiburón.

Dios los cría…, dice Edurne cuando llega a la mesa.

Hola, guapa. Estaba aquí contándole a tu amiga que yo te he enseñado todo cuanto sabes.

Qué va. ¿En cuánto arranca tu número, Nicola?

Es la cereza del postre.

Entonces vamos al entrepiso, ¿no crees?

Iré a por el pedido.

Nicola regresa con la jarra de cerveza y la reparte en tres vasos. Luego las guía por una escalera al final del salón. Es angosta para un lugar tan concurrido. El entrepiso está lleno de peceras gigantes. Elena recuerda las cabinas porno de las que le habló Edurne. La cautiva una escena de dominación. Una mujer con una fusta de cuero y metal marca las nalgas de un hombre. Elena pega su cara al vidrio. La carne de la piel se hincha en hilitos finos, como un tejido violáceo. No es desagradable, aunque tampoco la excita, pero mirar es un placer en sí mismo. Se concentra en el hombre. ¿Le dolerá o ya estará acostumbrado? Es su trabajo, debe recuperarse rápido, piensa Elena. El hombre tiene una venda en los ojos. Parece que disfrutara. La mujer, en cambio, se muestra aburrida y repite los golpes sin ganas.

Elena sigue luego a Nicola hasta una performance lésbica. Una de las chicas es tan joven como ella. La otra, la vieja, la masturba. La más chica tiene las manos atadas con un solo guante. Desde atrás, reconoce la voz de Edurne.

Este es el piso del cliché.

Para mí, es la primera vez.

¿Qué sientes cuando ves a dos mujeres follando?

No sé…

Me pasa lo mismo.

Se supone que la chica debería eyacular, pero a veces no ocurre.

Elena carraspea, incómoda. Nunca vi eso.

Podemos volver en un rato.

Nicola las llama a los gritos y les dice que lo sigan. Dejan atrás las cabinas y suben al otro piso. Elena camina con confianza, los tacos la ayudan. Los hombres la miran, se dan vuelta cuando pasa. Tiene un poder que antes se le hacía misterioso. Como si moviera objetos con la mente.

Nicola le explica a Elena que este piso está dedicado al sexo entre animales. Elena y Edurne dejan que él las guíe, como en un museo.

No sé si sabías que, de todas las formas de reproducción en el mundo vivo, el sexo es solo una. Durante mucho tiempo, los seres de este planeta, no lo necesitaban. Aparece en un momento de la evolución.

No te lo había advertido, interrumpe Edurne, pero Nicola es un empollón de documentales. No sabes todo lo que puede decirte de animales y ropa *kinky*. Eso sí, no le preguntes quién es el primer ministro de España porque no tiene ni puta idea.

Hablas por la herida. Tienes un rollo personal con los empollones.

¡Qué dices, enano! Cállate o te piso.

Nicola le da una palmada en el culo y avanza, controlando que lo sigan.

No sé de dónde saca la gente ese prejuicio de que sexo y reproducción son lo mismo. No lo son para nada, al menos, no para la biología. Justamente por lo que acabo de decirte, que formas de reproducción las hay de varios tipos y el sexo, viene con algunas ventajas. Basta ver el mundo natural, ¿para qué sirve? En principio, es una forma eficiente de propagar calor, pero luego… ¿no crees que los animales consiguen otras cosas teniendo sexo? Esas monas, por ejemplo, están logrando que sus machos hagan las paces, fíjate cómo se miran. Además de que se pasan por el coño todo ese rollo de que la homosexualidad no es natural. Es tan natural como reproducirse, solo que no es igual de frecuente, pero quién puede dudar de que es útil para la comunidad. Y aquella hembra yegua, observa cómo se inclina ante el peso de su macho, ¿cómo no iba sentirse protegida por ese semental? Luego, ¿ves?, la clásica mantis. ¿A qué nunca has llegado al final de su famoso rito? No lo hacen siempre, es muy excepcional. Pero ocurre. Míralo magnificado. Es de lo más extraordinario que verás.

Caminan hasta la pantalla. La cámara está detenida en las pinzas de la hembra que abrazan al macho, la mitad de su tamaño. El locutor está subtitulado y comenta paso a paso lo que ocurre. *La mantis es el único animal conocido que tiene un solo oído y está ubicado en su tórax*. El color verde impregna la pantalla y el video vuelve a empezar.

Han censurado el video en esta parte, es de no creer, dice Nicola. ¿Cuándo habrán hecho eso?

A lo mejor recibieron quejas por violencia explícita, dice Elena.

Pues tú te ríes, pero no sabes la cantidad de gente puritana que viene a estos sitios. Luego lavan sus culpas metiendo denuncias.

¿Es cierto que tienen sexo con un burro en el escenario?

La verdad es que no, pero me gusta saber que esa leyenda, que yo mismo propagué, ha llegado a tus oídos. Pensé que ya no circulaba.

Me lo dijo Edurne.

Elena busca con los ojos la complicidad de su amiga.

Es que la vasca vive en la ficción. Ya quisiera verlo la muy guarra.

Edurne le da un golpe en la cabeza que él compensa con otra palmada en el culo.

Solo aparece en el escenario un burro con el sexo erguido. Mi compañera se excita y termina pidiéndome que la penetre. Y como no puedo conseguirme un miembro tan descomunal como el de un burro, me pongo un vibrador de un tamaño similar.

No sé si quiero ver eso, dice Elena.

No tienes por qué. Puedes venir otro día, cuando estés más familiarizada con este tipo de eventos.

Es que justamente, no sé si alguna vez me familiarice con esto.

El hombre es un bicho de costumbre.

Nicola las invita a subir al último piso. Este tiene ventanas a la calle, grandes paños de vidrio que dejar ver algunos brillos de la ciudad, sobre la Avenida del Paralelo. Elena puede comprender entonces el recorrido que han hecho: una ele en el subsuelo que va ascendiendo en grados. En el último salón, hay hologramas teniendo sexo con animales y robots. Algunos tienen forma humana, otros no.

No podía faltar un piso dedicado al sexo entre especies distintas. Incluso, déjame pensar, sexo entre reinos. Aquí descubres lo mucho que nos gusta a los hombres follar con palmeros y frutas.

Elena le festeja el comentario. Edurne pasa su brazo por la cintura y acerca su cabeza al cuello. Elena gira su cara y la besa, pero cuando la acaricia, ella la aparta con frialdad.

Ya está. Ya te has sacado el gusto. Te he besado porque me ha apetecido, pero no vamos a llevar esto a la cama.

Está bien. Lo dejamos así.

Es parte de la conexión mamífera, nada más, dice Edurne. Luego se despide de Elena y Nicola y se mete en una sala privada.

No vayas a enamorarte de esa mujer. Te romperá el corazón, dice Nicola y también se despide.

Elena baja hasta el primer nivel y recupera su mesa, pero encuentra una mejor, más cerca del escenario. Se acomoda y pide una cerveza. Nicola aparece en escena, montado en el burro. Una mujer trans apoya en el lomo del animal una pequeña escalera desde la que él puede bajar. Luego, lo alza y bailan juntos una coreografía alrededor del burro. El número dura bastante, quince minutos que se alternan con chistes de Nicola. La escena termina con el enano teniendo sexo con la mujer trans y el animal, estresado por la situación, dando coces contra el suelo. La gente de la sala aplaude y grita; Elena, en cambio, no sabe cómo reaccionar. Un abismo la separa de los demás, ya no quiere estar ahí. Mientras el locutor presenta el número siguiente, ella paga la cuenta y termina su bebida.

CAPÍTULO DIECINUEVE. CARTA A PAPÁ Y MAMÁ

Barcelona, 20 de noviembre de 2002

Hola pá, hola má.

Espero que anden bien. Me gustaría que se abrieran una cuenta de mail así podemos estar en contacto más seguido. Las cartas demoran mucho y el teléfono es muy caro. Tienen que pedirle al empleado del locutorio que les explique cómo abrir una cuenta y una vez que la tengan, me escriban a la mía que es elena.dominguez@hotmail.com Yo tampoco uso mucho el mail porque no tengo a quién escribirle. Con mis amigas del secundario, perdí relación, pero si ustedes se abren una, prometo contestarles enseguida.

Esta mañana me llegó el paquete que me mandaron. Gracias por las fotos y la yerba. ¡Qué grande que está Pablo! Y vos, mamá, siempre tan elegante.

Les cuento que finalmente decidí dejar de cursar en Lérida. El viaje era demasiado largo y llegaba tan cansada a las clases que a veces, me dormía. Como le expliqué a papá la última vez que hablamos, no tuve mejores opciones para este año, pero el que viene, puedo pedir mi pase a la Politécnica de Barcelona, así que eso haré.

Me mudé hace un tiempo porque ya no me sentía cómoda en lo de Alicia y Blanca. Vivo del otro lado de la Rambla, en el barrio Raval, en un departamento con muchas habitaciones que comparto con tres españoles y una pareja de ingleses que están de viaje por Israel y a los que nunca vi todavía. Blanca viene seguido a visitarme.

Uno de los encargados del departamento es mi novio. Se llama Xavier y es de Lérida, de la misma ciudad adonde cursaba hasta hace poco. Es un chico tranquilo. Vive de hacer montajes de escenarios y stands para ferias.

En el bar donde trabajo las cosas van bien. Con el sueldo y las propinas, me alcanza para pagar el alquiler, comer, el transporte y algunos gastos generales. El año que viene, también espero conseguir un trabajo de menos horas, pero antes, tengo que terminar los papeles de residencia.

¿Cómo están las cosas por allá? Leo los diarios y veo que la crisis económica sigue golpeando fuerte. Ojalá podamos salir adelante.

Bueno, quiero tener novedades de ustedes y de Pablo. Me gustaría mandarles una foto de acá, pero todavía no las llevé a revelar. Bajé mucho de peso, algunos me dicen que me veo muy distinta. En la próxima carta, les mando algunas, así ustedes sacan sus propias conclusiones.

Abrazos,

Elena.

CAPÍTULO VEINTE. LA FAMILIA

El jueves que reabrió Monte Adriano fue la noche más concurrida desde hacía meses. Unos empresarios catalanes celebraban una despedida de soltero e invitaron a todas las chicas con una consumición básica que era el equivalente a tres copas. A Elena la benefició porque tres copas en una noche levantaban su promedio de cinco copas por semana. En cambio, las chicas que llevaban más tiempo trabajando en el local y conseguían hacer arriba de quince copas por semana, se quejaban de ese tipo de arreglos. Las semanas siguientes fueron muy variadas. Hubo días en los que Elena no hizo ninguna copa y otros en los que conseguía incluso algunas de rebote. Así fue sobrellevando las dos semanas siguientes.

Le llamaba la atención que no la presionaran por su bajo rendimiento, entonces supuso que la barra contaba con que algunas chicas, solo hicieran bulto. Pero a la vez, no le parecía que hubiera muchas en su situación, así que tampoco su teoría le parecía consistente. Como no estaba estudiando ahora, trataba de gastar lo menos posible; preparaba las viandas para la barra así no tenía que comer mal y caro. Xavier, además, le propuso que usara la bicicleta de la pareja viajera hasta que ellos volvieran a Barcelona y la reclamaran. Eso la alegró porque mataba varios pájaros de un tiro: ahorraba en viáticos, hacía ejercicio y recorría la ciudad con una nueva perspectiva.

El sábado 7 de diciembre, Xavier y Elena fueron juntos a Lérida. Él le había prometido a su madre que la visitaría para el día de la Virgen, de quien la mujer era muy devota, y aprovechó para llevar a su nueva novia luego de años de no presentarles a nadie. El viernes hicieron las mochilas y Elena compró regalos. Regresó un poco más temprano de la barra, para poder descansar unas horas antes de tomar el primer tren de la mañana siguiente.

Llegaron a la estación terminal de Lérida al mediodía. Estaba brumoso y frío. Caminaron en la dirección contraria a la que ella tomaba cuando iba a la facultad. Iban hacia Pardiñas, la zona más natural de Lérida, según Xavier.

A medida que avanzaban, Xavier le contaba alguna anécdota que podía relacionar con el lugar. Las vías en las que fumaba cuando tenía 14 años; su escuela primaria; la casa frente a la cual dio su primer beso; la vereda en la que se rompió la frente andando en bicicleta. Le prometió que, si les quedaba tiempo, irían a pasear por toda la ciudad, pero primero quería que conociera a su familia, y se vieran con sus amigos más cercanos. Donat y su novia se unirían a ellos por la noche si el humor de Halima se lo permitía. Y eso lo dijo con el sarcasmo que siempre ponía al hablar de ella. Luego, retomó su descripción de Pardiñas, su barrio natal y del parque de la Mitjana, un gran bosque donde iba a remontar barriletes. Al decir esto, Elena pensó en Palermo y le dieron ganas de conocerlo, aunque Pardiñas, en general, tenía un aspecto más parecido a un barrio del Conurbano. Xavier se detuvo en una casa de tejas chatas, pintada de color arena, con hermosas flores blancas y amarillas.

Narcisos, las flores favoritas de mi madre, aclaró el chico cuando notó que Elena las miraba.

En el portón de entrada había una campana de bronce, pero en vez de hacerla sonar, Xavier se puso a gritar a todo pulmón.

¡Sonia! ¡Sonia!

Una mujer de unos treinta años apareció en el jardín y caminó hasta la reja de la entrada.

No habías avisado que venías con visita, dijo antes de abrir.

Fue improvisado. Sonia, ella es mi novia, Elena, aclaró Xavier. Elena, ella es Sonia, mi hermana.

Sonia miró a Elena por unos segundos y luego, volvió toda su atención a él.

O sea que se quedará a dormir aquí… No hemos preparado un cuarto para ella.

Dormirá en mi cuarto, por favor.

Sonia bajó los ojos y los hizo pasar.

Mi hermana es muy especial, ya verás, le dijo Xavier a Elena en cuanto la mujer se hubo alejado lo suficiente. Ultracatólica.

La mamá, en cambio, los abrazó apenas los vio.

¡Ooooy! La Sonia me acaba de decir que os quedaréis unos días con nosotros. ¡Qué alegría! El Xavier te llevará a conocer Lérida, no sabes lo bonito que es este lugar.

Ella conoce bastante porque estudió por un tiempo aquí, aclaró él.

Ah, ¿sí?

Elena asintió con una sonrisa.

Oye, ma, ¿ha llamado el Tony? Me dijo que jugaríamos hoy.

No me ha dicho ná, ¿le has preguntao a tu padre?

No, qué va, si recién hemos llegao.

Elena lo miró sorprendida. Por lo visto, el acento se le volvía andaluz al contacto con su madre. Solo le faltaba verlo interactuar con su padre. Se imaginó que con él hablaría en leridano o que se comunicarían solo con gestos.

Xavier la condujo hasta la habitación que solía ser su cuarto. Desarmaron las mochilas y acomodaron la ropa en el placar.

Tengo estos regalos, dijo Elena con timidez. No sé con qué excusa dárselos.

¡Adelanto por Navidad! Puedes decirles que los compramos juntos, si eso te hace sentir mejor.

Elena esperaba que él hiciera hincapié en lo considerada que había sido.

Vamos, anímate, verás que les encantará, dijo Xavier y la besó en la cabeza.

Mamá, la Leni os ha traído unos obsequios, dijo él y agarró la caja de cartón prensado.

La Leni era un apodo que él nunca había usado con ella antes. Qué lindo, pensó Elena. La mamá de Xavier preparaba un guiso y revolvía la olla. Limpió sus manos en el delantal y se lamentó, antes de abrir el regalo.

Oh, nosotros no te hemos comprao na, dijo la mujer. Su cara se ensombreció. Dejó el papel a medio romper, volvió sobre la olla humeante y desde allí se hizo oír.

¿Para qué te pusiste en gastos, niña?

Elena buscó a Xavier, esperaba que él terminara de abrir el paquete, pero el chico ya no estaba en la cocina. Cuando volvió, con un anotador en la mano, Elena ya había destrozado el envoltorio.

La madre se acercó. Cuando entendió que se trataba de un reloj de pared, agitó las manos a la defensiva.

Aquí no usamos reloj.

Elena se apuró a cerrar de nuevo la caja.

Para su pieza, señora, así sabe la hora que es cuando se levanta.

Mi madre sabe la hora que es con solo mirar por la ventana, dijo Xavier.

Ah, ¿sí? ¿Y qué hora es ahora?

La señora revolvió el guiso y no contestó.

Ve a avisarle a tu padre que has venío, hijo mío.

Elena miró el reloj: conservaba el precinto adentro de la caja. Nunca lo pondrían en la pared a menos que ella tomara la iniciativa. Supo en ese momento que no iba a volver a esa casa.

A tu papá también le traje un regalo, dijo Elena y antes de que el hombre se asomara a la cocina, ella misma ajó el papel con el que había envuelto una bufanda roja.

También me la puedo quedar yo, dijo Xavier.

No. Es para tu papá.

Mi padre no usa bufandas.

Elena vio mezquindad en sus ojos, como si disfrutara de su poder, de haber encontrado la forma de hacerla sentirse mal.

¿Le podés decir a Sonia que venga así le doy su regalo?

¿Has comprado un regalo para cada uno?

Sí, dijo Elena. Tres regalos. A vos no te compré nada todavía porque me reservo para Navidad.

Cuando vino Sonia, aceptó el regalo y caminó de un lado a otro con el paquete en la mano, sin abrirlo. Elena la siguió hasta que rompió el papel, de un solo tirón. Era una agenda forrada en cuero.

Es que no uso, se disculpó la chica y la dejó en la mesa. ¿No es cierto, Xavier, que yo no uso?

El chico frunció las cejas. Elena permaneció en silencio, esperando las gracias.

No seas grosera y mentirosa. Claro que usas agenda. La llenas de fotos de cantantes y sellitos, como si tuvieras catorce años.

La hermana se tapó las mejillas y recogió la agenda, de camino a su cuarto.

Elena no pudo ni abrir la boca. No entendía si Xavier maltrataba a su hermana para pavonearse delante de ella o creía que esa era una buena forma de resolver el conflicto. Ella hubiera esperado que él tendiera un puente entre ellas, no que empujara a Sonia del otro lado.

****

A la noche, llegaron Donat y Halima. Los padres se acostaban temprano y no quisieron participar en la reunión. Sonia hizo la comida para los cinco, pero cuando se sentaron a la mesa, dijo que cenaría sola en su cuarto. El hermano no le discutió. Elena se sentía incómoda con la situación. No es que la chica le cayera simpática, pero tanta sumisión la avergonzaba.

Xavier trajo la olla a la mesa.

¡Qué bien huele!, dijo Halima y aplaudió como una niña. A Elena le molestó también esa actitud indiferente.

Sonia seguía recluida en su habitación. Como la puerta estaba entornada, se la podía ver desde el living: una bandeja sobre el regazo y el guiso humeante frente al televisor. La luz se reflejaba en sus anteojos.

Elena comió su porción. El guiso estaba exquisito.

Xavier no habló mucho. Le tocó la pierna en varias ocasiones y rasguñó con fuerza el jean ajustado, como buscando llegar a su piel. Donat monopolizaba la charla. Hablaba de una reforma que quería hacer en la casa de sus padres para vivir allí con Halima. Ella lo miraba con una mueca de desagrado y Elena se desorientó. Si Halima estaba loca por él, ¿por qué no se alegraba? Muy pronto comprendió por qué: se notaba que Donat no la tenía en cuenta, como si se tratara de una decisión personal en la que de casualidad coincidían. El chico empalmó ese tema con las demoras en los pagos

por el trabajo que habían hecho días atrás en la feria. Elena se distrajo mirando una escultura de porcelana y Halima la increpó.

¿Te aburres? ¿Por qué no sales al patio y tomas un poco de aire?

Se hizo un silencio incómodo entre los cuatro. Entonces, Xavier se levantó y exagerando su entusiasmo, propuso que fueran a bailar. Nadie lo cuestionó. Juntaron los platos, se cambiaron de ropa y salieron.

Caminaron unas diez cuadras hacia el oeste y se detuvieron en un galpón que ocupaba media manzana. La música estaba muy fuerte. Un grupo de chicos se acercaron a Xavier y Donat y hablaron en leridano. Elena no entendió casi nada, pero le gustaba conocer a su novio en un contexto nuevo. Se hizo a un lado con Halima y le preguntó qué había pasado con los papelitos que pensaba darle a Donat para el aniversario. Halima le dijo que el plan se había frustrado, que su novio no había mostrado ningún interés pero que al menos, habían pasado juntos en un hotel los días libres que le daban al personal de la feria.

Luego se dividieron en parejas. Halima y Donat fueron a comprar bebidas; Xavier y Elena se pusieron a bailar. Bebieron tequila y cerveza y bailaron otro rato más. Cuando se cansó, Elena buscó a Halima, pero no la encontró y el novio le dijo que probara en el baño.

Allí estaba, apoyada contra una columna, abrazada a sus piernas.

¿Qué te pasa?, le preguntó Elena, un poco desconcertada.

Nada tía, déjame. Estaba muy borracha, arrastraba las palabras con dificultad.

Me dijo Donat que te busque acá. ¿Te sentís mal?

Vaya capullo.

¿Por qué? ¿Se pelearon?

No. Me ha dicho que nos tomemos un tiempo. No hay ningún tiempo que tomar. ¡Él pasa de mí!

Ah, pero quizá se arreglan en unos días. Debe estar agobiado de tanto trabajo. Necesita aire.

No lo creo. Me siento fatal.

¿No querés que entremos al baño?

No, déjame aquí.

Pero te mojás la cara, hacés pis, intentás vomitar.

¿A ti te parece que eso soluciona algo? El hombre de mi vida se ha desenamorado de mí, ¿tienes idea de lo que se siente?

Elena negó con la cabeza.

Una cosa no tiene que ver con la otra. Vamos a hacer que vomites igual.

No quiero. Déjame.

Yo creo que no le tendrías que dar más pelota. Tampoco es la gran cosa. Solo porque tiene ¿qué? ¿Ojitos celestes?

Qué sabes tú, nunca has tenido una relación larga.

Pero Halima, no quiero darte consejos. Me parece que exagerás, eso te digo.

Nunca conoceré a alguien como él.

Claro que sí. Mirá todos los tipos que hay.

Son todos capullos. Lo único que veo aquí son capullos y más capullos.

Xavier no lo es.

No lo es contigo ahora porque pasas de él. No sabes lo que ha sido con otras tías. Un cabronazo, un tío cruel e indiferente.

No te creo.

Pues a Marta le ha pegado la sarna. Y a la Ruth, se la ha follado durante un año y luego la dejó de un día para otro sin decir agua va y cuando se la cruzó en la calle por accidente, no pudo reconocerla. ¿Lo puedes creer? No se acordaba ni de su nombre, ni de su cara. La había borrado de su vida. Así son los tíos.

Elena le dio la razón solo para no discutir. Le parecía una visión sacada de escala, nada genuina, pero así era el enamoramiento.

Halima, de pronto, amagó con vomitar. Entonces Elena la ayudó a ponerse de pie y pidió permiso para saltearse la cola. Una vez que estuvo adentro del baño, Halima intentó vomitar, pero no pudo. Elena la hizo arrodillarse y hundió los dedos en su boca pastosa para provocarle el reflejo.

La chica vomitó por fin y se sentó en el piso, rendida.

¿Por qué no volvemos?, propuso Elena. ¿No querés? Los dejamos acá con sus amigos.

No quiero irme, quiero morir aquí.

Volvamos a lo de Xavier, dale, nos quedamos juntas.

Olvídalo. No necesito arruinar también tu vida. Tienes que disfrutar del Xavier ahora que lo tienes embobado, no creas que va a durarte mucho tiempo así. ¿Sabes que el tío se ha follado a medio Barcelona?

Elena sintió una patada en el estómago.

No le entregues tu corazón. Lastímalo si puedes.

¿Cómo?

No lo sé. Tienes que mostrarle que podrías llegar mucho más lejos que él. Los tíos son unos hijos de puta, no te imaginas a qué punto son capaces de destrozarte.

¿Pero tanto te lastimaron? ¿Por qué decís eso?

Dos veces. Pensé que no me pasaría de nuevo, pero mírame.

Pará un cacho, Halima, sos joven, la vida da muchas vueltas.

Pero no puedo conservar a un tío. No importa que sea guapa, yo doy mi corazón, y ellos no quieren eso. Tienes que ser difícil, despertar su puto instinto cazador y todo ese rollo. Es un jodido arte.

Esta vez, Elena la escuchó.

¿Vamos?

Llámalo al Donat, mejor. Dile que venga, que lo necesito.

No, Halima, me acabás de decir que hay que hacer lo contrario.

No me importa.

¿No ves que te va a odiar?

No me va a odiar por esto. ¿Sabes lo que hemos vivido él y yo? ¿Tienes una puñetera idea de lo que yo he dado por él?

Por eso, no te muestres desesperada.

Elena vio cómo la cara de Halima se volvía amenazante. Sintió sus ojos como dos espadas.

Eres una zorra. Una mala semilla, eso eres.

Elena se echó para atrás, confundida y molesta.

¡Solo estoy repitiendo lo que me dijiste!

Halima echó todo su llanto sobre la tapa del inodoro.

¡Dile que venga! No te quedes aquí. Dile que venga o me mataré.

Elena buscó a Donat por la pista. Lo encontró junto a Xavier y a otros chicos.

¿Dónde estabas, tía?, preguntó Xavier en cuanto la vio.

En el baño con Halima, que está muy mal.

Déjala, es una manipuladora.

Elena lo miró con seriedad. No le gustó escuchar ese tono despectivo en su voz, otra vez, como cuando había ridiculizado a su hermana. Recordó las palabras de Halima. Era un cabronazo. Quizá todos lo eran. Quizá solo podía evitar que la lastimaran si ella los lastimaba primero.

Donat fue en busca de Halima y Elena se quedó con Xavier, que llenó otro vaso de cerveza. Ella apoyó la mano en su hombro, pero él se soltó, así que caminó a la barra a comprar su propia bebida.

¿Qué quieres tomar?, le preguntó un chico a sus espaldas, mientras hacían la cola.

Elena imaginó por un segundo que ahora ella era un cliente de Monte Adriano y luego se dio vuelta para verle la cara.

Una cerveza, dijo. Gracias.

¿De dónde eres tú? No pareces de aquí.

De Argentina.

¿Y vos?

De Marruecos. Pero vivo aquí hace quince años ya.

No se nota, pensó ella. Hablaba como si recién hubiera llegado.

El bartender los atendió y se llevaron las cervezas a una esquina de la barra. Por el parlante, empezó a sonar *Le vent nous portera*, un hit francés del año anterior y la idea de permanecer hablando con él se le hizo poco atractiva. Ya tenía demasiado de eso todos los días.

¡Vamos a bailar!, dijo Elena, caminando hacia la pista. El marroquí la siguió, tomándola de la cintura y la guio en esa mezcla de merengue y vals de la gente que no sabe bailar. En la multitud, descubrió a Halima, recuperada, hablando con Donat y pronto los perdió de vista. El marroquí la acercó todo lo que pudo a su cuerpo y la besó. Al pegar la vuelta completa, Elena vio a Xavier y la escena de la escalera junto a Aitor se le hizo presente como en un déjà vu.

¿Qué coño te pasa, mujer?

Estamos bailando, dijo ella, avergonzada.

¿Pero qué te has creído? ¡Me estás humillando delante de todo el mundo!

El marroquí la soltó y se escabulló en el gentío.

¿Por qué te humillé?

Te pasas. ¿Eres una perversa o qué? ¿Te gusta verme sufrir? ¿Es este tu morbo? ¡Dímelo!

Elena no le contestó y en cambio, fue al guardarropa y pidió sus cosas. Estaba mareada y no pensaba pedirle perdón por esa pavada.

Xavier la siguió. Caminaron unas cuadras en silencio y él la detuvo para que volvieran a buscar a Halima y a Donat con un taxi. Los llevaron a la casa de Tony, un amigo común.

Ya en lo de Xavier, avanzaron hasta el cuarto en puntas de pie. Él la ayudó a sacarse la ropa, y una vez acostada, la tapó. Elena se acomodó de costado, con las manos juntas abajo de la almohada. Xavier se sentó en un borde de la cama. Ella abrió los ojos y recorrió su silueta a contraluz.

¿Por qué me haces esto?, preguntó él entre sollozos. No quiero pelear, pero necesito saberlo.

Elena se incorporó. ¿Qué cosa? No hice prácticamente nada.

Claro que sí… ¿es que no te das cuenta?

Apenas nos abrazamos, bailamos un ratito. ¿A vos te parece tan grave, justamente a vos?

¿Qué quieres decir con eso?

¡Que te cogiste a la mitad de las mujeres de España!

Pero cuando no estaba contigo.

Ella se sorprendió. Esperaba que él lo negara, no que buscara un justificativo.

Estabas con tu ex. No creo que hayas marcado ese récord en los últimos dos años solamente.

¿Intentas vengarte conmigo por otras tías? ¿Es que estás loca de atar?

No sé…

No valoras nada de lo que tienes. Yo te he sido fiel.

Ella negó con la cabeza, confundida.

Joder. Nunca te he dicho nada por trabajar de copera, pero, a veces, creo que no puedes manejar una cosa así. Mira cómo te comportas conmigo, eres muy inestable. Quizá tu amiga Edurne pueda, pero tú no. A ti no te hace bien.

Estás mezclando todo.

¿Acaso piensas que tendrás mucho sexo allí?

No tengo sexo ahí. Solo me hago invitar copas, ya te expliqué.

¿Es ese el sexo que quieres tener?

¡No!

Pues búscate otro trabajo y decide qué quieres hacer conmigo.

Quiero estar con vos, pero tengo tan poca experiencia que…

¿Y eso qué tiene que ver?

No me acosté con nadie más que con vos y de pronto, otros hombres me buscan. ¿Cómo te sentirías vos si fuera al revés?

No entiendo, ¿si fuera una mujer?

Sí, y de un día para otro, los hombres que ni te miraban, te empezaran a prestar atención.

Xavier se incorporó, arqueando las cejas. Elena sabía que no era un planteo convencional. Al menos, nadie podía acusarla de eso, pero esperaba una respuesta útil.

¿Así que piensas ponerte al día mientras salgas conmigo? ¿Y cómo pretendes que yo me tome eso? ¿Con gusto?

Ella esbozó una sonrisa tonta y vanidosa. Parecía funcionar. Se lo notaba menos enojado y su deseo no había desaparecido.

No sé cómo vivir todo lo que quiero sin lastimar a nadie, dijo Elena.

El rostro del chico volvió a ser algo en lo que pudiera confiar.

Estoy loco por ti, ¿sabes? Así que no te daré ningún consejo. Haz lo que puedas, lo que mejor te salga, dijo Xavier y la besó.

CAPÍTULO VEINTIUNO. LA MORDEDURA TAJANTE

No es predictivo, ¿entendés? Es un oráculo, no te dice qué te va a pasar, Blanca.

¿Cómo que no? Te arroja un hexagrama que tú no has elegido.

Sí, pero la interpretación del hexagrama la hacés vos con tus necesidades. Por eso, podés usar el libro toda la vida. En cada etapa, vas a interpretar el hexagrama de distinta manera.

Bueno, hagámoslo a ver qué nos sale.

¿Cuál es tu pregunta?

Qué haré para obtener dinero y poder estudiar también y no depender de mi madre.

Creo que son demasiadas preguntas. Vamos a simplificarlo en qué hago para ser económicamente autónoma. ¿Te parece?

Eres una experta ya. Pero es obvio que la respuesta es trabajar. Lo que pasa es que yo también quiero estudiar.

Quizá tu pregunta es cómo conciliar el trabajo y el estudio. Qué hacer para poder equilibrar las dos necesidades. ¡Es una pregunta para mí también!

Entonces que sirva para las dos. ¿Se puede eso?

Supongo que sí. Acordate: esta cara vale dos y esta tres.

De acuerdo.

Afirmativo… negativo… negativo… afirmativo… negativo… afirmativo. Esto te da el trigrama Chen, trueno, abajo y Li, fuego, arriba. Si lo leés de frente, ves el fuego encima del trueno. Fuego sobre trueno. ¿Qué te dice a vos esa imagen?

Ni idea. Qué complicado.

Es el hexagrama número 21: la mordedura tajante. Ahora te voy a leer el dictamen.

La Mordedura Tajante tiene éxito.

Es propicio administrar justicia.

¿Y qué quiere decir eso?

Al final hay una interpretación.

Es como leer jeroglíficos.

Más o menos. *El 21 es un hexagrama ardiente, agresivo y repentino. Trueno abajo; fuego, arriba. Hay un obstáculo que primero hay que superar para luego poder asimilar.*

Tengo que superar un obstáculo: ¡qué novedad!

Sí, esperá que sigue. *El obstáculo debe ser relevado, para alcanzar aquello que se desea.* Ahí habla de mi madre.

O de la guita. La pasta. Ojo. Anotá todas las asociaciones que vayas haciendo. *El cuarto trazo está relacionado con la sociedad en la que nacimos, que, a veces, se entromete en nuestras elecciones.*

¡Esto es alucinante! ¿Pero qué hago?

Dejame seguir. *La medida de la satisfacción en ese acuerdo va a depender de cuánto se haya logrado un equilibrio entre las partes.* Yo pienso que refiere a un conflicto entre dos tendencias. Creo que debés renunciar a una.

Comprendo. Entonces tengo que irme de casa y trabajar. Luego, veré cuándo retomo los estudios.

O, al contrario, buscá por otro lado. ¿Por qué no solicitás una beca? Con tus notas, debe haber alguna a la que puedas aspirar.

No lo veo posible porque mi familia tiene mucho dinero.

Tus padres están separados. Seguro que hay algún camino.

De acuerdo, me lo pensaré.

CAPÍTULO VEINTIDÓS. EL NAVEGANTE SOLITARIO

El lunes siguiente, Elena se hizo invitar dos copas en Monte Adriano. No hubo mucha clientela en general, pero hacía demasiado tiempo que venía trabajando al mínimo y tendría que repuntar.

Blanca se quedó a dormir en Festa Popular toda la semana. Elena quería preguntarle cuáles eran sus planes, pero nunca encontraba el momento justo. No iba a clases y muchas veces, faltaba al restaurant del marroquí. Pero lo que más le llamaba la atención a Elena era que Alicia aun no hubiera tomado cartas en el asunto. O lo había hecho y Blanca no se lo había contado, o Blanca le mentía a su madre.

El sábado, Elena se levantó después del mediodía, pero Blanca quiso seguir durmiendo. Elena entonces, llamó a Edurne. Tenía ganas de ir al cine y pensaba invitarla. Nadie contestó. Cuando salió de la ducha, probó de nuevo, pero ocurrió lo mismo. Por lo visto, ni Aitor ni los otros inquilinos estarían en la casa. Entonces despertó a Blanca y le dijo que, por favor, la acompañara al cine. Ella aceptó con gusto.

Almorzaron con una ensalada César de camino al Maldà. Blanca estaba muy callada, así que Elena fue al grano.

¿Qué pasó con tu jefe finalmente? ¿Te volvió a molestar?

Blanca tardó en responder.

Me hizo quedarme después del trabajo y…

Elena hizo sonar sus dedos. Quería y no quería que su amiga le contara.

…me pidió que lo acompañara a cenar, que eligiera lo que me apeteciera.

Te quedaste, dijo Elena con un hilo de voz.

Blanca asintió.

¿Y qué pasó?

Me dio la mejor cena que he probado y me regaló este anillo. Mira qué bonito.

Elena se acercó y miró el anillo, confundida. A veces Blanca conseguía desorientarla por completo.

Blanca se mordió los labios, conteniendo la risa. No me gusta usar anillos, lo sabes, pero este me ha parecido tan mono.

¿Y qué te pidió a cambio? Pensé que por eso estabas faltando tanto al trabajo.

Te dije que se había puesto pesado, nada más. ¿Por qué tienes que hacer un drama con cualquier aspecto de mi vida?

No hice eso, che.

Claro que sí, y tú llevas la tuya, que es mucho más desafortunada que la mía, como si no pasara nada.

Elena no pudo contestar. Tuvo que repasar todo lo que había dicho. Evidentemente, la comunicación era un misterio. Tanto cuando funcionaba como cuando no.

Solo quiere que lo acompañe cuando se siente solo. No he ido a trabajar porque el restaurant estuvo cerrado unos días. Eso es todo.

Pero Blanca, es obvio que el tipo te quiere coger.

Pues no es un tío tan feo. Nos hemos dado un abrazo y no sabes lo bien que olía. Hasta se viste bien. Me incomoda que sea mi jefe, por supuesto. A lo mejor, si trabajara en otro sitio y ese hombre me invitara a cenar, lo aceptaría.

Pero es musulmán. ¿No sabés lo que son esos tipos con las mujeres?

Como los que van a la barra, supongo.

Elena dejó que se notara su fastidio.

Además, no es musulmán. Es bereber, pero de una comunidad cristiana. Me ha contado todo sobre su pueblo. Quedan pocos bereberes cristianos en Marruecos; la mayoría han emigrado a Francia, pero él vivió en París y me dijo que sufrió mucha discriminación y que en España se siente más a gusto. Es un tío interesante.

Eso no lo dudo. Solo digo que te estás generando un clima de trabajo desagradable si el tipo piensa que tiene chances de que salgas con él o que al menos te acuestes con él, y vos no querés hacerlo.

Lo que yo pienso es que tú necesitas verme siempre como una chica rica que no sabe moverse en el mundo, cuando he dado muchas pruebas de que sí puedo hacerlo. Y, por otra parte, no es tan distinto de lo que tú haces, solo que yo curro cuatro horas y me deja ciento veinte euros por semana y tú te acuestas de madrugada. No digo que hagas otra cosa, solo que no cuestiones lo que yo puedo hacer.

Vos me cuestionaste a mí por trabajar en la barra.

Porque lo que tú haces sin duda te lleva en una única dirección. No es lo mismo que mi caso.

Entonces no volvió a meterte mano.

¡No!, pero temo que me pida matrimonio.

Elena no pudo contener la risa y la tensión entre ellas se disipó. Caminaron hasta la entrada del cine. No había cola. Daban una retrospectiva de directoras catalanas. Blanca pidió dos entradas para *Las cosas que nunca te dije*. Elena le dio la plata y ella la dobló sin contarla. Entraron.

Qué cambiada estás, dijo Blanca. No me esperaba que tomaras la iniciativa de venir aquí. Es una tontería, pero no me lo esperaba.

Me estoy acostumbrando a vivir acá.

Da igual. De veras eres otra persona. Además, has adelgazado muchísimo. Cada vez que te veo estás más delgada. Y cuéntame. ¿Ya lo has hecho con el Xavier?

Elena se tapó la cara con las dos manos y asintió, con una mezcla de pudor y orgullo.

¡Pues qué bien! Lo sabía, y esperaba que me lo contaras hace tiempo.

Lo intenté varias veces, pero nunca encontré el momento justo.

Se acomodaron en el medio de la sexta fila. La película empezó enseguida y sin bandas comerciales. A Elena le encantó y la hizo darse cuenta de por qué seguían siendo mejores amigas. Reían

y se sobresaltaban en los mismos momentos. Cuando salieron, quisieron comprarse un helado Häagen-Dazs de sabor cookies and cream, el mismo que comía la protagonista cada vez que tenía recaídas amorosas, así que fueron al Corte Inglés de Plaza Cataluña, que estaba a unas cuadras de ahí. Buscaron en las góndolas del supermercado hasta que dieron con el que buscaban.

Para pagar, sí tuvieron que hacer cola.

Me he quedado pensando en lo de Idir. No entiendo por qué siempre quieren liarse conmigo los viejos y los que están mal de la cabeza. Pero también sé que necesito pasta o no me mudaré jamás.

Elena asintió, sin decir nada. No pensaba trenzarse en otra discusión sin sentido.

¿Estáis solas?, les preguntó un hombre de la fila. Ellas se detuvieron a observarlo antes de contestar. Tendría unos cincuenta años, la camisa abierta hasta debajo de las costillas. Por el pecho, le asomaban los pelos entrecanos.

¿Por qué nos pregunta eso?

Me pareció escuchar que decíais que no teníais mucha pasta. Puedo ayudaras a pagar lo que os falte.

Blanca sacudió la cabeza, desconfiada.

¿Qué habéis comprado?, insistió el hombre.

No es asunto suyo.

Ah, veo que eres una chica ruda. ¿Cómo te llamas?

Blanca giró sobre sus talones y le dio la espalda.

Ella es Blanca y yo Elena.

¿Eso es todo lo que vais a llevar?, el hombre insistió con arrogancia. ¿Por qué no elegís uno más grande?

Estamos bien con esto, gracias, dijo Elena y sacó el dinero para pagar.

Esperen que me presente. Soy Carlos. Poeta, contador jubilado y navegante. No os vayáis tan pronto, ¿puedo invitaras a tomar algo?

Estamos apuradas, dijo Blanca.

¿Pero qué habéis de hacer dos chicas como vosotras? Vamos a La Xampanyeria. ¿Habéis cenado?

La verdad que no, dijo Elena. Merendamos y fuimos al cine, pero tampoco quiero ir a un lugar en el que solo vendan champán, para ser honesta.

Así le dicen, pero en realidad, se llama Can Paixano, aclaró Blanca, ya más entusiasmada. Es un bodegón tradicional de aquí y venden de todo, además de su clásico champán. No puedo creer que nunca te haya llevado. Podemos ir a conocerlo, siempre que haya lugar, por supuesto.

Elena aceptó, encantada. ¿Qué hacemos con el helado?

Pedimos que lo conserven hasta el final. Te dejarán incluso comértelo ahí.

Entonces, Carlos, vamos, solo por un rato, ¿eh?

Claro.

Salieron del Corte Inglés y tomaron un taxi hasta la oficina de Correo. De ahí, caminaron por el Paseo de Isabel II hasta La Xampanyeria escuchando el relato del hombre, quien les contó que había nacido en Barcelona y había vivido siempre ahí y que por esa razón conocía toda la ciudad como su palma. Que escribía poesía desde mucho antes de volverse contador. Que era soltero y no tenía hijos y que no sabía en qué gastar la plata. Que por eso se había comprado un velero. Que había hecho un curso de timonel y que podía llevarlas a navegar cuando quisieran.

En el bodegón, les guardaron los helados, encargaron aros de cebolla y patatas bravas. Y para beber, Carlos se pidió una copa de vino espumante y ellas, una gaseosa light, pero una vez que estuvieron en la mesa, el hombre no hizo más que robarles el contenido.

Pídete una tú también, le dijo Blanca.

Pero no tendría gracia porque tú no la habrías besado.

Blanca, irritada, sirvió todo el contenido en el vaso y bebió hasta el final.

Tengo hambre. ¿Puedo ordenar algo más?

Carlos dijo que pidieran todo lo que les diera la gana y Elena se entusiasmó y eligió un bife con ensalada. No iba a aguantar hasta el día siguiente con una merienda y unas tapas. Blanca pidió

un bocata de jamón crudo. El hombre revolvió el servilletero y estiró un papel sobre el que escribió un poema de un tirón. Empezaré por ti, le dijo a Blanca y se reclinó contra ella para hablarle de cerca.

Cultivo una rosa blanca
en junio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca
Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo
cardo ni ortiga cultivo
cultivo la rosa blanca.

Blanca evitó hacer comentarios, aunque sus ojos chispeantes delataban que estaba sorprendida. Elena pensó que, de haber conocido a ese hombre en otro contexto, su amiga lo habría sabido valorar. Carlos plegó la servilleta y se la dio.

Yo quiero uno también, dijo Elena.

A ver… ¿cómo te llamas tú?

Elena.

Nombre griego. ¿Con hache o sin hache?

Sin h, contestó.

Elena, Elena… dijo el hombre e hizo un garabato en el papel. Tachó varias veces y pasó los versos en limpio.

Elena, de ti se dice
que estás demasiado buena.

Las chicas se tentaron de risa y el hombre dijo que necesitaba más tiempo. Que algunos nombres eran más inspiradores que otros. Elena cruzó los cubiertos sobre el plato con la comida a medio terminar. Blanca dio el último bocado a su sándwich y llamó al mozo.

Deja que paguemos nuestra parte, Carlos.

Nada de eso, protestó él. Todavía no hemos pedido el postre.

¡Pero si tenemos helado!

Lo había olvidado. Iré a por ellos.

El hombre caminó hasta el mostrador.

Elena recordó su dieta. Si volvían pronto a casa, lo guardaría hasta mañana. Releyó el poema de Blanca y lo elogió.

Pero si es una chorrada.

El hombre volvió con los potes y el recibo de pago. Tenía la bragueta abierta.

Ciérrate el pantalón, por favor. Es escandaloso, dijo Blanca.

Me gusta que expreses tu repulsión. Anda, dime qué más no te gusta de mí, la retó él.

Pues que eres un viejo baboso, desagradable y estás aquí pelándote toda la pasta con dos desconocidas solo porque tenemos cuarenta años menos que tú.

¡No soy tan viejo!, se defendió él, pero admiro tu valor.

Salieron del local. Blanca abrió su pote de helado y Elena lo guardó. En la calle, los golpeó un viento áspero. Caminaron hasta la Rambla y antes de subirla, Carlos quiso hacer una parada para escribir un poema con los dos nombres juntos.

Blanca y Elena, sabor a pena

buscan mis pasos entre la arena.

Tengo que seguirlo, pero por ahí va, aclaró.

Es evidente que el primero no debe ser tuyo, se burló Blanca.

¡Te pillé! Eso lo dices porque te ha gustado.

No me ha gustado, pero no puedes escribir eso y luego estas bazofias.

El hombre hizo el ademán de abrazarla, pero se contuvo. Ella lo alcanzó con una cachetada.

¡Ni se te ocurra, guarro!, chilló y se alejó hacia adentro de la Rambla.

Carlos no respondió y Elena, incapaz de reaccionar, la dejó perderse entre la gente.

Por favor, no dejes que esto termine así, suplicó el hombre. Déjame compensarlo. Tengo un velero. ¿Quieres que vayamos mañana a navegar?

Me encantaría, pero no sé si Blanca querrá.

¿Me apuntas tu teléfono?

Ella hizo una pausa. Dame el tuyo, mejor. Nosotras te llamamos.

Sabes bien que no lo haréis.

Elena reflexionó por un momento. No sabía qué negociar. Pensó que el viaje era un premio en sí mismo.

Mira, interrumpió Carlos. Ahora sonaba tranquilo. Aquí te dejo unos cuantos euros, para que vayáis mañana en taxi hasta el puerto a las 10 a.m. Junto a él está el Real Club Náutico de Barcelona, en la calle Muelle de España. Aquí lo tienes anotado. Yo dejaré indicado en la puerta que vosotras sois mis invitadas. Una vez allí, me buscáis en la marina número 45. El velero se llama Rafaela, porque mi difunta madre era fanática de Rafaela Carrá. ¿La conocíais en Argentina?

¡Claro!

Elena enrolló el dinero y lo puso en el jean. Se despidió de él y corrió hasta alcanzar a su amiga, y el camino de regreso a Festa Popular lo usó para convencerla de que aceptaran la invitación.

Pero tú estás chalada, dijo Blanca como si hablara para ella misma. Además, mi padre es socio del Real Club y no me gustaría que se entere de que he ido a navegar con un desconocido.

Elena probó suerte por otro lado. Dijo que quería los poemas transcriptos, que ella le veía potencial al tipo, que estaba segura de que, en realidad, era alguien interesante.

¡Me tomas el pelo! Es que no sabes nada de poesía.

¡Pero si el primero te gustó!

Pues sí. Como os dije, ese poema no debe ser suyo.

Me parece que le tenés idea, nomás.

Pero, a ver, tú que siempre vas de lista, ¿no te das cuenta de que nos quiere follar?

Bueno, pero no lo hacemos y punto. No es un violador. Además, estamos juntas. Sería mi primer paseo en velero.

No lo sé… yo he navegado por años con mi padre, pero tú…

Es un viejo. Podemos hacer que nos pague muchas cosas... a cambio de muy poco.

Joder.

****

Doce horas más tarde, llegaron a pie hasta el nuevo puerto de Barcelona con mochilas, cámara de fotos y lentes de sol.

Carlos las esperaba en la puerta del Club con un bolso abultado, visera, bermudas y sandalias.

Vaya friki, dijo Blanca. Birkenstock con medias. ¿Y qué se supone que haremos para disuadirlo de meternos mano?

¿Poemas?, sugirió Elena y su risa se confundió con la de Blanca.

El hombre les explicó que el puerto nuevo había sido construido sobre las ruinas del viejo para las Olimpiadas del 92 y que si bien era triste ver cómo cambiaba la ciudad que lo había visto nacer, había que aceptar que el puerto sí se veía más bonito.

Llegaron a la marina 45 donde Carlos estacionaba su velero, el Rafaela. Elena taconeó sus botas para sacarse el barro. Aunque podría no serlo, a ella le parecía un vehículo muy lujoso. Blanca la pinchó por debajo de las costillas y confirmó su prejuicio.

Carlos desplegó las velas y zarparon con dirección norte. El cielo estaba despejado y el sol hacía picar la piel. El mar estaba en calma. El hombre se mostró como alguien muy experimentado a los ojos de Elena. Medio grotesco, demasiado amable, mucho más rico de lo que parecía a primera vista. No le parecía un precio muy alto prestarle atención a cambio de un viaje por el Mediterráneo.

Navegaron un rato largo. El mar seguía tranquilo. No se veían aves, así que Elena supuso que ya estarían bastante lejos de la costa. Buscó su cámara. Puso un nuevo rollo, ya se le estaban acumulando demasiados sin revelar, pero no quería dejar de llevar un registro de los lugares que iba visitando.

¡Sácanos una, Carlos!

Elena le dio la cámara y se sentó al lado de su amiga. Carlos festejó la propuesta, pero le sugirió que no cerrara los ojos. Blanca los abrió todo lo grande que pudo y forzó una sonrisa sensual. El hombre disparó varias fotos.

Así me gusta.

Creo que me voy a descomponer.

¡Entonces empecemos a tomar! El alcohol contrarresta el mareo, dijo Carlos y bajó por la escotilla. Regresó con cerveza. Elena sacó algunas fotos de paisaje y guardó la cámara. Caminó hasta la proa y se dobló sobre la baranda. En el cielo, las nubes tenían forma de armadillos.

A eso de la una, Carlos dijo que dejarían que el velero se quedara al pairo. Les explicó que eso consistía en poner las velas contra el viento para detener la marcha. Preparó el almuerzo. Comieron en silencio y se acostaron de cara al sol para hacer la digestión. Después de un rato, el hombre propuso que siguieran bebiendo. Tengo un bar con un montón de licores, aperitivos, granadinas y bitters… ¿no queréis que armemos unos tragos divertidos?

Yo sigo con cerveza, dijo Blanca con un tono arisco.

Entonces el hombre tomó a Elena de la mano y la condujo hasta el bar. Ella hizo un paneo por el camarote. Era grande y estaba ordenado y limpio. Había una cama y una mesa con un banco fijo en ele. La heladera con puerta de vidrio exhibía unas tortas y sándwiches tan prolijos que parecían parte del decorado.

¿Pero tú de dónde sacas la pasta?, preguntó Blanca a medida que bajaba los peldaños.

Estoy jubilado y tengo algunos otros negocios como éste.

¿Ofreces servicios de navegación?

No, alquilo marinas, estacionamiento para barcos. También soy fotógrafo de eventos.

Y poeta aficionado, dijo Blanca con sorna. Bebió su cerveza.

Carlos se acercó a ella y mojó un dedo en su vaso antes de apoyárselo en los labios. Blanca miró a Elena de refilón, pero ella fingió que no había notado nada. Carlos acercó su cara a la de Blanca y la besó. Ella lo alejó. Elena se quedó muda, saboreando la escena de alguna manera que no entendía, porque no se sentía incómoda. El hombre sacó algo de su pantalón. Al abrir la palma mostró un gotero. ¿Habéis probado alguna vez GHB?

Las dos negaron con la cabeza.

¿Y os gustaría tomar ahora?

Ellas no respondieron.

Tomamos un poco cada uno. Así sabéis que yo he tomado de lo mismo. Es agradable, ya veréis, sentiréis que el cielo se ha puesto de oro.

¿Y por qué deberíamos confiar en ti?

Porque ya lo habéis hecho viniendo aquí. ¡Vamos, no seáis prejuiciosas! ¿Qué diferencia tengo yo con un tío de veintitantos años? Yo ya sé de qué van las relaciones y por esa razón, no tengo interés en ellas, solo quiero pasar un buen momento, no complicaros la vida.

Eso las convenció. Tomaron una dosis cada uno, del gotero a la lengua.

Carlos repetía que no dejaran de beber y les trajo dos vasos con jugo. Subió la música y se pusieron a bailar. Elena se apartó, sin dejar de moverse. El tiempo se le volvió confuso y elástico. Prestó atención a sus nuevas sensaciones: el sonido se había amplificado y una especie de magma viscoso le subía por la columna. Tomó todo el jugo y recargó el vaso con agua. Dos, tres más. Fue al baño a hacer pis y salió, sintiéndose sobria.

Carlos estaba de pie, con la bragueta desabrochada. Blanca, de rodillas frente a él, movía la cabeza, acompañando el suave contoneo de las caderas del hombre que, perdido en su placer, ni siquiera notó la irrupción de Elena en el cuarto. Ella cruzó el camarote y subió a cubierta. Una vez

arriba, se acostó, con la remera enroscada hasta el corpiño, y cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, ya estaba nublado. Blanca dormía a su lado y Carlos llevaba el timón.

¿Estamos volviendo?

¡Claro! A unos 20 kilómetros de Barcelona.

Elena miró a su amiga. Tenía la piel muy roja y el pelo hecho una maraña. Se acercó y apoyó los labios en su frente.

Me parece que te insolaste.

Blanca asintió, resignada.

Carlos las dejó en el puerto a las nueve de la noche y Elena propuso que volvieran caminando.

Vamos en taxi, dijo Blanca. Yo pago. Tengo pasta de sobra.

De su bolsillo, sacó un fajo de billetes que, Elena supuso, le habría dado Carlos a cambio de chupársela.

CAPÍTULO VEINTITRÉS. ITALIAN WAY

El lunes, Elena decidió gastar las últimas fotos que le quedaban de su rollo y llevarlo junto con todos los anteriores a revelar. Blanca le había comentado que, si pedía los contactos en lugar del formato estándar, el costo final por el revelado era mucho menor. Ya con tiempo, podía encargar las ampliaciones de las fotos que realmente le gustaran.

Sacó una foto de la entrada a Festa Popular y cuando quiso captar la fachada, tuvo que dedicarse un rato largo a encontrar el ángulo que se lo permitiera. Era un viejo edificio de estilo ecléctico de cinco pisos, pero estaba en peor estado que cualquiera de los de la cuadra. Así que Elena supo que la foto era, además del testimonio de una construcción que pronto dejaría de existir, una instantánea de un momento muy extraño de su vida.

Sacó otras de la cuadra, de la Avenida del Paralelo, de la sala Teherán, de la entrada del subte con el que iba a trabajar y terminó el rollo con la sensación de que solo intentaba proteger sus recuerdos. No tenía la intención de compartir esas imágenes con nadie más que con ella misma en unos años. Guardó la cámara, buscó la bici que Xavier le había prestado y descendió por la avenida tratando de recordar donde estaba el negocio de fotos. Lo encontró, a unas diez cuadras de donde vivía y dejó todos los rollos.

Entró a la farmacia que había al lado y se quitó la mochila para pesarse. Cuando la flecha se detuvo en 58 kilos, sintió una euforia que hacía tiempo no experimentaba.

****

Esa noche, va a Monte Adriano a las apuradas, está llegando más tarde que nunca y no tiene una razón válida. Ni para otros, ni para ella misma. Simplemente, no tenía ganas de ir y postergó la decisión todo lo que pudo.

Amalia no llegó todavía y ya son las diez. Elena se apura a maquillarse. Se acomoda en el punto ciego del salón y hojea un libro que se trajo de Festa Popular: *Las edades de Lulú*. No hay ningún cliente libre y tampoco está la jefa. Nieve llega al bar cargada de bolsas y Elena deja el libro para saludarla. Debe venir directo de alguna feria. Le pregunta dónde estuvo el fin de semana. En el pliegue de la piel que le forma su sonrisa chiquita, puede detectar un hoyuelo minúsculo que jamás le notó. Nieve la abraza y le dice que esperaba que fuera más efusiva. Y mezcla los dedos en su pelo. Le cuenta que vio al Xavier en el Katmandú y que no sabía que fuera tan *cachas*. Tensa los músculos de los brazos para explicar lo que significa. Que no se lo hubiera imaginado así porque le había parecido poca cosa. Elena no quiere que su amiga avance. Sus prejuicios la lastiman. Que igual no es tan guapo como ella ni tan listo. Que ella está en otra liga. Elena siente vergüenza a través de ese halago.

No es una relación tan formal, estamos bien así, se justifica Elena.

A tu edad, además, te conviene conocer personas nuevas, tíos nuevos. Divertirte.

Elena se pregunta por qué Nieve se muestra tan segura de sus consejos. Ni que su vida sentimental fuera satisfactoria. Pero insiste. Que lo deje.

Es que no quiero dejarlo porque no siento que me absorba… me hace sentir bien.

Eso no alcanza para una relación. Búscate un hombre que te eleve y no que te aplaste.

Eso lo sentía cuando salía con tu hermano, no con Xavier, dice Elena, solo para herirla.

Nieve baja los ojos y se toca la cadera como si buscara los bolsillos. Elena le sostiene la mirada. La ofendió y no quiere disculparse.

Me refiero a que estudie. Necesitas un hombre a tu lado que quiera estudiar, formarse.

Justamente. Xavier sí estudia: puede no interesarte, pero a él sí y se compromete.

¿Y qué estudia?

Medicina natural y acupuntura.

Pero tú no crees en nada de eso. No es parte de tus intereses.

Ni siquiera yo sé cuáles son mis intereses.

Pensé que era la arquitectura, sin duda.

Bueno, sí, pero no sé si me va a gustar lo suficiente. Voy a probar, no quiero dejar de intentarlo.

Nieve se echa hacia atrás, enrosca su pelo en un tirabuzón.

Quizá necesitas irte de viaje. ¿No crees? Te noto un poco perdida, es eso.

Yo ya empecé mi viaje. Este no es mi país.

Tienes razón.

Nieve deja sus bolsas en una esquina y se aleja hacia un nuevo cliente. Una voz masculina resuena en la sala a todo volumen. Elena se da vuelta para ver si se trata del jamonero: solo él se presenta con bombos y platillos. Pero no. Es un hombre gordo, pelado, que se balancea mucho para caminar. Viste muy elegante. La combinación del azul del saco con la camisa mostaza es excepcional en la barra. Y anteojos de sol en un salón sin ventanas. Al lado de él, va un chico muy joven, vestido con un traje beige. Las chicas se apretujan en torno al mayor. La uruguaya se adelanta y lo alcanza a los saltitos.

¡Hola Mariana! ¡Pero qué joven te has puesto!, dice el hombre mientras le pellizca las nalgas. Ella festeja el chiste y le da una palmadita en la espalda, pero él la ignora y camina hacia la barra.

Eh, Amalia, dice en cuanto la ve. Mira a quién te he traído.

¡No me jodas!, grita la encargada y sale del mostrador, enganchando por accidente el taco con la media. Amalia señala el agujero en su pantorrilla. ¡Si seré burra! Ven aquí, Ruffino, ¡que por ti me he roto los pantis!

Se acercan el uno al otro y se abrazan.

Elena se voltea para ver dónde quedó el chico. Él también la está mirando, pero el bullicio alrededor se impone y corta la atracción entre ellos. Annetta aplaude todos los comentarios de Ruffino y él le pide que se acerque. Las otras gritan y empiezan a disputarse la presa.

Debe tener un *pastón*, piensa Elena, pero si elige a Annetta es posible que sea otro consumidor de plantel sub veinte y en ese caso, las mayores deberían apartarse. ¿Cómo se sentirá ese hombre?

No le gustaría estar en su piel. Tiene algo de prisión, de la fábula del rey Midas. Habrá que creer en los cuentos, como dice Nieve.

Con un empujón suave, la encargada le pide permiso a Elena para pasar al baño. Cuando sale, ya no tiene medias puestas.

¡Ey, guapa!, le dice Amalia, ve a atender a tu galán que se ha enamorao de ti.

Elena siente que se le retuerce el estómago. Va a *atenderlo* pero intuye que esta situación es distinta de las anteriores. Cuando están cerca, Elena se inclina para saludarlo. Él sonríe y muestra una dentadura impecable.

Amalia se acerca a ellos.

¿Sabes? Tu tío y yo somos amigos de toda la vida.

Lo he notado.

Tú, niñato, dale un beso a la Amalia que es una leyenda de esta ciudad, grita Ruffino desde una punta del salón.

El chico se para y la saluda, con cortesía distante. Amalia mira a Elena y le guiña un ojo. Luego se retira.

¿Cómo te llamas?

El chico tiene un marcado acento italiano.

Coral.

Muy bonito.

¿Y vos?

Vito.

Como Corleone.

Él tarda en contestar. Ella se inquieta. ¿Le habrá caído mal? Pero él le despeja las dudas sonriendo con demora y llamando a Teresa con un gesto.

Aquí toman copas, ¿verdad? Me ha dicho mi tío.

Él hace un esfuerzo por pronunciar con claridad. Ella asiente.

Pido una copa y una bierra para mí. ¿Es así como se dice, non e vero?

Birra, supongo.

Birra. Ahá.

Tal vez lo decimos por el italiano. ¿Se dice igual en italiano?

Sí: birra. Y tú non sei de aquí, ¿no?

No, soy de Argentina. De Buenos Aires. ¿Fuiste alguna vez?

El chico piensa un rato como si se esforzara en recordar.

Una vez. Cuando era nueve años. Me he ido con mi tío. Con aqueste.

¿En serio? Así que pasan mucho tiempo juntos.

Tropo. ¿Se dice así?

No, se dice bastante.

Ahhhh… ¿eh cómo sabe? ¿Hablas italiano?

Elena se atraganta con su saliva y tose. El chico se para y la golpea con suaves palmaditas en la espalda.

No, no… hablo un poco de francés. Franchese.

Ríen a la vez. Teresa se acerca.

Una copa para la dona. E una birra, dice el chico sin mirarla.

Creo que esta chica merece una botella, propone Teresa.

Elena se sobresalta y se apura a disculparse. Él levanta la vista con desdén y repite su pedido. Teresa revolea los ojos y se aleja taconeando.

La chica esta, no me gusta mucho. Muy mala educada.

Elena baja la mirada sobre las rodillas para no tener que responder. Teresa vuelve con la copa y la cerveza helada y la destapa inclinándose sobre él con el escote abierto. El italiano le agradece sin interés y ella se va.

Toman cada uno su bebida. El chico intenta contarle un chiste, pero le cuesta traducirlo. Elena lo festeja sin esforzarse.

¡Ey, Vito! Dile a tu acompañante que nos vamos, grita Ruffino. Annetta está al lado suyo, de la mano. Van a hacer una salida.

Elena se ahoga con la bebida. Cae en la cuenta de que malgastó su tiempo, que solo se hizo invitar una copa y que se van. Quizá no vuelva. Allá están Mariana, Teresa y seguro también Amalia para reprocharle que dejó pasar otra oportunidad de hacer mucho dinero. Esto es la barra, Monte Adriano, y ella es una copera. Si no está dispuesta a poner todo su empeño en hacerse invitar copas, no puede seguir trabajando ahí. Pero también sabe que hoy puede cambiar la historia. Está a tiempo. Puede irse con él. El chico no le dijo nada aún, pero sabe que lo está pensando mientras cuenta los billetes. Está a punto de convertirse en una puta. Hasta ahora, no lo es. No importan las sutilezas. Recuerda a Edurne, como siempre cuando duda. *Para la mayoría de la gente, puta es follar por dinero. Nada en el medio de eso.* Pero esto es distinto porque el cliente le gusta. No tiene por qué pensar en la plata para hacerlo. Ella se hubiera acostado con él de todos modos.

El chico se levanta y se acomoda el saco. Ella quiere proponérselo. El corazón le late rápido.

Amalia le hace señas, la llama. Y a Vito, le dice que espere. Elena camina con la cabeza baja, con el pudor de ser premiada por un delito.

Hoy tienes la oportunidad de follar con quien te gusta y que te paguen. ¿Qué dices?

A lo mejor, Amalia tiene razón y esto se trate de un doble negocio.

No sé, no me siento muy segura.

Se nota que hay química entre ustedes. Mira que eso no se da mucho aquí. ¿O te ha pasado antes? Claro que no y debes de aprovechar. Además, tienes la seguridad de que el tío es de confianza. Son gente fina. Limpia. ¿Te trató como una reina o no?

Elena asiente. Está alegre pero inquieta. Necesitaba ese empujón. La mujer abre el cajón y saca algo de adentro. Pone sobre su mano una caja de preservativos.

Solo tienes que hacerlo una vez. Pero si te da gusto, hazlo cuanto quieras. Todo con protección. Aun el sexo oral. ¿Me has comprendido?

Elena no puede creer que está escuchando esas indicaciones. Hace algunas semanas que dejó de ser virgen. ¿Qué servicio está ofreciendo? El italiano se acerca. Habla con Amalia y asiente. *No olvides que, aunque creas que le gustas, nunca le gustarás del todo a un hombre siendo puta.*

Mi tío aguarda en el carro, le dice Vito a Elena. Andiamo.

La voz le tiembla. Eso la tranquiliza. También debe ser la primera vez que él contrata a una puta.

El viento frío la sacude. Las últimas hojas del otoño se amontonan alrededor de sus tobillos. La puerta del auto está abierta y el tío les hace señas para que se apuren. En el asiento del acompañante, está Annetta, que le sonríe cuando la ve.

¿Te has atrevido? Bien. ¿Puedo fumar aquí?

Antes de que Ruffino diga que sí, ella baja la ventana y saca los cigarrillos de su cartera. El humo invade la cabina y Elena agita las manos.

¿Non te piace?, pregunta Vito.

La acerca y le lame los labios. Baja las manos y las desliza por sus piernas. Elena siente la electricidad que, por ahora, solo asociaba a Xavier.

Entran a un hotel, a pocas cuadras de ahí. Siguen en el Eixample, pero han salido de la zona más iluminada y entrado por una de las calles que cortan la Avenida Diagonal. Elena reconoce la cuadra.

Dos habitaciones, por favor, pide Ruffino.

El recepcionista le cobra por adelantado y le da las llaves.

Tercer piso, aclara.

Estacionan. El chico sale primero y abre la puerta trasera, para hacer bajar a Elena. Los cuatro se meten en un ascensor y Vito marca el tercer piso. Al descender, Ruffino y Annetta los guían por un pasillo largo, tapizado del suelo al techo con una alfombra verde. Cuando llegan al final, el hombre revisa las llaves y le da una a su sobrino. Se adelanta y entra en la habitación contigua a la de ellos. El chico abre la puerta y deja que Elena pase primero.

Ella entra despacio. Es la primera vez en su vida que va a un telo. Y la primera vez que se va a acostar con un cliente. El italiano cuelga el saco en el perchero. Se quita los zapatos y se reclina para besar a Elena. Es alto, demasiado. Le saca el vestido a ella; se desnuda él y se echa sobre la cama. Ella sigue de pie, sin saber qué hacer.

Tócate, le pide el chico y comienza a masturbarse. Una de sus manos le hace de almohada.

Elena se mueve con torpeza. Trata de imitar alguna película que tiene en mente. El italiano la hace acostarse en una esquina de la cama, donde dejó la caja de preservativos. Saca uno y se lo pone.

Ven più vicino. ¿Cerca?

Elena se saca la bombacha y él le sugiere que se saque el corpiño también. Ella se sube a la cama y desde ahí, se monta sobre él y se inclina sobre su pecho para besarlo. El italiano empieza a gemir y le pide que vaya más rápido.

Oh. Guarda qué tetas, dice mientras la acaricia.

Ella se mueve encima, se anuda el pelo con las manos, se siente más atractiva que nunca.

¿Te gusta?

Elena se acomoda de cuclillas y lo toma de sus manos para hacer equilibrio. Con las piernas puede hacer fuerza para subir y bajar más rápido.

Faz eso. Più.

Después de un rato, el italiano la hace girar y la monta desde atrás, sosteniéndola desde el pelo.

Ay, putana. come mi piace, guapa, come sei bella, dice antes de acabar y en cuanto lo hace, se sale de ella con rapidez, se quita el preservativo y lo anuda.

Elena se incorpora y va al baño. Está excitada todavía, pero no puede pedirle a un cliente que vaya más lento. Se limpia rápido y se lava la cara y los dientes. Tiene hambre. Tal vez puede proponerle que salgan y coman algo por ahí. No tiene que volver. ¿O sí? Recuerda que Teresa lo hace, pero ella es especial, casi que vive en Monte Adriano, y es mucho más ambiciosa que el resto. Nieve no volvió el día que salió, de eso está segura. Debería haberlo preguntado antes de venir, pero no pensó

en lo que estaba haciendo. ¿Cambió algo? No está muy segura. Sí, pero no esta noche. El cambio fue el día que se pasó del otro lado de la barra. O cuando se animó a responder al anuncio del diario. *No hay líneas divisorias. Es una sola curva ascendente.* Y ahora está ahí, en una habitación con un desconocido y no sabe cómo seguir. Tampoco es tan dramático porque ganó confianza en todo este tiempo. Incluso, tal vez, corra menos riesgo que si cogiera con alguien que conoce en un boliche. Pero no sabe la respuesta, no tiene experiencia para comparar. Empezó por el final.

Escucha un golpe en la puerta del baño.

¿Posso entrar?

Elena se alarma. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

Ya salgo, dice, tratando de endulzar la voz.

Io voglio pasar. Lo siento.

El italiano abre la puerta. Ya se puso la ropa. Ella, desnuda, se siente fuera de contexto.

Vai a vestirse.

Elena se tapa con la toalla que puede arrebatar del perchero. El chico se corre para que ella salga. Apoya su reloj en el mostrador y se abotona los puños de la camisa. La mira de refilón. Elena busca su ropa y se cambia lo más rápido que puede. Hace un esfuerzo por sonreír y tranquilizarse. La vergüenza la cubre cuando comprende lo que ocurrió. Ella creyó que le había gustado. Que lo sedujo. *Y es que las putas también seducen, pero a un cliente. No a un hombre.*

El italiano sale del baño tocándose las patillas. Se perfumó y mojó el pelo para peinarlo con estilo años cincuenta. Cuando cruzan las miradas, Elena ya está lista.

¿Quieres que te doy un aventón?, dice y ella no puede evitar reírse.

¿Por qué ridi?

Porque mezclás el español y el mexicano.

Él no responde y la mira como a un bicho raro. Ella esperaba que con el comentario volviera a ser el de antes, que la invitara a cenar, pero el chico ya es otra persona. Se nota que quiere irse, pero

es educado y no lo dice. Elena busca sus cosas y revisa debajo de la cama. Descuelga la cartera del perchero y se cubre con su saquito.

¿Salimos?

En el ascensor, no hablan. El chico mira su reflejo en los espejos. Ella busca un chicle en su cartera y le ofrece el paquete semiabierto. Él acepta uno. Es útil para acortar el tiempo de llegada. Las puertas se abren. Salen a la recepción con pasos firmes, simétricos. Ella taconea para sonar más femenina. El italiano se acerca al mostrador y ella lo sigue, aunque terminó su servicio y puede irse. Cualquier puta saldría corriendo en su lugar. *Una puta no tiene que sentir que entregó algo importante*. Necesita cultivar el desapego. ¿Pero puede? Cree que no. A lo mejor es porque no tuvo suficiente sexo. O a lo mejor, hay alguna condición que ella no tiene para ser puta. ¿A eso se refería Nieve? Que entienda lo que hace, lo que cuesta esa decisión.

¿Ordeno un taxi?, pregunta el conserje y el italiano dice que sí.

Ese es el empujón que Elena necesita para irse.

El auto llega enseguida. El chico la acompaña hasta la puerta y permanece en el hall, del lado de adentro. Elena entra rápido al coche, sin darse vuelta, y cierra la puerta con fuerza. Ojalá fuera hermética, piensa. Un féretro. Ni una pizca de aire. Ni una pizca de luz.

CAPÍTULO VEINTICUATRO. DESAMOR

Elena llega a su casa a las dos. Xavier y Donat miran la grabación del capítulo semanal de *Doctor en Alaska*. En cuanto su novio la ve, se levanta para abrazarla. Ella siente un rechazo inmediato. ¿Y si le nota el perfume del italiano? Trata de escaparse, pero no puede. Él la estrecha con fuerza y ella, resignada, hunde la cabeza en su axila. Cuando levanta la vista, descubre en los ojos del chico la congoja, la obstinación. La voz se le quiebra y vuelve a besarla, como si la estuviera perdonando. Elena, en cambio, siente que ya no lo desea como antes. ¿Y la fuerza que los imantaba hasta hace unos días? ¿Qué parte le toca ahora a ella? Lo sabe. La del que tiene que inventar excusas para cortar. No quiere pensar que Nieve la convenció, pero a lo mejor, eso es lo que está pasando. ¿Por qué de repente le dieron ese poder? Ahora el sufrimiento de él depende de una decisión de ella. Le gustaría volver al momento anterior, cuando los dos estaban en igualdad de condiciones, cuando cualquiera hubiera podido abandonar el juego sin que nadie sufriera. Xavier le dice que la extraña, que vayan a Sitges, al Festival de Cine de Terror. Ella le dice que sí, que puede ser. No tiene fuerza para romper ningún corazón, pero sabe que de a poco, él le va a pedir más cosas y ella no va a estar dispuesta a dárselas.

Va al cuarto de Xavier. Siente que invadir sus espacios es un acto generoso. Cuando se ve en el espejo, le cuesta reconocerse. Perdió mucho peso, es verdad, pero también, algo de lo que era cuando llegó a Barcelona. Su postura encorvada, el miedo a ser descubierta. Se para de frente y se saca la ropa. Puede esperarlo desnuda. ¿Por qué ya no le importa su juicio, que no la encuentre lo suficientemente hermosa? Quitarse ese temor era lo más importante, pero no era lo único. Se siente libre pero no bien.

CAPÍTULO VEINTICINCO. BELÉN

El martes fue día de pago y Elena cobró tanta plata como la semana que bailó con Annetta frente al jamonero.

Esa misma noche, llegó a Monte Adriano una chica nueva. Se llamaba Belén y era de Granada. Giulietta, la otra bartender, les había avisado que no iba a volver de Italia y el bar no podía seguir funcionando solo con suplentes rotativas. Sergio le pidió a Elena que le explicara a la nueva todo lo que hacía falta. Ella fue didáctica y amable, pero la chica no le prestó ninguna atención. Al contrario, se mostró indiferente a todo, excepto a su madre, a la que llamó varias veces en la noche. Amalia y Sergio le tuvieron más paciencia que a cualquier otra recién llegada y por eso, el rumor de que pensaban subastar el himen de la chica se esparció muy rápido entre las coperas.

Pero qué va a ser virgen, dijo Teresa. Fumaba un cigarrillo tras otro.

¿Por qué no?, preguntó Elena.

¿Es que no te das cuenta del morbo que inspira eso? Lo tienen calculado con la harpía de su madre. Para mí que son gitanas.

Me ha impresionado, dijo Nieve con mucho entusiasmo.

¿Por qué?, preguntaron varias. Era difícil imaginar que algo la pudiera sorprender.

Porque estoy segura de que conseguirá un montón de dinero sin mover un dedo. Es una cría, pero es muy consciente de su belleza.

Elena se preguntó si todavía sería una cría para alguien.

Recién, en la pausa, se me ocurrió escribir esto, dijo Nieve mientras desplegaba un papel que tenía abollado en el bolsillo. A ver qué os parece: *"Ha venido a la barra una chica nueva para reemplazar a Giulietta, que se fue de viaje a Italia, y a Elena, que se pasó de este lado. Es una belleza que da miedo. Te quedas de una pieza en cuanto asoma su naricita por el salón, sus greñas teñidas y aun lubricadas con pomadas que han de haberle costado un ojo a su madre. Tiene uñas esculpidas con las que vaya a saber uno a qué palurdo habrá rascado. Puede esperarse cualquier cosa de ella*

y todo ha de gustar. En otros sentidos, no parece muy interesante, habla poco y mal y no conoce nada de gente de su edad. Parece recién bajada de la montaña, en la que hubiera vivido entre ovejas y perros. No podremos saber si es así porque Amalia la está sacando del cotilleo en todo momento. Tendrá miedo de que se gaste o se rompa si la miramos demasiado."

Nieve interrumpió la lectura al oír el vozarrón de Jerónimo, que acababa de entrar. Ni bien detectó a Belén, se puso eufórico. Se acercó a la barra y le dijo a Amalia que le cediera una habitación con ella en voz tan alta que cualquiera pudo escucharlo. La jefa se resistió, le dijo que iba a tener que ganársela con mucho más que a las otras, que ella no iba a matar a su gallina de los huevos de oro por un jamonero borracho.

Él dijo que solo quería peinarla, con la clara intención de que Belén fuera la que tuviera que decidir. La chica sonrió y él vio su oportunidad. Se acercó y se quitó el saco y lo puso en el piso y tomó a Belén de la mano para que saliera de la barra. Luego, la hizo pararse sobre el saco y empezó a aplaudir. Ella tardó en improvisar una respuesta, pero cuando estuvo segura, zapateó sobre la tela y luego la escupió, y Jerónimo se emocionó con el desprecio.

Amalia le dijo que, por unos ciento cincuenta euros, tal vez la chica aceptara entrar en el cuarto y dejarse peinar por un cerdo como él. Él duplicó la apuesta y dijo que ofrecía trescientos, y las chicas lo ovacionaron. Belén no decía nada, como si tuviera la certeza de que podía pedir todavía más. Amalia le preguntó si estaba dispuesta a irse con él y ella dijo que no le parecía muy cristiano. El jamonero contó que era devoto de La Moreneta y que hacía años que venía a Monte Adriano y que nunca había sido castigado. La chica se hizo a un lado para consultarlo con su madre por teléfono. Cuando regresó, dijo que aceptaba la propuesta porque el pelo no era sagrado puesto que volvía a crecer.

Amalia cerró el trato por trescientos euros que Jerónimo tenía en el bolsillo.

Esa noche, no solo vinieron pocos clientes a la barra, sino que también gastaron lo mínimo. Teresa empezó a alimentar el rumor de que la chica traía mala suerte y el malestar en torno a Belén creció tan rápido como en su momento, el rumor sobre el himen subastado. Al final de la noche, las

chicas la trataban como a una apestada. Y aunque Amalia dijo que echaría a cualquiera que se pusiera en su contra, no parecía muy convencida de quedar a merced de una recién llegada.

Elena confirmó entonces que su mejor estrategia en Monte Adriano era seguir cultivando el perfil bajo y estar atenta a las oportunidades.

CAPÍTULO VEINTISÉIS. LOS SUECOS

El miércoles, Colombia monopolizaba la charla. Contaba su experiencia del verano anterior en un sube y baja y explicaba por qué nunca volvería.

Te quedas con el culo abierto, como una gallina de esas que tienen todo el día con la luz prendida, poniendo un huevo tras otro, explicó.

Teresa y Nieve negaban con la cabeza, como si su opinión sobre el asunto fuera muy distinta, pero no discutían, porque si algo tenía Colombia era un don para ser el centro de atención.

Elena la escuchaba absorta. Todavía no podía creer que hablaran del trabajo de puta con tanta naturalidad. Se le hacía raro y a la vez, valioso. Una experiencia muy difícil de transmitir para alguien que no conociera ese mundo. Ella se preservaba con una distancia forzada.

Dos hombres muy altos cruzaron la puerta. Parecían alemanes. Tendrían unos sesenta años, pero aspecto atlético. La colombiana apuró el final de su relato y le propuso a Elena que fueran a buscarlos. Ella aceptó y la siguió.

Los hombres se sentaron en los sillones de la entrada. La colombiana les sugirió que se mudaran a las mesas del centro y ellos dijeron que no. Uno de ellos pidió alguien que hablara en inglés porque su español era muy rudimentario. Elena les contestó que ella podía hacerlo y que su amiga entendía si hablaban despacio. Se miraron incrédulos y dijeron algo en otro idioma.

Elena les preguntó de dónde eran y respondieron que eran de Suecia.

¿Qué han dicho?, preguntó Colombia, un poco molesta.

Que son suecos.

Pues también son unos groseros.

Uno de ellos le volvió a pedir a Elena que consiguiera a otra chica que hablara inglés. Elena le tradujo a Colombia lo que habían dicho.

¡Si los he conseguido yo! Además, hablan castellano, ¿no los escuchaste?

Es lo que ellos quieren, dijo Elena, con la voz endurecida. Entonces Colombia se retiró sin decir nada más, pero enojada. Elena sabía que no podía quedarse sola con los dos; necesitaba alguien en quien delegar el mando de la situación, pero que hablase inglés. Annetta hablaba un poco, pero no la veía por ningún lado. Estaría en el baño o cenando. Ishtar, sin duda, pero había hecho una salida. Mariana se señaló a sí misma a lo lejos. Cuando estuvo cerca, la uruguaya le dijo que era nula en inglés, pero hablaba el idioma universal del sexo, y que no hiciera caso de todas las exigencias de los clientes. Elena cedió porque Mariana consiguió hacer que los suecos la aceptaran, pero entonces supo que se le haría el doble de difícil disculparse con Colombia. Lo pensó mejor. ¿Y si se retiraba y las dejaba a ellas dos, que estaban dispuestas a todo? Era lo más razonable, pero Elena necesitaba plata. Estaba intentando retener la arena con las manos. A lo mejor, ya era hora de aceptar que acostarse con alguien por plata no era tan dramático. Pero no quería. O no podía. Xavier y Edurne se lo habían dicho ya. La semana siguiente se pondría a buscar otro trabajo. Ahora que no cursaba podría aceptar uno con horario rotativo. Pero esta noche, no pensaba renunciar a todo. Algo por lo menos quería sacar.

Los clientes le sonrieron y acercaron sus sillas a la mesa.

Could we have something to drink?, preguntó Elena. La alarma interior le sonaba más rápido. Media hora por copa. Máximo.

Of course!, dijo uno de los suecos. Puedes demandar una botella de champaña para cada una. Y tú habla español, por favor, para me ejercitar. Inglés solo para dudas.

Elena había pensado en explicarles el funcionamiento de la barra, pero el hombre la sorprendió con el pedido.

Ya estuvieron acá, dijo ella y se apuró a hacer señas antes de que el hombre se arrepintiera. Buscó a Colombia en la distancia, una copa se merecía, pero no la encontró. Más tarde le iba a tener que hablar y hacer las paces, pero ahora, Mariana tenía derecho a jugar sus cartas. De hecho, ya había cerrado el círculo con su cliente, dándole la espalda.

El hombre le preguntó por una mujer que lo había atendido el año anterior. Elena pensó en Ishtar, pero lo dejó confundirse.

¿El año pasado? Quizá Teresa.

Eso se le escapó. Justo Teresa no necesitaba su ayuda.

No creo que estaba Teresa. Perdón.

De acuerdo. ¿Tenía el pelo castaño? ¿Morena?

No consigo recordar.

No podía ser Ishtar. Nadie se hubiera olvidado de ella.

Ella era muy hermosa, that I can recall. Lo siento, no conozco muchas palabras. Pelo curvo, pero no soy seguro.

Rulos. ¿Era de Latinoamérica?

Oh, no puedo saberlo. Para nosotros suecos, vosotros Spaniards look the same.

Elena no supo cómo tomar el comentario. Ojalá hubiera podido decirles cómo se veían ellos.

Si recordamos, ¿podrías decirle de venir a reunir con nosotros también?

Elena lo pensó un poco más. Giulietta. ¿Cómo no se le había ocurrido? Claro que si les contaba que no trabaja más ahí se decepcionarían.

O… es que soy nueva acá. No sé de quién hablan. Creo que lo mejor será que invitemos a otra chica que te guste mucho para que bebamos juntos. ¿No te parece?

El hombre movió la cabeza de un lado a otro, dubitativo.

Tu amigo parece estar contento con Mariana, dijo Elena.

El sueco giró para verlos y sonrió.

Amalia llegó con las cubiteras del champán y las puso en la mesa, arrimando una a cada pareja.

Pregúntales si prefieren otra cosa, dijo mientras llenaba las copas.

¿Les gustaría pedir otra cosa más?, preguntó Elena. Insistió. Would you like to drink something else?

Tú hablas bien inglés, ¿no?, preguntó Amalia.

Sí, sí, pero ellos se dan maña en español.

Claro, para hablar gilipolleces en inglés, mejor hablar como Tarzán en castellano, ¿no?

Hablo bastante bien en inglés. No voy a meter la pata.

Siempre podemos traer de nuevo a la Lupe. Vieja y todo, el año pasado estos dos solo la querían a ella, dijo la mujer y se retiró moviendo con gracia sus caderas enormes.

Elena se quedó mascullando ese nombre. Lupe. Jamás hubiera pensado en ella. Y el recuerdo de una de las noches en las que salieron juntas se le volvió nítido justo cuando su cliente se encendió un habano. Elena, alarmada, le mostró el cartel que indicaba la prohibición de fumar.

Tranquila, tenemos permiso, dijo el hombre y le señaló las dos botellas de 80 euros que acababa de comprar.

Ella lo dejó imponerse. Si eran clientes conocidos, seguro ya lo habrían hecho antes. Cruzó las piernas y se relajó. Miró a la otra pareja. Ya no parecían a gusto. Mariana bebía y hablaba en voz demasiado alta y el hombre la escuchaba sin mucho interés. De pronto, se puso de pie y se cruzó hacia el sector en el que estaba Elena y le dijo algo a su colega. El otro sueco asintió y se sentó junto a Mariana.

El nuevo sueco que Elena tenía enfrente parecía más viejo que el otro. Ella le calculó unos 65 años. El hombre caminó hasta la barra y volvió con un vaso de whisky, se quitó el saco y se echó contra el respaldo. Elena bebió toda su copa y se sirvió otra, pero empezó a buscar un lugar donde tirar el líquido. No pensaba emborracharse esta vez.

Tú eres muy tranquila, dijo el hombre luego de un rato.

Elena coqueteó con un parpadeo suave. Miró a su compañera. La uruguaya ya se estaba besando con su nuevo cliente. Por lo visto, aunque ella jamás se lo hubiera imaginado, había hombres que preferían a Lupe o a Mariana antes que a Colombia.

Soy Mikael Andersen, dijo el cliente de Elena. ¿Cómo te llamas tú?

Coral.

Muy bonito. ¿Gustarías de encontrarte afuera conmigo otro día?

Hablás bien español, dijo Elena, para evitar la respuesta.

Un poco. Muy malo.

No es malo. Para nada.

Mariana y el otro sueco pasaron a la salita del fondo. Elena meditó la pregunta de su cliente. ¿Le estaba proponiendo que se vieran por fuera del servicio que ofrecía la barra? Era evidente que sí, pero ¿cómo se animaba? No estaba borracho.

¿Qué dices de mi oferta?, preguntó de nuevo el hombre.

I don´t understand what you just said, dijo ella en voz muy baja.

I asked you out. No es peligro, nadie lo sabrá.

Ella volvió a dudar. Quizá le estaba proponiendo saltarse la comisión de la barra, pero si era tan fácil, ¿por qué no lo hacían todos?

If there is no record, there is no evidence, le aclaró el hombre. Es nuestro secreto.

Es que yo no hago salidas, dijo ella, mirando hacia abajo.

We could meet somewhere else. Tú y yo, afuera de aquí. Not as a hostess, just as friends. Amigos. Contigo seguro podremos conversar.

Podemos conversar aquí.

No muy bien. Mucho gente. Demasiado.

Elena se dejó tentar.

Estamos de conferencia por unos días. Let´s have lunch tomorrow. ¿Qué gustarías comer por primera vez?

¡Ostras!, dijo Elena, entusiasmada. O langosta. Oysters and lobster.

De acuerdo. ¿Qué piensas de mañana? Hacemos lunch con oysters y lobster. Por la noche, puedo regresar aquí si tú gustas para invitar otra botella.

Elena lo pensó de nuevo, tratando de no confundirlo. El menor compromiso. La mínima intimidad. Un almuerzo elegante, una comida de lujo. Si todo salía bien, quizá volvería, le compraría otra botella. O dos. Eso sería tres en la semana. Un montón de plata.

Está bien, aceptó.

El hombre sacó una lapicera y escribió algo en una servilleta.

Only lunch, dijo Elena. La mano le tembló al abrir el papel, aunque nadie la estaba mirando.

El Hotel de las Artes. Señor Andersen, ¿correcto?

Correcto. Tu pasarás por mí en la recepción a las 12.

De acuerdo, dijo ella y guardó el contacto en el costado del zapato.

El hombre pagó y se fue. Ella recuperó la calma.

****

Al día siguiente, Elena se presentó en la recepción del Hotel de las Artes, tal como habían arreglado. Por supuesto que además del prometido almuerzo, le daba mucha curiosidad volver a visitar el famoso edificio al que había ido con Annetta y Edurne, pero esta vez, de día. Mirar las suites por dentro, las vistas panorámicas a 360 grados, las terrazas, parques, la escultura de pez. Pero claro que el cliente no la iba a dejar entrar a su habitación solo para hacer un recorrido. Ni siquiera sabría cómo pedirle que se quedaran a almorzar en el hotel, aunque no tuvieran langosta ni ostras.

Se miró contra una columna de metal y estiró los pliegues de la pollera. El salón era enorme, los ventanales dejaban ver el Mediterráneo. Los clientes parecían agitados, la mayoría le sonaban americanos o nórdicos y había también muchos asiáticos. Trató de calcular cuánto costaría una habitación allí, pero nada le parecía razonable. El recepcionista llamó su atención y le sugirió que se acercara al mostrador. Ella preguntó por Mikael Andersen.

La está esperando, dijo el empleado.

Ella se dio vuelta y lo detectó enseguida. Caminó hacia él, tratando de disimular su ansiedad. El sueco leía una revista de negocios y la cerró para mirarla de pies a cabeza. Se paró y se inclinó hacia ella con un abrazo demasiado apretado. Elena se apartó con suavidad.

Quiero hacerte un obsequio antes del lunch, dijo el hombre.

¡No hace falta!

Es mi placer, por favor. He pensado en comprarte algunas ropas. What place do you like best?

No sé… ¿Miranda Siux?

El hombre se río fuerte y dijo que se notaba que no sabía mucho de ropa. Que Miranda Sioux era una tienda de cadena y que él le estaba ofreciendo la posibilidad de comprarse ropa de verdad. Y que la ropa de verdad estaba en el Paseo de Gracia.

Subieron a un taxi. Elena abandonó la esperanza de recorrer todo el Hotel de las Artes, pero estaba por comprar ropa en el Paseo de Gracia y no podía quejarse.

Bajaron del taxi. El aroma de la arboleda era fuerte y agradable. El hombre inhaló el aire perfumado y dijo que prefería esta avenida a los Campos Elíseos por su olor. Se pararon frente a la vidriera de Vincon, un hermoso edificio modernista convertido en tienda de accesorios y regalos. El hombre sugirió que se concentraran en lo que pensaban comprar porque pronto tendrían hambre, así que buscaron un local de ropa de mujer. Entraron en Paco Ibáñez, la única tienda de diseño que Elena recordaba haberle oído nombrar a Nieve. La ropa era austera, de colores oscuros, pero con terminaciones originales, cortes largos, mangas con puños irregulares, botones llamativos. Elena se probó varias prendas: un tapado de cuero ajustado, dos pantalones de terciopelo y lycra, una camisa con mangas tres cuartos. Eligió un surtido de sweaters ceñidos al cuerpo, un saco corto de pana rosa y dos polleras: una plisada roja y otra negra de cuerina elastizada. Jamás en los meses anteriores a viajar se hubiera imaginado que algún día se compraría una pollera tan ajustada como esa, pero se la había probado y le fascinaba. El hombre insistió en que se llevara también unos accesorios de liquidación: un cinturón dorado y un pañuelo a lunares y, como todo lo que él le señalaba, a ella la sorprendía, pensó que su gusto se estaría refinando. Si deseaba ser arquitecta, era una buena señal.

A la salida, buscaron un negocio de carteras y zapatos y se detuvieron en uno que se llamaba Charo Ludueña. Elena no quería resultar abusiva y le sugirió al sueco que mejor fueran a almorzar, pero él le dijo que no tenía apuro y que se armara un conjunto de pies a cabeza. Antes de ingresar al local, le señaló en la vitrina unas botas verdes con un taco altísimo.

Wau, fue todo lo que Elena pudo exclamar, porque le parecieron las botas más lindas que hubiera visto. Pidió unas de su talle y otras de un número más grande para comparar. Al subir casi diez centímetros, se imaginó lo bien que quedarían con su nueva pollera. Eran mucho más hermosas puestas y ya no se las quería sacar. De cuero verde oscuro, tenían piel de lagarto a lo largo de la pantorrilla. Miró al hombre y le dijo que las quería, que le agradecía muchísimo ese regalo tan especial. Él se puso un dedo en la mejilla, como reclamando su pago, y ella se acercó y lo besó. Él le devolvió un beso en la boca. Ella mantuvo los labios cerrados y no atinó a moverse.

¿Quieres que vamos a otra parte?, preguntó el hombre.

Elena estudió el gesto de su cara para descubrir sus intenciones.

I mean, have lunch. Si no estás muy cansada.

Vamos, yo también tengo hambre.

Almorzaron en el primer restaurant del Paseo Marítimo que ofrecía langosta y ostras. Mientras miraba la carta, Elena apretaba las bolsas de ropa con sus piernas, contando los minutos que le faltaban para volver a su casa y probarse todo de nuevo. El hombre dijo que iría a visitar la Plaza de Toros porque no tenía reuniones ese día y que volvería a la barra por la noche para seguir charlando. Ella le dijo que le parecía un buen plan.

Pidieron solo langosta con manteca y limón, porque Elena, al verla sobre el mostrador, se dio cuenta de que era un plato mucho más suculento de lo que se había imaginado.

Saborearon la comida y Elena dijo que la langosta y las botas eran las experiencias más intensas que había tenido ese tiempo. El sueco, entonces, dijo que él prefería el sexo. Ella se apuró a desviar el foco y le preguntó a qué se dedicaba. El hombre le contó que era dueño de una importante empresa maderera en Suecia, que vivía en Malmö con su esposa y tenía tres hijos mayores.

Ninguno quiso postre y solo tomaron una soda para bajar la comida. Elena pensó que, de poder comer siempre así, hacer dieta sería una cuestión sencilla. El hombre la acompañó hasta que vino un taxi y se despidieron.

Esa noche, Elena llegó muy cansada a Monte Adriano. No había podido dormir suficiente a la mañana ni después de comer.

El señor Andersen llegó solo, cerca de las doce y Elena se acercó a él, como si no hubiera dudas de que era su cliente. El hombre le pidió una copa para ella y un whisky para él y le dijo que estaba cansado y había venido solo por un rato. Le propuso que se vieran de nuevo al día siguiente, pero ella le dijo no iba a ser posible. Tenía que estudiar y no quería seguir corriendo riesgos con sus jefes.

Vuelvo para Suecia en tres días, insistió el hombre.

Su voz sonaba más seria. Más gerencial y fría.

Es que estoy muy ocupada por las mañanas, de verdad, dijo Ella, tratando de disimular el fastidio.

Escucha, dijo él, con tono amigable. Tú prometes que vendrás y yo compraré mejor una botella. Pero tú debes cumplir tu palabra. ¿De acuerdo?

De acuerdo, dijo ella.

Elena sabía que era una imprudencia, pero recordó sus botas, las polleras, y pensó que valían mucho más que ese sacrificio menor. Además, podía conocer el Hotel de las Artes por dentro y sacarse el gusto de las ostras.

¿A las doce, entonces?

A las doce, dijo Elena.

El sueco encargó otra botella de Moët & Chandon y se puso de pie. Antes de irse, la besó en la mejilla. Ella sonrió, conteniendo el rechazo que le provocaba su perfume de hombre mayor.

****

Lo primero que vio Elena al abrir la puerta de Festa Popular fue la mochila de viaje de Blanca. Su amiga estaba echada en el colchón del living y hacía zapping. Elena la saludó inhibida, aún de pie.

Esa tarde, antes de ir a Monte Adriano, había pasado por el departamento para dejar las bolsas de compras y no había tenido tiempo de ordenarlas. Seguían en el piso del cuarto y no quería que Blanca las descubriera. Tampoco pensaba contarle lo del sueco, ni lo del italiano, ni lo del jamonero, pero la pregunta de su amiga la dejó sin escapatoria.

¿Puedo quedarme dos noches aquí?

CAPÍTULO VEINTISIETE. OJOS DE LIEBRE

Elena le dice que debería consultarlo de nuevo con los encargados, pero es su manera de ganar un tiempo que ya no tiene. Abre la puerta del cuarto: las bolsas son lo primero que se ve.

¡Pues qué bien te va de copera!, dice Blanca. Arrastra su mochila hasta una esquina del cuarto y se sienta en el colchón.

Elena no quiere contestar sin decidir si va a mentir o a contarle todo. Se saca la ropa y busca una calza y una remera para dormir. Blanca abre la caja de las botas y pega un alarido.

¡Joder! Son una pasada. ¿Y cuánto te han costado, si puede saberse?

Un montón… no sé.

¿Cómo que no sabes? ¡Venga ya! Son de Charo Ludueña. Te deben haber costado como 600 euros. ¿Sabes quién usaba estas botas?

Elena niega con la cabeza. Piensa que si le da una respuesta quizá consiga salirse de tema.

Alguna actriz...

La Araceli Vincenzo, que vino un año a mi instituto. ¿Te acuerdas?

¡Cómo me voy a acordar de eso!, Elena se ríe, artificial.

Era la nieta de Benetton, tía, dice Blanca. Te lo he contado mil veces.

Elena alza los hombros y hace una mueca infantil. Ahora sí que la recuerda. Araceli Vincenzo, la que un día que robaron plata en el aula compensó a la víctima con 500 dólares que sacó de su billetera y se dio el gusto de decirles a los demás que eran unos tacaños. Esa persona usaba sus botas. Las manos se le ponen tensas. Blanca le sostiene la mirada.

Te has acostado con un cliente, ¿verdad?

¡No!, dice Elena, pero no está segura de que eso la haga sentir mejor.

Me las compró un sueco, es rico, me compró un montón de cosas más.

Muéstrame cómo te quedan, ¡anda!, dice Blanca, como si hubiera olvidado el tono de reproche de un momento atrás.

Elena se pone una bota y camina por la habitación. Se sienta de nuevo y se pone la otra.

Yo no me creo que no te hayas acostado con él. ¿Por qué un hombre te compraría tantas cosas?

No sé… por pasar tiempo conmigo, que tengo menos de veinte.

En cuanto se calla, Elena siente que le acaba de entregar su cuello.

Jooo… la verdad. Me dejas pasmada. ¿Y qué has hecho? ¿Solo has salido a caminar por tiendas, tomar chupitos?

Sí. No mucho más.

¿Por qué lo has hecho?, Blanca parece al borde de las lágrimas.

Elena se desconcierta.

No sé, nos caímos bien en el bar. Me propuso vernos afuera y acepté. Es un tipo interesante.

¿Has hecho una salida, entonces?

No, no, justamente, tuvimos que quedar al mediodía porque no hago salidas. Era un encuentro amistoso.

Se volverán a ver, ¿tú no crees? A lo mejor, el viejo espera que seas su amante, dice Blanca y larga una risa nerviosa.

Él quiere que nos volvamos a ver mañana, pero a mí, me da muchísima fiaca. Igual, supongo que voy a ir. Me dijo que podíamos almorzar ostras, se hospeda en el Hotel de las Artes.

Acabarán teniendo sexo.

No, Blanca, yo pongo el límite donde quiero.

¿Qué dices? Te ha comprado muchísimas cosas. No renunciará a follarte.

Elena revolea los ojos, fastidiada.

Solo vamos a comer ostras.

Tú no has cumplido con tu parte del trato. Al menos, admite que lo has estafado, ¿puedes hacer eso?

Elena nota que algo cambió en Blanca. Lo siente en la tensión de la voz, en la sangre que se acumula en el ojo. A veces cree que la odia. ¿O su intensidad la asfixia? No sabe de qué está hecha

su amistad ni cuál será el elemento que la rompa, pero algo está a punto de ocurrir hoy. ¿Por qué tendría que acostarse con el viejo para no traicionar sus deseos casi pedófilos? ¿Eso es lo que tiene para decirle su mejor amiga?

Yo no lo estoy estafando. No dije que haría nada distinto de lo que hice.

Blanca se muerde los labios y le pega una piña en el hombro. Sale corriendo del cuarto con un portazo. Elena se queda sin aliento. Se esperaba un ataque de celos o un cuestionamiento por haber hecho una salida, no eso. Pero de repente, como si le cayera un ladrillo en la cabeza, comprende lo que pasa. Blanca sí lo hizo. Ella sí tuvo sexo con el tipo que las llevó a navegar por un intercambio mucho menor.

Elena busca a Blanca. Está echada en el living y le dice que la deje sola, que quiere mirar la tele, que ya se le pasará. Elena insiste en hablar. Una, dos veces, pero es inútil.

Vuelve a su cuarto e intenta dormir, pero no puede. Entonces camina hasta lo de Xavier. Golpea y entra. El chico prepara su pipa con hashish y ordena sus agujas de acupuntura. Suena "Te echo de menos", de Kiko Veneno. Elena se sienta frente a sus pies y le empieza a hacer masajes circulares, como los que él le hace a ella. Xavier se deja llevar, pero enseguida corre los pies, molesto. Le dice que no sabe hacerlo. Prende la pipa y fuma sin convidarle. Elena le pregunta si quiere que se vaya y él le dice que le da lo mismo, así que ella elige meterse en su cama. No recuerda por qué está ofendido. A lo mejor, eso es la locura. No poder comprender lo que hemos hecho para que otro nos odie. Pero ya tiene suficiente con Blanca, ya se acostumbró a frustrarse con su madre y no piensa alimentar a otro pasivo agresivo. Si él tiene que reprocharle algo, que abra la boquita.

****

Elena se despierta angustiada. Está en su cuarto, no en el de Xavier. Se debe haber pasado en el medio de la noche. Blanca duerme en su cama. Las bocinas hacen más ruido que nunca, la ciudad ya no es lo que prometía; si no es el bullicio, es el frío, o es que ese lugar nunca fue una fiesta popular.

Lo único que reconoce como sentimiento es desazón. Se pone la pollera roja y uno de los sweaters. Guarda el resto de las bolsas en el placar, encima de los zapatos. Son las once de la mañana. Había quedado con el sueco en verse al mediodía. Blanca no se inmuta, duerme como un tronco. Elena le escribe una notita diciéndole que estará de vuelta a las cuatro.

Llega al Hotel de las Artes a las 11: 50. El conserje la reconoce y la mide con los ojos.

Hola. Vengo a ver al señor Andersen.

¿Le ha dicho que vendría?

No sé, pero vine ayer, ¿se acuerda de mí?

Dígame su nombre y veré si está registrada.

Elena Domínguez.

Lo siento, no me han dejado ningún recado. Voy a pedirle que se retire.

Pero si usted me vio ayer con él. ¡Soy su amiga!

Por favor, usted es a todas luces una prostituta.

Ella no reacciona con violencia, como quisiera. Solo siente las palabras como un rebencazo. Las oye retumbar en boca de su padre, de sus hermanos, de sus amigas del colegio.

De acuerdo, contesta Elena con un hilo de voz. ¿Puede dejarle dicho que vine a verlo, por favor?

You´are so early!, grita el sueco a sus espaldas.

Ella se da vuelta, aliviada. Echa una mirada despectiva al conserje y se acerca al sueco, lo saluda con la mano extendida. El hombre la besa en la mejilla. Ella cierra los ojos deseando ser invisible.

Gracias por venir, dice el sueco. ¿Quieres almorzar aquí?

Sí, dice ella con entusiasmo, pero esta vez, no logra digerir su amabilidad. Está a punto de tener un ataque de culpa. Le gustaría poder llorar e inspirar la compasión del hombre y que con eso alcance. No sintió nada de eso con ningún otro cliente. Es el veneno que Blanca le metió.

Quizá no sea una buena compañía, dice Elena.

No, por favor. I had a wonderful time con una señorita.

El hombre parece tranquilo, alegre. No suena a una persona decepcionada.

Es bueno salir con gente joven. Tomemos juntos último trago y ostras. Por favor.

Elena sonríe, tiene que reconocer que los viejos son más educados que la gente de su edad. Quiere ignorar las tonterías que le dijo Blanca. Si el tipo es un caballero. Es obvio que no quiere tratarla como a una puta. Cruzan la planta baja y llegan al ala este del edificio, en donde hay un jardín con palmeras y un pequeño bar. A la derecha, se asoma la célebre escultura del pez. Se acercan a mirarla y Elena la estudia por un largo rato. Es una obra colosal.

Eligen dónde comer y se sientan. Sin mirar la carta, el sueco llama al mozo.

Confías en mí? Compraré un trago delicioso que fabrican aquí.

Sin azúcar, por favor.

El hombre ordena daiquiris de durazno y una porción doble de ostras crudas. El mozo vuelve rápido con el pedido.

Great peach daikiri. ¿Qué dices?

Elena lo prueba y le da la razón.

Ahora las ostras.

El hombre le muestra cómo abrir el caparazón: introduce el cuchillo de punta por la ranura de la concha y hace palanca. Luego, da la vuelta completa y con el filo abre la ostra. El bicho, aún vivo, se mueve en su coraza. El sueco lo despega y le agrega limón. Luego se mete todo el caparazón en la boca y lo saca vacío, lamiéndose los labios. Ella lo imita, pero cuando por fin tiene el bicho en la boca, la viscosidad le repele. Come varias, hasta acostumbrarse. Saben a mar y a melón.

Esto es muy bueno para tu dieta, dice el hombre, y ella celebra el comentario. Para mí, estás perfecta así.

El sueco apoya su mano en la de Elena y ella mueve los dedos para soltarse, pero él la sostiene con más fuerza y sube hasta la muñeca.

Tú puedes ser mi hija.

Esas palabras la alivian, pero no del todo.

Desearía que mi hija es tan dulce como tú. Eres tan amable.

Oh, solo deben darse una oportunidad.

¿Piensas tú eso?

Ella lo estudia por un rato. Le parece un hombre insatisfecho, al que le cuesta divertirse, pero suena interesado en su consejo. Entonces, Elena aprieta su mano también. El sueco se conmueve y deja escapar un suspiro.

Tengo un regalo especial para ti. Lo he ahorrado para el final.

Oh, muchas gracias, pero ya me regalaste demasiadas cosas.

Has sido muy amable conmigo. Esta visita de trabajo, muy aburrida sin ti.

El hombre inclina el pulgar hacia abajo.

¿Gustas conocer la suite Deluxe? Tengo mi obsequio allí, y conoces el cuarto, es súper chic.

Gracias, pero no, puedo esperarte acá. Además, no creo que me dejen entrar.

Claro que sí, y es una habitación bellísima, una vista panorámica de la mar.

No sé…

Es embarazoso darte presentes aquí. Y he comprado algo más bello que botas.

¿Más?, dice Elena.

Sí, so delicate.

Elena duda. Por supuesto que quiere el otro regalo y darle un vistazo al Mediterráneo desde una habitación de lujo. Pero necesita encontrar el modo de explicitar sus condiciones.

Subimos, te doy presente y bajamos pronto. Then you go.

Elena mira la hora en el reloj de pared que cuelga encima del mostrador. Son las dos menos veinte, mucho más temprano de lo que pensaba. Entonces acepta. Tampoco la pasó mal. No es un mal hombre. Comió ostras y ahora la espera otro regalo.

Hoy es nuestra despedida. Un poco de compañía está bien para mí. It’s pittyful, isn’t it?

Ella le da una palmada en el hombro y sonríe. El ascensor se detiene en el piso 20. El sueco la deja salir primero y luego se adelanta para que ella lo siga. Entran a la habitación 95. Se respira un aroma a lavanda mezclado con sal. Es un cuarto enorme, como un departamento de tres ambientes. Tiene muebles claros, un ventanal de lado a lado, un escritorio, heladera, bar, un vestidor sin puertas. La cama mide cerca de tres metros y es cuadrada.

El sueco le dice que se siente en el sofá y cierre los ojos. Ella lo obedece y él le hace palpar una caja con una tela dura, una especie de tul. La apoya en su regazo y la desenvuelve. Abre los ojos y descubre en el interior un vestido negro de encaje, con unos pocos apliques tapando el busto y las caderas. Lo levanta y lo hace flamear en el aire, mete la mano en la manga para observar el detalle de la trama. Es precioso, la prenda más delicada que haya visto.

¿Puedo tomar una foto de ti? Para recuerdo de esta semana.

Elena asiente y se contempla frente al espejo, con el vestido apoyado sobre su ropa.

¿Puedes colocarlo en tu cuerpo? Solo por la foto.

Ella se ríe, le dice que no tiene ganas de cambiarse, pero él insiste con amabilidad.

Elena se mete en el baño, pero no alcanza a cerrar la puerta. Lo escucha anticiparse.

¿Puedes ponerlo frente a mí?

Mejor no… dice ella en un susurro y trata de cerrar la puerta.

Por favor, es mi erotismo. No tengo otro.

Recuerda lo que hizo por el jamonero, por el cirujano, sabe que las fantasías de un viejo se consuelan con ese voyeurismo patético y entonces, cede. Le dice que espere y se asoma por la puerta en ropa interior, con el vestido, su ropa y los borceguíes en la mano. Deja el bulto y el calzado en el piso y se pone el vestido. Luego se quita el corpiño desde el escote. El hombre trae una cámara.

Elena se ajusta el cierre lateral, el hombre le saca una foto y le pide que se acerque. Deja la cámara sobre la cama y palmea el colchón.

Siéntate aquí, por favor.

Ella obedece.

Tócame.

Ella mueve la cabeza de lado a lado, fingiendo inocencia.

Come on, insiste el hombre.

No quedamos en eso, dice Elena. We didn´t agree on that.

El cierre del vestido la pincha.

Solo con tus dedos. Tan suavemente.

Ella se acerca despacio. La situación ahora le fastidia más de lo que la intimida. Si al menos estuviera con Annetta. Piensa que es un servicio. No es otra cosa. Un servicio a cambio de dinero. Un poco difuso, ese no había sido el acuerdo inicial. El hombre la mira con impaciencia. ¿Qué puede darle ella a un hombre así? Es un mendigo. Ni siquiera puede tener una erección.

Ella se arrodilla frente a él y busca su entrepierna. Escucha un gemido del sueco, que retiene su mano y le separa el dedo índice del resto.

Lick it. For me.

Ella tarda en comprender. Él se lo grafica metiéndose el dedo en la boca. Ella lo imita. El hombre se saca el pantalón y el calzoncillo y se arrincona contra el borde de la cama.

Now put it in my ass as I masturbate.

Ella niega, confundida.

Come on. Somos amantes para un día.

No lo soy.

We are playing roles! Niña tonta.

Ella no responde. Siente cómo aumenta su ritmo cardíaco. Mira sus cosas en el piso, la pollera plisada, el sweater, los borceguíes. Puede dejar todo si tiene que correr, menos la cartera con el pasaporte y las llaves. Además, no quiere dejar nada. Ni la pollera, ni el sweater. Ya hizo, incluso, una parte de lo que él quería y que no estaba en el trato. Ahora nadie puede decirle que ella lo estafó.

No voy a hablar con tu jefe, vamos. Puedes hacerlo.

Ella nota en su tono una amenaza que hasta ahora no había aparecido. Lo mira enojada. Él ni siquiera sonríe. Viejo zorro. Debería pedirle más plata, sacarle hasta el último peso que trae encima. Lo mínimo por tener que verlo con esa cara. Pero es solo un dedo. Qué más le da. Si quiere que le meta una lámpara, también. Se sienta sobre sus talones y se lame el índice. Haciendo movimientos suaves, lo hunde en el culo del viejo. El hombre consigue su erección y ella fuerza una sonrisa. Le gusta ejercer ese poder minúsculo con total eficacia. Ahora entiende el orgullo de las putas. Parar una pija que parece muerta. Sacar agua de las piedras.

El sueco se masturba con los ojos cerrados. Ella mantiene el dedo en el culo, presionando suavemente hacia arriba. Él la toma con las manos de la nuca y empuja su cabeza para que lo chupe. Ella se resiste.

Una vez. Suck it please.

No.

Entonces el hombre se tira sobre Elena, la hace caer al piso, de espaldas. Ella grita y él le tapa la boca con una mano y con la otra, le sube el vestido. Ya no parece un hombre mayor y se frota en la pelvis de Elena. *Cazador y presa están presentes a la vez. El peligro está abajo: es el agua; y arriba: es el trueno.* Elena recuerda el I Ching como un mantra. Leyó cien veces esa interpretación, pero ahora parece que le hablara a ella. Se mueve de un lado a otro y trata de zafarse, pero le faltan fuerzas. *Cazador y presa son un destino común.* No quiere que ese hombre le respire en su cara. Desliza los brazos doblados entre los dos y, aun así, no consigue moverlo. Que no me la meta. Mueve las caderas para esquivarlo. Viejo asqueroso. Pero ya lo siente. La bombacha tirante la lastima. La está mojando con su mierda. *¿Cuál es la presa predilecta de los zorros?* Debió pedirle lo que quería de buenas a primeras. Una puta hecha y derecha. *Una presa debe ser rápida y sagaz.* El viejo lame su boca y gime. Ella trata de relajarse para que no le duela. Para sumergirse en un tiempo paralelo. *Sin duda la liebre es la más hábil de todas las presas.* El hombre se mueve adentro de ella. Hijo de puta. Me va a llenar de enfermedades. La cara del viejo sugiere que puede morirse después de eso. Se queda adentro unos segundos. Ella contiene la rabia.

Se trata de sobrevivir, por encima de todo, porque la permanencia también es un legado. Las lágrimas le mojan la cara, el cuello. Los mocos no la dejan respirar. El sueco, debilitado, se corre hacia un lado. Elena se pone de pie.

No podía esperar, dice el hombre.

Ella se calza los borceguíes, no los ata. Él permanece boca arriba, se entrega al descanso. Elena junta su ropa, se cuelga la cartera y cruza la puerta. Tiene una sola pregunta en mente: ¿Dónde carajos habrá un hospital?

CAPÍTULO VEINTIOCHO. LAS LLAMAS LUNARES

Elena paró un taxi en la calle y le pidió que la llevara a un hospital público que tuviera guardia. El conductor le dijo que el único que le venía en mente era el Hospital Clínico y Provincial del Eixample, así que allí fueron.

No había mucha gente. Elena le explicó a la recepcionista que sentía un dolor fuerte en el estómago y la chica le asignó a un médico clínico. Mientras él la revisaba, Elena se animó a decir que, en realidad, se le había roto el preservativo a un chico que conocía muy poco y que no sabía qué tenía que hacer. El médico le dijo que había una sección dedicada a planificación familiar pero como ya estaba allí, él mismo le daría la pastilla del día después y las órdenes para detectar posibles enfermedades de trasmisión sexual. Le sugirió que se tomara la pastilla lo antes posible, pero que esperara un par de semanas para los análisis. Algunos, incluso, iba a tener que hacérselos de nuevo a los seis meses.

En el camino de regreso, Elena trató de reconstruir lo que había pasado. El sueco la había violado. No tenía ninguna duda de eso. Y tanto como necesitaba compartirlo con Blanca, sabía que no se lo contaría a Xavier. Supuso que su amiga le iba a salir con que era obvio que el tipo buscaba sexo, que el acuerdo era tácito, que ella se lo había advertido, pero igual, estaría de su lado. Aunque no fuera a hacer nada al respecto, necesitaba que su amiga le diera la razón. Estaba segura de haberle preguntado al hombre qué era lo que él quería. Repasaba los momentos en los que el sueco le hablaba con ternura, le decía que podía ser su padre, estupideces así. Además, no se había cuidado. Recordarlo le daba repulsión.

Quizá Edurne la entendiera mejor. Una puta sabía perfectamente cuando un trato era limpio. Y el suyo no lo había sido. Pero Edurne se iba a enojar de todos modos. La acusaría a su manera, distante y fría. ¿Cómo se le ocurría violar la prohibición más importante de la barra americana? Verse con un cliente afuera. Para eso estaban los cafiolos, para cobrarse las deudas con los que se pasaban

de vivos. O bueno, las putas sin cafiolo se agruparían para protegerse. Pero cortarse sola, sin ninguna experiencia… ¿No se había pasado de estúpida?

Elena apretó los puños, los dientes. Viejo de mierda, hacerse el amigo, el protector. Ella le había dicho que parara, sí, ahora tenía una imagen clara en su mente. Lo había empujado con los codos. El sueco tenía una fuerza que la había sorprendido.

Entró a Festa Popular y fue directo al baño. Se metió en la ducha, se lavó el pelo y se depiló con una gillette. Se ensombreció de pensar que el sueco ni siquiera consideraría que había hecho algo malo. *El anhelo por la liberación no termina nunca. Si alzamos los ojos a la luna, veremos que arde. La noche se enciende gracias a las llamas lunares. Sin ellas, nos perderíamos en la oscuridad.*

Se vistió y se tomó un buen rato en peinarse. Caminó hasta la habitación de Xavier y le robó un poco de aceite con el que se untó el cuerpo. Quería cubrirse con una pátina completa, renovar la membrana que la separaba del mundo. ¿Se le iría algún día la imagen del sueco? Una boca tembleque mordiéndole las tetas como un bebé hambriento, una mano prepotente buscando su bombacha. ¿Podría volver a coger con alguien sin sentir asco?

No había nadie en el departamento, casi nunca había nadie a esa hora. Pero Blanca le había pedido dormir ahí por unas noches, así que estaría por llegar. Buscó el I Ching. El libro la ayudaba a mirar sus problemas desde una perspectiva impersonal. No era más que eso, aunque no era poco, porque le servía para salir de sus embotellamientos mentales, como esos ejercicios de pensamiento lateral que se resolvían con creatividad. Lo hojeó. Blanca le había hecho marcas en los costados, anotaciones, dibujitos. Se preguntó qué cosas íntimas de ella le contaría Blanca a su madre. Cuánto sabría de la barra americana, de los besos con el novio de Montse. Cuánto rechazo le causaría enterarse de que la habían violado.

Caminó hasta la cocina y abrió las alacenas, buscando algo dulce. Encontró una caja de cereales de chocolate sin abrir y un pedazo de torta galesa. Serían de Halima. Comió la porción y metió una mano en la caja de cereales. Tragó casi sin masticar. Abrió la heladera y buscó algo para echarles encima, quería comer lo que fuera, algo más dulce todavía, o salado y picante. Encontró una botella

de sirope por la mitad, un pedazo de queso gruyere, y repartió el sirope entre el queso y los cereales. Acabó el queso y se comió de un saque todo el pote de cereales apenas húmedos. A los diez minutos, estaba repleta, hinchada. Tomó un vaso de agua y corrió al baño a lavarse los dientes, pero cuando estuvo sobre la bacha, la cabeza inclinada, la respiración entorpecida, recordó el impulso que hacía meses no sentía. Se arrodilló frente al inodoro, se metió los dedos en la boca y vomitó varias veces hasta que sintió el gusto a bilis y la garganta le empezó a arder.

Blanca. Vení. Pensó que aún sus críticas la reconfortarían. Por lo menos, Blanca ya no podía reprocharle lo de Carlos. Al contrario, ahora podría comprender la diferencia entre una cosa y otra.

Pensó en sus padres. Para partirse de dolor hubieran necesitado la información que ella nunca les había dado: que había trabajado en Monte Adriano, que había llegado bastante lejos. En cambio, si evitaba esa parte, su madre aplicaría la mayor racionalidad al asunto: terapia, acompañamiento y seguir la denuncia hasta el final, hasta ver al tipo en la cárcel. Y la pastilla, por supuesto, para evitar un embarazo. Elena recordó que todavía no se la había tomado. Buscó en su cartera la caja que le había dado el médico, leyó el prospecto y tragó la pastilla, empujándola con agua.

Escuchó el timbre. Se asomó por el balcón y vio a su amiga.

Me he dejado las llaves en lo de Montse, gritó Blanca.

Elena bajó las escaleras y la abrazó como si volviera de la guerra.

****

Las chicas fueron directo al cuarto y cerraron la puerta. Elena le contó a Blanca todo lo que le había pasado esa tarde, desde que entraron con el sueco al hotel hasta que subieron a su habitación, el regalo con los ojos vendados, el vestido, el baño, su intento de resolverlo rápido, la violencia repentina de ese hombre que antes de que la violara le había parecido inofensivo. Blanca la escuchó con atención, alternando entre silencios y abrazos de consuelo. No había nadie más que ellas así que fueron a la cocina a preparar un té. Se sentaron a tomarlo en el living. Uno de los gatos se subió al

regazo de Blanca. Elena prendió la tele y la dejó sin audio. Le pareció que ese ambiente hacía menos llamativo que estuvieran conversando ahí. No quería que entrara Halima o Donat y las vieran llorando, las obligaran a inventar una excusa.

Así que no harás la denuncia.

No. No. ¿De qué me serviría?

A ti no, pero a las otras. El tío no debería ir por ahí haciendo eso.

No creo que lo haga.

¿Por qué no?

Es que no fue una situación común.

¿Qué quieres decir? No empezarás tú a culpabilizarte como esas mujeres golpeadas.

Elena tragó saliva. ¿Se había convertido en una de ellas? No, claro que no, pero no tenía la fuerza para convencer a otros de su inocencia.

¿Se lo has contado a alguien de la barra?, preguntó Blanca mientras terminaba su té.

No.

Al menos te pagarán la última salida.

No voy a dejar la barra, Blanca. No hasta que encuentre otra cosa.

¡Qué dices!

Es que no tengo nada de plata. Necesito trabajar un mes más, por lo menos.

¡Joder! Deja de ser tan necia. No sirves para eso, no tienes ni puta idea de lo que estás haciendo, y no te pondrías a conducir un coche de fórmula uno si no has manejado lo suficiente, al menos, trata de hacer esa comparación.

Elena asintió. Se masajeó las sienes, la frente, el dolor de cabeza la estaba acorralando.

Yo no debí haberme encontrado afuera con él. Ese fue el único error, Blanca.

Creo que no te has puesto a pensar en otras opciones. No en profundidad.

Elena se frustró. No la ayudaba que Blanca se pusiera tan dura en ese momento porque sabía que la necesitaba. No podía tomar ninguna decisión sola.

¿Y por qué no vuelves a servir tragos como al principio?

Elena movió la cabeza, desahuciada. Blanca le dijo que podía prestarle dinero, que se lo devolviera cuando encontrara otro trabajo. Elena pensó que podría trabajar en la barra esa noche y la del lunes, cobrar el martes y no volver jamás, así no tenía que enfrentar la situación de renunciar, pero la posibilidad de que alguno de los suecos se apareciera en Monte Adriano, la estremeció.

Voy a hacer lo que me proponés, mientras busco otro trabajo, y en cuanto pueda, te lo devuelvo, pero quiero cobrar lo que hice estos días. ¿Me acompañarías hasta la barra?

No puedes quedarte.

Puedo decirles que me siento mal y que solo iré para hacer bulto, ellos aceptan eso también, mintió Elena.

No sabes si ese hijo de puta ha dicho algo, a lo mejor, vas y te metes en un lío.

Pero me deben un montón de plata y si no voy hasta el martes, no la voy a cobrar. Si me dan eso, creo que tiro por dos o tres semanas. Y esta noche, trato de pasar desapercibida. Si van los suecos, me escondo en el baño. Ay…

Elena sintió un dolor agudo en la panza. Los nervios le frenaron las palabras. La boca se le secó.

Blanca la abrazó y lloró con ella. Le dijo que estaba loca, que no podía volver a ese lugar sintiéndose así, que hicieran la denuncia. Que volviera a su país si era necesario. Pero cuando dijo eso, Elena la apartó. No quería sentir que lo que había pasado truncaría sus planes, sus ganas de vivir y estudiar en Barcelona, de viajar con Blanca algún día. Quería superarlo, entenderlo como una tragedia con suerte de la que tenía que aprender, como había hecho el tal Alex con el accidente de auto. ¿Pero aprender qué?

Venga, te acompañaré. Pero si te llegas a sentir mal, tienes que irte, olvídate del dinero. ¿Me lo prometes?

Sí, dijo Elena recuperando la voz. Voy a tratar de salir más temprano.

Caminaron en silencio hasta el subte. Elena imaginaba posibles estrategias para quedarse de florero hasta el día de pago. No conseguía salir de su aturdimiento y cada tanto, la asaltaban pequeñas descargas de odio, sentía la piel tirante y una piedra en la nuca, como si se le solidificara la sangre.

Blanca la acompañó hasta la puerta de Monte Adriano y se despidieron. Luego, cruzó a la vereda de enfrente y se detuvo frente a un local de filatelia.

Elena tocó la puerta del local. Abrió Sergio.

Sabes que no puedes regresar, ¿verdad?

¿Qué?

Te has visto afuera con un cliente. Lo sabemos todo.

Elena extendió la mano para que el hombre no cerrara la puerta. Intentó jugar su última carta.

No fue mi culpa, ¿qué le contaron? Por favor, déjeme explicarle.

Vete a tomar por culo, le dijo el hombre y dio un portazo.

Elena tardó en alejarse. No estaba enojada sino abatida.

Cruzó la avenida y fue al encuentro con Blanca, que no se sorprendió de verla, sino que, por el contrario, le sonrió, como si la hubiera estado esperando.

CAPÍTULO VEINTINUEVE. POLVO ERES

Habían planeado mirar los capítulos grabados de *Doctor en Alaska*, pero el sábado a la tarde, se cortó la luz en el edificio y tuvieron que cambiar de planes. Elena no quería salir, pero Blanca le insistió con que fueran al cine para poner la cabeza en remojo y esa imagen la sedujo. Vieron una fuera de circuito, *Magnolia*. La película mostraba varias series que se cruzaban. Una de ellas, la que más las hizo llorar, reconstruía una historia de amor triste e injusta. A la salida, Blanca propuso que compraran ensaimadas, así Elena probaba por fin el tradicional cabello de ángel. Elena devoró su pastel. Sentirse culpable por eso le pareció un sentimiento lejano e incomprensible.

Caminaron abrazadas, como cuando eran adolescentes y cursaban en el mismo colegio de Banfield y no querían separarse ni un minuto. Recuperaban la calma de saber que podían confiar la una en la otra.

Escucharon sirenas apenas entraron por Nou de la Rambla. Caminaron acelerando el paso y por fin comprendieron que algo malo podía estar ocurriendo en Festa popular: un coche de policía se estacionó junto a un camión de bomberos en la puerta del edificio.

¿Qué habrá pasado?

Corrieron hasta frenarse con el gentío. Elena miraba por encima de las cabezas, pero no reconocía a nadie.

Parece que una chica se ha arrojado, pero cayó en el toldo y tuvieron que descolgarla los bomberos, comentó una mujer. Un horror.

Elena y Blanca avanzaron juntas hasta el pequeño claro que se formaba en la multitud. Del otro lado de la ronda, los rulos de Halima se asomaban por los barrotes de una camilla. Xavier las reconoció y corrió hacia ellas.

¿Es Halima?, quiso confirmar Elena, casi sin voz.

Sí, sí, está muy grave, no sabemos si sobrevivirá. Se han llevado al Donat pues le ha dado un ataque.

La sirena de la ambulancia hizo retumbar el barrio.

¿Recién viene la ambulancia?, preguntó Blanca.

Sí, la han asistido un poco los bomberos, pero no es lo mismo. Ojalá se salve, pero a lo mejor y quede en silla de ruedas.

¿Sabes lo que ha pasado?

Nada, que lo vio al Donat con su prima. Hacía tiempo que salían y esta semana lo hicieron público.

¿Pero no cortó antes con ella?

Lo intentó, pero sabes cómo es la Halima.

No, no sé.

Que lo manipulaba con eso de matarse. Lo amenazaba, vamos. Él no se lo tomó en serio porque ella lo había hecho toda la relación.

No parece que no hablara en serio.

La voz de Blanca sonaba acusatoria, pero Elena no quiso intervenir.

Pues no. Era literal. Menuda loca. Aunque de haber querido matarse…

¿Quieres decir que no se quiso matar? ¿Qué está jugando con los demás?

Los suicidas son manipuladores, ¿no lo sabes? Eso no los hace menos frágiles.

Se notaba que Xavier quería abandonar la discusión. Elena reconoció en eso un estilo.

¿Y se lo había contado a su familia?, insistió Blanca.

No sabemos. Donat dice que sí, que había estado internada por depresión y tal.

Cabronazo.

¡No es culpa de él!

Claro que es culpa de él que ella no tuviera la contención necesaria y de que él no cortara con ella antes de salir con su prima, ¿no? Ni hablar de meterse con su prima, como si no sobraran mujeres. Qué tío más borde.

¿Y tú quién te has creído?

Cualquier cosa mejor que tú y tu amigo.

Elena pensó que esa crítica iba dirigida a todos, incluso a ella.

¿No te parece que estás exagerando?

¿Pero de qué hablas? ¿No veis cómo vivís aquí? Creéis que todo es libertad, que no hay compromisos, que podéis hacer lo que os sale de los cojones.

Blanca lanzó la última parte de la frase con indecisión. Como si esperara un pie para ser todo lo cruel que podía. Pero Xavier no se lo dio. Nunca lo hacía. Al contrario, desvió el tema.

Habrá responsabilidad de su médico, ¿no?

La ambulancia se detuvo frente al gentío y bajaron dos enfermeros. La multitud se dispersó. Un auto frenó de golpe y de él salió una mujer gorda, que corrió hasta el cuerpo de Halima como si escapara del fuego. ¡Mi niña!, gritó y cayó de rodillas al ver el estado de su hija.

Elena no pudo contener las lágrimas. Pensó en su madre. Ella no lloraría. Se derrumbaría por dentro, pero no dejaría que sus emociones salieran a flor de piel.

Pobre mujer, comentó Blanca. ¿A dónde la llevan?

Al hospital municipal, supongo, dijo Xavier.

¿Y tiene más familia que ella?

No sé casi nada de Halima.

Menos mal que habéis vivido juntos por años, dijo Blanca.

Ponte contenta pues van a demoler el edificio.

¿Dentro de poco?, se alarmó Elena.

Así es, pero esperaba unos días para decírtelo. Aunque de no haber sido por el ayuntamiento, lo hubieran derruido las termitas.

Elena sonrió. Recordó su miedo de los primeros días. La sensación de estar a la intemperie que alguna vez le había provocado ese edificio. Ahora, en cambio, lo consideraba un refugio.

Pues ya lo sabes. Debes buscarte otro sitio donde vivir, porque en cualquier momento nos llegará la orden de desalojo. Donat y yo nos iremos a Lérida hasta encontrar otro piso. Tú puedes venir también, por supuesto. Ya lo hablaremos.

Xavier las despidió porque la policía iba a tomarles declaraciones a todos los que habían presenciado el hecho. Al rato, llegaron unas mujeres que parecían familiares de Halima y abrazaron a la madre. Dos de ellas subieron a la ambulancia y se sentaron al lado de la camilla. Donat volvió en un taxi, acompañado de un amigo. Seguía en shock, pero se esforzaba en mostrarse servicial. Elena miraba la escena con ansiedad. No sabía a quién unirse. Antes de que partiera, preguntó a uno de los enfermeros a qué hospital la llevarían. Él dijo que al Clínico y Provincial de Barcelona, el mismo al que había ido ella. No le sorprendió, pues era un hospital enorme. Iría a verla en cuanto su presencia pudiera aportar algo que no fuera confusión.

Temió que Halima no sobreviviera. La vida se desgarraba a su paso. No tenía nada a lo que aferrarse. Ni siquiera la convicción de que las desgracias eran algo excepcional.

CAPÍTULO TREINTA. HALIMA

Elena y Blanca pasaron la noche del sábado y el domingo en lo de Alicia, que se había ido a Formentera. El lunes, volvieron a Festa Popular y se enteraron de que había llegado la orden de desalojo. Lo de Halima había alarmado a los dueños del piso y les quedaban unas pocas semanas para abandonar el lugar. El anuncio de Xavier se había precipitado y Elena tuvo que admitir de golpe que mudarse era urgente. Siempre podía aceptar su propuesta de ir a Lérida, pero entonces, se le complicaría la búsqueda de trabajo. Así, la idea de volver a Buenos Aires empezó a tomar forma en su cabeza, con la tenacidad de la culpa.

Esa tarde, Blanca y Elena llamaron de nuevo al hospital desde el fijo de Festa Popular que, para su suerte, funcionaba. Les dijeron que Halima estaba fuera de peligro y ya podía recibir visitas, así que allí fueron. En la sala de espera había tres mujeres hablando en árabe. Blanca y Elena se presentaron y les preguntaron si eran familiares de la chica. Ellas respondieron que sí.

Dios es grande y la ha salvado, dijo la que parecía mayor. Nos ha dado una lección a todas. La Halima está viva.

¿Pero cómo está? ¿Habla?, preguntó Blanca.

Ah, sí, sí, de milagro se ha quebrado solo un brazo y dos costillas. ¿Queréis pasar?

Las chicas dijeron que por supuesto y le agradecieron la información con un apretón de manos.

¿Donat ha venido?, preguntó Elena antes de alejarse de la señora.

Sí, pero Halima ha dicho que prefería no verlo y ahora es él quien llora por los pasillos. Claro que sabemos que se le pasará pronto. Lo que siente no es amor sino desprecio por sí mismo.

Es probable, dijo Blanca.

Elena abrió la puerta de la habitación. Halima hacía zapping con pocas ganas, pero en cuanto las vio, largó el control remoto y las invitó a pasar, con una alegría franca. Tenía el brazo derecho enyesado y sostenido por un cabestrillo. La cara seguía amoratada y cubierta de cicatrices. Ellas la abrazaron y se sentaron en la cama.

¿Sabéis jugar a las cartas?

Antes queremos que nos cuentes cómo estás, dijo Elena.

No quiero hablar de lo que ha pasado.

¿Estás segura? ¿Por qué? Nosotras vinimos a escucharte.

Gracias. Entonces os diré algo: no sabéis lo bien que se siente morir. He entendido por qué los suicidas son reincidentes. Simplemente, dejas de sufrir.

Oye, Halima. pero ¿no crees que tu mamá está sufriendo también con esto? Blanca no pudo reprimir su comentario incómodo.

Muchísimo.

Elena quiso evitar que su amiga siguiera por ese camino, pero Halima no se mostró ofendida. Parecía inmune a cualquier agresión verbal. Como si contemplara el mundo de los humanos con la perspectiva de otra especie.

¿Y no te duele? ¿No te preocupa herirla?, insistió Blanca.

En parte, pero es cierto eso de que el sufrimiento sirve para valorar más lo que se tiene. Nadie sabe hacerlo. Ni yo. Yo no he sabido lo que tenía.

¿Lo dices por Donat?, preguntó Blanca, desconcertada. ¿Acaso crees que un tío vale tanto la pena?

Halima arqueó las cejas, cínica.

¿El Donat? No, no lo vale.

Por él te has tirado.

Para darme cuenta de que no lo vale. Y qué cosas de las que tenía no conseguía apreciar. ¿Sabes por qué aun cuando quieres morir no mueres? ¿Por qué, a pesar de que podrías dejar de sufrir, eliges vivir? Para ver el cielo durante el día. Creo que lo único malo de la muerte es que allí no hay sol. Por eso, quiero más que nunca ir a visitar a mi familia a Marruecos, la tierra del sol. ¿Te importaría dejarme sola con Elena, Blanca? Solo un momento.

Blanca se sorprendió, pero no más que Elena.

De acuerdo, dijo y se colgó de nuevo la mochila.

Una vez que la puerta del cuarto estuvo cerrada y sus pasos se perdieron por el pasillo, Halima se decidió a hablar.

¿Tú también sientes que no estás a su altura? Ella es tan perfecta, tan exigente…

¿Quién, Blanca?

Sí, claro. Jamás he podido sentirla familiar, como a ti, y eso que no eres española.

¡Pero si somos re parecidas ella y yo!

Vamos ¡es una pija! Su familia es muy rica. Y nadie que no tenga tanto dinero se comporta como ella, con esa pedantería para hablar, para decir cómo hay que vivir. ¿Tú acaso lo sabes?

Elena bajó los ojos y no atinó a contestar.

Claro que no, porque, además, no puedes. Cuando no eres rico comprendes que tienes que trabajar y dependes de los demás. No puedes ser tan soberbia como ella.

Ella tuvo que trabajar estos meses.

Si, ya, pero ¿cuánto tiempo? Lo hará por un año, o dos, para tener aventuras, pero seguro ha de tener herencia, más de una casa, podrá hacer su carrera y luego, no tendrá siquiera que buscar un trabajo porque su familia se lo conseguirá.

Elena lo aceptó, con pocas ganas. Tampoco se sentía cerca de Halima.

Deja de actuar como si fueras ella. ¡Haz tu vida! No dejes tampoco que te vaya de perro faldero porque cuando tenga que elegir, nunca te elegirá a ti.

Eso ya lo sé.

Pues entonces no he dicho nada.

Elena tragó saliva, pensativa. Le pareció que también esa chica había salido fortalecida de la desgracia, como Alex. Entonces, se animó a preguntar si tenía intenciones de volver con Donat.

Nunca, dijo Halima.

Sus lágrimas contagiaron a Elena.

No volveré a verle, no volveré a hablarle. Me coseré la boca antes.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO. CONFLUENCIAS

Elena tocó el timbre del portero de Edurne. Había llegado corriendo desde el hospital. Estaba transpirada, olía mal, sus ojos seguían irritados. Quería hablar con ella. Sus palabras tenían puntería. Tocó el timbre varias veces hasta que oyó la voz de Aitor. Cuando lo vio bajar a las zancadas, pudo reconocer en él el aspecto aniñado que la había seducido la primera vez. El chico abrió la puerta con una sonrisa y le sugirió que esperara a su hermana adentro. Subieron. Elena le preguntó si había conseguido trabajo y él dijo que sí. En una ferretería. Le aclaró que no sabía nada de herramientas pero que con lo poco que había aprendido le alcanzaba para venderlas. Ella lo felicitó.

Cuando Aitor abrió por completo la puerta del departamento, una chica regordeta, de unos veinticinco años, saltó del sillón y se acercó a ellos. Tenía puesta una remera blanca sin corpiño y un short. Le dio un beso a Elena y corrió hacia el cuarto. Sus tetas se sacudían con el vaivén como dos pomelos sueltos. Aitor la siguió con ojos embobados hasta que la chica se perdió en el pasillo.

¿Así que Edurne va a tardar? ¿Y no te dijo a dónde iba?, preguntó Elena.

Creo que a comprar ropa. A qué otro sitio iría mi hermana.

No sé… tiene muchos amigos. Le gusta el cine, la literatura. Además, en un rato entra a trabajar.

Eso sí, dijo él e hizo un largo silencio. ¿Quieres tomar algo? ¿Te apetece un café?

Bueno, gracias.

Elena observó la casa con atención, el espacio en el que Edurne había tomado decisiones. Pensó que a ese cuarto le sobraban puertas y paredes. Que sería más cómodo si derribaban la arcada central. Le gustó descubrir que su interés por la arquitectura no estaba muerto. Aitor volvió con un pocillo y una azucarera. Los dejó en la mesita ratona y ella bebió el café en sorbitos cortos.

Quédate aquí hasta que llegue mi hermana. ¿De acuerdo?

Elena miró sus manos. Temblaban, pero Aitor no pareció notar nada y se fue a su pieza. No eran más que dos extraños.

Escuchó el picaporte y el chirrido de la puerta principal. Una cabeza rubia se asomó por el marco.

¡Edurne!, gritó Elena y corrió a abrazarla.

La chica la apartó con suavidad.

¿Has estado aquí por mucho tiempo?

Tu hermano me dijo que te esperara.

De veras eres extraña. ¿Quieres tomar algo?

Elena negó con la cabeza. Aitor me preparó un café.

Vaya. Qué progreso. Mi hermano es capaz de ofrecerte agua si para ello no tiene que moverse. Y más cuando está con la palurda de su novia. Todo el tiempo follando y yo, que me desvelo al menor ruido… No te imaginas el insomnio que me causan.

Al menos se olvidó de su novia anterior.

Sabes muy bien que antes ha tenido que olvidarte a ti, dijo Edurne, y Elena no pudo ocultar la sorpresa.

¿Por qué has faltado de nuevo a la barra? Sergio ha preguntado por ti el jueves. El viernes, ya no lo hizo. Supongo que le has avisado.

Sí, llamé porque me sentía mal, mintió Elena.

Entonces te han vuelto a perdonar. Ven. Quiero mostrarte lo que me he comprado. Y así me cuentas por qué has decidido hacer una cosa tan estúpida como encontrarte afuera con un cliente.

¿Qué? Ya lo sabías, ¿entonces?

Te acabo de dar la oportunidad de que me cuentes la verdad, pero has elegido tomarme de tonta a mí también.

No, no… vine para contártelo, pero me agarraste desprevenida.

Pues claro que lo sabía. Uno de los suecos se lo contó a la uruguaya. Ella a Teresa y a ella se le hizo agua la boca.

Elena se largó a llorar. Incluso la manera en que se había enterado Sergio era un final anunciado.

¿Cómo puedo ser tan estúpida?

Es una buena pregunta.

Elena intentó explayarse, pero no pudo.

¿Qué te ocurre? Por dios, no soporto las escenas. ¡Cuéntamelo de una vez!

Edurne le dio dos golpes en la espalda y la ayudó a limpiarse las lágrimas.

Escupe. Soy buena consejera.

Me violó. Yo no quería, yo solo le había dicho que saliéramos a tomar algo, y que…

Joder. No falla. La tierna pastorcita que cree que puede engañar al dueño del rebaño y al lobo. ¿Y a quién tendremos que darle una paliza por no pagarte?

Elena carraspeó para hacer tiempo. No esperaba que la chica tuviera esa respuesta. O sí. Pero jamás habría sabido cómo tomarla.

Estoy de coña, pero no creas que no podría encontrar en la ciudad a quien hiciera ese trabajo.

Me imagino.

Elena se limpió los mocos y lágrimas con el puño.

No es que no me haya pagado. Me regaló un montón de ropa, pero eso era todo y luego, me llevó a su cuarto para darme otro regalo y ahí me violó. Yo no quería acostarme con él. Salimos a almorzar, tomamos algo, nos divertimos. Yo creí que con eso estaba bien. Me parecía macanudo, qué sé yo.

Y entonces hiciste un trato confuso con un hombre poderoso. ¿No sabes que esas cosas salen mal?

No, no, yo…

Elena se sentía desnuda frente a Edurne.

Es que, míralo así: tú eres un cordero aún, inmigrante, niña, y eliges ignorar las reglas de tíos que se dedican al negocio hace varias décadas, como la que te puso Sergio. Y el cliente es un extranjero rico, ¿tienes una idea de la inferioridad en la que te encuentras? ¿Sabes lo que pensaría la gente de ti, si lo comentaras?

Elena afirmó con la cabeza. Sus ojos se movían de un lado a otro, buscando consuelo.

No. ¡No lo sabes! Intenté explicártelo todo este tiempo, pero aún no lo entiendes.

Elena le prestó su mayor atención. Nunca la había notado tan enojada.

Eres la última escoria del mundo, eso eres para casi todos. Todo lo que hayas hecho con ese tío lo usarán en tu contra.

Él me trataba con respeto. Me dijo que lo hacía acordarse de su hija… nunca sospeché que me pudiera forzar o violar. No me sentí insegura con él hasta el minuto antes de que pasara.

Edurne le hizo una caricia maternal y caminó hasta la cocina. Volvió con dos latas de gaseosa.

Tomate esto. Cuéntame. ¿Tienes algún testigo?

No quiero hacer la denuncia.

Mira. No creo que debas o no debas hacerla. Es una decisión personal, porque nadie puede decirte a qué debes entregar toda tu energía, pero si vamos a ser pragmáticas, cuanto antes lo hagas, mejor será. Más pruebas podrán encontrar de un abuso.

No. Yo solo quería contárselo a alguien de la barra. Quería contártelo a vos. Confío en vos.

Lo sé. Gracias. ¿Tienes marcas?

Elena levantó los hombros, atónita.

Te tomaré algunas fotos. De las muñecas, brazos, el cuello, debe haber algún lugar donde haya ejercido una fuerza excesiva…muéstrame.

Elena se negó, convencida. Empezaba a tener ganas de escapar.

De acuerdo. No te presionaré. ¿Se lo has dicho a alguien más?

A Blanca, mi amiga.

¿La hija del fiscal? Edurne hizo un chasquido con la lengua. ¿Y qué te ha dicho?

Me preguntó si pensaba hacer la denuncia. Lo mismo que vos.

A ti no te harán el mismo caso que a ella, puedes intuirlo, ¿verdad? No quiero desaconsejarte, más bien lo contrario, pero no quiero darte falsas expectativas.

Elena asintió. Igual no quiero hacer la denuncia, traerme un nuevo problema. Ya te dije. Solo espero que no me haya contagiado nada.

Entonces, déjalo reposar en tu mente. Déjalo tomar su justo lugar y en un tiempo, sabrás qué hacer. Lo primordial, como dices, es que no te haya enfermado.

Como si fuera poco, no tengo trabajo y en unos días, me quedo sin casa.

Joder. Lamento no poder alojarte, pero ya tengo los cuartos alquilados, y el de mi hermano, que nos dejará, reservado también. De todos modos, creo que este es el más sencillo de tus problemas. Ya encontrarás una pieza. Y sobre el trabajo, puedo darte una mano con eso, déjame pensar.

Gracias, dijo Elena y la abrazó.

Edurne la acompañó hasta la puerta. Aitor estaba por salir y le propuso que bajara con él. En el hall del edificio, Elena reconoció una cabellera familiar. Al acercarse, los rasgos de Alex, el de la fiesta de Montse, se le volvieron nítidos.

Hola Alex, veo que tenemos muchos amigos en común.

Tú eres amiga de Blanca, ¿verdad?

La misma.

¿Es tu novia?, preguntó Alex a Aitor.

Qué va, qué va. Es amiga de mi hermana. He bajado a abrirle. Qué tal tú.

En mi línea.

Cruzaron la puerta y Elena quedó del lado de la calle, pero antes de que los chicos desaparecieran de su vista, tuvo una idea y les gritó para que regresaran. Aitor le abrió de nuevo.

Alex, dijo Elena. Me acordé de que tenías un piso muy grande, el que compraste con la indemnización.

El irlandés dijo que sí.

¿Me podrías alquilar una habitación?

Alex asintió enseguida. Parecía contento con la propuesta.

Me queda cuarto más pequeño. Muy barato. Doscientos euros.

Excelente.

Él y su novia vivirán con nosotros, dijo Alex y señaló a Aitor.

Elena aplaudió de alegría. La mala suerte era tan casual como la buena.

De camino a Festa Popular, sintió la humedad entre las piernas. La pastilla le había hecho efecto.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS. ERASMUS

El martes, Blanca invita a Elena a la casa de su madre para celebrar la Nochebuena, que haya conseguido pieza en lo de Alex y que no esté embarazada. Le comenta que Alicia decidió alargar su estadía en Formentera y pasará también las fiestas allí. Su hermana Montse se fue con ella. Elena acepta porque no tiene ánimos para compartir otro momento junto a Xavier y su familia en Lérida. Además, la relación entre ellos se está volviendo cada vez más fría. Pasan varios días sin verse y sin hablarse. Quizá la palabra "novios" siempre les quedó grande.

Elena ya empezó a guardar sus cosas para mudarse. Tiene el doble de ropa que cuando llegó, y a eso, debe sumarle los apuntes de la carrera, libros, maquillaje, toallas y utensilios de cocina.

Se baña, se cambia y arma una pequeña muda para pasar la noche, por segunda vez en la semana, en Sarrià-Sant Gervasi. Blanca le dijo que no comprara nada porque la heladera de su madre estaba llena de fiambre, quesos y verduras que se echarían a perder si no los comían pronto. Y que de postre podían hacer una ensalada de fruta.

Elena pasa por la casa de fotos antes de tomar el subte. Le dicen que la mitad de sus rollos se velaron porque tuvieron un problema en el laboratorio y en compensación, le regalan diez nuevos y las tiras de contactos, con las pocas fotos que pudieron salvar.

Cuando Elena llega a lo de Blanca, su amiga está terminando de preparar la cena. Elena le cuenta, afligida, que no habrá registro de lo que vivieron juntas esos meses porque casi todas las fotos se han perdido. Blanca le recuerda que no hay mal que por bien no venga. No necesitan tantos recuerdos. Solo algunos.

Elena se acerca al balcón y mira los decorados navideños de las casas de la cuadra, las familias que se unen con expectativa después de un tiempo sin verse. Regresa al lado de Blanca y pone la mesa, rumiando pensamientos. La esperanza a futuro no le alcanza para compensar lo malo que pasó.

Blanca pone un cd con la banda sonora de *In the mood for love.*

Debo darte otra noticia triste. Me he presentado a una beca Erasmus y me ha salido.

¡Viste!, te dije que te la iban a dar. Qué bueno, te felicito. Es un poco triste, sí. Te voy a extrañar muchísimo. Pero es por unos meses, ¿no?

No. Son dos años.

Dos años. Es un montón. ¿A dónde te vas?

A Inglaterra, y viajo la semana que viene. Por eso quería que pasáramos juntas la Navidad. No tendré tiempo para verte de aquí a que me vaya. Lo siento mucho.

Elena la mira fijo. Trata de descubrir en su cara algún signo de duda. Y no. Se nota que es una decisión tomada. Busca el techo con los ojos intentando desempañarlos y respira con calma para organizar esa nueva información. Debe ser su castigo por haber encontrado habitación. Blanca le explica mejor, pero Elena ya no siente que intente consolarla sino excusar a Alicia, a su padre, las expectativas de su familia, las suyas propias. La escucha, aunque Blanca ni siquiera la esté mirando y hable como si fuera un monólogo. Que está muy cansada de las peleas con su madre. Que en Londres tienen unos campus que aquí ni sueñan, que necesita volver a estudiar, concentrarse, que aquí no puede, pero Elena tiene su propia interpretación y se la echa en cara: Alicia y su padre le pusieron un ultimátum.

Blanca le dice que sí, que por supuesto, pero ella también tiene ganas de irse.

Por las ventanas, el griterío y los aplausos anuncian que ya es Navidad. Blanca y Elena suben a la terraza con copas de vino. Una vez arriba, Elena le dice que la comprende, que ella haría lo mismo, pero le duele como si la cortaran a hachazos. Blanca llora. Deja que su tristeza se escurra por los ojos, pero Elena no puede. Se escucha de lejos una melodía flamenca. Elena la reconoce, empieza a tararearla. Es “Como el agua”, una canción de Camarón que conoció por Xavier. Blanca deja de llorar y la sigue. La sabe completa. Chocan sus copas y cantan juntas, pero los petardos tapan sus voces. En el cielo, los fuegos artificiales también opacan las estrellas.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES. NICOLA

¿Como asistente?, pregunta Elena, cuando Edurne le cuenta que le consiguió trabajo, un jueves por la mañana.

Sí. Serás una especie de secretaria personal. Nicola es un hombre muy ocupado, porque además del numerito de la sala Teherán que tú has visto, protagoniza películas triple X y hace coaching de actores porno. En cuanto le hablé de ti, recordó enseguida quién eras, y me dijo que serías su asistente ideal. Que vayas directo a su casa la semana que viene. Debes llevarle la agenda, concertar sus entrevistas, castings, los ensayos del Teherán, comprarle ropa y la comida de sus perros. Apunta su teléfono.

Elena buscó papel y lapicera y anotó el número, anonadada. El sueldo de seiscientos euros la llenó de expectativa. De repente, parecía que los planetas se alineaban a su favor. Pero no. Debía haber gato encerrado. Edurne la ayudó a ver los puntos flacos del asunto. Le dijo que Nicola era un neurótico insoportable, que no la dejaría ni un minuto tranquila si ella no le ponía límites y que la obligaría a ver una infinidad de documentales.

No me molesta para nada, dijo Elena, soltando una carcajada. Muchas gracias por pensar en mí.

A mí me ha hecho bien ayudarte. No puedo creer que exista alguien más gilipollas que mi hermano, y esa eres tú, dijo Edurne sin ironía y cortó.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO. EL ESPEJO

La noche del jueves arregló con Xavier para cenar. Él había venido a buscar las últimas cosas que le quedaban en el departamento para llevarlas a Lérida. Le contó que había conseguido un trabajo temporario en el centro de esquí de Font Romeu en los Pirineos franceses y regresaría a Barcelona recién en mayo. Elena le contó de su puesto como asistente de Nicola. Quisieron despedirse juntos de Festa Popular.

Xavier había comprado un pollo con papas bravas en una rotisería del Raval. Aclaró que hubiera preferido cocinar, pero no había tenido tiempo.

Decoraron la mesa del living con un candelabro y dos piñas y se sentaron a comer. Tardaron en encontrar un tema de conversación y finalmente, Elena comentó lo mucho que lamentaba no despedirse de Blanca en el aeropuerto. Ahí descubrió que tenía bastante por decir. Que, si Alicia ya era un límite, se imaginara lo que serían también Montse, su padre y su esposa. Que cómo se había ganado tantos enemigos habiendo hecho tan poco y que Halima le había hecho pensar que los problemas con ellos no eran otra cosa que desprecio de gente rica.

Xavier prestó más atención cuando escuchó el nombre de Halima y quiso aportar sus novedades. La chica ya había salido del hospital y había vuelto a lo de su madre. Donat se había separado de la nueva novia antes de cumplir tres meses y le había suplicado a Halima que volvieran, pero ella lo había tratado como a un desconocido.

Al rato, Xavier caminó hasta su cuarto, con las manos todavía engrasadas por el pollo. Volvió con un paquete y se lo entregó a Elena. Era un cd con canciones de Kiko Veneno, Camarón y Pata Negra.

Para que no te olvides de Festa Popular.

Nunca me voy a olvidar.

Xavier meneó la cabeza de un lado a otro y la besó.

Yo esperaba que nos casáramos y tuviéramos cinco niños, pero sé que no seríamos felices, dijo con tristeza.

Puso el cd.

Después de comer, se echaron en la cama, pero no llegaron ni a sacarse los zapatos porque un estruendo sacudió el cuarto.

¡El espejo!, gritó Xavier, con los ojos abiertos de par en par, como si esperara otro signo. No debí haberlo movido de lugar.

Caminaron hasta el desastre. Levantaron el pesado marco y lo apoyaron contra el ropero, de canto. Sobre una porción grande de mosaicos, se desparramaban los restos del cristal. Elena buscó una escoba y una pala y comenzó a barrer. Xavier se acuclilló para alcanzar los trozos que se habían ido bajo la cama, pero perdió el equilibrio y cayó de rodillas encima de un montoncito de vidrios. Pegó un alarido.

¿Te lastimaste mucho?, preguntó Elena.

Xavier le mostró un corte en la rodilla. Era superficial, aunque bastante ancho. La sangre manaba con fluidez y teñía las baldosas.

En el cajón hay gasa y alcohol. ¿Podrías alcanzármelas?

Sí, claro, dijo Elena. Pero no limpies la sangre del piso. Yo te dejé conservar la mía.

Xavier sonrió.

De acuerdo. No lo haré. Podemos retocar el mural con sangre fresca.

Elena lo celebró. Mientras el chico se curaba la herida, ella buscó las manchas del día que había perdido su virginidad, formando parte del dibujo en la pared. Luego levantó la funda del colchón para ver si las otras manchas de sangre seguían ahí. Y ahí estaban.

Llevó los vidrios a la cocina y los embolsó, pero cuando volvió al cuarto, Xavier fregaba cada rincón con una toalla mojada, indiferente a lo que habían acordado. La sangre se diluía en el agua y formaba pequeñas lagunas con olor a hierro.

¡Limpiaste todo!, le reprochó Elena.

Sí, dijo el chico. Van a demoler el edificio. ¿Qué sentido tiene?

Ella se dejó desencantar. Miró de nuevo el mural, pero ya no pudo reconocer su huella. Las manchas que guardaban el recuerdo de su primera vez estaban ahora demasiado ocultas por el resto de la pintura y no se distinguían. Eran apenas unos trazos marrones, girones de tierra, una parte del todo difuso y amorfo.

EPÍLOGO

Elena vivía desde enero en lo de Alex junto con él, Aitor y su novia Priscila, en el distrito de Nou Barris, una zona mucho más alejada de la costa y del centro de la ciudad que Festa Popular. Había acordado un alquiler módico por la habitación más chica, pero al poco tiempo, Alex le propuso dejar de cobrárselo a cambio de que limpiara la casa y se ocupara de hacer las compras. Ella calculó que eso le demandaría unas ocho horas semanales y para volver el trabajo más formal, firmó acuerdos con los otros inquilinos sobre dónde dejarían la ropa sucia, los trastos después de cocinar y los pelos de la ducha.

Su trabajo con Nicola se fue volviendo más rutinario, previsible y pronto, la apretada agenda del actor encontró un ritmo que ella podía manejar con eficiencia. Habló con su jefe y le pidió si podía ajustar la jornada laboral a seis horas por el ochenta por ciento del salario. Nicola le dijo que no tenía problema siempre y cuando, ella pudiera lidiar con todas sus demandas en ese tiempo. Así que, a mitad de año, cuando le tocó hacer los trámites del pase a Arquitectura en la Politécnica de Barcelona, se sintió mucho más convencida de que las horas que le dejaba su trabajo, le alcanzarían para poder ser una alumna regular.

Apenas arrancaron las clases, ya había llenado su semana de actividades: cursaba o estudiaba a la mañana; trabajaba para Nicola a la tarde y se encargaba de las compras y la casa los sábados. Por suerte, había concluido sus trámites de residencia, así que tenía un asunto menos del que ocuparse.

En estos meses, se había hecho amiga de Priscila, la novia de Aitor, que ahora trabajaba de bartender en Monte Adriano, y había vuelto a ver a Halima, que había abierto un restaurant marroquí cerca de su nueva casa.

Elena también iba seguido al cine, en general con Edurne. Se habían afiliado al Maldà y veían todas las películas que tenían en cartelera, a veces más de una vez. No se había vuelto a comunicar con Xavier, no sabía nada de él y cada tanto, recordaba los momentos juntos con alegría, pero no lo

extrañaba. A la que extrañaba era a Blanca, a pesar del contacto regular que tenía con ella por mail. Alex tenía computadora e internet en su casa y eso le permitía escribirle todos los días.

Había abandonado las dietas y como se había estabilizado en 60 kilos, supuso que ese debía ser su peso óptimo, el que podía conservar sin sacrificio.

Aún conservaba la bici de la parejita viajera y con ella había recorrido todos los barrios de la ciudad. Iba seguido por Nou de la Rambla de camino a lo de Nicola. En ese tiempo, el edificio de Festa Popular había pasado de ser un hueco fantasmal a un nuevo complejo de viviendas con más comodidades y expensas caras. Le maravillaba esa ciudad, capaz de conservar sus ruinas, modernizarlas, sustituirlas o degradarlas. Era una ciudad infinita; todas lo eran, de alguna manera.

En el verano, se había hecho los análisis de sangre y como había pasado el período ventana del HIV y las hepatitis, pudo librarse por fin del miedo a haberse contagiado algo. Pero el recuerdo de la violación permanecía intacto y esa era la razón por la que le costaba dormir. Algunas noches, consultaba el I Ching. Las preguntas se iban reformulando según necesidades cada vez más específicas.

Un lunes en el que no tenía que cursar, le preguntó al libro qué podía hacer para pasar página, para sacar ese tema de su vida. Tiró las monedas y anotó las líneas en su cuaderno de seguimiento. Le salió el 21, el mismo que le había tocado a Blanca el día que se lo leyó ella: la mordedura tajante. No podía ser un signo especial, como si hubiera un destino al que debíamos llegar a fuerza de repetir errores. Elena no creía en esas cosas, pero sí creía que el hexagrama le llegaba recién cuando estaba preparada para interpretarlo. Esa era su manera agnóstica de entender el misterio o lo que fuera que buscaban las religiones de todos los tiempos y a las que ella nunca les había podido dar ningún valor. El punto en el que lo más íntimo de cada uno se nos aparecía afuera, convertido en una forma que solo para nosotros tenía un sentido evidente. Leyó de nuevo el dictamen. *La mordedura tajante*. Fuego sobre trueno. Esta vez iba a morder fuerte.

Se vistió, buscó su pasaporte y en la guía telefónica, la dirección de la comisaría más cercana. Caminó hasta el Carrer d´Aiguablaya en el número 55 y entró.

Una mujer de unos cuarenta años atendía las consultas y derivaba a la gente por distintos pasillos.

¿Por qué asunto ha venido?

Quiero hacer una denuncia.

Mientras trataba de imaginar lo que sucedería minutos después, Elena se vio carente de toda prueba, de testigos. Apenas sabía el nombre, tal vez incluso falso, de su agresor, y, aun así, quería hablar.

¿De qué?, la mujer se corrió el flequillo y se acomodó los lentes; unas moscas se apoyaron en su nariz y tuvo que espantarlas varias veces antes de escribir. Elena miró su entorno, había mucha gente en el recinto y si murmuraba iba a tener que acercarse a la mujer para que la oyera, pero no quería hacer eso. Ya no sentía vergüenza sino algo más parecido al alivio.

Una denuncia de violación, dijo, con el mismo volumen con el que contestaban los demás.

La oficial fijó sus ojos en ella como si la examinara y acercó su mano al brazo de Elena, pero enseguida la quitó. Elena se alivió con ese gesto, con esa torpeza dedicada a ella. La mujer anotó su nombre y el número de pasaporte en un papel. Se lo dio, junto con las indicaciones de la oficina que debía buscar.

Elena caminó por un pasillo en penumbras. Ya no recordaba cómo llegar adonde le había dicho la oficial. Siempre tenía la mente dividida entre lo que ocurría y lo que esperaba, ese lugar en el que la vida se espejaba, doblada en fantasías y especulaciones, así que eligió avanzar hasta el final y entrar en la última oficina. Sabía que, si se equivocaba, también podía retroceder.

Buenos Aires, septiembre de 2020.

NOTAS

*El poema “Cultivo una rosa blanca”, que se cita en el capítulo 22, pertenece a José Martí.

*Los pasajes del I Ching que se citan literalmente fueron extraídos de la versión de Richard Wilhelm.

*Los comentarios sobre algunos pasajes del I Ching que aparecen en distintas partes de esta novela están inspirados en las interpretaciones que hace del libro Marta Ortiz en su blog *Abate Soderini*, pero no las citan literalmente ni tienen el rigor ni la profundidad de ellas.

ii

TODOS LOS SUCESOS Y PERSONAJES DE ESTA HISTORIA SON FICCIONALES Y NO GUARDAN NINGUNA RELACIÓN CON LOS EDIFICIOS, MONUMENTOS, BARES, PARQUES, MARCAS Y SITIOS EMBLEMÁTICOS QUE SE MENCIONAN EN ELLA.

AGRADECIMIENTOS

A Martín Lojo, Victoria Patience, Juan Mattio, Kike Ferrari, Rosa Gisbert Díaz, Sabrina Lara, Diego Puig, Hernán Luis Santos, Analía Godoy, Julieta Magallanes, Melina Dorfman, Julián Miglierini y Gisele Daniela Vilte por sus intervenciones en esta novela. A Julián Marcel, por su contratapa.

A mi padre, mis hijos, mis hermanos, a Gladis Aressi, mis tíos, primas, sobrinos, cuñados y a todos mis amigos, por el acompañamiento en el proceso.

Índice

CAPÍTULO UNO. BARRA AMERICANA 3
CAPÍTULO DOS. MONTE ADRIANO 6
CAPÍTULO TRES. CORAL 10
CAPÍTULO CUATRO. CARTA A BLANCA 16
CAPÍTULO CINCO. EL JAMONERO 19
CAPÍTULO SEIS. FESTA POPULAR 34
CAPÍTULO SIETE. LOS LIBROS 48
CAPÍTULO OCHO. MARMITAKO 58
CAPÍTULO NUEVE. DE CASA AL TRABAJO 66
CAPÍTULO DIEZ. MALA PÉCORA 82
CAPÍTULO ONCE. LA DIOSA ISHTAR 90
CAPÍTULO DOCE. HOGAR DULCE HOGAR 99
CAPÍTULO TRECE. EL LADO DEL DIABLO 102
CAPÍTULO CATORCE. SIMBIOSIS 108
CAPÍTULO QUINCE. FALSA CORAL 116
CAPÍTULO DIECISÉIS. AITOR 125
CAPÍTULO DIECISIETE. FIESTA IMPOPULAR 139
CAPÍTULO DIECIOCHO. DIVINA COMEDIA 154
CAPÍTULO DIECINUEVE. CARTA A PAPÁ Y MAMÁ 161
CAPÍTULO VEINTE. LA FAMILIA 163
CAPÍTULO VEINTIUNO. LA MORDEDURA TAJANTE 175
CAPÍTULO VEINTIDÓS. EL NAVEGANTE SOLITARIO 177
CAPÍTULO VEINTITRÉS. ITALIAN WAY 189
CAPÍTULO VEINTICUATRO. DESAMOR 199

CAPÍTULO VEINTICINCO. BELÉN 200
CAPÍTULO VEINTISÉIS. LOS SUECOS 203
CAPÍTULO VEINTISIETE. OJOS DE LIEBRE 213
CAPÍTULO VEINTIOCHO. LAS LLAMAS LUNARES 223
CAPÍTULO VEINTINUEVE. POLVO ERES 229
CAPÍTULO TREINTA. HALIMA 233
CAPÍTULO TREINTA Y UNO. CONFLUENCIAS 236
CAPÍTULO TREINTA Y DOS. ERASMUS 242
CAPÍTULO TREINTA Y TRES. NICOLA 244
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO. EL ESPEJO 245
EPÍLOGO 248
NOTAS 251
¡¡ 252
AGRADECIMIENTOS 253